



*Las Flores
Perdidas*

HOLLY RINGLAND

*de Alice
Hart*

Galardonada en 2019 con el prestigioso premio ABIA al mejor libro del año en la categoría de ficción, *Las flores perdidas de Alice Hart* se ha convertido desde su salida reciente en un *best-seller* internacional cuyos derechos de traducción se han vendido a veintiocho países. Holly Ringland ha conquistado el favor del público y el aplauso de la crítica con esta novela emocionante sobre una joven australiana que tiene que romper con los patrones que tejieron su infancia y tomar las riendas de su vida.

Alice Hart, de nueve años, se despierta en el hospital tras un incendio que ha arrasado su casa, le ha arrebatado a sus padres y la ha dejado muda. Su único familiar es la abuela paterna, June, que dirige una plantación de flores en la que acoge a mujeres que atraviesan circunstancias complicadas. En el ambiente sosegado y luminoso de la granja, la chica recupera poco a poco la voz y la confianza en sí misma mientras se va haciendo mayor y aprende el lenguaje de las flores autóctonas y los sentimientos que estas expresan, un tiempo feliz cuya placidez se verá truncada tras una traición y una pérdida irreparables. Así, a los veintiséis años, Alice decide escapar sin dejar rastro y refugiarse en un rincón del desierto central; sin embargo, en este paisaje tan espectacular que parece de otro mundo, y sin la protección de las flores, se sentirá vulnerable, a merced del amor de un hombre carismático y de un pasado que no deja de acecharla.

El debut literario de Holly Ringland es un viaje conmovedor a través de la espectacular grandeza y diversidad del paisaje australiano, así como un relato valiente sobre los secretos que nos atenazan. Demoledora y profundamente emotiva, *Las flores perdidas de Alice Hart* es una historia sobre las historias: las que heredamos, las que escogemos para definirnos y las que decidimos ocultar.



Holly Ringland

Las flores perdidas de Alice Hart

ePub r1.0
Titivillus 30-07-2019

Título original: *The Lost Flowers of Alice Hart*
Holly Ringland, 2018
Traducción: Gemma Rovira Ortega
Cita de Safo, *Poemas y testimonios*, traducción de Aurora Luque

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



*A las mujeres que dudan del valor y el poder de su historia
A mi madre, que lo dio todo para que yo tuviera las flores
Y a Sam, sin el cual seguiría sin escribir el sueño de mi vida.*



Ha caído una lágrima espléndida
de la pasionaria que hay en la verja:
ya viene mi paloma, mi amada,
ya viene mi destino, mi vida;
la rosa roja grita: «Se acerca»
y la blanca solloza: «No llega»,
la espuela de caballero anuncia: «La oigo, la oigo»
mientras la azucena susurra que la espera.

ALFRED, LORD TENNYSON

ORQUÍDEA DE FUEGO NEGRA

Significado: Afán de posesión
Pyrorchis nigricans / Australia Occidental

Necesita el fuego para florecer. Brota de unos bulbos que pueden haber permanecido latentes. Rayas de un rojo oscuro sobre color carne claro. Después de florecer se vuelve negra, como calcinada.

En la casa de madera del final del camino, Alice Hart, de nueve años, imaginaba sentada a su pupitre, junto a la ventana, diferentes formas de prenderle fuego a su padre.

Sobre el pupitre de madera de eucalipto que él le había hecho, tenía abierto un libro de la biblioteca que reunía leyendas sobre el fuego provenientes de todo el mundo. Aunque soplabla el viento del noreste, que llegaba del Pacífico impregnado de olor a mar, Alice olía humo, tierra y plumas chamuscadas. Leyó susurrando:

El fénix se sumerge en el fuego para que las llamas lo consuman hasta reducirlo a cenizas y así volver a surgir, renovado, recreado y reformado: el mismo, pero completamente diferente.

La punta de uno de sus dedos planeaba sobre una ilustración del resurgimiento del fénix: las plumas del ave lanzaban destellos plateados, tenía las alas extendidas y la cabeza inclinada hacia atrás, a punto de graznar. Alice apartó bruscamente la mano, como si aquellas lenguas de fuego doradas y rojas pudieran abrasarle la piel. Por la ventana entró una ráfaga de viento fresco que olía a algas marinas; en el jardín, el carrillón de su madre anunciaba que el viento estaba arreciando.

Se inclinó sobre el pupitre y cerró la ventana, que emitió un chasquido. Apartó el libro sin dejar de mirar la ilustración mientras acercaba el plato con las tostadas que se había preparado hacía horas. Mordió uno de aquellos triángulos con mantequilla ya fríos y masticó lentamente. ¿Cómo sería si el fuego consumía a su padre? Los monstruos que lo habitaban quedarían reducidos a cenizas dejando en pie solo lo mejor de él, recreado y renovado por las llamas, y él se convertiría de una vez por todas en aquel hombre que era a veces: el que le había hecho un pupitre para que pudiese escribir cuentos.

Alice cerró los ojos y se imaginó que el cercano mar, cuyo rumor podía oír a través de la ventana, era un rugiente océano de fuego. ¿Podría empujar a su padre a las llamas para que se consumiera igual que el fénix de su libro? ¿Y si momentos después volvía a emerger, sacudiendo la cabeza como si despertara de una pesadilla, y le tendía los brazos diciéndole, por ejemplo, «Buenos días, Bichito»? Quizá tan solo silbaría con las manos en los bolsillos y una mirada risueña, quizá Alice no volvería a atestiguar cómo la cólera oscurecía aquellos ojos azules, cómo su rostro se

tornaba pálido y la saliva se acumulaba en las comisuras de su boca formando una espuma tan blanca como su piel. Entonces ella podría concentrarse en comprobar hacia dónde soplaba el viento, o en escoger libros en la biblioteca, o en escribir en su pupitre. Cuando renaciera del fuego, el padre de Alice solo tocaría el cuerpo de su madre embarazada para acariciarla suavemente, sus manos serían siempre amables y paternales con Alice. Sobre todo, arrullaría al bebé cuando naciera y Alice no tendría que quedarse despierta por la noche preguntándose qué hacer para proteger a su familia.

Cerró el libro con un ruido sordo que hizo vibrar el pupitre. Este ocupaba todo el largo de la pared de su dormitorio, colocado bajo dos grandes ventanas que se abrían al jardín de culantrillos, cuernos de alce y colas de mariposa que su madre cuidaba hasta que las náuseas le impedían continuar. Esa misma mañana había estado plantando en tiestos unos plantones de patas de canguro cuando se dobló por la cintura y se puso a vomitar sobre los helechos. Alice estaba sentada a su pupitre, leyendo; al oír las arcadas de su madre, se apresuró a saltar por la ventana y aterrizó sobre una cama de helechos. No sabía qué hacer, solo se le ocurrió darle la mano a su madre y apretársela con fuerza.

—Estoy bien —dijo ella tosiendo, le apretó la mano a su hija y luego la soltó—. Solo son náuseas matutinas, no te preocupes, Bicho.

Echó la cabeza hacia atrás para tomar aire y su rubio pelo dejó de taparle la cara y reveló, detrás de la oreja, un pequeño corte en la piel, un nuevo cardenal, morado como el mar al amanecer. Alice desvió la mirada, pero no lo bastante rápido.

—Ay, Bicho —dijo su madre, compungida, y se levantó—. Estaba en la cocina y me he caído por no mirar lo que hacía. Ya sabes que el bebé hace que me den mareos. —Se puso una mano en la barriga y con la otra se sacudió un poco de tierra del vestido. Alice miró los tiernos helechos que había aplastado.

Sus padres se marcharon poco después. Alice se quedó en la puerta de la casa hasta que la nube de polvo que levantó la camioneta de su padre se desvaneció sin dejar rastro en la mañana azul. Tenían que ir al pueblo para que su madre se hiciera otra revisión y en la camioneta solo había dos asientos. «Pórtate bien, corazón», le había dicho su madre al besarla suavemente en la mejilla. Olía a jazmín y a miedo.

Alice cogió otro triángulo de tostada fría y lo sujetó con los dientes mientras metía una mano en la bolsa de la biblioteca. Le había prometido a su madre que estudiaría para el examen final de cuarto, pero de momento el modelo de examen que la escuela a distancia le había enviado por correo seguía sin abrir encima de su pupitre. Sacó un libro de la bolsa que había llevado de la biblioteca y leyó el título abriendo mucho los ojos: el examen estaba ya completamente olvidado.

Bajo la luz atenuada por la tormenta que se acercaba, la cubierta de la *Guía del fuego para principiantes*, unas feroces llamas impresas en tinta metalizada y estampadas en relieve, refulgía como si tuviera vida propia. Una sensación de emoción y de peligro se propagó por su estómago y las manos empezaron a sudarle.

Apenas había tocado con los dedos una esquina de la cubierta del libro cuando, como atraídas por su nerviosismo, las chapas del collar de *Toby* tintinearón detrás de ella. El perro se le acercó a la pierna y le dejó una mancha húmeda en la piel. Aliviada por la interrupción, Alice sonrió mirando a *Toby*, que se sentó educadamente. Entonces le tendió una tostada y él la cogió con cuidado con los dientes y se apartó para comérsela. Unas gotas de saliva salpicaron los pies de Alice.

—¡Puaj, *Tob*! —exclamó la niña acariciándole las orejas. Después agitó el pulgar delante de los ojos del animalito. Por toda respuesta, *Toby* movió la cola barriendo el suelo, levantó una pata y la apoyó en la pierna de Alice.

Toby había sido un regalo de su padre y era su más fiel compañero. Cuando era un cachorro, había cometido el error de mordisquearle los pies al padre debajo de la mesa y él lo había lanzado contra la lavadora. Después no había querido llevarlo al veterinario y desde entonces *Toby* estaba sordo. Cuando Alice se dio cuenta de que el perro no oía, decidió inventarse un idioma secreto, a base de signos que hacía con las manos, para comunicarse con él. Volvió a agitar el pulgar para decirle que se había portado bien. *Toby* le lamió una mejilla y Alice rio mientras se la secaba fingiendo poner cara de asco. El perro dio unas cuantas vueltas y se echó bruscamente a los pies de su ama. Ya no era pequeño y parecía un lobo de ojos grises, más que el perro pastor que en realidad era. Alice hundió los dedos de los pies descalzos en su pelaje largo y suave. Envalentonada por la compañía de su mascota, abrió la *Guía del fuego para principiantes* y enseguida se enfrascó en el primer relato.

En países lejanos como Alemania y Dinamarca, el fuego solía utilizarse para destruir lo viejo e invocar lo nuevo; el fuego marcaba el comienzo del siguiente ciclo: una estación del año, una muerte o un nacimiento, un amor. En algunos sitios, incluso se construían enormes figuras con mimbre y zarzas secas y les prendían fuego para simbolizar el final y el nuevo comienzo y propiciar milagros.

Alice se recostó en la silla. Sentía los ojos calientes y pegajosos. Puso las manos sobre la fotografía de un muñeco de paja en llamas. ¿Qué milagro llevaría consigo su fuego? Para empezar, en su casa nunca volvería a oírse el sonido de cosas que se rompían. El olor amargo del miedo ya no impregnaría la atmósfera. Alice cultivaría un huerto de hortalizas y no la castigarían por equivocarse de pala. Aprendería a ir en bicicleta sin necesidad de que su padre, furioso, le tirara del pelo hasta casi arrancárselo porque ella no conseguía mantener el equilibrio. Las únicas señales que necesitaría interpretar serían las del cielo, y ya no las sombras y las nubes que atravesaban el rostro de su padre y la alertaban de si se trataba del monstruo o del hombre capaz de transformar un eucalipto en un pupitre.

La transformación del eucalipto había tenido lugar después de que su padre la arrojara al mar y la obligara a nadar sola hasta la orilla. Por la noche, él se había

encerrado en su cobertizo de madera y solo había salido dos días después, llevando auestas una mesa rectangular tan larga que, colocada en el suelo por uno de los lados cortos, lo superaba en altura. Estaba hecha con los tablones de color crema que llevaba tiempo amontonando para construirle un vivero para helechos a su mujer. Alice observó desde un rincón mientras su padre atornillaba el pupitre a la pared debajo de la repisa de la ventana de su habitación, que se llenó de las embriagadoras fragancias de la madera recién cortada, del aceite y del barniz. Después le enseñó cómo se abría la tapa, sujeta con unas bisagras de cobre, y el cajón que había debajo, donde podría guardar hojas, lápices y libros. Incluso había convertido una rama del eucalipto en un soporte para que la tapa se mantuviera abierta y Alice pudiera utilizar las dos manos para hurgar en el interior.

—La próxima vez que vaya al pueblo, te traeré todos los lápices y las ceras que quieras, Bichito.

Alice le echó los brazos al cuello. Su padre olía a jabón Cussons, a sudor y a aguarrás.

—Mi pequeñita. —Su barba le raspó la mejilla.

Un barniz de palabras cubrió la lengua de Alice: «Sabía que seguías ahí. Quédate, por favor, no dejes que cambie el viento». No obstante, solo logró decir: «Gracias».

Volvió a mirar su libro abierto.

Para encenderse, el fuego requiere fricción, y para arder, combustible y oxígeno. Un fuego óptimo necesita que esas condiciones se den de manera óptima.

Alzó la vista y contempló el jardín: el viento, con su fuerza invisible, sacudía los tientos colgantes de culantrillos. Lo oyó silbar al colarse por la fina rendija de la ventana entreabierta. Alice respiró hondo, llenándose los pulmones y vaciándolos poco a poco. «Para encenderse, el fuego requiere fricción, y para arder, combustible y oxígeno». Mientras miraba fijamente el corazón verde del jardín de su madre, supo lo que tenía que hacer.



Mientras el vendaval, soplando desde el este, corría una cortina oscura en el cielo, Alice fue a la puerta trasera y se puso la cazadora. *Toby* se acercó trotando y ella hundió la mano en su pelo lanoso. El perro gimoteó y le acarició la barriga con el hocico. Tenía las orejas bajas. Fuera, el viento arrancaba los pétalos de las rosas blancas de su madre y los esparcía por el jardín como estrellas caídas. A lo lejos, al fondo de la finca, se veía la oscura silueta del cobertizo de su padre, que él siempre dejaba cerrado. Alice se palpó los bolsillos de la chaqueta y comprobó que tenía la llave. Tras detenerse un instante y hacer acopio de valor, abrió la puerta trasera y salió corriendo al jardín seguida de *Toby*.

Pese a que tenía prohibido entrar, nadie había podido impedirle que imaginara lo que contenía aquel lugar. La mayoría de las veces, su padre se encerraba allí después de hacer algo horrible. Pero cuando salía era un hombre mejor. Alice había llegado a la conclusión de que el cobertizo tenía una especie de magia transformadora, como si allí dentro hubiera un espejo encantado o tal vez una rueda giratoria. Un día, cuando era más pequeña, se había atrevido a preguntarle qué hacía en su cabaña; él no le contestó pero, cuando le regaló el pupitre, lo entendió. Sabía qué era la alquimia porque lo había leído en los libros de la biblioteca; conocía el cuento de «El enano saltarín»: el cobertizo de su padre era donde él convertía la paja en oro.

Mientras corría, sentía los pulmones y las piernas incendiados. *Toby* iba ladrándole al cielo hasta que un relámpago lo hizo meter el rabo entre las patas. Cuando llegaron ante la puerta de la cabaña, Alice se sacó la llave del bolsillo y la introdujo en el candado, pero no consiguió abrir. El viento le azotaba la cara y amenazaba con tirarla al suelo; solo la animaba el calor de *Toby*, arrimado a ella. Lo intentó otra vez. La llave le lastimó la palma de la mano cuando la empujó e intentó hacerla girar, pero no había manera. El pánico le nublabla la vista. Soltó la llave, se frotó los ojos y se apartó el pelo de la cara. Lo intentó por tercera vez y la llave giró fácilmente, como si hubieran engrasado la cerradura. Alice soltó el candado de la puerta, giró el picaporte y entró tambaleándose, con *Toby* pegado a los tobillos. El viento cerró la puerta de golpe.

El cobertizo, que no tenía ventanas, estaba completamente a oscuras. *Toby* empezó a gruñir. Alice alargó un brazo y lo buscó a tientas para tranquilizarlo. El fragor de la tormenta y el pulso de su propia sangre en los oídos la ensordecían. Las vainas del flamboyán que crecía al lado de la cabaña caían en rápida sucesión produciendo un ruido que hacía pensar en unas botitas de zinc zapateando sobre el techo.

Se notaba un fuerte olor a queroseno. Alice avanzó a tientas hasta que sus dedos tocaron una lámpara que había encima de la mesa. Reconoció su forma: su madre tenía otra parecida en la casa. A su lado había una caja de cerillas. Una vocecilla furiosa bramaba dentro de su cabeza: «¡No deberías estar aquí! ¡No deberías estar aquí!» Alice se encogió de miedo, pero abrió la caja de cerillas. Buscó la cabeza de una, la frotó contra la banda áspera y enseguida le llegó el olor a azufre, al tiempo que el resplandor de la llama iluminaba el interior del cobertizo. Acercó la cerilla a la mecha de la lámpara y volvió a enroscar la pantalla de vidrio en su base. La luz alumbró el banco de trabajo de su padre. Alice vio un cajoncito entreabierto y, con dedos temblorosos, lo abrió del todo. Dentro había una fotografía y otra cosa que no pudo ver bien. Sacó la fotografía. Tenía los bordes deteriorados y amarillentos, pero la imagen era clara: una casa antigua, grande y resplandeciente, cubierta de enredaderas. Metió la mano en el cajón para sacar el otro objeto y sus dedos palparon algo blando. Lo cogió y, cuando lo acercó a la luz, vio que era un mechón de pelo negro atado con una cinta desteñida.

Una fortísima ráfaga de viento hizo temblar la puerta del cobertizo. Alice soltó el mechón y la fotografía y se dio rápidamente la vuelta. No, no había nadie: solo era el viento. Procuró tranquilizarse, pero *Toby* se agachó y gruñó de nuevo. Estremecida, levantó la lámpara para iluminar el resto del cobertizo y entonces se quedó boquiabierta, con los ojos como platos y las piernas temblorosas.

Estaba rodeada de innumerables esculturas de madera, desde miniaturas hasta piezas de tamaño natural, que representaban a los mismos dos personajes. Uno era una mujer en diferentes posturas: oliendo una hoja de eucalipto, examinando las plantas de unos tiestos, tumbada boca arriba con un brazo doblado tapándole los ojos y el otro apuntando al cielo, sujetándose la falda y recogiendo en ella flores que Alice no supo reconocer. El otro personaje era una niña a la que se podía ver leyendo un libro, sentada ante un pupitre y escribiendo, soplando para hacer volar las semillas de un diente de león. Reconocerse en las esculturas de su padre hizo que a Alice le empezara a doler la cabeza.

Las esculturas de aquella mujer y aquella niña llenaban el cobertizo y se amontonaban alrededor del banco. Alice respiró hondo, despacio, escuchando los latidos de su corazón. «Estoy aquí», se dijo. «Estoy aquí». Si el fuego era un hechizo capaz de convertir una cosa en otra, las palabras también. Alice había leído lo suficiente como para entender la magia que podían poseer las palabras, sobre todo cuando las repetías. Si pronunciabas algo muchas veces, se materializaba. Se concentró en el hechizo que latía en su corazón.

«Estoy aquí.

»Estoy aquí.

»Estoy aquí».

Giró lentamente escudriñando aquellas figuras. Recordaba haber leído sobre un rey malvado que tenía tantos enemigos en su reino que creó un ejército de guerreros de arcilla y piedra de los que se rodeó. Solo que la arcilla no es carne y la piedra no es corazón ni sangre: al final, los aldeanos de los que el rey intentaba protegerse utilizaron aquel mismo ejército para aplastarlo mientras dormía. Alice sintió un escalofrío al recordar las palabras que había leído momentos antes: «Para encenderse, el fuego requiere fricción, y para arder, combustible y oxígeno».

—Vamos, *Tob* —dijo apresuradamente, cogiendo una de aquellas figuras de madera. Después cogió otra. Imitando a la mujer que recogía flores en su falda, se levantó la camiseta para poner en ella las figuras más pequeñas que encontró. *Toby*, inquieto, no se separaba de ella. A Alice, el corazón casi se le salía del pecho. En el cobertizo había tantas figuras que era imposible que su padre se diera cuenta de que faltaban algunas de las más pequeñas: serían perfectas como combustible para aprender a encender fuego.

Alice siempre recordaría aquel día como el que cambió irrevocablemente su vida, a pesar de que tardaría veinte años en entenderlo: la vida se vive hacia delante, pero solo se comprende hacia atrás. No puedes ver el paisaje mientras estás en él.



El padre de Alice enfiló el camino sujetando el volante con fuerza. Su mujer viajaba apretada contra la puerta. En su cara habían aparecido unos cardenales que ella se tapaba con una mano mientras, con la otra, se abrazaba el vientre. Él había visto con sus propios ojos cómo ella le tocaba el brazo al médico y la cara que ponía este último: lo había visto todo. Un tic había aparecido bajo su ojo derecho. No había querido parar a desayunar para no llegar tarde a la cita y su mujer se había mareado un poco al incorporarse después de la ecografía. Había intentado sujetarse para no caer y el médico la había ayudado.

El padre de Alice abrió y cerró la mano varias veces. Todavía le dolían los nudillos. Volvió la cabeza y miró a su mujer, que seguía acurrucada, creando un abismo entre los dos. Él quería hablar con ella, explicarle que tenía que ser más cuidadosa con su comportamiento para no provocarlo. Si se lo decía con flores, tal vez ella lo comprendiera: drosera, «Me muero si me descuidan»; fucsia arlequín, «Cura y alivio»; ricinocarpos, «Constancia»; pero llevaba años sin regalarle flores: desde que se habían marchado de Thornfield.

Ella no lo había ayudado: debería haber calculado mejor el tiempo hasta la consulta y haber preparado algo de comer para el camino, así no se habría mareado y él no habría tenido que ver cómo toqueteaba al médico. Ella sabía perfectamente lo difíciles que eran para él aquellas visitas al pueblo y cómo lo atormentaba ver al personal sanitario tocando a su mujer por todas partes. Ni cuando estaba embarazada de Alice ni esta vez habían conseguido ir a una ecografía o revisión que no acabara en un incidente. ¿De verdad tenía él la culpa de que ella fuera incapaz de ayudarlo, una y otra vez?

—Ya estamos en casa —dijo.

Echó el freno de mano y apagó el motor. Su mujer se quitó la mano de la cara y cogió la manija de la puerta. Tiró de ella una vez y esperó. Él se irritó: ¿no pensaba decirle nada? Desactivó el cierre centralizado confiando en que ella se volviera y le sonriera agradecida, o que incluso le pidiera disculpas, pero en vez de eso salió precipitadamente de la camioneta, como una gallina que se escapa del gallinero. Él salió también, llamándola a gritos, pero el vendaval silenció sus palabras. Siguió a su mujer con el rostro contraído, decidido a hacerse oír. Cuando ya se estaban acercando a la casa, algo le llamó la atención.

La puerta del cobertizo estaba abierta. El candado colgaba, abierto, del pestillo. Atisbó, recortada contra la puerta, la cazadora roja de su hija.



Cuando ya no le cabían más estatuillas en la camiseta, Alice salió corriendo del cobertizo a la penumbra. Un trueno partió el cielo. Sonó tan fuerte que ella soltó todas las estatuas y, encogiéndose los hombros, se apretó contra la puerta. *Toby* también

estaba asustado y se le erizó el pelo del lomo. Alice se agachó para tranquilizarlo y, cuando se enderezó, una ráfaga de viento la empujó hacia atrás haciéndola tambalearse. Se olvidó de las estatuas, le hizo una seña a *Toby* y corrió hacia la casa. Estaban a punto de llegar a la puerta trasera cuando un rayo atravesó como una flecha aquellos nubarrones negros rompiéndolos en mil astillas de plata. Alice se paró en seco: aquel súbito resplandor le había permitido ver a su padre en el umbral, con los brazos a los costados y los puños apretados. No necesitaba más luz ni menos distancia para reconocer su mirada torva.

Cambió de dirección y echó a correr por un costado de la casa. No estaba segura de que su padre la hubiera visto. Mientras corría por la verde espesura del jardín de helechos de su madre, le vino a la mente una idea terrible: la lámpara de queroseno del cobertizo de madera de su padre, se le había olvidado apagarla.

Entró a toda prisa por la ventana, trepó a su pupitre y, una vez dentro, metió a *Toby* en su habitación. Se quedaron sentados los dos, jadeando sin aliento. *Toby* le lamió la cara y Alice lo acarició distraída. ¿Olía a humo? El miedo la atenazaba. Saltó del pupitre, recogió los libros de la biblioteca y los metió en la bolsa, que guardó en el fondo de su armario. Entonces se quitó la cazadora, que también guardó en el armario, y luego cerró la ventana. «Alguien ha debido de entrar en tu cobertizo, papá. Yo me he quedado en casa esperando a que volvierais».

No oyó a su padre entrar en el dormitorio. No fue lo bastante rápida para esquivarlo. Lo último que vio fue a *Toby* enseñando los dientes con los ojos desorbitados de terror. Olía a humo, a tierra y a plumas quemadas. Un calor punzante se extendió por un costado de su cara mientras ella se sumía en la oscuridad.

FLOR DE FRANELA

Significado: Lo que se pierde se encuentra
Actinotus helianth / Nueva Gales del Sur

El tallo, las ramas y las hojas de esta planta son de un gris pálido y están recubiertos de un vello suave con una textura similar a la de la franela. En primavera le brotan unas flores muy bellas, con forma de margarita, aunque también puede florecer en abundancia tras los incendios forestales.

La primera historia que le contaron a Alice empezaba en los confines de la oscuridad. Allí, sus berridos de recién nacida habían hecho que el corazón de su madre volviera a latir.

La noche en que ella nació, una tormenta subtropical había entrado por el este provocando que subiera la marea y los ríos se desbordaran. La carretera que conectaba la finca de los Hart con el pueblo había quedado cortada y Agnes Hart, después de romper aguas y con la sensación de que un cinturón de fuego iba a cortarla por la mitad, había traído al mundo a su hija en el asiento trasero de la camioneta de su marido, parada en el arcén, y después había perdido el conocimiento. Al principio, Clem Hart, asustado por aquella tormenta que retumbaba sobre el cañaveral y preocupado por cubrir a su recién nacida, no se fijó en la palidez de su mujer. Pero cuando descubrió que la cara se le había quedado blanca como el papel y los labios de color madreperla, se abalanzó sobre ella, frenético, y se olvidó del bebé. Zarandeó a Agnes, pero no consiguió nada. La madre no recobró el conocimiento hasta oír llorar a su hija. A ambos lados de la calzada, en los matorrales empapados por la lluvia, empezaron a abrirse unas flores blancas. El primer oxígeno que respiró Alice estaba lleno de relámpagos y olía a lirios de lluvia.

—Tú fuiste el amor verdadero que yo necesitaba para despertar de un maleficio, Bicho —decía su madre para terminar la historia—: tú eres mi cuento de hadas.

Cuando Alice tenía dos años, Agnes comenzó a leerle libros; mientras lo hacía, iba señalándole las palabras con el dedo. En la playa, le repetía: «Una sepia, dos plumas, tres trozos de madera de deriva, cuatro conchas y cinco trocitos de cristal marino». Por toda la casa había letreros donde Agnes había escrito a mano: *libro, silla, ventana, puerta, mesa, taza, bañera, cama*. Cuando cumplió cinco años y se inició su educación en casa, Alice ya sabía leer pero, aunque habían empezado a gustarle los libros desde muy pequeña, prefería que su madre le contara historias. Cuando estaban a solas, seguras de que el padre no podía oírlas, Agnes se inventaba cuentos sobre ellas dos.

Su ritual privado consistía en ir caminando hasta el mar, tumbarse en la arena y mirar el cielo. Entonces, la suave voz de su madre las guiaba y ellas viajaban en tren por Europa en medio del invierno, y atravesaban paisajes con montañas tan altas que no alcanzaban a ver la cima, y cubiertas de tanta nieve que no distinguían la línea que

separaba el blanco del cielo del blanco de la tierra. Paseaban, vistiendo abrigos de terciopelo, por las calles empedradas de una ciudad gobernada por un rey tatuado y con un puerto tan colorido como una caja de pinturas donde una sirena de bronce esperaba eternamente a que llegara su amado. Alice solía cerrar los ojos e imaginar que los hilos de las historias de su madre iban tejiendo alrededor de las dos una crisálida de la que ellas más tarde saldrían volando.

Una noche, cuando Alice tenía seis años, su madre fue a arroparla en la cama, se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

—Ya ha llegado la hora, Bicho. —Luego se enderezó sonriente y la tapó bien—. Ya eres lo bastante mayor para ayudarme en mi jardín.

Alice se estremeció de emoción; hasta entonces, su madre siempre la dejaba con un libro mientras ella se iba sola a ocuparse de sus flores.

—Empezaremos mañana —le dijo Agnes antes de apagar la luz.

Esa noche, Alice se despertó varias veces y comprobó, mirando por la ventana, que seguía oscuro. Cuando por fin vio las primeras luces del alba, se apresuró a apartar las sábanas y saltar de la cama.

Su madre estaba en la cocina, preparando tostadas de Vegemite con queso fresco y una gran tetera de té con miel. Lo puso todo en una bandeja y se lo llevó fuera, a su jardín. Hacía fresco, pero el sol ya empezaba a calentar. Agnes dejó la bandeja encima de un tocón recubierto de musgo y sirvió aquel té dulce en dos tazas. Se sentaron juntas y comieron y bebieron en silencio. A Alice le latían las venas de las sienes. Cuando Agnes se terminó las tostadas y el té, se agachó entre sus helechos y sus flores y se puso a murmurar como si estuviera despertando a unos niños que dormían. Alice no sabía muy bien qué hacer. ¿De eso se trataba la jardinería? Imitó a su madre: se sentó entre las plantas y se puso a observar.

Poco a poco, las arrugas de preocupación se borraron de la cara de su madre. Dejó de fruncir el entrecejo. Ya no se retorció las manos ni caminaba nerviosa de aquí para allá. Tenía la mirada limpia y serena: se había convertido en alguien a quien Alice apenas reconocía. Su madre estaba tranquila, sosegada. Esa imagen llenó a Alice de esperanza: una esperanza verde como aquel musgo que cubría las rocas del fondo de la laguna; Alice había visto esas rocas emerger muchas veces, cuando bajaba la marea, pero nunca había conseguido coger aquel musgo.

Cuanto más tiempo pasaba con su madre en el jardín (observando cómo inclinaba la muñeca cuando examinaba un nuevo capullo, la luz que se reflejaba en sus ojos cuando levantaba la barbilla o los finos anillos de tierra que rodeaban sus dedos cuando desenterraba con cuidado los helechos nuevos), más claro le quedaba que su madre florecía cuando se hallaba rodeada de sus plantas. Sobre todo, cuando hablaba con las flores. Se le humedecían los ojos y mascullaba en una lengua secreta, una palabra aquí, una frase allá, mientras iba cortándolas y metiéndoselas en los bolsillos.

—Triste remembranza —decía, y cortaba una campanilla de la enredadera—. Amor correspondido. —El aroma cítrico del mirto limón impregnaba la atmósfera

cuando lo arrancaba de una rama—. El placer del recuerdo. —Su madre se guardaba una de las manitas escarlata de una pata de canguro.

Las preguntas se acumulaban en la boca cerrada de Alice. ¿Por qué las palabras de su madre solo fluían cuando contaba historias de otros lugares y otros mundos? ¿Qué pasaba con el mundo que ambas tenían justo delante? ¿Adónde se escapaba cuando se quedaba con la mirada perdida? ¿Por qué no podía acompañarla?

Cuando Alice cumplió siete años, las preguntas sin responder empezaron a pesarle. Le oprimían el pecho. ¿Por qué su madre les hablaba a las flores nativas en aquella lengua críptica? ¿Cómo podía ser su padre dos personas distintas? ¿De qué maleficio había salvado a su madre con su llanto de recién nacida? Aunque le pesaban, las preguntas seguían atascadas, atrapadas en su garganta, produciéndole tanto dolor como si se hubiera tragado una vaina. Algunas veces, cuando hacía bueno y la luz caía del modo justo en el jardín, se le presentaba la oportunidad de preguntar, pero Alice no abría la boca: seguía a su madre en silencio mientras esta se llenaba los bolsillos de flores.

Si Agnes se percataba del mutismo de Alice, no hacía nada para interrumpirlo: se sobreentendía que los ratos que pasaban en el jardín eran espacios de silencio. «Como en la biblioteca», murmuró un día su madre mientras pasaba entre los culantrillos. Alice aún no conocía ninguna biblioteca (no había visto tantos libros juntos en un mismo sitio ni oído el susurro de tantas páginas pasadas a la vez), pero tenía la impresión de haber estado en varias gracias a las historias de su madre. Las descripciones de Agnes la habían hecho imaginar que una biblioteca debía de ser como un silencioso jardín de libros donde las historias crecían igual que las flores.

Alice no había salido nunca de la finca de los Hart. Vivía confinada en un perímetro que iba del jardín de su madre hasta donde comenzaba el cañaveral y la bahía adyacente, donde rompían las olas del mar. Tenía prohibido traspasar esos límites, especialmente el que separaba el camino de su casa de la carretera que llevaba al pueblo.

—No es sitio para una niña —decía su padre, dando un golpe con el puño en la mesa del comedor y haciendo saltar los platos y los cubiertos, cada vez que la madre de Alice le proponía llevar a la niña a la escuela—. Aquí está más segura —gruñía, y con eso ponía fin a la conversación. Porque eso era lo que mejor se le daba a su padre: ponerle fin a todo.

Tanto si pasaban el día en el jardín o en la playa, siempre llegaba un momento en que se oía cantar a un cuco o una nube pasaba por delante del sol y entonces la madre de Alice reaccionaba, volviendo en sí como si hubiera estado caminando sonámbula. Se reanimaba, daba media vuelta y echaba a correr hacia la casa, gritándole a Alice por encima del hombro: «¡La primera que llegue a la cocina tendrá nata fresca para los bollos!» La merienda era un momento agridulce porque su padre no tardaba en volver a casa. Diez minutos antes de que él llegara, su madre se ponía junto a la

puerta de la calle esbozando una sonrisa forzada, adoptaba una vocecilla aguda y se retorció las manos.

Algunos días, la madre de Alice desaparecía por completo de su cuerpo: no le contaba historias, ni la llevaba paseando a la playa, ni hablaba con las flores: se quedaba en la cama con las cortinas corridas para protegerse de la luz deslumbrante, ida, como si su alma se hubiera marchado a un lugar completamente distinto.

Cuando eso sucedía, Alice procuraba distraerse para no pensar en aquella atmósfera sofocante, en aquel silencio espantoso que hacía parecer que no había nadie en la casa o en el espectáculo de su madre acurrucada en la cama: todas esas cosas hacían el aire irrespirable para ella. Cogía libros que ya había leído un montón de veces y repetía ejercicios escolares que ya había terminado. Corría hasta la playa, chillaba como las gaviotas y perseguía las olas por la orilla. Corría por el borde de la plantación, se echaba el pelo hacia atrás y se balanceaba como los verdes tallos de las cañas cuando los mueve un viento cálido. Pero por mucho que se esforzara, nada la calmaba. Lanzaba plumas y dientes de león al viento y deseaba ser un pájaro para poder volar hasta la dorada costura del horizonte, donde se unían el cielo y el mar. Los días sombríos se sucedían sin su madre. Alice caminaba por los confines de su mundo. Pronto descubriría que ella también podía desaparecer, solo era cuestión de tiempo.



Una mañana, cuando el rumor de la camioneta de su padre se perdió en la lejanía, Alice se quedó en la cama y esperó a oír el silbido del hervidor de agua: aquel hermoso sonido anunciaría el comienzo de un buen día. Pero, como no lo oía, se sacudió las sábanas de encima empujándolas perezosamente con los pies, fue de puntillas hasta el dormitorio de sus padres y se asomó por la puerta: su madre estaba hecha un ovillo en la cama, inmóvil bajo las mantas. A Alice la recorrió una oleada de cólera que le encendió las mejillas y la hizo temblar. Fue dando zancadas hasta la cocina, se preparó un sándwich de Vegemite, llenó de agua un tarro de mermelada, lo metió todo en su mochila y salió corriendo de la casa. No quería ir por la carretera porque se arriesgaba a que la vieran, pero si se escondía entre la caña de azúcar tarde o temprano iría a parar a algún sitio, al otro lado, a algún lugar mejor que su casa oscura y silenciosa.

Aunque los latidos de su corazón resonaban en su cabeza con tanta intensidad que casi no oía gañir a las cacatúas, se obligó a correr y a alejarse del cobertizo de su padre y la rosaleta de su madre hasta cruzar todo el jardín. Cuando llegó al fondo de la finca, que lindaba con el cañaveral, se detuvo: un camino de tierra se abría entre los altos tallos verdes y se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista.

Al final, le sorprendió lo fácil que le resultó hacer algo que siempre le habían prohibido hacer: solo tuvo que dar un paso, uno solo, y luego otro...



Caminó tanto y durante tanto tiempo que empezó a preguntarse si, cuando saliera del cañaveral, aparecería en otro país. A lo mejor iba a parar a Europa y cogía uno de los trenes que atravesaban paisajes nevados en los relatos de su madre. Pero cuando llegó al final del cañaveral, lo que descubrió fue incluso mejor: estaba en un cruce, en medio del pueblo.

Hizo visera con una mano para protegerse del sol. Tantos colores y tanto movimiento, tantos sonidos y ruidos la aturdían. Había coches y camiones de granjeros que iban y venían por el cruce, tocando la bocina; los granjeros conducían con un codo bronceado sobresaliendo por la ventana y se saludaban levantando perezosamente una mano al cruzarse unos con otros. Vio una tienda con un gran escaparate lleno de pan recién hecho y pasteles glaseados y se dio cuenta de que era una pastelería: recordaba haber visto una en sus libros ilustrados. Esta tenía una cortina de cuentas en la puerta. Fuera, bajo un toldo de rayas, había un revoltijo de sillas y mesas, y en cada mesa, sobre el mantel de cuadros, un jarrón con una flor bonita y colorida. Se le hizo la boca agua. Le habría gustado que su madre estuviera con ella.

A ambos lados de la pastelería, otros escaparates prometían a las mujeres de los granjeros una bocanada de vida cosmopolita: entallados vestidos de tarde, sombreros de ala flexible, bolsos con borlas y zapatos de tacón gatito. Alice movió los dedos de los pies, que asomaban por la punta de sus sandalias. Nunca había visto a su madre vestida con el tipo de ropa que llevaban los maniqués de aquellos escaparates; su madre solo tenía un conjunto para ir al pueblo: un vestido de poliéster granate de manga larga y unos zapatos planos de cuero marrón, el resto del tiempo llevaba vestidos holgados de algodón que se confeccionaba ella misma y casi siempre iba descalza, igual que Alice.

Desvió la mirada hacia el cruce que tenía delante, donde una mujer y una niña esperaban el semáforo para atravesar. La mujer le daba la mano a la niña y le cargaba la mochila rosa. La niña llevaba unos zapatos negros y relucientes y unos calcetines blancos con volantes que le llegaban a los tobillos. Tenía el pelo recogido en dos pulcras trenzas rematadas con sendos lazos. Alice no conseguía dejar de mirarla. Cuando cambió el semáforo, la mujer y la niña cruzaron la calle y entraron en la pastelería atravesando la cortina de cuentas. Al poco rato volvieron a salir con unos batidos cremosos y dos grandes trozos de pastel. Se sentaron a la mesa que habría elegido Alice, la de la gerbera amarillo chillón, y se pusieron a beber de sus vasos sonriéndose la una a otra, ambas con un bigotillo de leche sobre el labio.

Hacía un sol abrasador y a Alice le molestaba tanta luz. Estaba a punto de abandonar, dar media vuelta y regresar corriendo a su casa, pero entonces se fijó en una palabra grabada en la fachada de piedra de un edificio al otro lado de la calle:

BIBLIOTECA

Ahogó un grito y corrió hacia el semáforo. Pulsó varias veces el botón, como le había visto hacer a la niña, hasta que el semáforo se puso verde y pudo pasar. Cruzó la calle corriendo y entró en la biblioteca empujando la pesada puerta.

En el vestíbulo, se dobló por la cintura, jadeando. El aire fresco le acarició la piel caliente y cubierta de sudor. Poco a poco, su corazón volvió a latir a un ritmo normal. Se apartó el pelo de la frente, quemada por el sol, y ahuyentó de su mente a la mujer y a la niña junto a la alegre y chillona gerbera. Iba a alisarse el vestido cuando se dio cuenta de que todavía iba en camión: no se había acordado de vestirse antes de salir de casa. Desconcertada, sin saber qué hacer ni adónde ir, se quedó plantada donde estaba, pellizcándose las muñecas hasta dejarlas en carne viva: ese dolor externo apaciguaba su dolorosa confusión interior. No paró hasta que unas danzarinas luces de colores aparecieron ante sus ojos.

Cruzó el vestíbulo de puntillas y entró en la sala principal de la biblioteca, mucho más ancha y alta. Unas vidrieras de colores que teñían los rayos del sol atrajeron su mirada; en ellas, una niña con una capucha roja caminaba por un bosque, una chica se alejaba en un carruaje y dejaba atrás un solitario zapato de cristal, una sirenita triste contemplaba desde el mar a un hombre que estaba en la orilla. Alice sintió una profunda emoción.

—¿Te puedo ayudar en algo?

Alice bajó la vista de las vidrieras y la dirigió hacia aquella voz: una joven con una larga melena y una amplia sonrisa en los labios estaba sentada a una mesa octogonal. Alice caminó de puntillas hacia ella.

—Ah, no hace falta que camines de puntillas —dijo la mujer riendo y resoplando un poco—. Si tuviera que ser tan silenciosa, yo no habría durado aquí ni un día. Me llamo Sally, me parece que no te había visto nunca.

Alice pensó que los ojos de Sally se parecían al mar en un día soleado.

—¿Verdad que no?

Alice negó con la cabeza.

—¡Ah, pues qué bien! ¡Una amiga nueva! —Sally dio una palmada. Llevaba las uñas pintadas de un rosa nacarado.

Hubo una pausa.

—¿Y cómo te llamas? —añadió Sally por fin.

Alice la miró agachando un poco la cabeza.

—No seas tímida. Las bibliotecas son muy acogedoras: aquí todo el mundo es bienvenido.

—Me llamo Alice —masculló ella.

—¿Alice?

—Alice Hart.

Una sombra pasó fugazmente por la cara de Sally, que carraspeó y dijo:

—Muy bien, Alice Hart. ¡Qué nombre tan mágico! Bienvenida. Será un placer enseñarte la biblioteca. —Entonces se fijó en el camisón de Alice. Volvió a mirarla a la cara y preguntó—: ¿Has venido con tus padres?

Alice negó con la cabeza.

—Ya. Dime una cosa, ¿cuántos años tienes, Alice?

A Alice le ardían las mejillas. Al final, le mostró cinco dedos de una mano y dos de la otra.

—Qué casualidad, Alice. Resulta que a partir de los siete años ya puedes tener tu propio carnet de la biblioteca.

Alice levantó la cara.

—¡Mira! ¡Estás radiante como el sol! —dijo Sally guiñándole un ojo.

Alice se tocó las ardientes mejillas. Radiante.

—Voy a buscar un impreso y lo rellenaremos juntas. —Sally le tocó el brazo a Alice—. ¿O quieres preguntarme algo primero?

Ella se lo pensó e hizo un gesto afirmativo.

—Sí. ¿Me puede enseñar el jardín donde crecen los libros, por favor? —Alice sonrió con alivio porque su voz había encontrado un camino para salir esquivando la vaina que tenía atascada en la garganta.

Sally escudriñó su rostro un momento y luego rio por lo bajo.

—¡Alice! ¡Qué graciosa eres! Me parece que tú y yo nos vamos a llevar muy bien.

Alice, desconcertada, se limitó a sonreír.

Sally la llevó a dar un paseo de media hora por la biblioteca y le explicó que los libros vivían en las estanterías y no en un jardín. Las numerosas estanterías llamaron la atención de Alice, ¡cuántos libros! Al cabo de un rato, Sally dejó a Alice sentada en una gran butaca junto a una de aquellas estanterías.

—Curiosear todo lo que quieras y escoge unos cuantos libros. Si necesitas algo, estaré allí. —Señaló su mesa.

Alice, que ya tenía un libro en el regazo, asintió con la cabeza.



A la bibliotecaria le temblaban las manos cuando descolgó el teléfono. Mientras marcaba el número de la comisaría, se inclinó hacia delante para asegurarse de que Alice no la hubiera seguido, pero esta continuaba sentada en la butaca. Las gastadas suelas de sus sandalias asomaban por debajo del sucio dobladillo de su camisón. Sally tenía el formulario de inscripción de Alice en las manos y ahogó un grito al cortarse la yema del dedo con el filo. Con ojos llorosos, se chupó la sangre del dedo. Alice era la hija de Clem Hart. Ahuyentó ese nombre de su pensamiento y se apretó el auricular contra la oreja. «Contesta, contesta, contesta». Su marido contestó por fin.

—Hola, John. Soy yo. No, no. Mira, escúchame, tengo aquí a la hija de Clem Hart. Debe de haber pasado algo. Va en camisón, John. —Intentó controlarse—. Y muy sucia. —Tragó saliva—. Y tiene los bracitos llenos de moratones. —Escuchó la tranquilizadora voz de su marido, asintiendo lentamente y enjugándose las lágrimas—. Sí, creo que ha venido andando desde la finca. ¿Cuánto debe de haber? ¿Cuatro kilómetros? —Sorbió por la nariz y sacó un pañuelo de debajo de la manga—. Vale. Sí, sí, me encargaré de que no salga de aquí.

El auricular resbaló en su mano sudorosa, pero logró colgar.



Alice añadió un libro más a la torre semicircular que había construido a su alrededor.

—¿Alice?

—Me gustaría llevarme todos estos a casa, Sally, por favor —dijo Alice con entusiasmo, haciendo un ademán con el brazo.

Sally la ayudó a desmontar su torre de libros y a devolverlos a los estantes y le explicó dos veces cómo funcionaba el préstamo de la biblioteca. Alice se quedó atónita al enterarse de que solo podía escoger unos pocos títulos. Sally miró la hora. La luz que entraba por las ventanas del piso superior se había atenuado y proyectaba colores pastel.

—¿Quieres que te ayude a escoger?

Alice asintió agradecida. Quería leer libros sobre el fuego, pero no se atrevía a decirlo.

Sally se agachó hasta que sus ojos quedaron a la altura de los de Alice y le preguntó un par de cosas: cuál era su lugar favorito (el mar), cuál era la vidriera de la biblioteca que más le gustaba (la de la sirena)... Entonces le señaló con el dedo un libro delgado de tapa dura con letras de color bronce en el lomo y lo sacó del estante.

—Creo que este te encantará: trata sobre *selkies*.

—*Selkies* —repitió Alice.

—Ya lo verás —dijo Sally—. Son mujeres del mar que pueden desprenderse de su piel y convertirse en algo completamente diferente.

A Alice se le puso la piel de gallina. Cogió el libro y lo apretó contra su pecho.

—A mí leer me da hambre —dijo de pronto Sally—. ¿Tú tienes hambre, Alice? Tengo unos bollos con mermelada y también té. ¿Te apetece una taza?

Al oírla mencionar los bollos, Alice se acordó de su madre. De pronto sintió una imperiosa necesidad de estar en su casa, pero por lo visto Sally quería que se quedara un rato más.

—¿Puedo ir al baño?

—Claro. El de chicas está al final de ese pasillo a la derecha, ¿quieres que te acompañe?

—No, gracias. —Alice sonrió dulcemente.

—Vale, pues te espero aquí. Nos comeremos los bollos, ¿de acuerdo?

Alice se fue por el pasillo y abrió la puerta de los servicios. Esperó un momento y entonces volvió a asomar la cabeza para ver si Sally estaba sentada a su mesa, pero no: la mesa estaba vacía. De un poco más lejos llegaba ruido de platos y cubiertos. Alice se escabulló hacia la puerta de la calle.

Mientras corría hacia su casa atravesando el cañaveral, notaba su carnet de la biblioteca en el bolsillo del camión; para ella era como una de las flores de su madre. El libro sobre *selkies* iba dando botes en su mochila, los rayos del sol brillaban a su alrededor y también en su interior. Alice estaba tan entretenida imaginando cuánto le iba a gustar a su madre aquel libro de la biblioteca que no se dio cuenta de que, cuando llegara a casa, su padre ya habría regresado del trabajo.

SIEMPREVIVA VISCOSA

Significado: Mi amor no te abandonará
Xerochrysum viscosum / Nueva Gales del Sur y Victoria

Estas flores, que parecen de papel, lo mismo son de un verde limón que doradas, naranja con manchas blancas o de un color bronce rojizo. Se pueden cortar, secar y conservar sin que pierdan sus preciosos colores.

Un mes después de que descubriera la biblioteca, Alice estaba jugando en su habitación cuando oyó que su madre la llamaba.

—Tenemos que ir a arrancar malas hierbas, Bicho.

Hacía una tarde muy agradable y unas mariposas de color naranja revoloteaban por el jardín. Su madre le sonrió por debajo del ala ancha y flexible de su sombrero: era la misma sonrisa que utilizaba para recibir a su padre cuando llegaba a casa: «Todo va bien, todo está en orden, no pasa nada». Alice le devolvió la sonrisa, aunque se fijó en que su madre hacía una mueca y se tocaba las costillas cuando se agachó para arrancar una mala hierba.

Las cosas no habían ido muy bien desde el día de la biblioteca: Alice pasó varios días sin poder sentarse después de que su padre le pegara con el cinturón. También le rompió el carnet de la biblioteca por la mitad y le confiscó el libro, pero Alice ya se lo había leído de un tirón. Absorbió las historias acerca de *selkies* y su piel mágica, que se disolvieron en ella como el azúcar sobre la lengua. Los cardenales se le curaron y su padre solo le pegó esa vez: prefería descargar su rabia con la madre de Alice. En más de una ocasión, Alice se había despertado en plena noche por culpa de los ruidos que se oían en el dormitorio de sus padres, sonidos desagradables que la dejaban paralizada. Esas noches se quedaba en la cama, tapándose los oídos, deseando huir a sus sueños, en los que muchas veces corría con su madre hasta la playa, donde ambas se desprendían de su piel antes de zambullirse. Nadaban juntas y solo miraban atrás una vez antes de seguir hacia mar abierto. En la orilla, la piel que habían mudado se convertía en flores secas que el viento dispersaba entre las conchas y las algas.

—Toma, Alice. —Su madre le dio otro manojo de malas hierbas y volvió a hacer una mueca de dolor.

Tenía la cara enrojecida en su afán de limpiar el jardín hasta que no quedara ni una sola mala hierba, de limpiarlo definitivamente para que su madre pudiera dedicarse a hablar con sus flores en aquella lengua secreta.

—¿Y esta, mamá? ¿Es una mala hierba?

Su madre no le contestó: estaba inquieta como las mariposas. No paraba de desviar la mirada hacia el camino de la casa, por si aparecían aquellas reveladoras nubes de polvo.

Al final aparecieron.

El padre salió por la puerta del conductor, arrogante, con su sombrero Akubra colgando a la espalda. La madre de Alice se levantó para recibirlo; tenía tierra en las rodillas y un manojo de dientes de león en el puño, cuyas raíces temblaron cuando él se agachó para besarla. Alice miró para otro lado. Que su padre estuviera de buen humor era como un chaparrón en un día soleado: costaba creerlo. La mirada de Alice se encontró con la de su padre, que le sonrió.

—Todos lo hemos pasado un poco mal desde el día que te escapaste, ¿verdad, Bichito? —dijo él, agachándose a su lado con el sombrero detrás de la espalda—. Pero me parece que ya has aprendido la lección y no te volverás a escapar.

A Alice se le encogió el estómago.

—He estado pensándolo —continuó el padre— y creo que deberíamos devolverte el carnet de la biblioteca.

Alice lo miró con congoja.

—Si me prometes que obedecerás las normas, estoy dispuesto a ir a la biblioteca y traerte libros. Y para ayudarte a cumplir esa promesa, he pensado que quizá te viniera bien tener un poco de compañía en casa.

Su padre no la miraba a ella mientras hablaba, miraba a su mujer, que permanecía quieta, sin parpadear, con una sonrisa forzada en los labios. Por fin, su padre miró a Alice y le tendió el sombrero. Alice lo cogió y se lo puso en el regazo.

En el hueco del sombrero había una bola de pelusa blanca y negra. La niña lanzó un grito. El cachorro apenas abría los ojos, pero ya se apreciaba que eran de color azul pizarra, como el mar en invierno. Se incorporó, emitió un ladrido agudo y luego le mordisqueó la nariz a Alice. Ella chilló de alegría: aquel animal era su primer amigo. El cachorro le lamió la cara.

—¿Qué nombre le vas a poner, Bicho? —le preguntó su padre, balanceándose sobre los talones para levantarse. Alice no supo interpretar la expresión de su cara.

—*Tobías* —decidió—, pero lo llamaré *Toby*.

Su padre rio y dijo:

—Como tú digas. ¡*Toby*!

—¿Quieres cogerlo, mamá? —preguntó Alice.

Su madre asintió y se acercó para coger el cachorrito.

—Qué pequeño es —exclamó sin poder disimular su sorpresa—. ¿De dónde lo has sacado, Clem? ¿Estás seguro de que no es demasiado pequeño? ¿Ya sabrá comer solo?

Su padre la fulminó con la mirada y el rostro de su madre se ensombreció.

—Claro que no es demasiado pequeño —dijo apretando la mandíbula. Agarró por el pellejo del cuello a *Toby*, que gimió débilmente, y se lo lanzó a Alice.

Más tarde, asustada, Alice se refugió entre los helechos de su madre con el cachorrito acurrucado contra su corazón y trató de no escuchar los ruidos que llegaban de dentro de la casa. *Toby* le lamía la barbilla, donde se acumulaban sus

lágrimas, mientras el viento recorría el cañaveral y llevaba su aroma dulzón hasta el mar.



El humor del padre de Alice cambiaba como las estaciones. Después de que le rompiera los tímpanos a *Toby*, Alice se dedicó a enseñarle al cachorro el lenguaje de signos. Ella había cumplido ocho años, había pasado a tercer grado de educación en casa y se leía un montón de libros de la biblioteca dos semanas antes de la fecha de devolución. Su madre cada vez pasaba más tiempo en el jardín, murmurando a sus flores.

Un día, hacia finales de invierno, desde el mar empezó a soplar un viento tan feroz que Alice temió que derribara la casa, como sucedía en los cuentos. De pie en el escalón de la puerta, *Toby* y ella vieron a Clem sacar su tabla de *windsurf* del garaje.

—Sopla un viento del noroeste de por lo menos cuarenta nudos, Bichito —dijo mientras se apresuraba a cargar todo el equipo en la trasera de la camioneta—, eso no pasa todos los días. —Sacudió las telarañas de la vela de *windsurf*.

Alice asintió mientras le acariciaba las orejas a *Toby*. Sabía que aquello no era normal: solo había visto a su padre prepararse para surcar el mar impulsado por el viento en contadas ocasiones. Y nunca la había dejado ir con él.

Clem puso el motor en marcha.

—Vamos, Bichito. Me parece que hoy voy a necesitar un amuleto. Date prisa —dijo, asomando la cabeza por la ventanilla del conductor.

Aunque la mirada salvaje de su padre le producía inquietud, la increíble alegría que le daba que la invitara a acompañarlo hizo que se pusiera rápidamente en marcha. Fue corriendo a su dormitorio a vestirse, pasó al lado de su madre seguida de cerca por *Toby* y le dijo adiós sin detenerse. Su padre aceleró y salió derrapando por el camino en dirección a la bahía.



Una vez en la playa, el padre de Alice se puso el arnés y arrastró la tabla hasta la orilla. Alice se quedó atrás, pero cuando su padre la llamó, siguió el profundo surco que había dejado la quilla de la tabla en la arena hasta el agua. Él empujó la tabla hacia las olas y orientó la vela contra el viento. Se le marcaban las venas de los antebrazos a causa del esfuerzo. Alice se quedó de pie con el agua por encima de las rodillas, sin saber qué iba a pasar. Su padre se preparó para saltar sobre la tabla y entonces miró a su hija con las cejas arqueadas y una gran sonrisa en los labios. El corazón de Alice latía a toda velocidad. Su padre le hizo una señal con la cabeza. *Toby* se paseaba de un lado a otro por la orilla sin parar de ladrar. Ella levantó un brazo y le hizo un gesto: «Tranquilo». Era la primera vez que su padre le pedía que lo acompañara y no se atrevía a rechazar la invitación.

Echó a correr hacia el mar, hacia su padre, y justo entonces le llegó la voz de su madre. Alice se dio la vuelta y la vio de pie en lo alto de las dunas, gritando su nombre y agitando los brazos frenéticamente, con el chaleco salvavidas de Alice, de color naranja fosforescente, en una mano. Sus gritos, al principio comedidos, fueron adquiriendo un tono de alarma. *Toby* la vio desde la orilla y fue corriendo hacia ella. En el agua, el padre de Alice ahuyentaba la preocupación de su madre agitando una mano como si un mosquito revoloteara alrededor de su cara.

—No necesitas chaleco salvavidas. Ya tienes ocho años. Cuando yo tenía ocho años era el rey del mambo. —Le hizo una seña con la cabeza y añadió—: Venga, súbete, Bichito.

Alice sonreía de oreja a oreja. La atención de su padre era hipnótica.

Clem la subió a la tabla sujetándola firmemente por las axilas y la colocó en la parte delantera, donde Alice recibía todo el viento en la cara. Luego se tumbó y remó con los brazos para salir del rompiente. Había peces plateados que nadaban a gran velocidad por el bajío. El viento soplaba con fuerza y el agua salada hacía que a Alice le escocieran los ojos. Volvió la cabeza una vez y vio a su madre en la orilla, empequeñecida por la extensión del mar que ya las separaba.

Una vez en aguas más profundas, de color turquesa, su padre se puso de pie sobre la tabla y metió los dedos de los pies en las correas. Alice se sujetaba con fuerza a los bordes, los cantos rugosos le arañaban las palmas de las manos. Su padre levantó la vela usando las piernas para mantener el equilibrio. Se le veían los tendones y los músculos tensos bajo la piel de las pantorrillas.

—Siéntate entre mis pies —le dijo a Alice. Ella fue desplazándose poco a poco por la tabla hacia él—. Agárrate. —La niña le rodeó las piernas con los brazos.

Hubo un momento de calma; todo se quedó quieto y de color azul verdoso. De pronto, el viento infló la vela y Alice recibió una rociada de agua salada en la cara. El mar resplandecía. La tabla surcaba las olas, zigzagueando por la bahía. Alice echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos; el sol le calentaba la piel, las gotas de agua le hacían cosquillas en la cara, el viento le pasaba los dedos por la larga melena.

—¡Mira, Alice! —le gritó su padre.

Un banco de delfines nadaba a su lado, saltando de vez en cuando fuera del agua. Alice gritó de felicidad y se acordó del libro de las *selkies*.

—Ponte de pie y los verás mejor —dijo su padre.

Sujetándose a sus piernas, Alice se levantó, temblorosa, hechizada por la belleza de los delfines, que se deslizaban libres y tranquilos por el agua. Se soltó tímidamente de su padre e intentó mantener el equilibrio. Extendió los brazos y movió la cintura en círculos al tiempo que giraba las muñecas, imitando a los delfines. Su padre, radiante, lanzaba aullidos al viento. Al ver la felicidad reflejada en su rostro, Alice se puso eufórica.

Salieron a toda velocidad de la bahía y llegaron al canal, donde un barco de turistas daba media vuelta para regresar al puerto. En la cubierta se disparó el flash de

una cámara. Su padre los saludó con la mano.

—Baila otra vez el hula-hop para que te vean —dijo el padre de Alice—. Nos están mirando, Alice. Hazlo, corre.

Ella no entendió lo que significaba «el hula-hop»; ¿se refería a la danza de los delfines? Además, el apremio de la voz de su padre la desconcertó. Miró la proa del barco y luego volvió a mirarlo a él. Ese momento de vacilación fue su error; vio que el rostro de su padre se ensombrecía. Gateó hasta el extremo de la tabla e intentó recuperar el tiempo que había perdido. Se levantó insegura y empezó a mover la cintura en círculos y a girar las muñecas, pero era demasiado tarde. El barco se alejaba de ellos; los flashes de las cámaras se reflejaban en el agua, pero en otra dirección. Alice sonrió esperanzada. Le temblaban las rodillas. Miró de reojo a su padre y vio que apretaba la mandíbula.

Cuando él le dio la vuelta a la vela y empezaron a navegar en la dirección opuesta, Alice estuvo a punto de caerse. El sol la deslumbraba y le quemaba la piel. Se puso en cuclillas y se agarró a los bordes de la tabla. El viento llevaba hasta ellos la voz de su madre, que los llamaba sin cesar mientras ellos cruzaban el canal y regresaban a la bahía. Se habían levantado grandes olas de color verde oscuro. Su padre no decía nada, Alice fue deslizándose hacia él. Cuando volvió a acurrucarse entre sus pies y se sujetó a sus pantorrillas, notó que uno de los músculos de su padre temblaba bajo la piel. Alzó la vista y lo miró, pero su rostro no revelaba nada. Alice reprimió las lágrimas: lo había estropeado todo. Se agarró aún más fuerte a las piernas de su padre.

—Lo siento, papá —dijo con un hilo de voz.

Notó un empujón en la espalda, breve pero firme. Cayó hacia delante, a las frías aguas del mar, gritando, y las olas se la tragaron. Salió a la superficie farfullando, chillando y tosiendo, tratando de escupir para librarse de la sensación de quemazón del agua salada en los pulmones. Pataleó con fuerza y levantó los brazos como su madre le había enseñado a hacer en caso de quedar atrapada en una corriente. No muy lejos, su padre seguía navegando con la tabla de *windsurf*. La miraba. Tenía la cara tan blanca como las crestas de las olas. Alice continuó pataleando para mantenerse a flote. Su padre volvió a cambiar la vela de lado con un rápido movimiento. «Ya vuelve», pensó Alice lloriqueando, aliviada. Pero cuando la vela se infló y su padre pasó de largo, ella dejó de patalear, sin dar crédito, y empezó a hundirse. Cuando el agua le cubrió la nariz, movió los brazos y las piernas con fuerza, intentando salir a la superficie.

Estaba a merced de la corriente, que la hacía subir y bajar. De pronto, atisbó a su madre entre las olas: Agnes se había lanzado al agua y nadaba todo lo rápido que podía. Al verla, Alice recuperó las fuerzas. Siguió pataleando hasta que notó un ligero cambio de la temperatura del agua y comprendió que estaba acercándose a la orilla. Su madre llegó a su lado, chapoteando frenética, y se agarró a ella como si su hija fuera un chaleco salvavidas. Cuando ambas notaron la arena, firme y segura bajo

sus pies, Alice se detuvo y empezó a vomitar bilis en medio de fuertes arcadas. Le costaba respirar y sentía dormidos los brazos y las piernas. Los ojos de su madre estaban tan opacos como un trozo de cristal marino. Llevó a Alice en brazos hasta la orilla y la envolvió con el vestido que se había quitado y dejado tirado en la arena antes de meterse en el agua. Se meció con ella hasta que paró de llorar. *Toby*, afónico de tanto ladrar, gemía mientras le lamía la cara a la niña, que lo acariciaba sin fuerzas. Temblaba de frío, así que su madre la cogió de nuevo en brazos y la llevó hasta la casa sin decir una palabra.

Cuando se marcharon de la playa, Alice miró hacia atrás y vio las frenéticas huellas que su madre había dejado en la orilla. A lo lejos, en el mar, la vela de su padre surcaba las olas, brillante bajo el sol.



Nadie habló de lo ocurrido ese día. En las siguientes semanas Clem, en vez de ir a la casa al volver del cañaveral, redimía su culpa retirándose a su cobertizo. En las comidas estaba distante, pero se mostraba inquietantemente cortés. Estar con él era como estar a la intemperie durante una tormenta y vigilar constantemente el cielo. Nerviosa, Alice soñaba con huir con su madre y con *Toby* a los escenarios de los cuentos de su madre, donde la nieve cubría la tierra como el azúcar blanco y había ciudades antiguas y luminosas construidas en el agua. Pero las semanas se convirtieron en meses, el verano fue dejando paso al otoño y no hubo más estallidos de cólera. Su padre era como un mar en calma. Le fabricó un pupitre. Alice empezó a pensar que tal vez había dejado las partes más turbulentas de sí mismo allá fuera, en las aguas profundas, el día en que ella había visto cómo el océano se volvía verde oscuro.



Una mañana clara, durante el desayuno, su padre anunció que el fin de semana siguiente iría al sur, a la ciudad, a comprar un tractor nuevo. Iba a perderse el noveno cumpleaños de Alice, era inevitable. Su madre asintió y se levantó para recoger la mesa. Alice balanceaba las piernas y se tapaba la cara con el pelo mientras digería la noticia: su madre, *Toby* y ella podrían pasar todo el fin de semana juntos... solos... en paz. Ese era el mejor regalo de cumpleaños que habría podido soñar.

La mañana que su padre se marchó, su madre y ella salieron a despedirlo juntas. Incluso *Toby* se quedó sentado, muy quieto, hasta que se esfumaron las nubes de polvo que la camioneta levantaba y dejaba atrás. La madre de Alice permaneció un buen rato mirando el camino desierto.

—Bueno —dijo por fin, cogiendo la mano de su hija—. Este fin de semana es todo tuyo, Bicho. ¿Qué te apetece hacer?

—¡De todo! —dijo Alice con una gran sonrisa.

Empezaron por la música. Su madre sacó un montón de discos viejos y Alice cerró los ojos mientras escuchaba y se balanceaba.

—Si pudieras elegir cualquier cosa, ¿qué te gustaría comer? —le preguntó su madre.

Alice arrastró una silla de la cocina a la encimera para subirse y estar a la misma altura que su madre. Juntas prepararon galletas Anzac de avena y coco tal como a ella le gustaban: crujientes por fuera y blandas por dentro, con mucha miel de caña. Alice se comió más de la mitad de la masa cruda compartiendo cucharadas con *Toby*.

Mientras las galletas se hacían en el horno, Alice se sentó entre las piernas de su madre y esta le cepilló lentamente el pelo produciendo un sonido parecido al de las alas de los pájaros. Después de contar cien pasadas del cepillo, Agnes se inclinó hacia delante y le preguntó algo al oído. Alice asintió emocionada. Su madre salió de la cocina y, al cabo de un momento, volvió y le pidió que cerrara los ojos. Ella sonrió y disfrutó al sentir los delicados dedos de Agnes moviéndose por su pelo. Cuando terminó, su madre la llevó a otra habitación.

—Muy bien, Bicho, ya puedes abrir los ojos —dijo con voz cantarina.

Alice esperó hasta que ya no pudo aguantar ni un segundo más. Abrió los ojos y gritó de emoción al verse reflejada en el espejo: tenía una corona de hibiscos de intenso color naranja alrededor de la cabeza. Le costó reconocerse.

—Feliz cumpleaños, Bichito. —A su madre le temblaba la voz.

Alice le dio la mano y se quedaron juntas delante del espejo. Entonces, unas gruesas gotas de lluvia empezaron a caer en el tejado. Agnes se levantó y se acercó a la ventana.

—¿Qué pasa, mamá?

Agnes sorbió por la nariz y se enjugó una lágrima.

—Ven conmigo, Bichito —dijo—. Quiero enseñarte una cosa.

Esperaron en el umbral de la puerta trasera hasta que pasaron las nubes de tormenta. El cielo estaba de color violeta y la luz se había vuelto plateada. Alice siguió a su madre al jardín, brillante después de la lluvia. Se acercaron a un arbusto que Agnes había plantado no hacía mucho. La última vez que Alice lo había visto no era más que una mata de hojas de un verde brillante. Ahora, después de la lluvia, estaba lleno de fragantes flores blancas. Alice las contempló atónita.

—Ya me imaginaba que te gustarían —dijo su madre.

—¿Es magia? —Alice estiró una mano para tocar un pétalo.

—Sí, la magia más bonita que hay: la magia de las flores.

Alice se inclinó para acercarse lo máximo posible.

—¿Qué son, mamá?

—Lirios de lluvia. Me recuerdan la noche en que tú naciste. Solo florecen después de un fuerte aguacero.

Alice se agachó un poco más y las examinó minuciosamente. Los pétalos se abrían por completo, dejando los estambres y pistilos al descubierto.

—¿No florecen si no llueve? —preguntó enderezándose.

Su madre lo pensó un instante y luego asintió con la cabeza.

—Cuando iba en la camioneta de tu padre la noche que naciste, había matas silvestres en los bordes de la carretera. Recuerdo que las vi florecer bajo la tormenta.

Desvió la mirada, pero Alice vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Alice... —continuó—. Planté aquí estos lirios de lluvia por una razón.

Alice asintió.

—Son un símbolo de esperanza, de la recompensa que puede llegar después de la adversidad. —Agnes se puso una mano sobre el vientre.

Alice asintió de nuevo con la cabeza sin haber entendido todavía.

—Voy a tener otro bebé, Bicho: vas a tener un hermano o hermana con quien podrás jugar, a quien podrás cuidar. —Arrancó unos lirios de lluvia y se los puso en la punta de la trenza a Alice. La niña agachó la cabeza y contempló su tierno corazón abierto y vulnerable.

—¿Verdad que es una buena noticia? —preguntó Agnes. Alice veía los lirios de lluvia reflejados en los ojos de su madre—. ¿Qué dices?

Ella le hundió la cara en el cuello, cerró los ojos y apretó mucho los párpados. Aspiró el aroma de la piel de su madre e hizo un esfuerzo para no llorar. Saber que existía una magia capaz de hacer que nacieran flores y bebés después de la tormenta le produjo un profundo temor: en el mundo había más cosas preciosas que su padre podía estropear.



Aquella noche, el tiempo seguía estando alterado y se desató otra tormenta. Al despertar a la mañana siguiente, Alice y *Toby* vieron que una lluvia torrencial golpeaba las ventanas y hacía temblar la puerta de la calle. Alice bostezó y se paseó por la casa intentando no contar las horas que quedaban hasta que su padre volviera y soñando con desayunar tortitas. Pero la cocina estaba a oscuras. Desconcertada, buscó a tientas el interruptor de la luz y la encendió. El lugar estaba frío y vacío. Corrió a la habitación de sus padres y esperó a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Cuando comprendió que su madre se había marchado, salió de la casa llamándola a gritos. Al cabo de unos segundos ya estaba empapada. *Toby* se puso a ladrar. A través de la cortina de lluvia, Alice distinguió el vestido de algodón de su madre, que desaparecía entre las matas de plantas de sal del jardín delantero, camino del mar.

Cuando Alice llegó a la playa, su madre ya se había quitado la ropa y la había dejado tirada en la arena. No paraba de llover y apenas se veía nada, pero distinguió a su madre en el agua. Había nadado tan lejos que no era más que un puntito entre las olas, hundiéndose, emergiendo y abriéndose paso a duras penas, como si librara una batalla. Al cabo de un buen rato, dejó que las olas la arrastraran mar afuera y le gritó rabiosamente al mar cuando la depositó en la orilla.

Alice se echó la ropa de su madre sobre los hombros como si fuera una capa y gritó su nombre hasta quedarse sin voz, pero Agnes no dio muestras de oírla. Se levantó de la arena, desnuda y extenuada. La vista de su desnudez dejó muda a Alice. La lluvia caía con fuerza sobre ambas. *Toby* ladraba y corría de un lado a otro. Alice no podía apartar la mirada del cuerpo de su madre: tenía el vientre más abultado de lo que Alice imaginaba, y también tenía cardenales que le cubrían las clavículas, los brazos, las costillas, las caderas y la cara interna de los muslos, como los líquenes marinos que se adherían a las rocas. Alice se había equivocado al creer que en todo aquel tiempo no había habido tormentas.

—Mamá —dijo Alice rompiendo a llorar. Intentó enjugarse las lágrimas y la lluvia de la cara, pero era imposible. Los dientes le castañeteaban de miedo y emoción—. Creía que no ibas a volver.

Su madre la miró como si fuera transparente. Tenía los ojos grandes y oscuros y las pestañas pegadas unas a otras. Se quedó así, mirando sin ver, largo rato. Al final parpadeó y habló.

—Ya sé que estabas preocupada, lo siento. —Le quitó la ropa a Alice de los hombros y volvió a ponérsela sobre la piel mojada—. Vamos, Bicho —dijo—. Volvamos a casa.

Le dio la mano y regresaron caminando juntas por la arena, bajo la lluvia. Pese a los fuertes temblores que la sacudían, Alice se concentró en no soltar la mano de su madre.



Al cabo de unas semanas, justo antes de aquella tarde en que Alice leyó sobre el fénix, su madre y ella estaban en el jardín, entre los plantones de calabazas y guisantes. En el horizonte se veían jirones de humo negro.

—No te preocupes, Bicho —dijo su madre, rastrillando la tierra que acababa de echar en el huerto—: es una quema controlada en una granja.

—¿Quema controlada?

—En todas partes del mundo la gente utiliza el fuego para cultivar plantas —le explicó su madre.

Alice se puso en cuclillas en el sitio donde había estado arrancando malas hierbas de la tierra recién removida y meditó, asombrada, sobre lo que su madre le acababa de decir.

—De verdad —prosiguió su madre, apoyándose en el rastrillo—. Quemar plantas y árboles para hacerles sitio a las plantas nuevas. Además, las quemas controladas reducen el riesgo de que se produzcan incendios.

Alice se abrazó las rodillas.

—Entonces ¿un incendio pequeño puede parar uno más grande? —preguntó, pensando en el libro de la biblioteca que tenía en su pupitre sobre hechizos que

convertían a los sapos en príncipes, a las niñas en pájaros y a los leones en corderos —. ¿Como los hechizos?

Su madre colocó unos plantones en una franja de tierra nueva.

—Sí, supongo que es una especie de hechizo para transformar una cosa en otra. Incluso existen semillas que necesitan el fuego para germinar y flores que lo necesitan para crecer: las orquídeas, los robles del desierto... —Se sacudió las manos y se apartó el pelo de la frente—. Eres muy lista —añadió. La sonrisa se reflejó en sus ojos, lo que no sucedía a menudo. Al cabo de un momento, siguió ocupándose de sus plantones.

Alice también se puso a trabajar, pero sin dejar de observar a su madre con el rabillo del ojo, recortada contra el sol de la tarde, y deseando que brotaran cosas nuevas de la nada. Cuando su madre miró a su alrededor y, con solo ver el cobertizo, dejó de sonreír, Alice comprendió con súbita claridad que tenía que encontrar el hechizo adecuado, el fuego adecuado en la estación adecuada, para transformar a su padre y convertirlo en otra cosa.

FLOR DE MAÍZ

Significado: Lloro tu ausencia

Brunonia australis / Todos los Estados y Territorios de Australia

Planta perenne que crece en arbustales, bosques abiertos y planicies arenosas. Suele florecer en primavera. Las flores, de distintos tonos de azul, se desarrollan en grupos hemisféricos sobre un tallo largo. Es difícil de cultivar y puede morir al cabo de pocos años.

—Alice, ¿me oyes? Estoy aquí —oyó que decía la voz suavemente.

Recobraba el conocimiento y volvía a perderlo: solo estaba consciente durante breves momentos en los que percibía algún detalle de su entorno: los intensos olores a antiséptico y desinfectante, la luminosidad de una habitación de paredes blancas, el perfume suave de las rosas, las ásperas sábanas almidonadas, unos pitidos rítmicos a un lado, unos zapatos que chirriaban. Y aquella voz suave.

—No estás sola, Alice. Estoy aquí. Voy a contarte una historia.

Quiso hablar, pero notó la lengua torpe. Se esforzó para contestarle a la voz, para no alejarse del perfume de las rosas, pero enseguida volvió a hundirse en aquellas turbias profundidades; el cieno de los recuerdos hacía que le pesaran los brazos y las piernas.



Una tenue luz ambarina atravesaba el vacío que oprimía a Alice desde todas direcciones. Fue hacia ella. Notó algo duro bajo los pies, como si hubiera tocado el fondo de arena del bajío tras nadar en aguas más profundas. Se dio cuenta de que había llegado a la playa, pero había algo que no encajaba: la hierba de color verde plateado que recubría las dunas estaba chamuscada y humeaba, la arena estaba renegrida y no se veía el mar; Alice nunca había visto una marea tan baja. Movié los pies y sacudió los chamuscados caparazones de cangrejos muertos y las conchas agrietadas de los moluscos, que ya no eran de colores pastel, sino negras. Las cenizas flotaban en el aire como si fueran escamas de las estrellas; se le enganchaban a las pestañas. A lo lejos veía resplandecer la marea baja: brasas anaranjadas bajo un cielo oscuro. El aire estaba caliente y olía mal.

—Estoy aquí, Alice.

Las lágrimas resbalaban, calientes, por sus mejillas.

—Te voy a contar una historia, Alice.

Escudriñó la orilla ennegrecida con un sabor amargo en la boca. Notó el calor en la piel antes de volverse hacia el mar.

Las brasas que brillaban a lo lejos, en el horizonte, estallaron y empezaron a arder. Se alzaron olas de fuego que caían y volvían a elevarse como una estampida de

monstruos en llamas. Le dolía respirar. Un océano de fuego avanzaba hacia ella, atronador, por la arena negra.

El calor de aquellas olas altísimas le abrasaba la cara, pero Alice solo olía las rosas.



Una tras otra, las olas se erguían y se enroscaban, ganando fuerza a medida que avanzaban hacia ella. Alice intentó alejarse gateando, alcanzar la parte más alta de la playa, pero los pies se le hundían en la arena blanda. Atrapada, se dio la vuelta, impotente, mientras aquel océano de fuego, un turbulento muro ardiente, la arrollaba. Sintió una presión en las entrañas, pero cuando inspiró hondo, lo único que salió de sus pulmones fue un grito silencioso formado por diminutas flores blancas.

Flotaba sobre corales y doradas llamas. Entonces vio que aquel mar de fuego era, más bien, un océano de intensa luz. Ondulaba a su alrededor, cambiando constantemente, lanzando fulgores de color aguamarina, salpicaduras violeta, estallidos de un naranja intenso. Alzó las manos y recorrió los colores con los dedos mientras su cuerpo se hundía.



La habitación estaba a oscuras. Las ásperas sábanas estaban muy apretadas. Se respiraba un olor tan fuerte que le escocían la nariz y los ojos. Intentó darse la vuelta, pero no tenía suficiente fuerza; las franjas de luz se transformaron en serpientes gruesas y llameantes que se enroscaban alrededor de su cuerpo, la aprisionaban y la abrasaban. Tosió con fuerza y los pulmones se le encogieron y la dejaron sin aire. El miedo le apagó la voz.

—¿Me oyes, Alice? Estoy aquí.

Estaba fuera de su cuerpo y veía a las serpientes de fuego consumirlo.

—Escucha mi voz.



Sally terminó de leer la última página en voz baja y cerró el libro que tenía en el regazo. Se apoyó en el respaldo de la silla, colocada junto a la cama de hospital de Alice. Le dolía ver su piel pálida y sus magulladuras. Había cambiado mucho, pese a que solo habían pasado dos años desde que había aparecido en la biblioteca, un día de calor sofocante, vestida con un camisón, sucia, descuidada y llena de vida. Ahora yacía inconsciente, con la larga cabellera cubriendo la almohada y los lados de la cama, y parecía salida del libro que Sally tenía en las manos.

—¿Me oyes, Alice? —volvió a preguntar—. Estoy aquí, óyeme.

Escudriñó su rostro y observó sus brazos, que descansaban sobre las sábanas, en busca de alguna señal de movimiento, por pequeña que fuera. No hubo ninguna,

aparte del subir y bajar de su respiración, asistida por las máquinas que pitaban y zumbaban a su lado. Alice tenía la mandíbula floja y cardenales por todo el lado derecho de la cara. El tubo del oxígeno obligaba a su boca a formar una o torcida.

Sally se enjugó una lágrima mientras un pensamiento rondaba por su cabeza como un pez que se muerde la cola: no debería haber perdido de vista a Alice el día en que entró sola en la biblioteca. Pero había otra verdad, más silenciosa, más profunda y más dura: debería haber metido a Alice en su coche y habérsela llevado a su casa, donde habría podido ofrecerle un plato de comida caliente, prepararle una bañera y protegerla de Clem Hart.

Atormentada por los remordimientos, Sally se levantó de un brinco de la silla y se paseó a los pies de la cama.

No debería haberle hecho caso a John cuando le dijo que no tenía derecho a intervenir, no debería haber aceptado la historia que John le había contado: que, después de que Sally llamara a la comisaría desde la biblioteca, un coche patrulla había ido a la finca de los Hart y Agnes había recibido a los dos agentes ofreciéndoles té y galletitas. Por lo visto, Clem había vuelto a casa mientras ellos estaban allí.

—Alice es un poco traviesa —les dijo—, no pasa nada.

Sally había procurado dejar las cosas así por John, pero conocer a Alice tuvo consecuencias incontrolables: ya solo podía pensar en ella. Alrededor de un mes después de que Alice fuera a la biblioteca, Clem entró tan campante por la puerta con el libro de las *selkies* y el carnet de Alice pegado con cinta adhesiva, como si no hubiese pasado nada. Sally se escondió detrás de un montón de libros y dejó que lo atendiera otra persona. Cuando Clem se marchó, ella temblaba tanto que tuvo que marcharse a casa. Se preparó una bañera y se bebió media botella de whisky, pero ni así consiguió tranquilizarse: Clem siempre había ejercido ese efecto sobre ella, Clem era su secreto más oscuro.

Ahora, años más tarde, en el pueblo todos hablaban de Clem Hart, el simpático granjero que había mantenido a su hermosa mujer y a su hija encerradas como en un negro cuento de hadas. «Qué tragedia», exclamaban unos. «Tan jóvenes», decían otros, y evitaban mirarse a los ojos.

El monitor que medía la frecuencia cardíaca pitaba a un ritmo constante. Sally dejó de pasearse. Las venas de los párpados cerrados de Alice parecían diminutos riachuelos violeta bajo su piel translúcida. Sally se abrazó a sí misma. Había conocido a montones de niños en la biblioteca desde la muerte de Gillian, pero ninguno la había dejado tan preocupada como Alice Hart. No era casualidad, por supuesto: era porque Alice era hija de Clem Hart. Desde la noche en que John entró por la puerta y le contó a Sally lo del incendio, ella había ido al hospital todos los días a leerle en voz alta a Alice mientras la policía y los Servicios Sociales hablaban en el pasillo y decidían su futuro. Sally procuraba hablar con voz suave, aunque clara y firme, con la esperanza de que Alice, que debía de estar escondida en algún rincón de sí misma, pudiera oírla.

Se abrió la puerta.

—Hola, Sal. ¿Qué tal está hoy nuestra pequeña guerrera?

—Bien, Brookie. Muy bien.

Brooke revisó las gráficas de Alice y su gotero y sonrió cuando le tomó la temperatura.

—Has conseguido que la habitación huela a rosas. Creo que eres la única persona que conozco que ha usado el mismo perfume toda su vida.

Sally sonrió, reconfortada por el cariño y la confianza de su vieja amiga. Sin embargo, los sonidos de las máquinas no la dejaban relajarse. Como no soportaba su sonido, se puso a hablar.

—Hoy se está portando muy muy bien. Le encantan los cuentos de hadas. —Levantó el libro que había estado leyendo. Le temblaba la mano—. Pero ¿a quién no?

—Claro, ¿a quién no le gustan los finales felices? —dijo Brooke sonriendo.

Sally dejó de sonreír. Sabía, como todo el mundo, que los finales felices no siempre eran lo que parecían.

Brooke la miró a los ojos.

—Ya lo sé, Sal —dijo con ternura—: sé lo difícil que es esto para ti.

Sally se frotó la nariz con la manga.

—En todos estos años no he aprendido nada —dijo—. Yo habría podido salvarla, habría podido hacer algo. Y ahora, mírala. —La barbilla de Sally temblaba de forma incontrolada—. Soy una estúpida.

—No digas eso. —Brooke negó con la cabeza—. No durante mi guardia. No pienso permitir que hables así, ¿entendido? Si yo fuera Agnes Hart, que en paz descansa, te estaría tremendamente agradecida por venir aquí todos los días a hacerle compañía a Alice y leerle cuentos. Tienes un gran corazón.

Al oír el nombre de Agnes, a Sally se le revolvieron las tripas. La había visto algunas veces en aquellos años. En dos ocasiones sentada en el asiento del acompañante de la camioneta de Clem, otra haciendo cola en la oficina de correos... Era una mujer muy menuda y débil: daba la impresión de que en cualquier momento podía desmayarse. Aquella vez, en la cola de correos, la fragilidad de sus hombros le había resultado insoportable. Aparte de otros motivos que pudiera tener para estar en el hospital, sentarse al lado de Alice era lo mínimo que Sally podía hacer por Agnes.

—Ni siquiera me oye. —Sally se dejó caer en la silla. Le dolía la cabeza.

—Tonterías —le espetó Brooke—. Ya sé que tú no crees en eso, pero voy a intentar convencerte. —Le dio un empujoncito cariñoso—. Cada uno de los días que has estado aquí has contribuido a su recuperación, y lo sabes: le está bajando la fiebre y sus pulmones están más limpios. Seguimos vigilando la inflamación cerebral, pero todo va bien. Si sigue así, antes de finales de esta semana le darán el alta.

Sally arrugó el entrecejo. Brooke malinterpretó las lágrimas de su amiga y se inclinó hacia delante para abrazarla.

—Ya lo sé, lo de su abuela es una gran noticia, ¿verdad? —Brooke la estrechó contra sí una vez más y luego se enderezó.

—¿Su abuela? —repitió Sally perpleja.

—¿No lo sabes? Los Servicios Sociales han encontrado a la abuela de Alice.

—¿Qué? —atinó a susurrar.

—En una granja del interior. Un lugar muy remoto, creo. Cultiva flores. Por lo visto, llevan la agricultura en la sangre.

Sally asentía con la cabeza sin cesar.

—Supuse que John te lo habría contado: es él quien ha estado llamándola para organizarlo todo.

Sally se levantó de la silla y recogió apresuradamente sus cosas. Brooke se acercó con cautela para echarle una mano. Sally caminó hasta la puerta negando con la cabeza.

—Lo siento, Sal. —A Brooke le cambió la expresión al comprender.

Sally abrió la puerta, corrió por el pasillo y salió del hospital que ya le había robado a las dos niñas que más quería.



Alice flotaba mecida suavemente por la nada. No había océano, ni fuego, ni serpientes, ni voz. Un cosquilleo de expectación se extendió por su piel. Cerca, una fuerte ráfaga de aire y el ruido de unas alas: flap, flap; arriba, arriba, lejos.

Una sola pluma ardiente llamó su atención; se alejó dejando una estela de luz.

Alice la siguió sin miedo.

TAZAS DE PORCELANA

Significado: Lágrimas
Verticordia picta / Sudoeste de Australia

Matorral de tamaño pequeño o mediano con flores en forma de copa, de color rosa y suave perfume. Una vez arraigada solo vive unos diez años. Produce, durante largas temporadas, una gran cantidad de flores de coloración intensa.

«Estoy aquí. Estoy aquí. Estoy aquí».

Alice escuchaba su corazón porque era la única forma que conocía de serenarse y controlar sus emociones. Pero ese método no siempre funcionaba. A veces, oír cosas era peor que verlas: el ruido sordo del cuerpo de su madre al chocar contra una pared; la minúscula exhalación, apenas audible, de su padre cuando le pegaba.

Abrió los ojos, miró a su alrededor y buscó ayuda. Necesitaba respirar. ¿Dónde estaba aquella voz que le contaba historias cuando dormía? Pero estaba sola en la habitación: allí solo había unas máquinas que no paraban de pitar. Sintió pánico.

Una mujer entró casi corriendo.

—Tranquila, Alice. Te voy a incorporar para que puedas respirar mejor. —La mujer se inclinó y pulsó algo que había en la pared, detrás de ella—. No te asustes.

La parte superior de la cama de Alice se levantó hasta que la niña quedó sentada. El dolor que notaba en el pecho empezó a remitir.

—¿Mejor así?

Alice asintió con la cabeza.

—Estupendo. Respira todo lo hondo que puedas.

Alice respiró tan lentamente como pudo con la esperanza de que su corazón empezara a latir más despacio. La mujer se apoyó en un lado de la cama y le puso dos dedos en el dorso de la muñeca mientras miraba un pequeño reloj que llevaba prendido en la bata.

—Me llamo Brooke. —Tenía una voz muy agradable—. Soy enfermera.

Le guiñó un ojo. Sonrió y se le formaron unos grandes hoyuelos en las mejillas. En los pliegues de sus párpados se apreciaban los brillos dorados y azules de la sombra de ojos, parecidos al resplandor nacarado que Alice había visto en las conchas de las ostras. Las máquinas ya no pitaban tan deprisa. Brooke le soltó la muñeca.

—¿Necesitas algo?

Alice quería pedir un vaso de agua, pero no consiguió articular las palabras. Hizo un gesto de beber con la mano.

—Cómo no. Vuelvo enseguida, tesoro.

Brooke se marchó y Alice volvió a quedarse sola con las máquinas. La habitación se llenó de murmullos extraños: sonidos metálicos a lo lejos; voces amplificadas,

unas serenas y otras apremiantes; rumor de puertas abriéndose o cerrándose; pasos presurosos y otros más calmados; suelas de zapatos que rechinaban. El corazón de Alice se aceleró otra vez y ella cerró los ojos e intentó controlarlo mediante la respiración, pero si respiraba demasiado hondo le dolía el pecho. Quería pedir que fuera alguien a hacerle compañía, a ayudarla, pero su voz no era más que vapor. Tenía los labios agrietados y le escocían los ojos y la nariz. El peso de las preguntas que iban acumulándose en su pecho era cada vez mayor. ¿Dónde estaban sus padres? ¿Cuándo podría volver a casa? Intentó hablar otra vez, pero fue inútil. Le vino a la mente la imagen de unas palomillas blancas que salían de su boca en un mar de fuego. ¿Qué era aquello, un recuerdo? ¿Había ocurrido realmente o solo era un sueño? Y si era un sueño, ¿significaba que simplemente había estado durmiendo? ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo?

—Tranquila, Alice —dijo Brooke, que había vuelto con una taza y una jarra. Las dejó en la mesita y le cogió la mano a Alice mientras se enjugaba las lágrimas—. Ya sé que despertarse asusta un poco, tesoro; pero estás a salvo: nosotros te vamos a cuidar.

Alice clavó la vista en los ojos de madreperla de Brooke: quería creerse lo que le estaba diciendo.

—Ahora van a venir los médicos a verte —dijo mientras dibujaba lentos círculos en la mano de Alice con el pulgar—. Qué bonita eres —añadió contemplándola.

Poco después entró una mujer con bata blanca. Era alta y esbelta, con el pelo largo, de un gris plateado, peinado hacia atrás. A Alice, ese pelo le recordó las praderas marinas.

—Hola, Alice. Soy la doctora Harris. —Se quedó a los pies de la cama y hojeó las gráficas del sujetapapeles—. Estoy muy contenta de verte despierta, has sido muy valiente.

La doctora Harris rodeó la cama, se sacó una linternita del bolsillo, la encendió y le examinó los ojos. Alice cerró los párpados instintivamente y volvió la cabeza.

—Lo siento, ya sé que no es agradable. —La doctora Harris le apoyó un estetoscopio en el pecho y escuchó atentamente.

¿Podría oír las preguntas que Alice tenía dentro? ¿Levantaría de pronto la cara y le daría unas respuestas que ella ni siquiera estaba segura de querer oír? En su vientre empezaron a abrirse agujeros de miedo cada vez más profundos.

La doctora Harris se sacó las olivas del estetoscopio de los oídos. Le dijo algo a Brooke en voz baja y le dio el sujetapapeles. Brooke volvió a colgarlo a los pies de la cama y fue a cerrar la puerta.

—Alice, voy a contarte cómo llegaste aquí, ¿de acuerdo? —dijo la doctora Harris.

A Alice le pesaban los párpados. Miró un instante a la enfermera y luego a la doctora Harris, antes de asentir con la cabeza.

—Muy bien —dijo la doctora sonriendo—. Escucha, Alice —prosiguió, juntando las manos como si rezara—, hubo un incendio en vuestra finca, en tu casa. La policía

todavía está investigando qué pasó, pero lo más importante es que estás a salvo y te estás recuperando muy bien.

Hizo una pausa espeluznante que llenó toda la habitación.

—Lo siento mucho, Alice. —La mirada de la doctora Harris se oscureció y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Pero tus padres no sobrevivieron. Aquí todos estamos volcados contigo y con tu bienestar y cuidaremos de ti hasta que llegue tu abuela...

Los oídos de Alice dejaron de funcionar: no oyó a la doctora Harris mencionar a su abuela otra vez, ni nada más de lo que dijo: solo podía pensar en su madre, en sus ojos llenos de luz, en las canciones que tarareaba en su jardín, en su inquietante tristeza, en cómo giraba las delicadas muñecas, en sus bolsillos llenos de flores, en su aliento cálido y dulce por las mañanas, en estar en sus brazos sobre la arena fría, bajo el sol caliente, notando el subir y bajar de su respiración y el ritmo de su corazón, oyendo su voz contándole historias, envolviéndolas a ambas en un capullo cálido y mágico. «Tú fuiste el amor verdadero que yo necesitaba para despertar de un maleficio, Bicho. Tú eres mi cuento de hadas».

—Vendré a verte más tarde —añadió la doctora Harris y, tras mirar un momento a Brooke, salió de la habitación.

La enfermera se quedó a los pies de la cama de Alice con gesto sombrío. Alice notaba un vacío abrasador en el estómago. ¿Cómo podía ser que Brooke no lo oyera? Rugía como el fuego, silbaba y soplaba y se tragaba todo lo que encontraba dentro de ella. En su cabeza, una pregunta se repetía una y otra vez, la traspasaba y le arrancaba trocitos.

¿Qué había hecho?

Brooke rodeó la cama, llenó una taza de un zumo de color claro y se la dio. Su primer impulso fue darle un manotazo y tirar la taza al suelo, pero después de probar aquel zumo frío y dulce echó la cabeza hacia atrás y tragó. El líquido llegó a su estómago. Jadeando, Alice levantó la cabeza para que Brooke se la llenara otra vez.

—Despacito —dijo Brooke y, titubeante, vertió un poco más de zumo.

Alice bebió tan deprisa que le resbaló un poco de líquido por la barbilla. Hipando, volvió a levantar la taza. Más, más. Sacudió la taza ante la cara de Brooke.

—La última.

Alice estuvo a punto de vomitar al tragarse el último sorbo. Bajó la taza con mano temblorosa. Brooke cogió una bolsa de papel y la abrió justo a tiempo. Alice vomitó chorros de zumo, luego se recostó en la almohada, suspirando.

—Ya está. —Brooke le frotó la espalda—. Tranquila. Así, muy bien. Respira despacio.

Alice no quería volver a respirar nunca más.



Dormía muy mal, intermitentemente. Soñaba con fuego, anegada en un sudor frío, y cuando se despertaba notaba el corazón tan caliente que temía que le derritiera el pecho. Se rascaba el cuello y el pecho hasta hacerse sangre. Brooke le cortaba las uñas cada pocos días, pero de nada servía: Alice se arañaba noche tras noche hasta que Brooke le llevó unos guantes finos para que se los pusieran antes de dormir.

Y no recuperaba la voz: había desaparecido, se había evaporado como un charco de sal en la marea baja.

Iban a visitarla otras enfermeras, con batas diferentes de las de Brooke. Unas la llevaban a pasear por el hospital y le explicaban que, de tanto dormir, se le habían debilitado los músculos y necesitaba fortalecerlos. Le enseñaban ejercicios para que los practicara en la cama y en la habitación. Otras iban simplemente a conversar, a preguntarle cómo se sentía. Le llevaban tarjetas ilustradas y juguetes. Alice no volvió a oír aquella voz que le contaba historias en sus sueños. Iba poniéndose cada vez más pálida, la piel se le reseco. Imaginaba que su corazón se moría de sed, que se le secaba poco a poco. Todas las noches tenía que superar olas de fuego. Pasaba la mayor parte del tiempo tumbada en la cama y mirando por la ventana, contemplando los cambios del cielo, tratando de no recordar, de no preguntarse nada, y esperando a que llegara Brooke: Brooke era la que tenía los ojos más bonitos.

Fue pasando el tiempo. Alice había perdido la voz. No conseguía comer más que unos pocos bocados en cada comida, por mucho que Brooke la regañara. Las preguntas sin respuesta ocupaban todo el sitio que había dentro de ella y una la asustaba más que ninguna:

¿Qué había hecho?

Aunque apenas comía, se bebía una jarra tras otra de zumo dulce y de agua, pero eso no bastaba para eliminar el humo ni la pena.

No tardaron en aparecerle grandes ojeras bajo los ojos, moradas como nubes de tormenta. Las enfermeras la llevaban a pasear por el jardín dos veces al día para que le diera el sol, pero ella solo soportaba la luz durante un rato. La doctora Harris fue a visitarla otra vez y le explicó que si no empezaba a comer tendrían que alimentarla por medio de un tubo. A Alice no le importó: sus preguntas sin respuesta le hacían más daño del que nunca podría hacerle ningún tubo. Dentro de ella no había espacio para que eso le importara.



Una mañana, Brooke entró haciendo ruido con sus zapatos de goma rosa en la habitación de Alice. Sus ojos destellaban como el mar en verano. Llevaba algo en las manos, detrás de la espalda. Alice la miró con cierto interés.

—Ha llegado una cosa. —Brooke sonrió—. Es para ti.

Alice arqueó una ceja y Brooke exclamó:

—¡Tachán!

Era una caja atada con cuerdas de colores. Alice se incorporó en la cama. Sintió una ligera curiosidad.

—Me la he encontrado en la enfermería esta mañana, cuando he empezado mi turno. La han dejado ahí, con esta etiqueta con tu nombre encima. —Brooke dejó la caja encima del regazo de Alice y le guiñó un ojo. La caja pesaba muchísimo.

Alice soltó las cuerdas de colores y levantó la tapa de la caja. Dentro, envueltos con abundante papel de seda, había un montón de libros. Los lomos, que estaban hacia arriba, le recordaron esas flores que volvían la cara hacia el sol en el jardín de su madre. Pasó las yemas de los dedos por las letras de los títulos y tragó saliva al reconocer uno: era el primer libro que se había llevado prestado de la biblioteca, el de las *selkies*. Hizo acopio de energía y volcó la caja. Los libros cayeron en su regazo. Suspiró de placer y los abrazó. Entonces se puso a hojearlos y aspiró su olor ligeramente rancio a papel y a tinta. Historias de nostalgia y sal aletearon alrededor de su cara, saludándola. Cuando oyó el rechinar de los zapatos de Brooke sobre el suelo de linóleo del pasillo, Alice levantó la cabeza, sorprendida: no la había visto salir de la habitación.

Más tarde, Brooke entró sin hacer ruido con una mesa bandeja con ruedas y la colocó sin decir nada, de modo que la bandeja quedara encima de la cama. Estaba llena de platos de todos los colores: un cuenco de yogur y macedonia de frutas, un sándwich de queso sin corteza y ensalada y un montoncito de patatas fritas, brillantes y salpicadas de sal. A un lado, una cajita de almendras y pasas sultanas, y también un cartón de batido de leche con una pajita.

Alice miró a Brooke un momento y dijo que sí con la cabeza.

—¡Así me gusta! —Brooke puso el freno de las ruedas de la mesa bandeja antes de salir de la habitación.

Alice dejó el libro de las *selkies* cerca y hojeó los otros. Abrió uno y se estremeció de emoción al oír el crujido del lomo. Cogió un sándwich y cerró los ojos al morder el pan, fresco y blando. No recordaba cuánto hacía que no comía nada tan sabroso: la cremosidad de la mantequilla salada y el queso fuerte y picante, la lechuga crujiente, la zanahoria dulce y el jugoso tomate. Hambrienta, engulló el resto del triángulo, que masticó como pudo, intentando no perder ni una sola miga, ni un solo trocito de zanahoria.

Tomó varios sorbos de batido de leche para acompañar la comida y soltó un fuerte eructo. Sonrió para sí, satisfecha, y entonces, con la barriga llena, se concentró en el libro. Estaba segura de que no lo había leído, pero por alguna razón conocía la historia. Pasó las yemas de los dedos por la cubierta repujada. En la ilustración, una niña dormía con una rosa con espinas en la mano.



Al día siguiente, cuando estaba a punto de acabar *La bella durmiente*, Alice levantó la vista del libro y vio a Brooke y a la doctora Harris en el pasillo con otras dos

mujeres. Una llevaba un traje de chaqueta, gafas cuadradas y gruesas y los labios pintados de un rojo intenso. Sujetaba una carpeta llena de papeles. La otra vestía camisa y pantalones de color caqui y unas recias botas marrones como las que usaba su padre para ir a trabajar. Tenía el pelo entrecano y llevaba, en ambas muñecas, una serie de pulseras de plata que tintineaban cuando gesticulaba. A cada movimiento parecía que sonaran unas campanillas: Alice no podía parar de mirarla.

Las cuatro mujeres se disponían a entrar en su habitación. Alice se concentró en el libro. No levantó la mirada cuando entraron. Oyó tintinear las campanillas.

—Hola, Alice —dijo Brooke con una voz más aguda de lo normal.

Alice no entendía por qué Brooke tenía los ojos llorosos.

La mujer del traje de chaqueta se acercó a la cama.

—Hola, Alice. Hemos venido a presentarte a alguien muy especial.

La niña seguía con los ojos fijos en el libro: la bella durmiente estaba a punto de salvarse gracias al amor. Cuando la mujer habló de nuevo, subió mucho la voz, como si Alice fuera dura de oído.

—Alice, esta es tu abuela. Se llama June, ha venido a buscarte.



Brooke llevó a Alice en una silla de ruedas por los pasillos del hospital hasta la puerta principal. Hacía una mañana soleada. Antes, había desaparecido de la habitación de Alice mientras la mujer del traje de chaqueta hablaba con ella. June se había limitado a mirar fijamente a Alice; movía mucho las manos, como si estuviera nerviosa. La niña había leído lo suficiente sobre abuelas para saber que June, con sus pantalones King Gees con muchos bolsillos y sus toscas botas Blundstone, no se parecía a ellas ni se comportaba como ellas. Sus pulseras no paraban de resonar, pero apenas dijo una palabra, ni siquiera cuando la otra mujer informó de que había sido ella quien había enviado aquella caja de libros. La doctora Harris le dijo a Alice que June era su tutora. Tanto ella como la mujer del traje de chaqueta emplearon muchas veces esa palabra: «tutora», «tutora». Para Alice, la palabra remitía a aulas y escuelas; sin embargo, June no encajaba con la imagen que ella tenía de una maestra: alguien que protege y orienta. Tenía los ojos más distantes que Alice había visto nunca, como aquellos horizontes lejanos en los que no se distinguía el cielo del mar.

June ya estaba esperándolas fuera, sentada al volante de una vieja camioneta, en el aparcamiento para visitantes. A su lado había un perro enorme que no paraba de jadear. De las ventanillas abiertas de la camioneta brotaba música clásica. Cuando el perro vio a Brooke y a Alice, se levantó y empezó a ladrar; era tan grande que ocupaba todo el interior de la cabina de la camioneta. June se sobresaltó, bajó el volumen de la música y regañó al perro.

—¡Harry! —gritó intentando hacerlo callar—. Lo siento —añadió irritada, y bajó de la camioneta. Harry siguió ladrando.

Casi sin darse cuenta, Alice levantó una mano y le hizo la señal de «silencio» a *Harry*. Pero era *Harry*, no *Toby*. El perro no reaccionó y cuando Alice se dio cuenta de su error, empezó a temblarle la barbilla.

—¡Ay, no! —exclamó June, confundiendo la expresión de Alice—. Ya sé que es muy grande, pero no tengas miedo: los bullmastiff son inofensivos. —Se puso en cuclillas al lado de la silla de ruedas de Alice, ella no podía mirarla—. *Harry* tiene poderes especiales: le gusta cuidar a las personas cuando están tristes. —June se quedó quieta, esperando.

Alice la ignoró y se retorció las manos sobre el regazo.

—Vamos, Alice. Sube a la camioneta —dijo Brooke.

June se apartó para que Brooke pudiera ayudarla a levantarse de la silla de ruedas y subir al asiento del acompañante. *Harry* dio un salto y se sentó a su lado. No olía igual que *Toby*, que tenía un olor húmedo y salado: el olor de *Harry* era más dulce, un olor a tierra. Y tampoco tenía el pelo largo y suave; Alice no podía enroscar los dedos en él.

Brooke se asomó por la ventanilla y *Harry* la miró jadeando alegremente. Alice se mordió el labio inferior.

—Pórtate bien, Alice. —Brooke le acarició con suavidad la mejilla, se dio bruscamente la vuelta y se alejó de la camioneta. Se detuvo y habló un instante con June, que se había quedado a escasa distancia. En cualquier momento Brooke se daría otra vez la vuelta, iría a grandes zancadas hasta la camioneta con sus zapatos de goma de color rosa, abriría la puerta y declararía que todo aquello era un error. Alice no tendría que marcharse, Brooke la llevaría a su casa, donde estaba su pupitre y el jardín de su madre, y allí encontraría su voz, en la playa, entre las vieiras y los cangrejos ermitaños, y gritaría, gritaría muy fuerte para que sus padres pudieran oírla. En cualquier momento Brooke se daría la vuelta. En cualquier momento. Brooke era su amiga, no permitiría que se la llevara alguien a quien no conocía de nada, aunque fuera su tutora.

Bajo la atenta mirada de Alice, June le tocó el brazo a Brooke y esta le devolvió el gesto. Seguramente estaba consolando a June, explicándole que todo aquello había sido un tremendo error: Alice no se marchaba a ningún sitio. Entonces, Brooke le dio a June la bolsa que contenía los objetos personales de Alice, casi todo libros, y se volvió hacia la camioneta.

«Sé buena». Esta vez, Brooke solo movió los labios y luego le dijo adiós con la mano. Se quedó un momento junto a la puerta con la silla de ruedas vacía, luego la empujó hacia las puertas automáticas y desapareció tras ellas.

Alice sintió vértigo, como si Brooke, al alejarse, se hubiera llevado con ella toda la sangre que ella tenía en el cuerpo. La había dejado con una desconocida. Alice se frotó los ojos para evitar que las lágrimas se desbordaran, pero fue inútil. Había cometido la equivocación de pensar que sus lágrimas podían desaparecer y ocultarse en el mismo lugar que su voz, pero habían empezado a caer y resbalaban por sus

mejillas como si salieran de un grifo roto. June se quedó de pie al lado de la ventanilla del acompañante con los brazos colgando como si no supiera qué hacer con ellos. Al cabo de un momento abrió la puerta, metió la bolsa de Alice detrás de su asiento y luego cerró la puerta suavemente. A continuación, rodeó la camioneta, se sentó al volante y encendió el motor. Se quedaron un momento calladas. Hasta *Harry*, aquel perro enorme, permaneció en silencio.

—Vale, Alice, nos vamos a casa —dijo June, y metió la primera—. Nos espera un largo viaje.

Salieron del aparcamiento. Alice estaba agotada y le pesaban los párpados. Le dolía todo. Un par de veces, *Harry* intentó olisquearle la pierna, pero ella le apartó la cara, les dio la espalda a sus dos acompañantes y cerró los ojos para no ver su nuevo mundo.



Brooke pulsó varias veces seguidas el botón del ascensor mientras rebuscaba en su bolso hasta encontrar su paquete de cigarrillos de emergencia. Lo cogió y lo encerró en el puño. Cuando llegó el ascensor, entró y pulsó con rabia el botón del aparcamiento. Volvió a recordar la cara de felicidad de Alice al ver aquella caja llena de libros: la luz que se había encendido en sus ojos hacía que la mentira que le había contado acerca de su procedencia valiera la pena. Ahora, Alice estaba con su abuela, se recordó, y lo que más necesitaba era una familia.

En toda su vida, Brooke nunca había atestiguado algo parecido a lo que había ocurrido en la finca de los Hart. La policía lo había descrito como una conjunción de coincidencias funestas: una tormenta seca, una niña sola en casa con una caja de cerillas y una familia atrapada en el círculo vicioso de la violencia de un hombre contra su mujer y su hija. Brooke estaba cerca cuando la policía se lo explicó a June: Clem había entrado en el dormitorio de su hija y la había golpeado hasta dejarla inconsciente, pero al darse cuenta de que había fuego en la casa, la había sacado a rastras y luego había vuelto a entrar para rescatar a Agnes. Por desgracia, cuando llegaron los bomberos y las ambulancias, no pudieron hacer nada para resucitar a Agnes y Clem murió allí mismo, poco después, por inhalación de humo. En ese punto del relato, June se había puesto tan pálida que Brooke decidió intervenir y proponerles un descanso.

El ascensor llegó al aparcamiento con otro pitido estúpidamente alegre. Brooke respiró hondo varias veces, tratando de contenerse y no encender el cigarrillo. Pobre Agnes: solo tenía veintiséis años y vivía tan aterrorizada por su marido que había nombrado una tutora para sus hijos, uno de los cuales no llegaría a conocerla nunca. Brooke se puso una mano en el vientre y pensó en él, en aquel bebé que habían extraído del cuerpo apaleado y agonizante de Agnes. Tragó la bilis que ascendía por su garganta. ¿Cómo podía un marido hacerle eso a su mujer embarazada, a su hija

pequeña, a su futuro hijo? ¿Qué sería de Alice, la hija que había sobrevivido al incendio?

Las imágenes de Alice inconsciente, golpeada e inhalando humo abrumaban a Brooke. Tiró el paquete de cigarrillos y el encendedor en una papelera, se metió en el coche y se marchó del hospital haciendo rechinar los neumáticos por el suelo de cemento, impaciente por poner tanta distancia como fuera posible entre ella y la habitación vacía de Alice.

El crepúsculo estival iba templando la atmósfera. A lo largo de la playa, en los pinos de Norfolk Island, los loros parloteaban, escandalosos, y le cantaban a la puesta de sol. Brooke paró el coche y bajó las ventanillas para inhalar el intenso olor a sal, algas y plumerias. En aquellas noches en el hospital, plagadas de pesadillas, Alice murmuraba nombres de flores incesantemente: flores, aves fénix y fuego.

—Venga —dijo Brooke en voz alta—, supéralo ya.

Se enjugó las lágrimas, se sonó la nariz y encendió el motor del coche. Se alejó de la playa y llegó a su barrio, dobló bruscamente las esquinas hasta llegar al camino de su casa y frenó de golpe. Una vez dentro, fue derecha a buscar el teléfono, levantó el auricular y empezó a marcar para hacer la llamada que llevaba todo el día temiendo. Se obligó a marcar el último número del teléfono de Sally, que se sabía de memoria desde que tenía doce años.

La sangre empezó a pulsar en sus oídos cuando sonó el tono de llamada.

... y su luz se extiende sobre la mar salina
y de la misma forma por los campos
saturados de flor.

SAFO

GORRA DE JOCKEY

Significado: Amor abandonado
Prostanthera striatiflora / Australia Central

Crece en barrancos y salientes rocosos. Fuerte olor a menta. Hojas estrechas y correosas. La flor es blanca, con forma de campana, franjas moradas en el interior y puntos amarillos en el cáliz. No debe ingerirse porque puede provocar dificultad para conciliar el sueño. También provoca sueños muy intensos.

Iban por una carretera larga y sofocante, sin la menor traza de olor a mar en la brisa, solo polvo amarillo. El aire caliente que entraba por el sistema de ventilación le recordaba a Alice el aliento de *Toby*. Pensó en su cara y su sonrisa lobunas, en sus babas, y se mordió el labio inferior. Miró por la ventanilla y contempló el paisaje extraño y desconocido: no había plateados carrizos, ni salinas, ni cangrejos ermitaños, ni mareas que interpretar, ni collares de algas que ponerse, ni cielos llenos de espectrales jirones de virga avisando de las tormentas que descargaban en el mar.

A ambos lados de la llana carretera la tierra estaba sedienta, reseca como una lengua agrietada. Sin embargo, aquel extraño paisaje estaba rebosante de vida que murmuraba en los oídos de Alice: el tenaz zumbido de las chicharras, el súbito graznido de las cucaburras. A veces, al pie de los eucaliptos se veía una masa borrosa de flores silvestres. Algunos árboles tenían el tronco blanco como la nieve de los cuentos de hadas, mientras que otros eran de color ocre y brillaban como si estuvieran recién pintados.

Alice cerró los ojos y apretó los párpados. Su madre; su hermano o hermana, que no había llegado nacer; todos sus libros; el jardín; su pupitre; *Toby*; su padre. Se frotó el lado izquierdo del pecho con la base de la palma de la mano. Abrió los ojos. De reojo vio que June extendía el brazo hacia ella, como si no supiera dónde apoyarlo, y lo dejaba suspendido un momento para, finalmente, volver a poner la mano en el volante. Alice fingió no haberlo visto: no se le ocurrió otra cosa que hacer. Se apartó un poco más de June y se volvió hacia la ventanilla. Estiró un brazo hacia atrás y buscó los libros que llevaba en su bolsa, decidida a ignorar que se los había regalado June y a concentrarse en el hecho de que ahora eran suyos. Sacó de la bolsa el primero que tocó con la yema de los dedos y, al verlo, casi se le escapó una sonrisa. Era el bálsamo perfecto. Lo cogió y buscó consuelo en su forma sólida y robusta; en sus bordes rectos y precisos; en su olor a papel; en su cubierta, con una ilustración que Alice había pasado horas examinando; y en su atractiva historia: la de una niña que se llamaba igual que ella y que caía en un mundo extraño y maravilloso, pero que, al final, encontraba el camino para volver a su casa.



June mantenía los ojos fijos en la carretera y agarraba con fuerza el volante por miedo a lo que pudiera pasar si desviaba la mirada o aflojaba las manos. No conseguía controlar los temblores de sus extremidades: eso solo lo habría logrado con un sorbo del whisky que llevaba en la petaca, en un bolsillo de la camisa. Pero no se atrevía. Aquel día, no. Porque llevaba a la niña en la camioneta, sentada tan cerca de ella que habría podido tocarla con solo estirar un poco el brazo. Alice: la nieta a la que no había visto nunca. Hasta ese día. La miró de reojo y vio que apretaba el libro contra el pecho como si fuera lo único que hacía que su corazón siguiera latiendo. June había estado de acuerdo con la enfermera en decirle a Alice que la caja de libros se la había enviado ella. Por lo visto, la niña los apreciaba tanto que parecía la forma más sencilla de establecer una conexión entre las dos. «Ahora lo más importante es ahorrarle a Alice más estrés», le había dicho la enfermera.

Miró a su nieta y se sintió ridícula por haber pensado que una mentira ayudaría a aliviar la situación. Se reprendió a sí misma por su estupidez: debería haberse sentado con ella y haberle hablado con sinceridad. «Hola, Alice, soy June, tu abuela. Tu padre es... —June movió la cabeza— era mi hijo, y llevaba muchísimos años sin verlo. Vas a venir a mi casa, donde nunca volverás a sentirte en peligro». June parpadeó para contener las lágrimas. Quizá habrían bastado unas pocas palabras: «Lo siento, Alice. Debería haber sido mejor madre. Lo siento muchísimo».

Cuando la policía local llamó a la puerta de su casa, en Thornfield, June se había escondido en la despensa para dar un largo trago de whisky de su petaca antes de abrir. Los dejó pasar creyendo que habían ido allí para hablar con ella de alguna de las Flores, pero los agentes se quitaron la gorra y le dijeron que su hijo había muerto, junto con su mujer, en un incendio que se había declarado en su casa. Sus dos nietos habían sobrevivido: un niño recién nacido y una niña de nueve años. Estaban recibiendo atención médica y ella constaba como la pariente más próxima. También la informaron de que tenían pruebas de que Clem había maltratado gravemente a su mujer y a su hija. Cuando se marcharon, June casi no había llegado a tiempo al cuarto de baño para vomitar: sus peores temores acerca de su hijo, que había conseguido mantener a raya durante años, se habían hecho realidad.

Volvió a mirar a Alice de reojo y volvió a sentir náuseas. La niña se parecía muchísimo a Agnes: pelo largo y rizado, pestañas espesas, labios carnosos y grandes ojos cargados de anhelo y curiosidad. Ambas llevaban la vulnerabilidad como un órgano vital más, solo que fuera del cuerpo. Y si Alice se parecía a su madre físicamente, ¿se parecería en carácter a su padre? ¿Sería como Clem? June todavía no podía saberlo. El silencio de Alice era perturbador. «El mutismo selectivo es habitual en niños que están procesando un trauma grave», le había explicado la doctora Harris para tranquilizarla. «No suele ser permanente: con la terapia y el apoyo adecuados, Alice volverá a hablar cuando esté preparada. Hasta entonces, no sabremos qué recuerda».

June se aferró al volante y sus pulseras tintinearón. Las miró: cinco pulseras de plata de las que colgaban cinco dijes, cada uno con un pétalo amarillo conservado en resina y engarzado también en plata. Las budelias se caracterizaban por tener cinco pétalos amarillos ligeramente distintos entre sí, uno de ellos siempre con una mancha roja. Además, en el centro de cada flor había tres estambres, el mayor de los cuales tenía forma de patín de agua. June había hecho aquellas pulseras especialmente para ese día. Cada vez que tintineaban, le repetían su significado como una oración secreta: «Una nueva oportunidad, una nueva oportunidad, una nueva oportunidad».

Alice gimió y se agitó en sueños. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás en un ángulo incómodo. June quiso estirar un brazo y colocársela bien, pero al cabo de un instante Alice tosió y cambió de postura.

June se concentró en la carretera. Pisó más fuerte el acelerador. Confiaba en que los sueños que la niña estaba vadeando fueran dulces.



Los últimos rayos de sol de la tarde inundaban la cabina de la camioneta. Alice se sobresaltó: se había quedado dormida sin querer. Tenía lágrimas secas en las comisuras de los ojos y le dolía el cuello. Se enderezó y se despezó. *Harry* le lamió una mano y ella lo dejó hacer porque estaba demasiado cansada para apartarlo de nuevo. Ya no circulaban por la carretera, sino que iban dando tumbos por un camino sin asfaltar. Le había salido una mancha rosada en la rodilla: se había golpeado con la manija de la puerta por culpa de las fuertes sacudidas que daba la camioneta por aquel camino polvoriento lleno de baches y de hoyos. Añoraba la brisa salada del mar.

June llevaba la ventanilla abierta y conducía con un brazo apoyado en el marco. El viento agitaba suavemente sus rizos entrecanos. Alice escudriñó su perfil: June no se parecía a su padre, pero aun así tenía algo familiar. Cuando se recogió un rizo detrás de la oreja, las pulseras de plata tintinearón en sus muñecas. De cada una de ellas colgaba un pequeño dije que contenía un pétalo amarillo. June miró a Alice, que reaccionó tarde y no pudo fingir que dormía.

—Estás despierta.

A través de sus párpados entrecerrados, Alice vio sonreír a June y agitar las pulseras en las muñecas.

—¿Te gustan? Las hago yo. Todas las flores son de mi granja.

Alice volvió la cabeza y miró por la ventanilla.

—Cada flor es un mensaje secreto y, combinadas, forman un código secreto que nadie puede entender si no conoce mi idioma. Hoy he decidido llevar una sola flor.

A Alice le tembló un músculo de la mejilla. June cambió de marcha y las pulseras tintinearón.

—¿Quieres saber qué significa? Te revelaré el secreto.

Alice la ignoró y se concentró aún más en los matorrales resecos que veía por la ventanilla. Se le revolvió el estómago cuando pasaron por encima de un guardaganados. El ruido de las cigarras ahogaba sus pensamientos. June seguía hablando.

—Si quisieras, podría enseñarte.

Alice miró a la desconocida que iba a su lado. June calló un momento. Alice cerró los ojos: quería que la dejaran en paz.

—Acabas de perderte el pueblo, pero no importa: ya tendrás tiempo de sobra para explorar. —June manejó a la vez el cambio de marchas y los pedales de la camioneta; el motor gruñó al reducir la velocidad—. Ya estamos llegando.

Salieron del camino sin asfaltar y se metieron por otro camino más llano; el fuerte ruido que había invadido la cabina se redujo a un murmullo. Se respiraba un aire diferente, más dulce, más verde. A ambos lados del camino había arbustos de grevillea en flor. Las mariposas monarca revoloteaban sobre las matas de algodón silvestre y se posaban en sus flores. Alice no pudo evitarlo y se enderezó un poco. Le llegó un zumbido de abejas: provenía de un grupo de colmenas blancas colocadas al pie de unos retorcidos eucaliptos de hojas verdes y plateadas que conducían hacia la casa más grande que Alice hubiera visto nunca. Aunque, de pronto, se dio cuenta de que ya había visto aquella casa.

Parecía más alegre que en la vieja fotografía que había encontrado en la cabaña de su padre: la fotografía que compartía escondite con un mechón de pelo negro azulado atado con una cinta desteñida. Alice se fijó en el pelo de June. Aunque ahora tenía canas, quizá hubiera sido negro alguna vez.

Cuando llegaron al final del camino, June rodeó la casa y aparcó en un garaje completamente recubierto de enredaderas. *Harry* permaneció sentado, pero agitando la cola al unísono con el corazón de Alice y golpeándola en el costado. Se oía cantar a los pájaros que estaban posados en las ramas de los árboles. Aquel siempre había sido el momento del día favorito de Alice, cuando todo se teñía de azul antes del anochecer y el aire se llenaba de los olores que llevaba la marea. Pero allí era diferente: todo estaba más seco y hacía más calor; no había ni rastro del mar, no se veían pasar pelícanos volando, no se oía el canto de los verdugos. Alice juntó las palmas de las manos y se las metió entre los muslos, tratando de serenarse. Una mariposa monarca se acercó a su ventanilla y se quedó suspendida allí, como si pudiera oír todo lo que Alice no podía decir. Luego se alejó revoloteando.

—Bienvenida, Alice. —June había saltado de la camioneta y estaba de pie en los escalones de madera por los que se subía al porche. Le tendió una mano.

Alice no se movió de la camioneta. *Harry* permaneció a su lado y, casi sin proponérselo, ella deslizó una mano hasta sus orejas y le rascó en el sitio donde a *Toby* tanto le gustaba que lo acariciaran. El perro gimoteó agradecido. Nadie más había ido a recogerla al hospital: solo June, una desconocida a la que se la habían regalado como quien regala un perro abandonado. La sonrisa de June estaba

empezando a borrarse de sus labios. Alice cerró los ojos. Estaba cansada, tan cansada que pensó que, si se dormía, quizá no se despertara hasta pasados cien años. Hizo un trato consigo misma: entraría en la casa, pero solo para acostarse.

Esquivando la mirada de June, bajó de la camioneta con *Harry*. Inspiró hondo, cuadró los hombros y subió lentamente los escalones.

La casa tenía un amplio porche de madera que la rodeaba entera y del que colgaban faroles de queroseno que ya estaban encendidos. Pájaros y grillos cantaban al sol poniente, el viento susurraba entre los eucaliptos y liberaba su refrescante aroma. Alice atravesó el porche siguiendo a June y se detuvo cuando llegó ante la puerta de la casa. La mosquitera se abrió y se cerró detrás de la abuela, pero Alice no entró, y *Harry* se quedó a su lado.

—¿Alice? —dijo June volviendo sobre sus pasos—. Te he preparado una habitación. Ya sé que no es como la que tú tenías, pero es para ti y puedes arreglarla como quieras —añadió desde el otro lado de la mosquitera, empujándola suavemente.

A Alice le goteaba la nariz. Se la limpió con el dorso de la mano.

—¿Por qué no entras, te lavas la cara y te acuestas? Te llevaré algo de comer.

Lo veía todo borroso.

—¿Quieres una toallita caliente? Ahí tienes el baño, al final de ese pasillo. —June se le acercó.

Alice, demasiado cansada para oponer resistencia, se dejó guiar y entró por la puerta. La cabeza le colgaba como una flor mustia. *Harry* entró sin prisa, sin separarse de ellas.

Alice se quedó atónita ante las dimensiones de la casa. El largo pasillo, claro como una concha marina, estaba iluminado con lámparas de diferentes tamaños que alumbraban con luz tenue. Siguieron por encima de una moqueta de esterilla. Había tiestos con plantas en todos los rincones. En las estanterías había libros intercalados con frascos llenos de piedras blancas, jarrones con plumas y ramilletes de flores secas. A Alice le dieron ganas de tocarlo todo.

June la condujo a un amplio cuarto de baño de madera con azulejos blancos. Abrió el grifo del agua caliente y llenó el lavamanos. A continuación, abrió un armario con puerta de espejo y cogió una botellita de cristal marrón, desenroscó el tapón y vertió unas gotas en el agua, que de inmediato desprendió un agradable y balsámico olor a rosas. A Alice le pesaban los párpados. June mojó una toallita en el agua y se la ofreció. Alice se tapó la cara con ella e inhaló profundamente. El calor mitigó el dolor que sentía detrás de los ojos. Cuando acabó de limpiarse la cara, vio que June no se había movido.

—Yo no te abandonaré —dijo June en voz baja.



Cuando acabaron del cuarto de baño, Alice y *Harry* siguieron a June por una escalera de caracol iluminada con lámparas. En lo alto había una puertecita, Alice esperó a

que June la abriera y luego entró tras ella. Cuando June encendió la luz, Alice tuvo que taparse los ojos. June se apresuró a apagarla y le dijo:

—Ven, te ayudaré.

Alice se puso tensa cuando June la rodeó con un brazo y la guio por la habitación. En cuanto pudo, se escabulló y trepó a la blanda cama; a oscuras, levantó la sábana y se metió debajo. Se sintió envuelta en plumas. Esperó a oír que June salía de la habitación, pero en vez de eso, notó su peso al sentarse en el borde de la cama.

—Vamos a ir paso a paso, Alice —dijo June en voz baja—. ¿Vale?

Alice se dio la vuelta sin decir nada, impaciente por ver marchar a June. Al cabo de un rato notó que se levantaba; la puerta emitió un débil chasquido al cerrarse. Alice suspiró. Lo último que oyó antes de quedarse dormida fue el tamborileo de las uñas de *Harry*, que dio unas cuantas vueltas antes de tumbarse en el suelo, a los pies de la cama.



Abajo, en el pasillo, June apoyó una mano en la pared para mantener el equilibrio. No había bebido nada en todo el día.

—¿Ya está aquí la niña?

June se sobresaltó al oír la voz de Twig detrás de ella, pero no se dio la vuelta. Negó con la cabeza.

—¿Está bien?

Una pausa.

—No lo sé —contestó. El canto de los grillos llenó la pausa que se produjo luego.

—June.

Se quedó donde estaba, con la mano apoyada en la pared.

—No se merece menos que cualquier otra de las Flores. Lo sabes bien —dijo Twig firme y decidida—. En todo caso, se merece más... de ti, de nosotras, de este sitio: esa niña es tu familia.

—Es suya —replicó June—; es su hija y no quiero que me importe.

—Te deseo suerte —dijo Twig, y su voz se suavizó. Hubo otra pausa—. Estás temblando.

June asintió.

—¿Estás bien?

—Han sido unos días muy intensos. —June se apretó el puente de la nariz. Se imaginaba lo que vendría a continuación.

—¿Dónde está el bebé?

June inspiró hondo.

—¿No lo has traído? ¿En serio? —A Twig le tembló la voz.

—Ahora no, Twig. Por favor. Ya hablaremos de eso por la mañana. —Se dio la vuelta, pero el recibidor ya estaba vacío. Oyó la mosquitera cerrarse de golpe.

La dejó marchar: sabía mejor que nadie que a veces las palabras hacían más mal que bien.

Recorrió la casa apagando todas las luces. Entonces se lo pensó mejor, volvió sobre sus pasos y dejó una lámpara encendida por si la niña se despertaba de madrugada. Se detuvo delante de la puerta cerrada del dormitorio de Candy, pero no vio luz por debajo de la puerta; quizá estuviera al otro lado del campo, en la residencia, con las Flores. La casa olía a tabaco de liar: Twig estaba fumando en el porche. June volvió a recorrer el pasillo y entró en el salón. Sacó una mano por la ventana abierta y arrancó una flor del calistemo. Volvió al pasillo y la deslizó por la cerradura de la puerta del dormitorio de Twig. «Agradecimiento».

Una vez en su dormitorio, June encendió una lámpara y se tumbó en la cama. Se tapó los ojos con un brazo y fingió durante unos instantes que la tentación de la petaca llena que tenía en el bolsillo no le pesaba cada vez más.

Cuando Clem, con dieciocho años, se enteró de que June lo había excluido de su testamento, se marchó furioso de Thornfield llevándose a Agnes con él. Desde entonces, June tan solo había tenido noticias suyas en una ocasión. Nueve años atrás, cuando nació Alice (ahora podía deducirlo), llegó a Thornfield un paquete dirigido a June con la caligrafía de su hijo. Aquel día había hecho lo mismo que estaba haciendo ahora: retirarse a su dormitorio con la petaca de whisky.

June se sentó en la cama, se sacó la petaca del bolsillo, desenroscó el tapón y bebió un gran sorbo. Bebió hasta que el whisky detuvo los temblores de sus manos y alivió la tensión de su cuello. Cuando dejó de temblar, buscó un paquete muy manoseado que tenía debajo de la cama y lo sacó. Levantó la tapa de la caja y, con cuidado, extrajo el marco de madera tallada a mano. Lo sostuvo entre las manos: un bebé con la boquita como un capullo de rosa y grandes ojos, la niña que dormía en la habitación de arriba, estaba acurrucado en un lecho de hojas oscuras y flores con forma de campana. Los pétalos tenían franjas moradas y puntos amarillos en la corola.

—Amor abandonado —musitó con lágrimas en los ojos.

CAMPÁNULAS AMARILLAS

Significado: Bienvenida al forastero
Geleznovia verrucosa / Australia Occidental

Arbusto pequeño con flores amarillas. Le gusta el sol directo, tolera bien las sequías y requiere un suelo bien drenado. Soporta un poco de sombra, pero necesita sol la mayor parte del día. La flor es perfecta para ramos, pero la inestabilidad de su propagación y germinación la convierten en una planta poco común.

Al despuntar el alba, June se levantó de la cama, se calzó las toscas botas Blundstone y atravesó la casa sin hacer ruido en dirección a la puerta trasera. Fuera, el mundo era frío y azul. Se detuvo un momento y respiró hondo. No había dormido bien, ni siquiera después de apurar hasta la última gota de su petaca. La verdad era que hacía décadas que no dormía bien, sobre todo desde que se marchó Clem. Bajo la vista y se fijó en los arañazos y las muescas de sus botas. No había sido buena idea dejar en la mesilla de noche la estatuilla del bebé y una prostanthera: había pedido una penitencia y esta le había llegado en forma de insomnio.

El cielo se aclaraba poco a poco. June rodeó la casa y fue hasta el taller, donde cogió unas tijeras de podar y una cesta antes de atravesar los cultivos y dirigirse a los invernaderos de flores autóctonas. Se oía el débil murmullo de las abejas y, de vez en cuando, el canto de una urraca.

Dentro del invernadero, la atmósfera era húmeda y fragante. Allí, June respiró con más facilidad. Fue hasta la parte trasera, donde ya empezaban a florecer las campánulas amarillas, y sacó las tijeras de podar del bolsillo de su delantal.

Thornfield había sido siempre un sitio donde flores y mujeres podían florecer. A las mujeres que llegaban allí se les ofrecía la oportunidad de superar lo que fuese que les hubiera impedido avanzar en la vida. Cuando Clem se marchó, June se entregó en cuerpo y alma a la tarea de convertir Thornfield en un lugar floreciente, un refugio donde reinaran la belleza y la paz. Solo esa entrega podía justificar su decisión de no dejarle en herencia a su irascible hijo sus cultivos de flores, la savia de las mujeres que la habían precedido.

La primera Flor que llegó fue Twig: apenas el cascarón de una mujer, después de que el gobierno le hubiese quitado a sus hijos.

—Todos necesitamos pertenecer a alguien y a algún lugar —le dijo June la primera noche que pasó en Thornfield.

Y Twig se había quedado a su lado, firme y perseverante, y había aguantado con ella todo lo que la vida les había deparado. Como hizo la noche anterior, al recordarle a June que aquella niña rara y callada que dormía en la torre del campanario se merecía lo mismo que cualquiera de las mujeres que trabajaban en la plantación de flores de June... aunque fuera hija de Clem.

June sabía que Twig tenía razón, pero el miedo la atenazaba. Había ciertas cosas que no quería sacar a la luz nuevamente, que prefería dejar enterradas para que se pudrieran. Con solo pensar en hablar con Alice de su padre, a June se le secaba la boca, como si la mera amenaza de pronunciarlas redujera las palabras a polvo.

Esa sensación de vulnerabilidad, la necesidad de andar de puntillas alrededor de Alice por miedo a estropear aquella nueva oportunidad, era desconocida para June: ella estaba acostumbrada a llevar las riendas. Plantaba semillas y estas brotaban cuando y como ella esperaba que lo hicieran. Su vida tenía sus ciclos de siembra, crecimiento y cosecha, y ella confiaba en ese ritmo y en ese orden. Tener que ocuparse de una niña pequeña ahora, cuando la vida empezaba a reducir el ritmo y June empezaba a plantearse la jubilación, le resultaba profundamente turbador. Sin embargo, el día en que June había visto por primera vez a su nieta postrada en el hospital con un pie en el otro mundo había sentido una punzada en el pecho y se había dado cuenta de que todavía tenía mucho que perder.

Fuera, el sol calentaba cada vez más. June se paseaba entre sus flores autóctonas cortando las que ya habían florecido. Tal vez no supiera por dónde ni cómo empezar a hablarle a aquella niña, pero sí sabía cómo hacer otra cosa que sería casi igual de buena para ella: enseñarle las diferentes formas de hablar a través de las flores.



Alice se despertó con náuseas. Las espeluznantes crepitaciones y silbidos del fuego resonaban en su cabeza. Se enjugó el sudor frío de la cara e intentó incorporarse. Tenía las braguitas mojadas y las sábanas, empapadas, se le habían enredado alrededor de las piernas como si tuvieran vida propia. Pataleó con fuerza y se debatió hasta que consiguió sentarse en el borde de la cama. El calor abrasador de sus sueños empezó a disiparse. Su piel se enfrió. A su lado, *Toby* bufó. No, no era *Toby*: *Toby* no estaba allí. Negó con la cabeza. Su madre no iba a entrar en su habitación, no le contaría ningún cuento. Su padre no estaba inmerso en el fuego, ni llegaría a cambiar jamás. Ella nunca conocería al bebé, no volvería a casa.

Desistió de enjugarse las lágrimas y dejó que se desbordaran. En su interior todo estaba calcinado, igual que en sus sueños.

Poco a poco se dio cuenta de que no estaba sola en la habitación. Se dio la vuelta y vio a *Harry* sentado junto a los pies de la cama, mirándola con atención. Parecía que sonriera. Entonces fue hasta ella; era tan grande que más que un perro parecía un caballo. ¿Cómo lo había llamado June? ¿Un bull qué? *Harry* le apoyó la cabeza en el regazo y movió las cejas con expectación. Alice titubeó, pero el perro no le daba miedo; levantó una mano y le acarició la cabeza. El animal suspiró. Cuando le rascó detrás de las orejas, se sentó y gimió de placer. Se quedó largo rato con ella, moviendo la cola de un lado a otro como si barriera el suelo.

La llegada de Alice la noche pasada ya había quedado muy atrás: estaba en un extremo de un túnel largo y oscuro y ella estaba en el otro. Distintos momentos

chocaban unos con otros: el sonido de las pulseras de June, la piel de Alice cubierta de polvo amarillo.

Harry se levantó y lanzó un fuerte ladrido. Alice siguió con la cabeza agachada y los hombros encorvados. *Harry* volvió a ladrar y Alice lo miró enfadada. Otro ladrido, esta vez más fuerte. Alice no pudo contener el llanto, pero al final las lágrimas cesaron por sí solas. *Harry* movía la cola. Aunque el perro oía perfectamente, Alice levantó el pulgar y lo movió de un lado a otro. Él ladeó la cabeza mirándola fijamente. Luego se le acercó y le lamió la muñeca. Alice bostezó y lo acarició mientras observaba su entorno sin demasiado interés.

La habitación era hexagonal. Dos paredes estaban ocupadas por unos largos estantes blancos llenos de libros, en otras tres había ventanas con cortinas de tela fina. Delante de una de esas ventanas había un escritorio con una silla a juego, apartada de la mesa como si estuviera invitándola a sentarse. Se volvió para mirar la última pared, la que tenía justo detrás. Su cama salía de ella como la enorme página de un libro gigantesco. Alguien se había tomado muchas molestias para decorar aquella habitación. ¿Habría hecho June todo aquello por ella? ¿June, la abuela que Alice no sabía que tenía?

Puso los pies en el suelo y se impulsó para levantarse de la cama. *Harry* giraba en círculo, jadeando impaciente. A Alice todo empezó a darle vueltas. Se tambaleó. Cerró los ojos y esperó a que se le pasara el mareo sujetándose en *Harry* para mantener el equilibrio. Cuando se le pasó la sensación, fue hasta el escritorio y se sentó en la silla, que parecía hecha a medida para su cuerpo. Pasó las manos por el tablero: era de madera clara y suave, y los bordes estaban tallados y decorados con soles y lunas unidos por alas de mariposa y flores con forma de estrella. Alice pasó la yema de los dedos por aquellas formas. Aquel escritorio tenía algo que le resultaba familiar, pero habría sido incapaz de explicar qué, como tantas otras cosas. Encima había un tintero y varios tarros con bolígrafos, lápices de colores, ceras, tubos de pintura y pinceles. También un montoncito de libretas. Alice removió los lápices, que eran de todos los colores que ella pudiera imaginar. En otro tarro encontró una pluma estilográfica. Le quitó el capuchón y trazó una pequeña línea negra en el dorso de su mano. Le gustó el brillo de la tinta húmeda. Hojeó las libretas: todas las páginas estaban en blanco.

—Antes esto era un campanario.

Alice dio un respingo.

—Lo siento, no quería asustarte.

Harry ladró al ver a June, que estaba en la puerta con un plato de tostadas con miel y un vaso de leche en las manos. La habitación se llenó de un olor a miel y mantequilla. Alice no había comido nada desde el día anterior, aparte de unos bocados de sándwich de Vegemite rancio en una gasolinera. June entró en la habitación y dejó el plato y el vaso encima del escritorio. Le temblaban las manos. Llevaba un pétalo amarillo en el pelo.

—Hace mucho tiempo, cuando Thornfield era una granja lechera, esta era una de las habitaciones más importantes de la casa. Había una campana, y su sonido resonaba por toda la finca anunciando el comienzo y el final de la jornada y también la hora de comer. Hace tiempo que la campana ya no está, pero a veces, cuando sopla el viento, me parece oírla. —June no paraba de mover el plato a uno y otro lado, como si no pudiera tener las manos quietas—. Siempre he pensado que estar aquí arriba se parece un poco a estar dentro de una caja de música.

June miró a su alrededor y olfateó el aire. Se acercó a las ventanas y descorrió las cortinas.

—Se abren así. —Señaló un pestillo con el que se abría el panel superior de cada ventana.

Alice tenía las mejillas coloradas. Cuando June se acercó a su cama, no se atrevió a mirarla. Con el rabillo del ojo la vio quitar las sábanas de la cama, recogerlas en los brazos sin decir nada y volverse hacia la puerta.

—Estoy abajo, por si quieres venir cuando acabes de desayunar. A lo mejor te apetece darte una ducha. Te dejaré ropa limpia y unas sábanas —dijo asintiendo con la cabeza. Todavía tenía la mirada distante.

Alice espiró: no la había regañado por haber mojado la cama.

Cuando dejaron de oírse los pasos de June, Alice se abalanzó sobre el plato del desayuno. Cerró los ojos y masticó, deleitándose con aquellos sabores. Abrió un ojo: *Harry* estaba sentado, observándola. Tras un momento de reflexión, cortó un trozo de tostada, un trozo grande con mucha mantequilla, y se lo ofreció: una tregua. *Harry* le quitó el trozo de tostada de los dedos con mucho cuidado y se lo comió. Juntos se terminaron la comida y el vaso de leche.

Entonces a Alice le llegó un olorcillo dulce. Caminó titubeante hasta la ventana que June había abierto y apoyó ambas manos en el cristal. Se hallaba en la parte más alta de la casa y tenía una panorámica de toda la finca. Desde una ventana veía el camino polvoriento que iba desde los escalones del porche hasta los eucaliptos. Corrió hasta la segunda ventana. A un lado vio una gran caseta de madera con un techo de chapa ondulada bastante oxidado; por una de las paredes trepaba una parra. Un sendero iba desde la caseta hasta la casa. Cuando llegó a la última ventana se le aceleró el corazón: detrás de la casa y de la caseta vio una hilera tras otra de plantas y flores, todas diferentes; cubrían los campos hasta donde alcanzaba la vista. Estaba rodeada de un mar de flores. Alice descorrió los pestillos de todas las ventanas. El perfume que entró en la habitación era más intenso que el olor a mar y más potente que el de la caña de azúcar quemada. Trató de identificar los distintos olores: tierra removida, gasolina, hojas de eucalipto, estiércol húmedo... y el aroma inconfundible de las rosas. Pero fue el momento inmediatamente posterior lo que Alice siempre recordaría: el momento en que vio a las Flores por primera vez.

Se las habría podido confundir con hombres porque llevaban camisas y pantalones de tela basta de algodón, unas botas muy pesadas, como las del padre de

Alice, sombreros de ala ancha y las manos protegidas con guantes. Salieron de la caseta formando una uve, cargadas de cubos, tijeras de podar, bolsas de fertilizante, rastrillos, palas y regaderas y se dispersaron por la plantación. Unas cortaban flores y las metían en unos cubos que luego llevaban al cobertizo para volver a salir con el cubo vacío y empezar de nuevo, otras empujaban carretillas llenas de tierra nueva por las hileras que separaban las plantas y se detenían de vez en cuando para echarla en los parterres, otras más regaban algunas partes del campo y comprobaban el estado de las hojas y los tallos. De vez en cuando, alguna charlaba y se reía, y el sonido de su risa resonaba como una campanilla. Alice las contó con los dedos: en total eran doce. Entonces oyó la canción.

La cantaba una mujer que estaba un poco apartada, cerca de unos invernaderos, sentada en el suelo, hurgando en una bolsa de bulbos y paquetes de semillas. Cuando interrumpió su canto para quitarse el sombrero y rascarse la cabeza, Alice dio un gritito de asombro al ver que le caía una larga melena de color azul pastel. La mujer se la recogió otra vez, se la metió debajo del sombrero y siguió cantando.

Pegada a la ventana, Alice observaba con interés. La mujer del pelo azul era la número trece.



Esa mañana, Alice se quedó en su habitación observando el trabajo de aquellas mujeres que regaban, cuidaban, plantaban y cortaban flores. Los cubos llenos de flores de colores casi parecían más grandes que las mujeres que los llevaban del campo a la caseta.

Su madre habría podido ser cualquiera de ellas, cualquiera de aquellas mujeres cuyas caras quedaban ocultas bajo grandes sombreros, vestidas con unas prendas de trabajo sencillas y bastas. Alice incluso creyó reconocer su perfil: el sombrero bien calado, las marcas de tierra en las muñecas, alargando una mano para examinar un capullo. Mientras permaneciera en su habitación, podría mantener esa ilusión.

Harry rascó la puerta y gimoteó. *Toby* hacía lo mismo cuando quería hacer sus necesidades. Alice intentó no hacerle caso: solo deseaba quedarse junto a aquellas ventanas todo el día. Sin embargo, cuando el perro empezó a rascar con ambas patas, temió que subiera alguien a ver qué pasaba. Además, no tenía ganas de que el perro se orinara por allí, así que abrió la puerta y *Harry* bajó corriendo y ladrando. Desde la ventana, lo vio salir disparado de la casa e ir a saludar a cada una de las mujeres. Todas le acariciaban el lomo con cariño. No, no quería hacer sus necesidades. Qué traidor.

Alice volvió a contar a las mujeres. Esta vez solo había nueve trabajando fuera. Buscó a la del pelo azul, pero como no podía distinguirla de las otras con el sombrero puesto, desistió y se apartó de la ventana. Se sentó en la cama. El sol ya estaba muy alto y en su habitación hacía calor. Qué bien se debía de estar abajo, o fuera,

corriendo entre las hileras de flores. No podía tener las piernas quietas. Tamborileó con los dedos sobre sus muslos.

Un fuerte ladrido junto a su puerta interrumpió sus pensamientos. *Harry* se le acercó despacio y le lamió una mano. Alice lo ignoró, pero el perro se sentó cerca de ella y se quedó mirándola fijamente sin jadear y sin mover la cola, solo mirándola. Al cabo de un rato, Alice negó con la cabeza. *Harry* se levantó y se puso a ladrar. Ella intentó hacerlo callar con gestos, pero seguía ladrando. Cuando Alice se levantó, el perro se calló por fin, fue hasta la puerta y se quedó allí, esperando. Alice lo siguió y *Harry* empezó a bajar la escalera, pero ella se quedó en el rellano, indecisa. Por el hueco de la escalera de caracol ascendieron varios ladridos seguidos. Alice dio un resoplido y se decidió.

El pasillo del piso de abajo estaba vacío. En uno de los extremos, Alice vio el cuarto de baño donde había entrado con June para lavarse la cara. Entró de puntillas y se paró en seco: en un estante, junto a unas toallas limpias, había un montoncito de ropa nueva, unas braguitas, unos pantalones de color caqui, una camisa de trabajo igual que las que llevaban las mujeres que estaban fuera y unas botas de color azul cielo. Alice pasó los dedos lentamente por el reluciente charol: nunca había tenido un calzado tan bonito. Acercó la camisa a su cuerpo y vio que era de su talla. Se la acercó a la cara y aspiró el aroma del algodón limpio. Se apresuró a cerrar la puerta del cuarto de baño, abrió el grifo de la ducha y se quitó la ropa vieja a toda prisa.

De nuevo en el pasillo, Alice se peinó el pelo mojado con los dedos. Llevar ropa nueva y estar limpia le producía una sensación muy agradable; el agua que se había ido por el desagüe de la ducha estaba marrón de tanto polvo como llevaba encima. Su piel todavía conservaba el perfume del jabón. Miró a un lado y a otro del pasillo: no había nadie. Cohibida y sin saber qué hacer, se disponía a escabullirse de nuevo hacia su cuarto cuando oyó ruido de cubiertos y platos y voces femeninas. Se apoyó contra la pared y fue siguiendo el murmullo de la conversación, interrumpido de vez en cuando por una carcajada. Al final del pasillo, en la parte de atrás de la casa, una puerta mosquitera daba a un amplio porche. Protegida por la oscuridad, Alice miró a través de la tela.

Las mujeres estaban sentadas en el porche alrededor de cuatro grandes mesas. Algunas estaban de espaldas a Alice y no les veía la cara, pero unas cuantas miraban hacia donde estaba ella. Eran de diversas edades. Una tenía unos delicados azulillos índigo tatuados en el cuello; otra llevaba unas modernas gafas de montura negra; otra más, unas plumas moteadas entrelazadas en el pelo; otra, los labios impecablemente pintados de rojo, pese a tener el resto de la cara sucio de polvo y sudor.

Las mesas estaban cubiertas con manteles blancos y llenas de cuencos de ensalada, jarras de agua helada con rodajas de limón y de lima, bandejas con verduras asadas, fuentes de quiches y pasteles de carne, platos con aguacate cortado en rodajas y pequeños cuencos de fresas. Alice vio asomar la cola de *Harry* entre dos sillas,

moviéndose sin parar. Se acercó un poco más. En el centro de cada mesa había un jarrón lleno de flores: a su madre le habrían encantado.

—Ah, ya estás aquí.

Alice se sobresaltó.

—Te queda bien la ropa nueva —dijo June desde el pasillo, detrás de ella.

Alice no sabía hacia dónde mirar, así que clavó la vista en sus botas azul cielo.

—Alice —dijo June, y alargó una mano como si fuera a tocarle la mejilla.

Alice se retrajo y June retiró rápidamente la mano haciendo sonar sus pulseras.

Se oyeron risas en el porche.

—Bueno. —June miró a través de la puerta mosquitera—. Vamos a comer algo, las Flores están deseando conocerte.

FLOR PÚRPURA AUSTRALIANA

Significado: Embajadora del amor
Sowerbaea juncea / Australia Oriental

Planta perenne de raíces comestibles que crece en zonas boscosas, bosques de eucalipto, brezales y praderas subalpinas. Las flores varían del lila rosáceo al blanco, son casi transparentes y, al igual que las hojas, desprenden un dulce aroma a vainilla. Rebrotan después de los incendios.

June abrió la puerta mosquitera y las mujeres que estaban sentadas en el porche dejaron de hablar. June se dio la vuelta y le hizo una seña a Alice para que la siguiera.

—Os presento a Alice. Alice, estas son las Flores.

Las mujeres murmuraron saludos que Alice percibió como aleteos en la piel. Se pellizcó las muñecas para distraerse de la desagradable sensación que notaba en el estómago.

—Alice es... mi nieta. —Algunas Flores la felicitaron. June hizo una pausa y enseguida continuó—: Ha venido a Thornfield a vivir con nosotras.

Alice sentía curiosidad por saber si la mujer de pelo azul estaba entre ellas, pero eso no bastó para que las mirara a los ojos. Nadie dijo nada. *Harry* se acercó, se le sentó encima de un pie y se apoyó contra su pierna. Ella lo acarició, agradecida.

—Bueno, vamos a comer —dijo June—. Ah, no, un momento. —Miró a las mujeres como si buscara a alguien—. *Twig*, ¿dónde está *Candy*?

—Está terminando. Ha dicho que empecemos a comer sin ella.

Alice siguió el sonido de la voz hasta una mujer alta y delgada con un halo de pelo negro y mirada franca. Cuando la mujer le sonrió, Alice sintió que la piel se le calentaba como si estuviera plantada bajo el sol.

—Gracias, *Twig* —dijo June, y enseguida se dirigió a Alice—: Te presento a *Twig*. Ella se encarga de cuidar a las Flores y de que todo funcione bien en Thornfield.

Twig volvió a sonreír y la saludó con la mano. Alice intentó devolverle la sonrisa.

June siguió presentándole a las otras Flores que estaban sentadas a la mesa: *Sophie* era la de las gafas elegantes; *Amy*, la de las plumas en el pelo; *Robin*, la que llevaba los labios pintados de rojo y *Myf*, la que tenía los azulillos índigo tatuados en la pálida piel del cuello; cuando sonrió y saludó a Alice con la cabeza, las alas de los pájaros se movieron. Los nombres de las otras Flores fueron brotando como un manantial. Algunos no los había oído nunca: *Vlinder*, *Tanmayi*, *Olga*; otros, como *Francene*, *Rosella*, *Lauren*, *Carolina* o *Boo*, se los había encontrado en los cuentos. *Boo* era la persona más anciana que Alice había visto en su vida; tenía la piel como un pergamino arrugado: parecía la hoja viviente de un libro.

Cuando hubo terminado con las presentaciones, June acompañó a Alice a su silla. Alrededor de su plato había una guirnalda de flores amarillas, cada una de las cuales

parecía una pequeña corona.

—Las campánulas amarillas le dan la bienvenida al forastero —dijo June, un poco tensa, mientras se sentaba a su lado. Las manos no paraban de temblarle. Alice balanceaba los pies debajo de la silla—. ¡A comer, Flores! —dijo June con un ademán, haciendo sonar sus pulseras.

Tras sus palabras, el porche cobró vida. Los cuencos pasaban de mano en mano y los cubitos de hielo tintineaban en los vasos. Al sonido de las cucharas que cogían salsa y de las pinzas que atrapaban rodajas de berenjena se sumaba de vez en cuando un ladrido excitado de *Harry*. El volumen de la conversación de las mujeres subía y bajaba entre bocado y bocado. A Alice le vino a la mente la imagen de una bandada de gaviotas chillando al abalanzarse sobre un banquete de cangrejos en la arena húmeda de la playa. Ella seguía cabizbaja, vagamente consciente de que June le hablaba mientras le servía un poco de todo en el plato. Estaba demasiado distraída observando la guirnalda de campánulas amarillas como para pensar en comer. «Bienvenida al forastero». June era su abuela y su tutora y sin embargo ella era una forastera. Pese al calor, sintió un escalofrío. Tras asegurarse de que nadie la estaba mirando, arrancó unas cuantas campánulas amarillas de la guirnalda y se las metió en el bolsillo.

Se dedicó a observar a las mujeres que estaban sentadas a las mesas. Algunas tenían unos ojos tristes que se les llenaban de lágrimas cuando sonreían; otras, el pelo entrecano, igual que June. Cuando su mirada se encontraba con la de Alice, todas la saludaban con la mano, como si se alegraran muchísimo de tenerla allí, como si Alice fuese algo que ellas habían perdido y hallado. Al verlas juntas, al ver cómo se relacionaban, tan acompasadas unas con otras, le pareció que representaban una danza que ya habían bailado antes infinidad de veces. Alice se acordó de un cuento que su madre y ella habían leído juntas, sobre doce hermanas bailarinas que desaparecían todas las noches de su castillo. Sentada entre aquellas mujeres que llevaban su tristeza como si fuera el más delicado vestido de baile, Alice se figuró que se había quedado dormida y se había despertado en uno de los cuentos de su madre.

Cuando recogieron las mesas y las Flores se marcharon otra vez a trabajar, June y Alice se quedaron un rato en el porche trasero. La tarde iba suavizándose y acumulando nuevas capas de olor a tierra recalentada y a protector solar de coco. A lo lejos se oían los graznidos de las urracas y la extraña risa de las cucaburras. *Harry* se tumbó en el suelo, harto tras comerse las sobras.

—Vamos, Alice —dijo June extendiendo un brazo—. Quiero enseñarte la finca.

Alice bajó detrás de ella del porche y fueron hacia los campos de cultivo. Desde allí, las hileras de plantas eran mucho más altas de lo que parecían desde arriba. Era tan semejante a estar entre las cañas de azúcar que Alice se paró un momento, aturdida.

—Estos son nuestros jardines de flores para ramos. —June señaló hacia delante—. Cultivamos sobre todo flores autóctonas. Thornfield siempre se ha basado en eso: el comercio de flores autóctonas. —Hablabla con un tono seco y cortante, como si tuviera una rodaja de limón en la boca.

June se encaminó hacia el lado más alejado de la plantación y le señaló los invernaderos que había al fondo y el taller de enfrente, donde las Flores trabajaban por la tarde para protegerse del calor.

—Más allá de la finca es todo matorral hasta llegar al río. El río... —June se interrumpió ante la mirada atenta de Alice.

»Ya te hablaré otro día sobre el río. —Se volvió hacia Alice, que estaba distraída pensando que había agua cerca de allí—. Todas estas tierras forman parte de Thornfield. La finca ha pertenecido a mi familia desde hace varias generaciones. —Hizo una pausa y se corrigió—: A *nuestra* familia, quiero decir.



Una tarde, en la cocina de su casa, Alice se había sentado junto a los pies de su madre y se había puesto a leer cuentos de hadas mientras Agnes preparaba la cena. Gracias a estos sabía que en las familias las cosas no siempre eran como parecían: los reyes y las reinas perdían a sus hijos como si fuesen calcetines sueltos y no volvían a encontrarlos hasta que ya eran muy mayores, y eso suponiendo que los hallaran; las madres podían morirse, los padres podían desaparecer y siete hermanos podían convertirse en siete cisnes. Para Alice, las familias eran una de las cosas más peculiares que había en el mundo. La harina que su madre pasaba por el tamiz caía sobre las páginas de su libro abierto. Alice alzó la vista y preguntó:

—Mamá, ¿dónde está el resto de nuestra familia?

Agnes se arrodilló en el suelo y le puso los dedos sobre los labios. Miró fuera de la cocina, hacia el salón, donde Clem roncaba débilmente.

—Solo somos nosotros tres, Bicho —dijo—. Siempre hemos sido solamente nosotros tres, ¿vale?

Alice asintió enseguida con la cabeza: conocía aquella expresión de su madre y sabía que no debía volver a preguntar pero, a partir de ese día, cuando estaba sola en la playa con los pelícanos y las gaviotas, le encantaba imaginar qué pasaría si uno de aquellos pájaros se convertía de pronto en una hermana a la que había perdido hacía mucho, o en una tía, o en una abuela.



—¿Quieres que entremos en el taller? —preguntó June—. Así podrás ver a las Flores trabajando.

Empezaron a caminar entre las hileras de plantas y, al principio, Alice no reconoció la mayoría, pero de pronto, allí delante, vio una mata de patas de canguro

de color escarlata y, un poco más allá, campánulas amarillas. Giró sobre sí misma y miró con atención: allí estaban, a su derecha, las corolas amarillas y suaves del mirto limón. Casi pudo percibir en el aire el dulce olor de las algas podridas y del azúcar verde del cañaveral. Le hormiguearon los dedos al recordar la superficie lustrosa del pupitre que le había hecho su padre; el olor a cera y a papel cuando levantaba la tapa, revelando las cajas de ceras, lápices y cuadernos de ejercicios; a su madre al otro lado de la ventana, acariciando las corolas de sus flores y murmurando en su lenguaje secreto: «triste remembranza», «el placer de los recuerdos», «amor correspondido».

Interrogantes entremezclados con recuerdos: la angustia de despertarse cada mañana y no saber a quién encontraría en la casa, a su madre, alegre y llena de historias, o a aquel espectro que no podía levantarse de la cama; el miedo, tan opresivo como la humedad, mientras esperaba que su padre llegara a casa, porque su comportamiento era tan imprevisible como una tormenta del oeste; y también la cara sonriente de *Toby*: sus grandes ojos, su pelo esponjoso, sus simpáticas orejas, con las que no podía oír. De pronto se preguntó una cosa en la que no había pensado hasta ese momento.

¿Se habría salvado *Toby*?

Nadie lo había mencionado, ni la doctora Harris, ni Brooke, ni June. ¿Qué había sido de *Toby*? ¿Dónde estaba su perro? ¿Qué les pasaba a los animales cuando se morían? ¿Quedaba algo de todo lo que ella había amado? ¿Tenía ella la culpa por encender aquella lámpara del cobertizo de su padre...?

—¿Alice? —June la llamó haciéndose visera con la mano para protegerse del sol de la tarde.

Unas moscas revoloteaban alrededor de la cara de Alice. Agitó la mano para ahuyentarlas y miró fijamente a June, la abuela de la que ni su padre ni su madre le habían hablado; June, su tutora, que se la había llevado del mar a aquel extraño mundo lleno de flores. Esta corrió hacia Alice y se agachó a su lado. Una bandada de cacatúas Galah pasó, como un río rosa, por encima de sus cabezas.

—Alice —dijo June con voz cálida, llena de sincera preocupación.

La niña intentaba respirar con normalidad, pero daba grandes bocanadas. Le dolía todo el cuerpo.

June abrió los brazos y Alice se acercó a ella sin dudarle y se dejó abrazar. June la estrechó con fuerza. Alice le hundió la cara en el cuello. Su piel olía a sal, a tabaco y a menta. Por las mejillas de Alice empezaron a resbalar unas gruesas lágrimas salidas de algún lugar en su interior, tan oscuro y aterrador como las profundidades del mar.

June la tomó en brazos y caminó hacia el porche mientras Alice miraba por encima de su hombro: desde los campos de flores hasta la casa había un rastro de flores cortadas que se le habían caído del bolsillo a su abuela.



Al atardecer, el canto de las cigarras invadía la cocina de Thornfield. Candy Baby dejó de lavar los platos y se inclinó hacia la ventana para respirar el aire otoñal, que llevaba el húmedo aroma del musgo y de los juncos de un río que discurría no lejos de allí. Se le puso la carne de gallina. Según June, Candy había nacido en esa época del año, aunque nadie sabía dónde, ni quiénes eran sus padres. Celebraba como su cumpleaños el aniversario de la noche en que June y Twig la habían encontrado abandonada, envuelta en un vestido azul de fiesta y flotando en un moisés en un anegado brezal de lirios de vainilla entre el río y la plantación de flores. Ellas acababan de acostar al pequeño Clem, que entonces tenía dos años, cuando oyeron su llanto. El haz de la linterna de June la encontró y Twig se agachó para cogerla en brazos. Candy se puso a hacer gorgoritos y a dar palmadas. El olor a vainilla era tan intenso que las mujeres la llamaron Candy Baby. Para cuando June y Twig se convirtieron en sus tutoras legales, el nombre ya se le había quedado.

Volvió a meter las manos en el agua jabonosa mientras contemplaba el cielo veteado de color añil. Dentro de las paredes de madera y cemento de Thornfield, las tuberías resonaron al abrirse el grifo de la ducha. Candy vació el fregadero y se secó las manos con un paño. Se asomó por la puerta de la cocina y miró hacia el pasillo. June esperaba sentada ante la puerta cerrada del cuarto de baño con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Tenía los antebrazos sobre los muslos y los dedos entrelazados. Bajo la luz tenue de la lámpara, sus mejillas húmedas tenían un brillo plateado. *Harry* estaba sentado con ella y le había puesto una pata encima del pie, como solía hacer cuando June estaba triste.

Candy volvió a la cocina y limpió las encimeras hasta dejarlas brillantes. Las otras mujeres se ocupaban de las flores, pero su jardín era la cocina, donde florecían los festines y los banquetes. Tenía veintiséis años y no había nada que le gustara más que cocinar. Sin embargo, no preparaba recetas sofisticadas: nada de grandes platos blancos con una cantidad insignificante de comida. Candy cocinaba para alimentar el alma. El sabor y la cantidad tenían la misma importancia. Había conseguido el puesto de cocinera de Thornfield después de dejar el instituto y convencer a June de que sabía manejar los cuchillos. «Lo llevas en la sangre», dijo Twig después de probar su primer pastel de yuca, recién salido del horno. «Este es tu don», comentó June cuando Candy sirvió su primera bandeja de rollitos de primavera con chutney de mango, hechos con hortalizas y hierbas del huerto.

Era cierto: cuando cocinaba era como si una sabiduría oculta se apoderase de sus manos, de sus instintos, de sus papilas gustativas. En la cocina, Candy se crecía, estimulada por la idea de que a lo mejor su madre hubiera sido cocinera o su padre panadero. Cocinar calmaba aquella herida interior que sentía cada vez que pensaba que quizá nunca llegaría a saberlo.

Se cerró el grifo y las tuberías de la casa se sacudieron. Candy dejó de limpiar las encimeras y aguzó el oído. Oyó un movimiento en el pasillo y, al cabo de un momento, cómo se abría la puerta del cuarto de baño.

La llegada de las nuevas siempre era difícil: la recién llegada, necesitada de refugio, removía los recuerdos de todas las habitantes de Thornfield. Pero aquello era diferente: se trataba de la hija de Clem... y no hablaba. Pertenecía a la familia de June cuando, en Thornfield, todas tenían claro que June no tenía otra familia que las Flores. «Las Flores son mi familia», solía decir, y abría los brazos abarcando los campos y a las mujeres que estaban sentadas a su mesa.

Sin embargo, el mito que rodeaba a la familia de June se había derrumbado: había aparecido su nieta.



Para alivio de Alice, June dejó que se duchase sola. Mientras el agua le corría por la cara, soñaba con poder sumergirse en las profundidades, zambullirse y bucear en aguas lo bastante saladas como para que le escocieran los labios y lo bastante frías como para calmarle los ojos. Allí no había playa a la que huir. Se acordó del río y se propuso buscarlo. Decidió que aprovecharía la primera ocasión que se le presentara: era una ilusión, por pequeña que fuera.

Alice esperó hasta que se le arrugaron las yemas de los dedos y cerró el grifo de la ducha. La toalla que le había dado June era suave y esponjosa. Se puso el pijama y se lavó los dientes. Su cepillo era rosa, decorado con princesas de dibujos animados, la pasta de dientes estaba llena de motitas brillantes. Era todo tan bonito que Alice dudó que fuera real: quizá fuesen de juguete. Se acordó de su cepillo de dientes de plástico transparente y con las cerdas desgastadas: lo dejaba en un frasco de Vegemite vacío, al lado del de su madre, en el estante del cuarto de baño. Aquel lugar oscuro y profundo de su interior volvió a hincharse y las lágrimas volvieron a brotar. Cuanto más lloraba, más convencida estaba de que dentro de ella había una parte del océano.

Cuando terminó en el cuarto de baño, siguió a June al piso de arriba, *Harry* las empujó y las adelantó al galope.

—Ya sé que a veces parece un payaso, pero no te dejes engañar —dijo June, guiñándole un ojo a Alice—: tiene poderes mágicos, puede oler la tristeza.

Alice se paró en la puerta y vio que *Harry* se tumbaba a los pies de su cama.

—Aquí trabajamos todos y el trabajo de *Harry* consiste en cuidar a cualquiera que esté triste y ayudarlo a sentirse mejor. —La voz de June se suavizó—. *Harry* también tiene un idioma secreto, de modo que si, por lo que sea, no se da cuenta de que necesitas su ayuda, puedes decírselo tú. ¿Quieres aprenderlo?

Alice se arrancó un padastro del pulgar y asintió con la cabeza.

—Estupendo, entonces esa será tu primera tarea: aprender a «hablar» con *Harry*. Les diré a Twig o a Candy que te enseñen.

Alice se irguió un poco: tenía una tarea.

June corrió las cortinas de la habitación, que se hincharon como las faldas de un traje de bailarina.

—¿Quieres que te arrope? —le preguntó señalando la cama—. ¡Oh! —exclamó de repente y ella miró hacia donde miraba June.

Encima de la almohada había una bandejita rectangular con una magdalena blanca decorada con una flor azul claro hecha de azúcar. De la magdalena colgaba una estrella de papel con un letrero: CÓMEME. A un lado había un sobre de color crema con el nombre de Alice.

Una sonrisa se abrió paso entre los enredos y las heridas que tenía por dentro y le calentó las mejillas. Corrió a su cama.

—Buenas noches, Alice —dijo June desde la puerta.

Ella le hizo una señal con la mano. Cuando June se marchó, se apresuró a abrir el sobre. Dentro había una carta escrita a mano en una hoja de papel de color crema.

Querida Alice:

He aquí tres cosas que sé con certeza:

1. Cuando nací, alguien (a mí me gusta pensar que fue mi madre) me envolvió en un vestido de fiesta azul.

2. Existe un color que lleva el nombre de la hija de un rey que siempre llevaba vestidos del mismo tono de azul. Las historias que he oído sobre ella me hacen pensar que me habría gustado ser su amiga: fumaba en público (en una época en que las mujeres no lo hacían), solía llevar una boa constrictor alrededor del cuello, en una ocasión saltó completamente vestida a una piscina junto con el capitán de un barco y en otra disparó contra los postes del telégrafo desde un tren en marcha.

3. Mi cuento favorito es este: una vez, en una isla, no muy lejos de aquí, había una reina que trepó a un árbol mientras esperaba a que su marido regresara de una batalla. Se ató a una rama y juró que se quedaría allí hasta que él volviera. Esperó tanto tiempo que poco a poco fue transformándose en una orquídea idéntica a las que llevaba estampadas su vestido azul.

Otra cosa que sé con certeza:

El día en que June nos dijo que iba a buscarte al hospital, yo estaba en el taller prensando en orquídeas azules: siempre han sido mis flores favoritas porque son del color del vestido con el que una vez me envolvieron, el color preferido de la hija rebelde de un rey: un color que se llama azul Alice.

Felices sueños, preciosa. Nos vemos en el desayuno.

Besos,

Candy Baby

La mente de Alice se llenó de imágenes de recién nacidos, mujeres díscolas y vestidos de fiesta azules que se convertían en flores. De pronto le entró mucha hambre: cogió la magdalena, retiró el papel y mordió aquella delicia con aroma a vainilla.

Se quedó dormida con migas en la cara, abrazada a la carta de Candy.



Candy llenó de agua una vieja lata de tomate para regar las hierbas del hueco de detrás del fregadero. El aroma a albahaca y cilantro frescos impregnó el aire. Puso cuatro tazas junto al hervidor para la mañana siguiente: la de June, que más bien parecía un cuenco de sopa; la taza de peltre descascarillada en la que Twig se empeñaba en tomarse el té; y su propia taza de té de porcelana con su platillo, en la que Robin había pintado a mano unos lirios de vainilla. La cuarta era pequeña y sencilla. Candy pensó en la cara atribulada de Alice y miró al techo preguntándose si habría encontrado ya su magdalena.

Estaba colgando las servilletas cuando June bajó y entró en la cocina. La isla de luz que proyectaba la campana extractora de la cocina dejaba su rostro en sombras.

—Gracias por la magdalena, Candy: ha sido la primera vez que la he visto sonreír. —June se frotó el mentón—. Es curioso lo mucho que se parece a los dos — continuó, con la voz quebrada.

Candy asintió: por esa razón no había querido conocer a Alice todavía.

—«Mañana puedes volver a empezar». Es lo que siempre nos dices, ¿no?

—No es tan fácil como parece, ¿verdad? —masculló June.

Candy le apretó el brazo y salió de la cocina en dirección a su dormitorio. Desde allí, oyó abrirse la puerta del mueble bar. No había visto a June beber tanto como desde que la policía había ido a darle la noticia de la muerte de Clem y Agnes. Candy sabía que la gente se evade de muchas maneras: June intentaba esconderse en el fondo de una botella de whisky; su madre, en un brezal de lirios de vainilla silvestres, y ella misma trabajando en la cocina de Thornfield.

Cerró la puerta de su dormitorio y encendió la lámpara de la mesilla de noche, que inundó la habitación de una luz difusa. Casi todo lo que ella amaba estaba allí dentro: el asiento ante los dos ventanales, los bocetos botánicos de Twig, todos de lirios de vainilla, enmarcados y colgados en la pared. Cada uno llevaba una fecha, el primero era de la noche en que June y ella habían encontrado a Candy en el brezal y la habían llevado la casa. En el rincón, su silla y su mesa, donde estaban sus libros de recetas; su cama individual, cubierta con la manta hecha de hojas de eucalipto que Ness, una antigua Flor, había confeccionado a ganchillo para el dieciocho cumpleaños de Candy. Años atrás había recibido una postal de una pequeña plantación de plátanos del norte, donde Ness decía que se había comprado una casa. Algunas mujeres, como Ness, llegaban a Thornfield, se tomaban el tiempo que

necesitaran para recuperar fuerzas y luego se marchaban; otras, como Twig y Candy, sabían que allí habían encontrado un hogar permanente.

Se sentó y abrió el cajón de la mesilla de noche, metió una mano y sacó el colgante que siempre se quitaba para cocinar. Se pasó la cadena por la cabeza y lo acercó a la luz: un abanico de pétalos de flor púrpura conservado en resina y engarzado en plata de ley. June se lo había regalado cuando cumplió dieciséis años, poco antes de que Candy abriera la ventana de su dormitorio una noche sin luna y se fugara, creyendo que así superaría una pérdida que la había destrozado.

June había llamado a su hijo como la clemátide, una flor con forma de estrella, brillante y trepadora, y eso había sido exactamente Clem para Candy: un niño tan cautivador como una estrella, del que ella estaba perdidamente enamorada. Lo seguía a todas partes y él protestaba, aunque volvía la cabeza cada dos por tres para asegurarse de que ella estaba allí.

Candy se acercó a la ventana y contempló el sinuoso camino que discurría al fondo de los campos, se adentraba en el monte y llegaba hasta el río. Tenía la edad de Alice la primera vez que June la dejó ir sola al río. Al menos, creyó que estaba sola cuando corría entre los árboles, pero debería haber sabido que Clem no permitiría que disfrutara en privado de su aventura. Cuando llegó al río, lo oyó gritar colgado de una cuerda atada a un eucalipto y tirarse al agua. Ella gritó también, a causa del susto. Cuando se recuperó, Clem la llevó a la cabaña secreta que había construido con ramas, palos y hojas en un claro, cerca del eucalipto gigante. Dentro tenía un saco de dormir, un farol, su navaja, su colección de piedras y su libro favorito. Se sentaron dentro, pegados el uno al otro, y Clem se puso a leerle mientras deslizaba un dedo sobre la ilustración de Wendy cosiéndole la sombra a Peter Pan.

—Nosotros también estamos cosidos, Candy —dijo Clem—, y no creceremos nunca. —Abrió su navaja—. Júralo.

Ella le ofreció el tierno centro de la palma de su mano.

—Lo juro —dijo, y aspiró entre los dientes al notar la punzada de dolor.

—¡Es un pacto de sangre! —exclamó Clem con solemnidad. Luego se clavó la punta de la navaja en la palma y presionó su mano contra la de Candy, entrelazando sus dedos con los de ella.

Con la yema de un dedo, Candy se frotó la cicatriz, pequeña y apenas visible, en la palma de la mano.

A medida que Candy se hacía mayor, Clem se convirtió en la estrella más brillante y más alta del firmamento para ella, pero cuando cumplió catorce años y Clem dieciséis, todo cambió: el Ejército de Salvación llevó a Agnes Ivie a Thornfield. Clem se transformó en un jovencito pálido y huraño y prácticamente dejó de mirar a Candy: solo tenía ojos para Agnes.

Agnes tenía la misma edad que Candy y también era huérfana. Llegó con ramitas de acacia en el pelo, un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas* y unos ojos grandes y penetrantes que, como sucede con los ojos de algunos retratos, te seguían

allá adonde fueras. June la puso a trabajar enseguida y Agnes se entregaba a sus tareas como si fueran batallas que tuviera que ganar. Trabajaba desde el amanecer hasta el ocaso, hasta que le salían ampollas que luego se reventaban y sangraban. Trabajaba hasta que ya no podía mover sus flacuchos brazos llevando cubos llenos de flores recién cortadas de los campos al taller. Estudiaba el Diccionario de Thornfield con el ceño fruncido. Por la noche, se sentaba en el campanario y le cantaba a la luna todo lo que había aprendido del lenguaje de las flores.

Candy empezó a seguir a Agnes por la finca, a espiarla mientras trabajaba: quería averiguar por qué Clem la quería más que a ella. La seguía hasta el río, se escondía entre los arbustos y desde allí la veía sacar un bolígrafo y escribirse historias en la piel de los brazos y las piernas antes de desnudarse y meterse en las verdes aguas del río hasta disolver el último rastro de tinta. Un día, Candy oyó romperse una ramita cerca de allí y vio a Clem, también escondido, espiando a Agnes mientras esta se bañaba en el río. Por la expresión de su rostro, se diría que había visto a una estrella caída del cielo. Cuando Candy descubrió que Clem había tallado su nombre y el de Agnes en el tronco del eucalipto gigante, comprendió que lo había perdido. Lo único que podía hacer era ver, indefensa, cómo todos en Thornfield, pero sobre todo Clem, caían bajo el hechizo de Agnes. Esta parecía despertar en él un lado posesivo y cruel: nunca volvió a ser el mismo con Candy.

Cuando Clem y Agnes se marcharon de Thornfield, la cólera de Clem al partir y su total ausencia desgarraron el mundo de Candy. En un arrebato de rabia, se puso a arrancar la corteza del eucalipto hasta borrar el nombre de Agnes y tuvo ampollas en las manos durante un mes. Pero nada consiguió aliviar su dolor, ni siquiera marcharse ella también de Thornfield.

Sus recuerdos de la noche de su huida aún le dolían, igual que le dolían las piernas cuando, bajo la luz de la luna, corría por el bosque hasta la carretera, engañada por la promesa de un amante de que estaría allí esperándola. Candy llevaba tiempo escapándose al pueblo para verlo, desde la tarde en que él había parado su coche a su lado cuando ella caminaba a casa desde el colegio. Le daba vodka y cigarrillos, le contaba historias de su lugar de origen: un lugar paradisíaco de la costa. Iba de regreso hacia allí y había parado en el pueblo. ¿Quería irse con él? Él le enseñaría a nadar en mar abierto y tendrían una casa con jardín propio. La sensación de libertad que tuvo Candy la noche que se reunió con él en la carretera era embriagadora. Se metió en su coche, él pisó a fondo el acelerador y juntos emprendieron el viaje por la noche plateada camino de un lugar donde el dolor de la ausencia de Clem dejaría de atormentar a Candy. Pero tan solo unos meses más tarde, Candy apareció en el camino de Thornfield con el vestido de algodón que llevaba puesto el día de su huida y el colgante de flor de púrpura al cuello. June y Twig estaban sentadas en el porche. La recibieron, le hicieron sitio a la mesa y no dijeron nada. Para su sorpresa, su dormitorio estaba tal como lo había dejado: June y Twig

sabían que había actuado sin pensar y que regresaría, sabían antes que ella misma que cometería el error de pensar que podría huir de su dolor.

Candy volvió a mirar al techo y pensó en Alice, la hija silenciosa de Agnes y Clem, atrapada en su propio mundo de recuerdos, deambulando entre ellos, tratando de entender qué había pasado con su vida. Candy había oído a June contarle la historia a Twig: Clem había golpeado a Alice hasta dejarla inconsciente, y lo mismo debía de haberle hecho a Agnes, porque su cuerpo estaba cubierto de cardenales. ¿Qué clase de cobarde era capaz de hacer una cosa así? ¿En qué clase de bestia se había convertido? ¿Y qué sería ahora del hijo de Clem, el hermano de Alice?

Ahuyentó todas esas preguntas. Pasó la yema del pulgar por el colgante y se concentró en el significado de la flor púrpura: embajadora del amor. Desde que, en el siglo XIX, la bisabuela de June, Ruth Stone, construyó un vivero en unos terrenos asolados por la sequía, el lema de Thornfield siempre había sido «Donde florecen las flores silvestres». Esa era la única certeza que tenían Candy y el resto de las mujeres que acudían a June en busca de seguridad.

Antes de acostarse, Candy se preguntó si Alice sabría ya, o intuiría al menos, que no importaba de dónde procediera, ni qué le hubiera ocurrido en el pasado, y que había llegado a su verdadero hogar.

SOLANÁCEA VIOLETA

Significado: Fascinación, brujería
Solanum browni / Nueva Gales del Sur

Miembro de la familia de las solanáceas, a menudo tóxicas. El folclore suele asociarla con la muerte y los fantasmas. El nombre científico viene de «solamen», que en latín significa «consuelo» y hace referencia a las propiedades narcóticas de algunas especies. Ciertas mariposas y polillas se alimentan de ellas.

Alice se incorporó de golpe en la cama. Tenía fuertes arcadas y estaba empapada en sudor frío. En su sueño, unas cuerdas de fuego la estrangulaban. Cuando dejaron de arderle las mejillas, volvió a recostarse sobre la almohada húmeda y entrecerró los ojos, deslumbrada por la luz matutina. La carta de Candy estaba a su lado, arrugada. Alice la cogió y resiguió con un dedo las curvas de la caligrafía. Esa noche, el incendio de sus pesadillas había sido diferente: el fuego era azul, el color de su nombre, el pelo de Candy y el vestido de una mujer a la que el dolor convirtió en orquídea.

Trató de contener las lágrimas, pero estas se desbordaron y *Harry* reaccionó como si lo hubieran llamado con un silbido. Entró en el dormitorio haciendo tintinear su collar y le acarició las desnudas rodillas con el hocico húmedo. Con su gran tamaño, hizo que Alice se sintiera segura.

Cerró los ojos y se los apretó fuerte con los dedos hasta que le dolieron. Cuando volvió a abrirlos, vio un sinfín de estrellitas negras. Cuando desaparecieron, notó que alguien había entrado en su habitación y le había dejado ropa y una bandeja con el desayuno encima de la mesa. *Harry* le dio un lametón en la mejilla. Alice esbozó una sonrisa y se levantó.

Colgados en el respaldo de la silla había una camiseta y unos pantalones cortos limpios, encima de la mesa, unas braguitas y unos calcetines doblados, y en el suelo, sus botas. También había un sombrero de ala ancha y un pequeño delantal como el que utilizaban las Flores, con su nombre bordado con hilo azul en el bolsillo. Alice pasó los dedos por las letras: el hilo era del mismo color del que ella se imaginaba el vestido de la reina del cuento favorito de Candy. La idea de que alguien hubiera esperado a su amor durante tanto tiempo que había terminado por convertirse en otra cosa la angustiaba.

Cogió un trozo de melocotón de la bandeja, se lo metió en la boca y saboreó su dulce jugo. Se comió otro trozo, se secó las manos en el pantalón del pijama y cogió la camiseta. Era de ese algodón que parece que ya se hubiera usado mil veces: su madre tenía una igual. A Alice le encantaba ponérsela para dormir cuando Agnes ya la había usado el tiempo suficiente para que oliera a ella.

—Buenos días.

June estaba en la puerta y *Harry* resopló contento. Alice se quedó quieta, con el pelo tapándole la cara, y no se lo recogió detrás de las orejas cuando June volvió a quitar las sábanas y se marchó de la habitación sin decir nada. Al poco rato volvió a subir, jadeando ligeramente, con un juego de sábanas limpias. Alice tenía las mejillas coloradas de vergüenza. *Harry* se apoyó en ella y le lamió las lágrimas. A June le crujieron las rodillas cuando se agachó al lado de la niña.

—No siempre va a parecerse todo tan raro, Alice —le dijo—, te lo prometo. Sé que estás muy triste y que todo es nuevo y te asusta, pero si le das una oportunidad este sitio te ayudará.

Alice levantó la cabeza y miró a June. Por primera vez, sus ojos no estaban fijos en algún lugar muy lejano, más allá del horizonte: estaban allí mismo, muy cerca, clavados en los de ella.

—Ya sé que ahora todo parece horrible, pero mejorará. Aquí estás a salvo, ¿vale? Ya no te van a pasar más cosas malas.

Cuanto más miraba Alice a June, más deprisa latía su corazón. Cerró los ojos y apretó mucho los párpados. Le costaba respirar.

—¿Estás bien, Alice? —La voz de June parecía muy distante.

Harry se puso a describir círculos alrededor de las dos y a ladrar.

Alice negó con la cabeza. Los recuerdos empezaron a romperse en su interior. Antes de Thornfield, antes del hospital, antes del humo y las cenizas, antes.

En el cobertizo de su padre.

Las estatuas de madera que representaban a una mujer y a una niña con flores.

June movía los labios, pero Alice no podía oírla bien: lo veía todo como si estuviera debajo del agua, hundiéndose y flotando al mismo tiempo, como si mirase a June a través del filtro del mar. Veía flotar su cara, borrosa salvo en un breve instante en que la vio con absoluta claridad.

Y la reconoció por fin.

June: sus expresiones, su pelo, su postura, su sonrisa. Alice ya había visto todo eso antes.

Hizo un esfuerzo para respirar.

June era la mujer que su padre tallaba una y otra vez en su cabaña.



June descolgó su sombrero Akubra del gancho que había junto a la puerta, se lo puso y cogió unas llaves de encima del aparador. Salió a toda prisa y bajó los escalones del porche. Luego, entornando los ojos bajo el intenso sol de la mañana, fue a grandes zancadas hasta su camioneta. Abrió la puerta y se sobresaltó al ver dentro a *Harry*: hacía un momento el perro estaba arriba, con Alice, y de pronto estaba allí, sentado con la cola enroscada alrededor de las patas, mirándola fijamente.

—Eres un auténtico escapista —masculló June—, nunca dejas de sorprenderme.

Le acarició las grandes orejas, subió a la camioneta y de pronto, al recordar la mirada de reconocimiento de Alice en el piso de arriba, sintió que un sudor frío le recorría la espalda. Intentó controlar el temblor de las manos, pero necesitó tres intentos para introducir la llave en el contacto. Se palpó el bolsillo, sacó su petaca y dio un trago.

—June —la llamó Twig desde la puerta de la casa.

Se apresuró a guardar la petaca, el whisky le quemó la garganta al tragar.

Twig se acercó a la camioneta y se quedó de pie junto a la ventanilla de June, esperando. No habían intercambiado más que unas breves frases desde la llegada de Alice. June se preparó para un nuevo episodio de su inacabada discusión: una de esas que, o bien dan al traste con una amistad de años, o bien la fortalecen. Habían tenido algunas sonadas a lo largo de las décadas, pero allí estaban, en medio de otra y todavía intentándolo, como se espera de quienes son familia.

Cuando June bajó el cristal de la ventanilla, Twig dio un elocuente paso hacia atrás y June se maldijo por no llevar encima sus caramelos de menta.

—Alice está bien —dijo Twig al cabo de un momento, moderando su tono de voz —, está en el salón, con Candy, descansando.

June asintió con la cabeza.

—He llamado al hospital...

—Me lo imaginaba —dijo June con aspereza.

Twig hizo como si no la hubiera oído.

—Brooke, la enfermera, me ha dicho que debe de haber sido un ataque de pánico. Alice necesita reposo, compañía, cuidados... y también terapia, June. —Dio un paso adelante y apoyó ambas manos en el marco de la ventanilla—. Necesita que la vea alguien.

June negó con la cabeza.

—Todos necesitamos un lugar y a una persona que nos haga sentir en casa. —La voz de Twig apenas se oía por encima del ruido del motor de la camioneta.

June esbozó una sonrisita; Twig sabía lo que estaba haciendo: repetir las palabras que ella le había dicho años atrás, cuando Twig llegó a Thornfield.

June metió la primera, no pensaba dejarse manipular.

—Voy a matricularla en la escuela: allí se sentirá en casa —dijo con brusquedad.

Twig se apartó, dolida.

June arrancó y sintió un estremecimiento al recordar las palabras de Twig. ¿En qué demonios estaba pensando? ¿Cómo se atrevía a responsabilizarse de la hija de su hijo? ¿Quién era ella, aparte del familiar más cercano según un formulario? No podía quitarse de la cabeza el momento de reconocimiento reflejado en la mirada de Alice, y no paraba de hacerse una sola pregunta: ¿cómo podía ser que Alice conociera su cara?



Tumbada en el sofá junto a las ventanas, Alice oyó desvanecerse el rumor de la camioneta de June. Estaba intentando relacionar una serie de datos: las figuras que había en la cabaña de su padre eran de June; June era su abuela, pero también la madre de su padre: ¿por qué no la había conocido antes? No podía ser porque su padre no la quisiera, de ser así, ¿por qué habría pasado tanto tiempo tallando figuras que la representaban? Alice suspiró y se acurrucó más en el sofá. Al otro lado de la ventana se oía el graznido de una urraca. Cerró los ojos y oyó el tictac del reloj de pie, los lentos latidos de su corazón, su respiración acompañada.

June la había llevado abajo y la había dejado al cuidado de Twig, luego había desaparecido de la casa y todavía no había regresado. Twig le había preparado una taza de algo caliente que había hecho que su cuerpo pareciera una tableta de chocolate bajo el sol. Se le cerraron los ojos y, cuando volvió a abrirlos, Twig ya no estaba, pero sí Candy Baby, con su larga y ondulada melena azul, que parecía algodón de azúcar.

—Hola, corazoncito —dijo Candy con una sonrisa.

Alice se fijó en su pelo, en su brillante pintalabios, en los restos de esmalte de uñas de color verde y en los pendientes con forma de magdalena que llevaba en las orejas.

—Me alegra ver que vuelves a tener color en la cara, florecita. —Candy le cogió una mano y se la apretó. Sin saber cómo reaccionar, Alice siguió mirándola—. Estoy haciendo galletas —continuó—. Son para desayunar, pero necesito que alguien las pruebe antes de ofrecerlas; ¿querrías ayudarme?

Alice asintió tan enérgicamente que Candy soltó una sonora carcajada.

—¡Vaya, menuda sorpresa! —Candy le puso un mechón de pelo detrás de la oreja—. Tienes la sonrisa más encantadora que jamás se haya visto en Thornfield.

Su madre era la única que hasta entonces le había dicho a Alice que tenía una sonrisa encantadora.

Mientras esperaba a que se terminaran de hornear las galletas, Alice tamborileaba con los dedos en su barriga. El sol entraba a raudales atravesando las gigantescas hojas tropicales que formaban una especie de *patchwork* en las ventanas. El olor a tabaco se mezclaba con los aromas provenientes de la cocina. De vez en cuando, el tarareo de Candy llegaba flotando hasta el salón.

Por fin, Alice oyó pasos que se acercaban desde la cocina y con ellos llegó una ráfaga de aire dulzón. Intentó incorporarse.

—No, corazoncito. Descansa. —Candy arrastró una mesita hasta el sofá y dejó encima una bandeja de galletas Anzac de avena y coco y un vaso de leche fría—. Descansa y prueba esto.

Alice cogió una galleta recién salida del horno. Apretó los bordes entre el índice y el pulgar: firme; luego apretó el centro: blando. Miró a Candy con cara de sorpresa.

—Sí, sí: crujientes por el borde y blanditas por el centro, así es como deben ser —dijo Candy con decisión.

Alice sintió un profundo cariño por ella y le dio a la galleta un mordisco tan grande como pudo.

—Tienes las mejillas hinchadas como las de una comadreja —dijo Candy riendo.

Se abrió la puerta mosquitera y se oyó que alguien daba pisotones y se limpiaba las botas en el felpudo. Al cabo de un momento, Twig entró en el salón con el ceño fruncido y gesto de preocupación. Al ver a Alice y a Candy, sus facciones se relajaron.

—Llegas justo a tiempo, Twig. —Candy le ofreció la bandeja.

Twig miró a Alice con gesto interrogante, ella asintió y sonrió tímidamente.

—¿Cómo voy a negarme, si Alice me lo pide? —Twig cogió una galleta de la bandeja y gimió al morderla—. Eres una auténtica alquimista, Candy.

«Alquimista». Alice se propuso buscar esa palabra en el diccionario más tarde.

—Veo que la manzanilla con miel te ha sentado bien, Alice. ¿Te encuentras un poco mejor? —Twig le sonreía con ternura. Alice asintió—. Me alegro, me alegro mucho.

—¿Adónde ha ido June? —preguntó Candy, y enseguida se arrepintió de haberlo dicho.

—June... ha tenido que ir al pueblo a hacer unos recados. —Twig le lanzó una mirada de reprobación a Candy y se apresuró a cambiar de tema—. ¿Listas para que las Flores vengan a desayunar?

Candy asintió.

—En el porche de atrás hay café, té y galletas.

—Estupendo, voy a... —Twig se interrumpió al oír la bocina de un coche y unos neumáticos que hacían crujir la grava del camino. Se acercó a la ventana y estiró el cuello.

—Boryana ha venido a buscar su paga, ¿puedo llevarle un par de galletas?

Twig cogió dos galletas de la bandeja y luego, en el último instante, cogió otra, que sujetó entre los dientes sonriendo. Salió al recibidor y al cabo de un momento volvió a entrar con las botas puestas.

—Están pecaminosamente buenas, Candy. —Twig se dio la vuelta, pero volvió a detenerse—. ¿Por qué no le enseñas el taller a Alice, si le apetece? Podéis aprovechar que ahora no están las Flores. Nos vemos más tarde. —Dijo adiós con la mano y salió.

—Bory también es una Flor, la única que no vive aquí —le explicó Candy a Alice —: vive con su hijo en el pueblo. Viene todas las semanas y se encarga de que Thornfield esté limpio y ordenado. Es búlgara, y también adorable.

Alice se preguntó qué significaría «búlgara», ¿sería algún tipo de flor?

—Mira, voy a subir a buscar tus botas y, si quieres, cuando te hayas vestido podemos ir a ver el taller. Si te apetece, también te puedo presentar a Boryana.

Alice dijo que sí con la cabeza: se habría apuntado a hacer cualquier cosa que le propusiera Candy Baby.

Mientras Candy estaba arriba, ella se acercó a la ventana para ver qué pinta tenía una búlgara. Fuera, hablando con Twig junto a un coche viejo y destartalado, había una mujer de brazos fuertes y bronceados, pelo largo y negro y los labios pintados de un rojo intenso. Ambas reían a carcajadas. Pero lo que le llamó la atención a Alice no fue la mujer, sino el niño que iba sentado en el asiento del acompañante.

Alice nunca había visto tan de cerca a un niño.

Solo veía su perfil, parcialmente tapado por unas greñas del color del trigo. El flequillo le cubría los ojos, igual que a la propia Alice. Tenía la cabeza inclinada y miraba algo que tenía en las manos. Alice se preguntó cómo serían sus ojos y, en ese momento, cambió de postura y levantó el libro que estaba leyendo para apoyarlo en la ventanilla. ¡Un libro!

Como si hubiera oído los latidos del corazón de Alice, el niño levantó la vista y la miró. Ella sintió que algo extraño recorría su cuerpo de arriba abajo. No la obedecían las piernas: se había quedado petrificada. Miró fijamente al niño desde detrás de la ventana. Poco a poco, él levantó una mano y la saludó. Estaba saludándola a ella. Alice, desconcertada, le devolvió el saludo.

—¿Preparada?

Alice se dio rápidamente la vuelta. Candy llevaba su ropa de trabajo debajo del brazo y sus botas azules colgando sujetas por los cordones. Ella negó con la cabeza. Tenía las tripas revueltas, como si se las hubieran sacado del cuerpo y se las hubieran vuelto a meter, pero en sitios diferentes.

—¿Qué pasa? —preguntó Candy acercándose.

Alice se volvió hacia la ventana y señaló fuera, pero Boryana ya se había marchado con el niño y en el camino solo quedaba una nube de polvo.

—Ah, no te preocupes, corazoncito, ya la conocerás otro día.

Alice apoyó las manos en el cristal y se quedó mirando cómo el polvo volvía a asentarse.



Alice siguió a Candy más allá de la residencia donde vivían las Flores. Cuando llegaron al taller, se detuvieron ante una puerta cubierta de enredaderas. Candy apartó las plantas, sacó unas llaves del bolsillo e introdujo una en la cerradura.

—¿Preparada? —preguntó risueña y abrió la puerta.

Ambas se quedaron de pie en el umbral. El sol les calentaba la espalda, pero dentro había aire acondicionado y Alice sintió un escalofrío. Se frotó los brazos y se acordó del niño que la había saludado con la mano.

—¡Menudo suspiro! —Candy miró a Alice y arqueó una ceja—. ¿Estás bien?

Ella tenía ganas de hablar, pero solo consiguió lanzar otro suspiro.

—Las palabras están sobrevaloradas, ¿no te parece? —dijo Candy cogiéndole las manos.

Alice dijo que sí con la cabeza y Candy le apretó la mano antes de soltársela.

—Vamos. —Aguantó la puerta para que entrara—. Echemos un vistazo.

Entraron en el taller. La primera mitad estaba llena de mesas de trabajo, cubos apilados, una hilera de fregaderos y una serie de neveras pegadas a la pared. Había estantes con herramientas, rollos de tela protectora y todo tipo de botellas y aerosoles. De los ganchos de las paredes colgaban sombreros de ala ancha, delantales y guantes de jardinería y, debajo, varios pares de botas de goma semejaban una hilera de soldados en posición de firmes. Alice se volvió hacia las mesas: cada una tenía más estantes debajo llenos de cubos y envases. El taller olía a tierra de cultivo.

—Aquí es adonde traemos las flores de la plantación después de cortarlas. Las flores se revisan una a una antes de salir: tienen que estar perfectas. Recibimos pedidos de compradores de todo el país; nuestras flores se envían a infinidad de sitios, a floristas, supermercados, gasolineras y mercados locales. Las llevan las novias, las viudas y... —a Candy le tembló un poquito la voz— las madres recientes. —Pasó la mano por una de las mesas—. ¿No te parece mágico, Alice? Las flores que cultivamos aquí hablan por la gente en todo tipo de ocasiones cuando ellos no pueden hacerlo.

Imitando los movimientos de Candy, Alice pasó las manos por el tablero de la mesa. ¿Quiénes eran los que enviaban flores en lugar de palabras? ¿Cómo iba a poder decir una flor lo mismo que las palabras? ¿Cómo sería uno de sus libros, compuesto por miles de palabras, si estuviera hecho de flores? A su madre nadie le había enviado nunca flores.

Se agachó para examinar los recipientes con herramientas para cortar, los rollos de cordel, los pequeños cubos con rotuladores y bolígrafos de todos los colores que había debajo de la mesa. Le quitó el capuchón a un rotulador azul y olió la punta. Se escribió «Estoy aquí» en el dorso de la mano. Cuando Candy se acercó a ella, Alice se frotó la mano para borrarlo.

—Chist. ¡Alice! —Candy asomó la cabeza por encima de la mesa junto a la que Alice se había agachado—. Sígueme.

Avanzaron entre las mesas, hasta más allá de los fregaderos y de las neveras, y llegaron a la otra mitad del taller, que parecía un estudio de pintura: había mesas cubiertas de lienzos en blanco y, repartidos aquí y allá, latas de pintura y tarros con pinceles. En otra mesa había rollos de lámina de cobre, trozos de cristal de colores y tarros con pequeñas herramientas y, en un rincón, caballetes, taburetes y una caja llena de tubos de pintura. Cuando Alice llegó a la zona cerrada del fondo del taller, ya se había olvidado del niño, de June y de las esculturas de su padre: estaba demasiado concentrada en lo que tenía delante.

—Esto es lo mejor. —Candy rio por lo bajo.

De una estructura suspendida del techo colgaban docenas de flores en diferentes fases del proceso de secado. Una larga mesa ocupaba todo el largo de la pared. Encima había herramientas, trapos sucios y pétalos de flores secos esparcidos como

ropa tirada en la orilla del agua. Alice apoyó las manos en el tablero de madera y se acordó de las manos de su madre flotando sobre las corolas de las flores de su jardín.

En un extremo de la mesa había un paño de terciopelo extendido y adornado con pulseras, collares, pendientes y anillos, todos decorados con flores prensadas conservadas en resina.

—Esta es la mesa de June —dijo Candy—: aquí es donde hace magia con las historias sobre las que se construyó Thornfield.

«Magia». Alice se quedó delante de aquellas joyas en las que se reflejaba la luz.

—June cultiva cada una de las flores. —Candy cogió un brazalete con un dije que contenía un pétalo de color melocotón—. Las prensa, las mete en resina transparente y luego las engarza en plata.

Candy volvió a dejar el brazalete en su sitio. Alice examinó los arcoíris que formaban otras flores prensadas en los dijos de collares, pendientes y anillos. Todas estaban selladas para siempre, congeladas en el tiempo mientras todavía tenían el color de la vida. Aquellas flores ya nunca se marchitarían ni se pondrían marrones, nunca se pudrirían ni morirían.

Candy se acercó y se quedó detrás de ella.

—En la época de la reina Victoria, en Europa la gente hablaba a través de las flores. Es verdad: los antepasados de June, tus antepasados, unas mujeres que vivieron hace muchos años, trajeron ese lenguaje de las flores desde Inglaterra, al otro lado del océano, y lo transmitieron de generación en generación hasta que Ruth Stone lo trajo aquí, a Thornfield. Dicen que pasó mucho tiempo sin utilizarlo: no empezó a utilizar el lenguaje de las flores hasta que se enamoró. Pero a diferencia del lenguaje de las flores que había traído desde Inglaterra, ella solo utilizaba las flores que le regalaba su amante. —Candy hizo una pausa y se sonrojó—. Bueno...

Ruth Stone. Su antepasada. Alice se moría de curiosidad. Le habría gustado ponerse un anillo en cada dedo y todos aquellos colgantes y notar el frío de la plata sobre su piel tibia, ponerse las pulseras en las muñecas y acercarse los pendientes a las orejas, que no tenía perforadas: quería llevar aquel lenguaje secreto de las flores para que dijera por ella todo lo que su voz no podía decir.

En el otro extremo de la mesa había un librito hecho a mano. Alice fue hacia él. El lomo había sido reparado muchas veces y estaba sujeto con multitud de cintas rojas. La cubierta llevaba un título escrito a mano con letras doradas y desvaídas, y tenía una ilustración de unas flores rojas que parecían rucas. *El lenguaje Thornfield de las flores autóctonas de Australia*.

—Ruth Stone era tu tatarabuela —dijo Candy—. Este era su diccionario. A lo largo de los años, las descendientes de Ruth han cultivado ese lenguaje del mismo modo que han cultivado las flores que crecen aquí. —Deslizó una mano por los bordes de las hojas mohosas—. Lleva varias generaciones en la familia de June. Bueno, en tu familia —se corrigió.

Alice acercó una mano a la cubierta. Estaba deseando abrir el libro, pero no estaba segura de poder hacerlo. Las páginas estaban amarillas y tenía los bordes irregulares. En los márgenes se veían anotaciones hechas a mano. Alice ladeó la cabeza. Solo consiguió leer unas cuantas palabras completas: «oscuro», «ramas», «morado», «fragante», «mariposas», «refugio». Era el mejor libro que Alice había visto nunca.

—Alice —Candy se agachó para ponerse a su altura—, ¿habías oído alguna vez esta historia, la historia de Ruth Stone?

Ella negó con la cabeza.

—¿Sabes algo sobre tu familia, cielito? —preguntó Candy con ternura.

Alice sintió una vergüenza que no entendía y desvió la mirada. Volvió a negar con la cabeza.

—Tienes mucha suerte. —Candy esbozó una sonrisa triste.

Alice la miró sin comprender y se secó la nariz con el dorso de la mano.

—¿Te acuerdas de la Alice de la que te hablaba en mi carta, la hija de un rey?

Alice asintió.

—Su madre también murió cuando ella era muy joven. —Candy le cogió la mano—. Estaba destrozada y la mandaron a vivir con su tía en un palacio lleno de libros. Más tarde, cuando ya era mayor, Alice dijo que lo que la había salvado eran las historias que le había contado su tía y las que había leído en sus libros.

Alice se imaginó a la doncella del vestido azul leyendo bajo la débil luz que entraba por una ventana y caía sobre las páginas de su libro.

—Tienes mucha suerte de haber encontrado este sitio y tu historia, Alice, tienes mucha suerte por disponer de la oportunidad de averiguar y saber de dónde vienes y quién eres.

Candy miró hacia otro lado. Al cabo de un momento, se pasó la mano por las mejillas. Se oía el ruido de fondo de los aparatos de aire acondicionado. Alice examinó aquel viejo libro y pensó en las mujeres que a lo largo de los años se habían inclinado sobre él, quizá con un ramillete de flores autóctonas en la mano, mientras añadían una nueva entrada en su lenguaje secreto.

Alice llevaba demasiado rato sin moverse y empezaba a sentirse inquieta. Candy la miró y le hizo una pregunta que la inundó de deseo.

—¿Quieres que te enseñe el camino del río?

ENDRINO AUSTRALIANO

Significado: Niñez

Bursaria spinosa / Australia Oriental

Árbol pequeño o arbusto grande de corteza gris oscura y rugosa. Las ramas, lisas, están provistas de espinas. Las hojas desprenden un aroma parecido al del pino cuando se las machaca. En verano da unas flores blancas de suave fragancia. Proporciona néctar a las mariposas y refugio a muchos pájaros pequeños. La intrincada arquitectura de sus espinas es muy apreciada por las arañas para construir sus telarañas.

Alice se protegió los ojos del sol. Aunque el otoño había hecho más frescas las noches, durante el día seguía haciendo un calor asfixiante. Candy apartó la enredadera, cerró con llave la puerta del taller y dejó que los tallos volvieran a taptarla. En el porche trasero, las Flores habían terminado su té matutino y estaban llevando las tazas y los platos a la cocina. Candy llamó a Myf, la que llevaba los azulillos tatuados en el cuello, y le preguntó la hora. Cuando Myf le contestó, Candy se volvió hacia Alice con gesto de consternación. Alice se afligió.

—Lo siento, cielo. Es más tarde de lo que pensaba. Tengo que preparar la comida porque si no las Flores no van a tener fuerzas para cuidar de las flores. Tendremos que buscar otro momento para que te enseñe el río.

Alice la miró con cara de tristeza.

—No me mires así, por favor. No puedo dejarte ir sola.

Siguió mirándola.

—Maldita sea —masculló Candy arrugando la frente—. Vale, pero solo si me prometes que tendrás muchísimo cuidado, más del que hayas tenido en toda tu vida, y que volverás en cuanto le hayas echado un vistazo al río, sin entretenerte. Lo digo muy en serio.

Alice asintió vivamente.

—Y otra cosa: no puedes contarles a June ni a Twig que te he dejado sola la primera vez que te confían a mi cuidado.

Alice arqueó las cejas.

—Ah, ya. Eso no supone ningún problema, claro. —Candy se cruzó de brazos—. De acuerdo, Alice —concedió, y no pudo evitar sonreír—. Puedes ir sola al río y explorar por allí, pero no me decepciones, ¿vale? Por aquí no es nada fácil conseguir segundas oportunidades.

Alice se abalanzó sobre Candy y la abrazó por la cintura. «Confío en ti».

Candy se pasó diez minutos repitiéndole las indicaciones para llegar al río:

—Ve por el sendero que hay detrás de los campos de flores y síguelo por el bosque hasta el río. No dejes el sendero, no te metas en el río, no intentes cruzar el río, no hagas nada que no sea seguir el sendero hasta el río.

No se dio por satisfecha hasta que la niña hubo asentido tres veces después de cada frase.

—Vale, me voy a preparar la comida. Hasta luego, corazón.

Alice titubeó, no acababa de creerse que tuviera permiso para ir. Antes de entrar en la casa, Candy se dio la vuelta. «¡Vete!», le indicó por señas, sonriendo.

Alice echó a andar por el borde de la plantación; iba repitiendo mentalmente las indicaciones que le había dado Candy. No se detuvo, no miró atrás ni vaciló. Si hubiera tenido voz, habría echado la cabeza hacia atrás y habría gritado de alegría. No apartó la vista ni un momento del sendero que se veía al fondo de la plantación y se adentraba en el bosque. «Al río», canturreaba para sí misma, «al río».

Una vez en el bosque, redujo el paso. Los rayos de sol atravesaban el toldo de hojas y formaban charcos de luz a sus pies. Los grillos y los korimakos cantaban juntos, y de vez en cuando se les unía una rana de árbol, con su peculiar croar. Alzó la vista hacia las copas de los eucaliptos, cuyas ramas susurraban agitadas por el viento. Las mariposas monarca aleteaban y revoloteaban por encima de las matas de algodón silvestre. Se detuvo a examinar unas rocas cubiertas de líquenes, los rizos velludos de unos brotes de helecho arborescente y unas matas de flores silvestres moradas de perfume dulzón. La atmósfera tenía un intenso olor a tierra seca, vainilla y eucalipto.

Casi había olvidado qué había ido a hacer allí, pero entonces lo oyó. Se detuvo y aguzó el oído. Allí estaba, débil pero inconfundible; el agua la llamaba con la misma claridad que la voz de su madre. Echó a correr hacia el río con la melena ondeando tras ella.

El sendero terminaba en un claro, a la orilla de un ancho río de aguas verdosas. No formaba olas, no rugía ni salpicaba como el mar; estaba sereno y su música era constante y fluida. Alice se sintió atraída por él, como por lo visto le sucedía a cuanto la rodeaba: las raíces de los árboles se extendían hacia el río, igual que las hebras alargadas y finas del musgo que se adhería a las rocas medio sumergidas.

«No te metas en el río».

Alice se disculpó en silencio con Candy y se quitó las botas y los calcetines, entonces se fijó en una estrecha senda que discurría por la orilla.

Intentó ver adónde conducía. Candy no había mencionado ningún otro sendero. «Por aquí no es nada fácil conseguir segundas oportunidades». Alice fue hacia allí. Solo quería echar un vistazo, pero se llevó una decepción porque la senda no llevaba a ninguna parte. De pronto se interrumpía, tan bruscamente como había comenzado, junto a un pequeño recoveco que quedaba a la sombra junto al cauce, donde solo habrían cabido dos personas. Alice suspiró decepcionada y pasó el pie por el polvo del suelo, pero al darse la vuelta para regresar, algo le llamó la atención: el contorno dorado de algo lo bastante grande como para tapar el sol. Arqueó las cejas ante el tamaño del gigantesco eucalipto rojo. El tronco medía de ancho más de lo que Alice medía de alto. Contempló las ramas, que se elevaban a tanta altura que no veía la copa. La idea de trepar hizo que le sudaran las manos. Las ramas estaban llenas de

flores y hojas perfumadas en forma de media luna, las raíces se extendían hasta el río creando huecos donde flotaban frutos, hojas y flores de eucalipto. Parecía el rey de los árboles. Pero para Alice lo más fascinante era la lista de nombres que tenía grabados en la corteza. Comenzaban un poco más arriba de su cabeza, pero cuando se puso de puntillas y echó la cabeza hacia atrás, consiguió leer la lista entera. Reconoció el nombre de Ruth Stone y ninguno más hasta que llegó al último.

«June Hart».

Junto al nombre de June había un hueco, donde Alice supuso que tiempo atrás había habido otro nombre. Debajo estaba el nombre del padre de Alice: Clem Hart y, a su lado, otra cicatriz parecida: otro nombre borrado. Alice intentó entender qué significaba aquella lista, descifrarla como si fuera otro lenguaje secreto, pero no lo consiguió. «Ruth Stone y Jacob Wyld, Wattle Hart y Lucas Hart, June Hart, Clem Hart» y aquellos dos arrancados de la madera.

La sobresaltó el chillido estridente de una cacatúa. Aquellos nombres eliminados y la brevedad del espacio borrado la inquietaban.

La cacatúa volvió a chillar; Alice regresó presurosa al claro junto al río y, una vez allí, se quedó de pie, jadeando y tratando de que su corazón no latiera tan deprisa.

El fluir sereno y constante del río la calmó. Notaba el calor y la humedad en la piel. Una gota de sudor resbaló por su espalda. «Pero solo si me prometes que volverás en cuanto le hayas echado un vistazo al río, sin entretenerme».

No pudo evitarlo: se quitó la camiseta y los pantalones cortos, los dejó donde antes había dejado las botas y bajó por el terraplén hasta la orilla de arena. Cuando el agua fría le acarició los pies, la habitual sensación de bienestar la hizo estremecerse. Hacía tanto tiempo desde la última vez que se había bañado en el mar, que casi no recordaba el sabor del agua salada. Se metió en el río hasta que el agua le llegó por las rodillas, hechizada por aquella corriente suave, y siguió hasta que el agua la cubrió hasta la cintura. Acarició la superficie del agua con las manos abiertas y relajó los hombros. A su alrededor, el bosque emitía sus crujidos y zumbidos.

Se volvió hacia el eucalipto y pensó en los nombres tallados en su tronco. «Ya te hablaré otro día sobre el río», había dicho June cuando fueron a pasear juntas por la plantación. «Ha pertenecido a mi familia desde hace varias generaciones... A *nuestra* familia». Alice miró a través del agua y vio sus pies sobre el fondo arenoso. ¿Acaso un río era algo que se podía poseer? ¿No era como decir que alguien era el dueño del mar? Alice sabía que, cuando uno se metía en el mar, le pertenecía al mar, y solo pensar que de algún modo formaba parte de aquel lugar, llenó de ternura un rinconcito de su corazón. Oyó parlotear a una cucaburra y asintió con la cabeza: «Basta de pensar». Dio un paso adelante y se sumergió en aquellas aguas verdosas, dejando en la superficie arremolinada todas sus preguntas sin responder.

La impresionó la absoluta ausencia de sal. El agua no le escocía en los ojos. Formó burbujas y las vio ascender y estallar. El corazón del río latía en sus oídos. Una vez, su padre le había dicho que el agua siempre acababa regresando a su fuente.

Le surgió una nueva pregunta: ¿podía seguir la corriente de aquel río, a través del tiempo, hasta su casa?

Le dio tantas vueltas a esa pregunta que se quedó bajo el agua hasta que empezaron a arderle los pulmones. Pisó con fuerza en el lecho del río y se impulsó hacia la superficie, a la que salió escupiendo. Respirar no había vuelto a dolerle tanto desde el incendio. De pronto, la luz del bosque no parecía tan acogedora ni el agua tan relajante. Salió del río tambaleándose y tosió con fuerza mientras trepaba por el terraplén hasta alcanzar terreno seco. Siguió tosiendo, doblada por la cintura y con las manos en las rodillas.

—¿Estás bien?

Alice se volvió hacia aquella voz.

Allí estaba, en la otra orilla del río, el niño del coche.

Alice volvió a agacharse, tosía y escupía sin parar. Cuanto más intentaba parar, más fuerte tosía. Entonces se echó a llorar y la tos se convirtió en arcadas. Oyó un fuerte chapuzón y, al cabo de un momento, le cayeron unas gotas de agua en los pies. El niño estaba a su lado, empapado.

—Coge aire y piensa «dentro». Luego suéltalo y piensa «fuera». —Le puso una mano entre los omóplatos.

Ella lo miró y siguió sus instrucciones.

Dentro. Fuera.

Dentro. Fuera.

Poco a poco la tos fue remitiendo.

Cuando se enderezó, Alice se dio cuenta, demasiado tarde, de que solo llevaba puestas las braguitas. Se puso colorada y se apresuró a coger su camiseta y sus pantalones cortos; luego, sin volver a mirar al niño a la cara, echó a correr por el sendero.

—¡Eh! —le gritó él.

Pero Alice no volvió la cara.

No se detuvo hasta que hubo recorrido todo el bosque y llegado al sitio donde empezaba la plantación; una vez allí, se puso la ropa. Entonces vio que iba descalza y cayó en la cuenta de que se había dejado las botas en el río.

Echó a correr hacia la casa a través de los campos de flores; el sol de la tarde le calentaba la piel. Ya no le ardían las mejillas. No sabía qué iba a hacer para recuperar las botas; seguramente tendría que escaparse más tarde para ir a buscarlas.

Al otro lado de los campos se oía el murmullo del aire acondicionado del taller. Las mujeres estaban dentro, ocupándose de las flores que habían cortado por la mañana. Alice subió los escalones del porche trasero. Las mesas estaban recogidas y las sillas arrimadas a ellas. No sabía cuánto tiempo había estado fuera. ¿Se había saltado la comida? Su estómago rugió con fuerza a modo de respuesta. Fue de puntillas hacia la puerta mosquitera.

No parecía que hubiera nadie dentro de la casa. Quizá Twig y Candy también estuvieran en el taller. Se relajó. Fue a la cocina a comer algo y encontró pan, mantequilla y Vegemite, con los que se preparó dos bocadillos.

—¡Hoy debes de tener un apetito como el de *Harry*!

Alice se quedó inmóvil, luego se dio la vuelta y se obligó a sonreír y aparentar serenidad delante de Twig, que estaba en el umbral.

—Candy me ha dicho que ya habías comido arriba porque estabas cansada después de trabajar tanto esta mañana. Me ha contado que no has dejado ni una miga en el plato.

Sin saber muy bien qué hacer, Alice asintió con la cabeza. Si se había saltado la comida, debía de haber estado en el río mucho más rato del que creía, y de pronto se preocupó al pensar que quizá la regañaran, o peor aún, que regañaran a Candy. Pero esta la había cubierto y eso le produjo una alegría enorme.

—Un buen apetito es tan importante como una buena actitud, yo siempre lo digo —dijo Twig, marchándose por el pasillo—. Por cierto, hablando de *Harry*... Cuando te acabes los bocadillos, ¿puedes venir al salón?

Alice soltó el aire que llevaba rato conteniendo; por lo visto, Twig no se había fijado en sus pies descalzos y sucios ni en su pelo mojado.

De pie en la cocina, mientras se comía los bocadillos, no pudo evitar sonreír. Ahora ya tenía una cosa, una cosa de Thornfield, que era solo suya: su primera visita al río siempre sería suya y de nadie más. Sin contar al niño, claro. Al acordarse de él, volvieron a arderle las mejillas. Dejó el bocadillo que tenía en la mano: de pronto ya no le sabía a nada.



El salón era amplio y luminoso. Twig estaba sentada en el sofá con *Harry* a sus pies; ella le rascaba las orejas y el perro suspiraba de vez en cuando. Alice se sentó en el mismo sitio donde se había sentado aquella mañana, después de que June la llevara abajo y desapareciera. Parecía que hubieran transcurrido varios días. Alice miró por la ventana y vio que la camioneta de June estaba aparcada junto al taller. ¿Iría a reunirse con ellas? Esa idea la inquietaba. Se frotó los ojos, de pronto le pesaban mucho los párpados.

—Supongo que June ya te ha explicado que nuestro *Harry* tiene poderes especiales, ¿no? —preguntó Twig.

Alice asintió bostezando.

—He pensado que sería buena idea que te enseñara cómo hablamos con *Harry* cuando necesitamos ayuda.

Al oír su nombre, el perro levantó un poco las orejas, pero sin mucho entusiasmo. Estaba apoyado contra las piernas de Twig con la mandíbula relajada y babeaba un poco. «A mí no me parece que sea un perro superdotado», pensó Alice.

—*Harry* es lo que se conoce como un «perro de terapia». ¿Habías oído hablar de los perros de terapia, Alice?

Ella negó con la cabeza. El único perro que había conocido aparte de *Harry* era *Toby*, y él no era un perro de terapia: era su mejor amigo.

—Los perros de terapia están entrenados para ayudar a las personas cuando tienen miedo. Los perros como *Harry* saben detectar las emociones de las personas, pueden consolarte y distraerte cuando estás triste, asustada o enfadada. —Twig sonrió mientras *Harry* le lamía la mano—. Es posible que ya te haya proporcionado cierto consuelo y distracción desde que llegaste aquí, ¿no? —le preguntó.

Alice se acordó de que *Harry* se había quedado su lado en la camioneta cuando llegó con June a Thornfield. Lo había encontrado a su lado cuando se había despertado de sus pesadillas y el día anterior había conseguido hacerla bajar del piso de arriba. Observó su gran sonrisa, sus dientes, sus orejas con las puntas negras y su cara rubia. No era *Toby*, pero Twig tenía razón: *Harry* tenía algo que la hacía sentirse mejor.

—Cuando más necesaria es la ayuda de *Harry* es en el momento en que llega alguien nuevo a Thornfield. Así que, cuando lo necesites, cuando estés disgustada, asustada o triste, acuérdate de que él, al igual que todas nosotras, está aquí para ayudarte. —Sonrió. Le acarició las orejas al perro y le dio unas palmaditas en el costado—. La mayoría de las órdenes que le damos a *Harry* son palabras, pero también utilizamos señales visuales. Te las voy a enseñar, ¿vale?

Durante el resto de la tarde, Alice aprendió a hablar con *Harry*. Enseguida le cogió el tranquillo. Si chascaba los dedos delante de su pecho, el perro se quedaba de pie frente a ella, creando una barrera ante lo que hubiera al otro lado. Si chascaba los dedos detrás de la espalda, *Harry* se colocaba allí. Si daba palmadas, le indicaba que debía entrar en una habitación y encender las luces para que Alice no tuviera que entrar a oscuras. Esa era su orden favorita. Ver a *Harry* entrar en el salón a medio galope y pisar el interruptor de la lámpara del suelo para encenderla la hizo reír.

—Se conoce todas las habitaciones de la casa y sabe dónde están todos los interruptores —explicó Twig con seriedad, pero sonriendo con los ojos.

La última orden consistía en pasarse la palma de la mano por la cabeza de derecha a izquierda y servía para indicarle a *Harry* que debía entrar en un sitio, comprobar si había alguien y ladrar si encontraba a algún intruso. A Alice no le hizo gracia pensar que tuviera que utilizarla.

—Muy bien, Alice. Estupendo. Aprendes muy deprisa. Si vuelves a sentirte débil estando sola, como esta mañana, acuérdate de que puedes llamar a *Harry*.

Cuando se abrió la puerta del taller y por las ventanas se colaron los sonidos de las Flores al concluir la jornada, Alice ya dominaba las órdenes que podía darle al perro. Se tumbó en el sofá, demasiado cansada para seguir practicando.

—June no tardará en llegar y entonces cenaremos —dijo Twig—. ¿Por qué no te das un baño ahora y así luego puedes acostarte pronto? Ha sido un día muy largo.

Alice asintió. No le apetecía bañarse, pero la dulce voz de Twig hacía que cualquier cosa que dijera tuviera sentido. La siguió por el pasillo hacia el cuarto de baño y, a pesar de que no lo necesitaba, chascó los dedos detrás de la espalda. Inmediatamente, *Harry* se pegó a sus tobillos.



Twig abrió la puerta mosquitera y se sentó en los escalones del porche trasero bajo los últimos rayos de sol. Lio un cigarrillo, lo encendió y dio una honda calada escuchando el chisporroteo del tabaco al arder y notando cómo el humo le llenaba los pulmones. Espiró hacia el cielo, donde brillaban las primeras estrellas. Más allá de los campos de flores, en las ventanas del taller, se veía una luz amarilla. June no había salido de allí desde primera hora de la tarde, cuando había regresado a casa. Twig estaba trabajando en el despacho, esperando a que Alice volviera del río, cuando había oído a June subir con pasos cansados los escalones de la entrada. Había salido al recibidor a saludarla y June había levantado una mano en gesto de protesta.

—Twig —le había dicho antes de que ella pudiera decir nada. Tenía los ojos enrojecidos. *Harry* no paraba de dar saltos entre las dos, amenazando con tirarlas al suelo.

—Está en el río —había dicho Twig—. Cuando vuelva, voy a enseñarle las órdenes básicas para *Harry*. —Le dio unas palmaditas en la cabeza al perro—. Necesita recursos para reaccionar cuando vuelva a tener otro ataque de pánico.

—Si es que vuelve a tener otro ataque de pánico. —June suspiró—. La he matriculado en el colegio, empezará la semana que viene. Se lo voy a decir esta noche.

Twig apretó los puños. June no había sido tan testaruda respecto de la educación de Candy Baby, pero sabía que no era lo mismo: Candy era una bendición, Alice era familia.

—¿Y has necesitado toda la mañana para matricularla?

Twig miró la camioneta de June a través de la puerta mosquitera. En la trasera, por debajo de una lona, asomaba la esquina de una caja de madera de avellano tallada a mano. Twig arqueó una ceja. Sabía perfectamente dónde había estado June: desenterrando viejos fantasmas en el trastero que tenía en el pueblo.

—Tranquila, Twig. No es lo que piensas. Ha sido un día horrible.

—Sí, tienes razón —contestó Twig con rabia—. Sobre todo para tu nieta, aunque quién sabe, quizá haya sido peor para tu nieto... al que has dejado de lado como si fuera una mala hierba.

Esas palabras se hicieron añicos a sus pies. Cuando vio la cara de June, Twig quiso recoger los hirientes pedazos y tragárselos uno a uno. June salió furiosa de la casa, fue al taller y cerró de un portazo. Todavía no había salido de allí.

Twig encendió otro cigarrillo. Agradeció que June hubiera tenido el detalle de no devolverle el golpe. Su rabia no se debía únicamente al hecho de que June estuviera

separando a los hijos de Clem. Por supuesto que no: se debía a sus propios hijos. Casi ese mismo día, treinta años atrás, los funcionarios de los Servicios Sociales aparcaron su reluciente vehículo marca Holden y entraron en su casa con una orden judicial que la denunciaba por abandonar a sus hijos. Porque no tenía marido. Porque muchas veces dejaba a Nina y a Johnny con Eunice, su hermana, mientras salía a buscar trabajo. Porque era pobre. Porque el Departamento de Bienestar Infantil decidió que sus hijos solo tendrían la oportunidad de convertirse en australianos de bien si crecían con una familia australiana de bien... Una familia australiana blanca. Uno de los funcionarios había sujetado a Twig mientras el otro le arrancaba de los brazos a Nina y a Johnny. Los niños lloraban. Twig les cantó para tranquilizarlos, pero estaban desconsolados, arrancaban a puñados las flores de la mata de margaritas que había en el jardín, trataban de aferrarse a cualquier cosa para que no se los llevaran. Twig se desplomó junto a las margaritas arrancadas, que se marchitaban y morían bajo el sol: eran lo último que habían tocado sus hijos. Cuando Eunice volvió a casa de trabajar, Twig todavía estaba allí, cantando, sacudida por un fuerte viento del noroeste, cuidando las flores muertas como si pudiera replantarlas. Twig intentó sobreponerse y convencerse de que Nina y Johnny encontrarían la forma de volver a su lado, pero unos años más tarde, cuando Eunice desapareció, se marchó de allí. Viajó por la costa y luego hacia el interior haciendo autostop para ir de un pueblo a otro hasta que un día, cuando caminaba por la carretera, el camino que llevaba a Thornfield despertó su curiosidad; lo tomó y, después de un rato, oyó el llanto de un bebé.

Una carcajada procedente de la residencia interrumpió sus recuerdos. Twig se enjugó las lágrimas con la camisa. Le había pedido a Candy que les llevara la cena a las Flores a la residencia; si June pensaba explicarle a Alice que iba a ir a la escuela, necesitaban intimidad. Suponiendo, claro, que June pensara salir algún día del taller.

Justo entonces se abrió la puerta. Twig escondió la punta encendida de su cigarrillo y se quedó inmóvil en la oscuridad mientras June iba hacia la parte delantera de la casa. Si vio a Twig, lo disimuló muy bien. La puerta principal se abrió y se cerró. Le llegó el chirrido de la bisagra del armario de la vajilla del comedor: June estaba preparando la mesa. Al fondo del pasillo se oyó el borboteo de la bañera, que se estaba vaciando. Se abrió la puerta del cuarto de baño. Unos pasos ligeros recorrieron el pasillo hacia la cocina. Oyó el suspiro del horno cuando lo apagaron, el murmullo de la voz de June, el arrastrar de sillas en el comedor cuando June y Alice se sentaron, el sonido de los cubiertos y la porcelana cuando empezaron a comer.

Alice debía de estar muerta de hambre después de correr hasta el río y volver. Aquella tarde, Twig sabía perfectamente de dónde volvía la niña cuando se la encontró en la cocina. Llevaba la camisa mal abrochada, el pelo mojado y lleno de hojas y tenía arena en los pies. Pero la luz que brillaba en sus ojos y el color que alegraba sus mejillas hicieron que guardara silencio. Ella sabía mejor que nadie que Thornfield siempre encontraba la forma de sanar las almas heridas que buscaban un

hogar. De momento, el río era lo que ayudaría a Alice a remontar. En el caso de Twig, desde que llegó a Thornfield, la ayuda siempre había provenído de June.



Alice estaba tumbada en la cama. Le daba vueltas la cabeza después de oír la noticia que June le había dado durante la cena: la había matriculado en la escuela del pueblo, la semana siguiente empezaría a ir a clase.

—Hoy he ido a hablar con el director —le había explicado June—. Me ha propuesto que *Harry* vaya contigo a clase porque así tendrás un amigo desde el principio.

Ir a la escuela. Alice había leído muchas cosas sobre la escuela en los libros: profesores, aulas, pupitres, lápices y libros; niños, patios de recreo, sándwiches, lectura, escritura y deberes. Y podía llevarse a *Harry* con ella.

Alice se tumbó de costado. Sus pensamientos volvieron al río, lo que se oía debajo del agua y la extraña sensación que había tenido cuando el niño le había puesto la mano en la espalda para ayudarla a respirar.

Una suave brisa le acarició la barbilla. Se incorporó. Una de las cortinas blancas de su habitación ondulaba en la oscuridad. No recordaba haber abierto ninguna ventana. Estiró un brazo para encender la lámpara y entrecerró los ojos cuando la habitación se iluminó.

En el suelo, junto a su cama, estaban sus botas azul cielo.

En una de ellas había un ramillete de flores silvestres que olían a vainilla.



Twig estaba liando el tercer cigarrillo cuando oyó un golpe sordo en un lado de la casa. Contuvo la respiración y aguzó el oído. Oyó pasos por el camino de tierra que llevaba hacia los campos de flores y al cabo de un momento vio al chico. Entrecerró los ojos y espiró lentamente con el cigarrillo sin encender en una mano y el mechero en la otra, esperando para ver si el chico volvía la cabeza. Justo antes de que el camino entrara en el bosque, el chico se dio la vuelta y la luz de la luna le iluminó la cara.

Era el hijo de Boryana. Tenía los ojos clavados en la ventana iluminada de Alice y Twig dudaba mucho de que la hubiera visto sentada en los escalones del porche trasero aunque hubiera estado envuelta en llamas.

Cuando el chico siguió por el camino y desapareció en el bosque, Twig encendió el cigarrillo con manos temblorosas. No era la primera vez que veía aquello: había pasado lo mismo cuando Agnes Ivie era la niña que vivía en el campanario y Clem Hart el chico que se había colado por su ventana para regalarle flores.

LIRIO DEL RÍO

Significado: Amor oculto
Crinum pedunculatum / Australia Oriental

Planta perenne de gran tamaño que suele encontrarse en los límites de los bosques, pero también en la línea de la marea alta cerca de los manglares. Da flores perfumadas, blancas, alargadas y con forma de estrella. A veces las semillas germinan cuando todavía están unidas a la planta madre. En algunos lugares, la savia se utiliza para curar las picaduras de medusa.

Alice se pasó el resto de la semana siguiendo a las Flores por la granja mientras trabajaban. A la hora del almuerzo, Boo y ella hicieron el crucigrama del periódico; Boo sabía muchas palabras. Después fue a recoger la miel de las colmenas con Robin, que le dejó aplicarse un poco de pintalabios rojo que llevaba en el bolsillo del delantal y le enseñó a comer miel de panal recién sacada de la colmena. Más tarde siguió a Olga, Myf y Sophie mientras recorrían las hileras de plantas en ambas direcciones e iban cortando capullos nuevos. Ayudó a Tanmayi a preparar agua de rosas con pétalos recién cogidos mientras escuchaba encandilada las historias sobre la princesa Sita, que se entregó a la tierra cuando la acusaron de brujería, y sobre Draupadi, la princesa que maldijo a cien hombres por maltratarla. Por las tardes, Alice se paseaba entre las mesas del taller y confeccionaba collares con pétalos, tallos, hojas y cuerda, mientras Francene, Lauren, Caroline y Amy completaban pedidos de flores y envolvían un ramo tras otro con papel marrón y cordel. Tarareaba con Rosella en los semilleros y ayudaba a Vlinder a regar las matas de algodón silvestre mientras las mariposas monarca revoloteaban a su alrededor y se zambullían en las flores para alimentarse.

El viernes, al concluir la jornada, Alice, Twig y Candy se unieron a las doce mujeres restantes en el porche trasero. Todas se habían desatado los delantales y se abanicaban con sus grandes sombreros de paja. June llevó una nevera portátil llena de botellas de cerveza de jengibre y las fue repartiendo como si fueran tesoros de ámbar. Las Flores se sentaron con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos entrecerrados. Las hileras de plantas en flor, los invernaderos, las colmenas blancas y, a lo lejos, el espeso bosque, de un verde plateado y brillante, ondulaban en la penumbra como si fueran un sueño.

Mientras se bebía su cerveza de jengibre a pequeños sorbos, Alice observaba las caras disimuladamente. Las Flores casi siempre estaban alegres y trabajaban con ahínco, pero aquella tarde, en el porche, algo había cambiado. Poco a poco, el silencio fue ganando terreno y, cuando se puso el sol, las asaltaron de golpe todas las historias que habían vivido, lo que habían amado y dejado atrás. Dejaron caer los hombros y agacharon la cabeza. Algunas se echaron a llorar y otras se pusieron a

consolarlas. June se quedó sentada en medio sin mudar la expresión y con la espalda recta.

Alice se había dado cuenta de que ella no era muy distinta del resto de las Flores, ni siquiera de June. A veces, todas necesitaban silencio, y esa era la magia de Thornfield: un lugar donde podías expresar las cosas que no podías decir con palabras. A su manera, Alice empezaba a entender el poder del lenguaje de las flores. Desde que había ido al río, todas las noches después de cenar, cuando subía a su habitación, encontraba una nueva flor encima de sus botas azul celeste, a los pies de la cama.



Sentada en el porche trasero, June vio salir el sol sobre su plantación de flores mientras soplaba en una taza humeante de café solo. Se apreciaba un ligero frescor, una primera insinuación del invierno. Sacó la petaca del bolsillo y echó un chorrito de licor en la taza. Se la acercó a los labios y bebió a pequeños sorbos, saboreando el líquido caliente.

Mientras los campos de flores absorbían la luz, June se puso a pensar que aquel mismo amanecer podría haber tenido lugar en la época dorada de Thornfield, ochenta años atrás. Ruth Stone podría salir del taller en cualquier momento, iluminada desde atrás por la luz cobriza del amanecer, con las manos metidas en los bolsillos y el rostro libre de las arrugas que la pena dibujaría años después alrededor de sus ojos.

Se terminó el café, cogió sus guantes de jardinería y se los guardó en el bolsillo del chaleco. Echó a andar a través de los campos bajo la luz cada vez más intensa, hacia los semilleros que había construido su madre. A veces echaba tremendamente de menos poder conversar con ella y sentía que, si respiraba demasiado hondo, se haría añicos. Saber que Alice sufría de la misma manera por Agnes la atormentaba: la historia tenía una cruel tendencia a repetirse.

Dentro de los semilleros, la atmósfera estaba llena de la promesa de nuevos comienzos. June cerró los ojos un instante. Habían pasado muchas horas allí dentro, juntas, recogiendo los anhelos del corazón de la gente en puñados de brotes y semillas, mientras su madre le contaba historias de Thornfield. «Presta atención, Junie», le decía Wattle Stone. «Este es el regalo de Ruth; gracias a este regalo hemos sobrevivido».

De niña, a June la cautivaban las historias de su abuela. Se pasaba horas en el río, pasando los dedos sobre el nombre de Ruth tallado en el tronco del eucalipto gigante y el de Jacob Wyld tallado a su lado.

Cuando Ruth Stone llegó al pueblo por primera vez, enseguida proliferaron los rumores sobre ella. Unos decían que era hija de una mujer que había llegado en el último barco de convictos enviado a Australia. Otros, que era descendiente de una bruja de Pendle Hill que había escapado a su suerte. Contaban que su única posesión era una libretita toda ella escrita en un idioma extraño. Había quien aseguraba que se

trataba de un libro de hechizos, otros juraban haberla visto abierta y afirmaban que estaba llena de flores. Lo único en lo que todos estaban de acuerdo era en que *madame* Beaumont, que regentaba un burdel de carretera en el pueblo de al lado, había cambiado a Ruth Stone por las últimas vacas lecheras de Thornfield, una ruinoso granja de las afueras del pueblo. El hurraño propietario, Wade Thornton, había observado impotente cómo su granja iba quedando reducida a polvo durante la peor sequía de la historia del pueblo. Sobre él también circulaban abundantes rumores: todos sabían que intentaba ahogar sus demonios en ron; cuando llegó Ruth Stone, usarla a su antojo se convirtió en su exorcismo preferido.

Ruth no tardó mucho en darse cuenta de cuándo debía huir de la casa. Cuando Wade se terminaba lo que le había preparado para cenar, y antes de que se bebiera el cuarto vaso, ella salía a buscar más leña para la estufa y corría hasta el río, prácticamente seco por culpa de la sequía. Una vez allí, buscaba un sitio donde esconderse hasta que Wade, que seguía bebiendo, perdiera el conocimiento. Sentada junto al tronco de un eucalipto gigantesco, cantaba y lloraba. Lo único que la ayudaba a conservar la cordura eran los libros y la música. Cantaba baladas que le había enseñado su madre, sobre flores que transmitían lo que las palabras no sabían decir. Una noche, mientras cantaba al pie del eucalipto gigante, un arriero desempleado que no llevaba sino semillas en los bolsillos se acercó hasta el reseco lecho del río como si el canto de Ruth lo hubiera hechizado y guiado hasta allí. Se cuenta que, al ver a esa mujer que cantaba y lloraba bajo la luz de la luna, Jacob Wyld se agachó en silencio y plantó las semillas junto a sus pies, entre las raíces del eucalipto. A partir de aquella noche, donde las lágrimas de Ruth habían regado el suelo creció una mata de lirios de vainilla silvestres, además de una embriagadora historia de amor entre Ruth y Jacob.

Se veían en el río siempre que Ruth conseguía escabullirse. Él le llevaba semillas de flores y ella cualquier resto de comida que pudiera sacar de la casa.

Al poco tiempo, Ruth ya había reunido suficientes semillas y quiso sembrarlas cerca de la casa, en un rinconcito sombreado en el que se alzaba una solitaria y moribunda acacia. La tierra estaba tan seca que tardó un mes en ablandarla con la poca agua que pudo llevar desde el río. Sorprendentemente, la acacia floreció y, al ver aquella llamarada amarilla en medio del invierno, Ruth cayó de rodillas. El aroma de las flores de la acacia llegaba hasta el pueblo y las abejas zumbaban alrededor, ebrias de néctar. Debajo, brotaron círculos verdes que Ruth dibujó en su libretita. Cuando crecieron las plantas, tan diferentes de las dedaleras y las campanillas de invierno de las canciones de su madre, Ruth anotó lo que significaban para ella adaptando el lenguaje de las flores de la época victoriana. Aquellas flores autóctonas, extrañas y hermosas, capaces de florecer en las condiciones más adversas, la cautivaron, sobre todo unas de color escarlata con el centro de un rojo tan intenso como la sangre más oscura. Ruth escribió en su libretita: «Significado: sé valiente, no te rindas».

En medio de la sequía más extrema, cuando las granjas agonizaban, las familias de granjeros se arruinaban y la tierra no daba fruto; cuando el pueblo, abrasado, parecía condenado a desaparecer del mapa para siempre, Ruth Stone montó una granja de flores autóctonas.

La noticia se extendió como la pólvora. La gente iba a ver con sus propios ojos aquella explosión de color rodeada de polvo y esqueletos de vaca. Enseguida empezaron a llevar esquejes de sus jardines moribundos, Ruth los plantaba y, gracias a sus cuidados, crecían y se convertían en plantas exuberantes. Wade Thornton dejó la bebida y le abrió las puertas de Thornfield a la gente. Los vecinos llevaban sus azadones, sus cubos de agua, sus preciadas semillas, Ruth les indicaba dónde y qué tenían que plantar. Construyeron invernaderos y trabajaron de sol a sol cuidando los nuevos brotes. El verde olor del entusiasmo impregnaba la atmósfera. Cuando llegó la época de la primera floración, mucha gente se sumó a Ruth para cosechar las flores, hacer ramos con ellas y transportarlas, muchas veces conduciendo toda la noche, a los mercados de flores frescas más grandes del país. Cada ramo llevaba atada una tarjeta escrita a mano en la que se explicaba el significado que Ruth le daba a cada flor. No tardaban en venderlas todas y volvían a Thornfield con más encargos de flores autóctonas que hablaban el idioma del corazón de Ruth. La esperanza se iba abriendo paso.

Pasaron los días y florecieron las flores de invierno. Se hicieron planes para ir a vender a otros mercados, pero el rostro alegre y sonrojado de Ruth, siempre rodeada de vecinos, fue haciendo crecer la amargura en el corazón de Wade Thornton.

Fingió que había vuelto a sus viejas costumbres y una noche, después de beber suficiente ron como para engañar a Ruth y convencerla de que había perdido el conocimiento, la siguió por el camino que conducía al río y que él mismo había abierto a mano mucho tiempo atrás. Hacía una noche fría, cuajada de estrellas. Esperó escondido entre los arbustos y, cuando vio a un hombre llegar y abrazar a Ruth, la cólera le nubló la vista. Cada vez que él forzaba a Ruth, tenía que escupirse en los dedos para penetrarla, y ella apartaba la cara y se quedaba con la mirada extraviada y el cuerpo inerte. En cambio, en brazos de aquel hombre Ruth estaba viva, luminosa, plateada. Bajo la pálida luz de la luna invernal, vio cómo le cogía una mano al hombre y se la ponía en el vientre mientras sonreía con los ojos brillantes. Wade Thornton salió bramando de detrás de los matorrales y golpeó a Jacob Wyld con una piedra del río, dejándolo inconsciente. Luego amordazó y ató a Ruth a un árbol y la obligó a ver cómo estrangulaba a su amante con sus propias manos.

June se estremeció y se frotó los brazos, fríos en la atmósfera húmeda del semillero. El legado de Thornfield pesaba sobre ella igual que cuando era una adolescente y se quedó horrorizada al enterarse de lo que le había pasado a su abuela. «Presta atención, Junie», le decía su madre cuando le enseñaba a cuidar las flores. «Este es el regalo de Ruth; gracias a este regalo hemos sobrevivido».

Mientras escarificaba unas semillas nuevas para que pudieran germinar, June se preguntó qué le habría aconsejado su madre. Wattle Stone le habría dicho a su hija: «Junie, Thornfield es el patrimonio de Alice y tú deberías explicárselo».



—¿Estás lista, Alice? —La voz de June subió en espiral por la escalera.

Alice estaba sentada en la cama con su uniforme nuevo, tieso y almidonado. *Harry* le lamió una rodilla, Alice suspiró, cogió su mochila nueva de la cama y bajó de mala gana la escalera.

—Venga, no seas así —le dijo June, cruzando la cocina y tendiéndole su fiambarrera nueva—. Te lo pasarás en grande, harás nuevos amigos.

Fuera, June abrió la puerta de la camioneta. *Harry* subió de un salto, Alice se quedó plantada en el porche: los pies no la obedecían. June le tendió una mano.

—*Harry* estará contigo. —June le hizo señas para que subiera a la camioneta con el perro.

Alice bajó los escalones pisando con rabia para que quedara claro que no estaba conforme. June la ayudó a subir a la camioneta. *Harry* ladró, Alice resopló. June cerró la puerta y sus pulseras tintinearón.

—¡En marcha! —exclamó, y rodeó la camioneta al trote para sentarse al volante.

Mientras se alejaban de la casa, oyeron detrás un coro de gritos y silbidos. Alice volvió la cabeza y miró por la luna trasera: las Flores corrían tras ellas, silbando y chillando, lanzando serpentinas y confeti.

—¡Te gustará mucho, Alice!

—¡Ánimo, Alice!

—¡Que vaya muy bien tu primer día de colegio, Alice!

Ella asomó la cabeza por la ventanilla y les dijo adiós con la mano, emocionada. June tocó la bocina y aceleró. Alice vio que se enjugaba las lágrimas.

Cuando llegaron a la carretera que llevaba al pueblo, June apretó el acelerador. Alice se agarraba tan fuerte al collar de *Harry* que le dolían los dedos.



La escuela primaria del pueblo consistía en una serie de casitas de madera a la sombra de unos eucaliptos. Hojas y frutos de eucalipto crujían al paso de June y Alice despidiendo aquel aroma tan característico que recuerda al limón. *Harry* tiraba de su correa y lo olfateaba todo, y varias veces estuvo a punto de hacer caer a Alice. Cuando llegaron ante el edificio principal, June se agachó para arreglarle el cuello del uniforme. El aliento le olía a menta. Alice aprovechó que tenía su cara muy cerca y la examinó: sus ojos eran idénticos a los de su padre. June se enderezó y cuadró los hombros.

—Vamos. Lo harás muy bien, ya lo verás.

Cuando entraron en la recepción, Alice no tenía muy claro a cuál de las dos se refería su abuela.



Alice se sentó a esperar con June y *Harry*. La recepcionista dijo que el maestro no tardaría en salir, aprovechando la hora del recreo. Más que mascar su chicle, June parecía rumiarlo. Movía una pierna sin parar. Alice sujetaba la correa de *Harry* y lo acariciaba. June miró la hora.

Sonó un timbre.

—Ahora vendrá, Alice —murmuró June.

Harry se le acercó y le lamió la mano para tranquilizarla, June le acarició las orejas. El perro arqueó el lomo para desperezarse y soltó un pedo largo y sonoro. Alice se ruborizó, la recepcionista carraspeó; June mantuvo un gesto inexpresivo pero, cuando le llegó el olor, le dio un ataque de risa. Con los ojos llorosos, se puso a toser como si haciendo ruido pudiera enmascarar el olor; se levantó y se apresuró a abrir la ventana. Alice intentó ayudarla. Mientras tanto, *Harry* se quedó allí sentado, sonriendo y jadeando.

—Lo siento muchísimo —le dijo June a la recepcionista.

La mujer asintió con la cabeza y se tapó la nariz con un pañuelo. Abrieron las ventanas y se relajaron. Alice observó a los niños de todas las edades que salían de las aulas. Se dio la vuelta y volvió a sentarse. Se preguntó qué pasaría si *Harry* se tiraba pedos en el aula. Al cabo de un momento se inclinó hacia delante, le dio un fuerte abrazo al animal y después le entregó la correa a June. Esta miró a Alice con ternura.

—Puedes hacerlo tú sola, ¿verdad? —preguntó sonriente.

Alice asintió con la cabeza.

Se abrió la puerta y entró un joven con la mejilla manchada de tiza blanca.

—¿Alice Hart?

Se acercó a ellas frotándose la nariz. Estornudó un par de veces y después se quedó mirando a *Harry*. June se puso en pie para saludarlo, Alice se quedó sentada. El joven llevaba calcetines largos y uno le había resbalado hasta el tobillo. Tenía las piernas recubiertas de un vello fino y rubio, no como el de su padre, que era áspero y oscuro.

—Bueno, Alice —dijo él con una sonrisa—, soy el profesor Chandler: tu profesor.

Se limpió la mano derecha en los pantalones cortos y se la tendió. Alice miró a June, que le hizo una señal de aprobación, pero ella no le dio la mano al profesor. Este se quedó con la mano tendida hasta que June le murmuró algo por lo bajo. Al cabo de un momento se frotó la barbilla; Alice recordó que Twig también hacía ese gesto a veces, cuando se concentraba mucho.

—Dime una cosa, Alice, ¿por casualidad te gustan los libros? Necesito un ayudante para la biblioteca del aula y creo que has llegado en el momento justo.

Al cabo de un instante, Alice le ofreció la mano.



Las horas transcurrieron con una lentitud exasperante hasta que, a las tres, sonó el timbre.

—Nos vemos mañana —les dijo el señor Chandler, y los niños salieron del aula en tropel.

Alice se entretuvo recogiendo la mochila.

—¿Qué te ha parecido el primer día, Alice? ¿Todo bien?

Alice asintió, pero se quedó cabizbaja. Como no hablaba, no había hecho ningún amigo. De hecho, sus compañeros de clase se comportaban como si ella oliera tan mal como *Harry*. Se arrepintió de no habérselo quedado, así al menos habría tenido compañía.

—¿Van a venir a buscarte? —le preguntó el señor Chandler.

—Sí, yo —intervino Candy Baby desde la puerta. Mascaba un chicle rosa y parecía tan fuera de lugar como una flor de primavera en invierno.

Harry estaba sentado a su lado, moviendo la cola. Al verlos, Alice sorbió por la nariz y sonrió.

Camino del aparcamiento, mientras Candy le preguntaba cómo había pasado el día y *Harry*, loco de alegría, le lamía la cara, se cruzaron con un grupo de niñas a las que Alice reconoció de la clase.

—Mira, la friki —dijo una.

—Perdona, ¿qué has dicho? —soltó Candy.

Alice quería volver a casa, a su habitación llena de libros desde donde podía ver a las Flores. Mientras toqueteaba la cremallera de su mochila, oyó gimotear a alguien. Se paró a escuchar. Lo oyó otra vez. Se separó de Candy y de *Harry*. Detrás de una de las casitas de la escuela descubrió al niño del río, que estaba tumbado en un parterre de soliva común. Tenía una mejilla magullada y el labio partido y las piernas cubiertas de pequeños arañazos.

—¡Alice! —exclamó Candy alarmada—. ¡Oggi! —añadió cuando llegó a su lado—. ¿Qué te ha pasado, Oggi?

—Nada —contestó el niño cuando lo ayudaron a sentarse. Miró a Alice a los ojos—. No eres la única de la que se burlan por ser diferente.

—¡Los dos frikis están enamorados! —Se oyeron risitas detrás de unos matorrales.

Candy fue corriendo hacia allí, sacudió las ramas e hizo que los compañeros de clase de Alice salieran disparados. A Alice no le importaba; fuera lo que fuese Oggi, no le importaba lo más mínimo que todos pensaran que ella era lo mismo que él.

El niño hizo una mueca de dolor cuando Alice lo ayudó a levantarse. La niña recogió la mochila de Oggi, se la colgó del hombro y le ofreció el otro para que se apoyara. Era más fácil ayudarlo a sostenerse a él que a su madre cuando estaba herida: Oggi era de su misma estatura.

Fueron renqueando hasta la salida. Candy abrió la puerta de la camioneta, metió las dos mochilas, ató a *Harry* en la trasera del coche y ayudó a Alice a subir a Oggi al asiento del acompañante.

—Te llevaremos a tu casa, amiguito. Ponte caléndula en los arañazos y cardenales y pronto volverás a estar bien. En cambio, pobre del que te haya hecho esto: si lo encuentra Boryana, no va a haber caléndula que lo cure.

—Ya, y por eso no le diremos nada —dijo Oggi suplicante.

Candy negó con la cabeza y metió la marcha atrás. Iban callados, *Harry* se paseaba por la trasera y de vez en cuando levantaba la cabeza para que le diera el viento en la cara. Cuando enfilaron la calle Mayor, Alice se fijó en los colores pastel de los escaparates. Imaginó que volvía a salir del cañaveral y a ver por primera vez las tiendas de ropa, la cafetería con flores encima de las mesas y la biblioteca en la acera de enfrente, donde aquella bibliotecaria de dulce sonrisa le había dado el libro sobre las *selkies*. Intentó recordar la cara de Sally, pero no lo consiguió.

Nada más dejar atrás el letrero que señalaba los límites del pueblo, Candy giró el volante y se metieron por un camino de tierra.

—No me digáis que estos viejos gigantes no son preciosos —dijo inclinándose hacia delante para poder mirar hacia arriba.

Alice contempló los troncos blancos y plateados y se acordó de las historias que contaba su madre sobre lugares cubiertos con una capa tan gruesa de nieve que los árboles, la tierra y el cielo no se distinguían.

Candy paró la camioneta en un pequeño claro junto al río. Alice vio fluir las aguas y comprendió que era así como Oggi la había encontrado: el río lo había conducido hasta ella.

Oggi se bajó de la camioneta y caminó cojeando hacia una casita de madera con un porche delantero achaparrado y cortinas rojas de algodón. La puerta estaba abierta.

—¿Oggi? —dijo una voz desde dentro. La mujer de pelo negro con los labios pintados de rojo salió de la casa—. ¿Qué ha pasado?

—Oggs ha tenido un problemilla en la escuela —explicó Candy saliendo de la camioneta.

Boryana soltó un torrente de palabras en un idioma que Alice no entendió y le examinó a Oggi los cardenales y los cortes provocados por las ramas de espinifex. Él levantó ambas manos como si se rindiera ante un enemigo y le contestó en el mismo idioma incomprensible. *Harry* no paró de ladrar en la trasera de la camioneta hasta que Candy lo soltó. Entonces el perro fue corriendo al lado de Boryana. Mientras ella gesticulaba, él ladraba y le miraba las manos.

—Lo siento, *Harry*, lo siento. —Boryana le acarició la cabeza para calmarlo—. No pasa nada. Ognian ya es mayor y por lo visto puede cuidar de sí mismo: no quiere decirme quién ha sido. —Se cruzó de brazos.

—Será mejor que nos vayamos para que vosotros dos podáis hablar —dijo Candy—. Vamos, *Harry*.

—¿Qué dices? ¡Ni hablar! Tenéis que entrar, aunque sea para tomar una taza de té. A June no le importará.

—Te aseguro que sí —la contradijo Candy—. Hoy ha sido el primer día de clase de Alice —Candy le puso un brazo sobre los hombros a la niña— y June está impaciente por saberlo todo. Te presento a Alice, Bory. Es la nieta de June y la Flor más reciente.

Alice sonrió con timidez. No podía dejar de mirar a Oggi.

—Vaya, me alegro de conocerte. —Las palabras de Boryana sonaban como si estuvieran recubiertas de algo abundante y sabroso. Le cogió una mano a Alice y se la movió arriba y abajo.

—¿Mi Oggi y tú sois amigos?

Él dio un paso adelante y dijo:

—Vamos juntos a la escuela.

Boryana asintió.

—Muy bien. —Miró a Candy y añadió—: ¿Seguro que no te quedas a tomar una tacita? Por lo visto tenemos muchas cosas que contarnos. —Boryana arqueó una ceja.

Alice miró a Candy con gesto de súplica.

—De acuerdo, de acuerdo, pero solo una taza —concedió.

Candy y Boryana entraron en la casa cogidas del brazo y de inmediato empezaron a cuchichear. Oggi y Alice se quedaron allí plantados, bastante cohibidos.

—¿Quieres dar un paseo? —preguntó Oggi señalando el río.

Alice asintió, chascó los dedos detrás de la espalda y *Harry* le lamió la muñeca y la siguió.

Detrás de la casa había un pequeño y pulcro jardín de rosas y un gallinero con tres gallinas rollizas. Alice se sentó bajo un niaouli mientras Oggi abría el gallinero y las dejaba salir. *Harry* las siguió y las olfateó un poco, pero luego perdió el interés y se sentó.

—Esta es *Pet*, mi favorita. —Oggi señaló una gallina negra y plumosa e hizo una mueca al estirar demasiado el brazo magullado.

Alice cerró los ojos y apretó mucho los párpados, pero no pudo evitar recordar el cuerpo cubierto de cardenales de su madre al salir del mar.

—¿Estás bien, Alice?

Ella se encogió de hombros. Oggi fue a la rosaleta de su madre y se puso a recoger pétalos y hojas caídas. Cuando tuvo las manos llenas, volvió hasta donde estaba Alice y empezó a esparcirlos por el suelo a su alrededor. Hizo varios viajes a la

rosaleda hasta completar un círculo, entonces entró en él de un salto, se sentó y se abrazó las rodillas.

—Cuando murió mi padre, hacía esto para sentirme mejor. Me imaginaba que todo lo que había dentro del círculo estaba a salvo de la tristeza. Podía hacer un círculo más grande o más pequeño, como yo quisiera. Una vez que mi madre no podía parar de llorar hice un círculo alrededor de la casa, solo que para eso necesité todos los pétalos de sus rosas y mi madre no reaccionó como yo esperaba.

Unas mariposas amarillas revoloteaban sobre las rosas. Alice observó sus alas, que parecían diminutas llamas de color limón, y se acordó de las que volaban sobre el mar en verano, tomaban el sol sobre las casuarinas y chocaban contra la ventana de su dormitorio por la noche.

—La mina en la que trabajaba mi padre se derrumbó. Durante un tiempo, mi madre se sentaba todos los días en el porche, siempre con una rosa, a esperar que regresara.

Alice pensó en la reina que esperó a su amado tanto tiempo que se convirtió en una orquídea. Se estremeció y se frotó los brazos.

—¿Tienes frío? —le preguntó él y ella negó con la cabeza.

Se quedaron mirando el río.

—Por eso cojo flores para ti y te las dejo en las botas por la noche —dijo Oggi en voz baja.

Alice dejó que el pelo le tapara la cara.

—Sé muy bien lo que es estar triste y solo. —Oggi daba vueltas a un pétalo de rosa que tenía en las manos—. Nuestra intención era quedarnos aquí solo un tiempo, hasta que mi padre ganara suficiente dinero para irnos a otro sitio, pero como se murió, hemos tenido que quedarnos. Mi madre no tiene los papeles que se necesitan para hacer otra cosa.

Alice ladeó la cabeza.

—No somos australianos. Quiero decir que mi madre no nació aquí y no tiene permiso de residencia. Dice que, si intentáramos marcharnos del pueblo e ir a cualquier otro sitio, podrían detenerla, devolverla a su país y prohibirle entrar de nuevo en Australia. Y no quiere que eso pase porque este es... porque este *era* el país de mi padre. Por eso procuramos ser discretos, mi madre no trabaja durante mucho tiempo en ningún sitio y no me deja tener amigos en la escuela. De todas formas, nadie quiere ser mi amigo. Dicen que mi madre es una bruja, igual que todas las mujeres de Thornfield.

Alice abrió mucho los ojos.

—No, no te preocupes —dijo él—, no es verdad.

Ella suspiró aliviada.

Oggi cogió una piedra del suelo.

—Mi madre sueña con volver a Bulgaria algún día, así que eso es lo que haré cuando sea mayor: ganar suficiente dinero para llevarla al Valle de las Rosas.

Alice se acercó un pétalo a la nariz, su perfume le recordó el fuego de sus sueños.

—Mi madre suele decir que yo nací allí, en el Valle de las Rosas, en Bulgaria, pero ese valle no existe en realidad: se supone que es más bien un sentimiento, aunque no sé muy bien qué quiere decir eso. Solo sé que allí se enterraba a los reyes y que, como hay oro enterrado junto a los huesos, las rosas que brotan allí son bellísimas.

Alice arqueó una ceja.

—Vale, eso del oro y los huesos me lo he inventado yo, pero ¿verdad que molaría que hubiera huesos de reyes y tesoros enterrados bajo esos valles mágicos llenos de rosas?

Se oyeron pasos.

—Tenemos que irnos, corazón —dijo Candy desde lejos.

Alice y Oggi salieron del círculo de pétalos de rosa y siguieron a Candy hasta la casa, donde los esperaba Boryana.

—Toma, Alice: un pequeño regalo de bienvenida. —Boryana le puso en las manos un tarrito de cristal con un trozo de tela sujeta con una cinta a manera de tapa. Dentro había una mermelada de color rosa—. Está hecha con rosas —dijo—, está deliciosa con las tostadas.

—Adiós, Alice —dijo Oggi—. Nos vemos mañana en la escuela.

«Mañana». Alice le dijo adiós con la mano mientras Candy conducía de vuelta hacia la calle Mayor. Volvería a verlo al día siguiente.

Por el camino de regreso a casa, se tocó las ardientes mejillas y se sintió radiante como el sol.

ACACIA MIMOSA

Significado: Lastimo para curar
Acacia baileyana / Nueva Gales del Sur

Arbolillo con hojas parecidas a las del helecho y flores globosas de color amarillo. Adaptable, resistente y de hoja perenne, es fácil de cultivar. En invierno florece abundantemente. Tiene un perfume intenso y dulce y produce abundante polen, por lo que favorece la producción de miel de abeja.

June recorrió el pasillo encendiendo algunas lámparas. El reloj de pie dio las dos de la madrugada. Cuando saliera el sol tendría que emprender el largo viaje a los mercados de flores de la ciudad, pero para eso todavía faltaban un par de horas: podía echar un traguito.

Desde hacía semanas, las noches se le hacían interminables, vacías e inquietantes. Su cama se hundía bajo el peso de los fantasmas que se sentaban a sus pies con ramitas de acacia en flor en la mano. El invierno siempre era la estación más difícil: tenían menos pedidos de flores, las viejas historias se removían bajo la tierra con las primeras heladas y, para colmo, ese invierno había llegado Alice.

A pesar de que seguía sin hablar, su nieta sonreía más a menudo. Por lo visto, la escuela la había hecho despertar de alguna forma, liberándola de la dura parálisis del dolor. Hacía semanas que no mojaba la cama, no había vuelto a tener ningún ataque de pánico. Twig había dejado de insistirle para que la llevara al psicólogo. Alice siempre tenía un libro abierto en el regazo (le gustaba prensar flores entre las páginas), o estaba con Candy en la cocina o en el huerto, ayudándola a preparar algún plato nuevo, o iba de aquí para allá con sus botitas azules, siguiendo a Twig por el taller como si fuera su sombra.

Sin embargo, por mucho que June la vigilara, y aunque todos los días bajara un poco más la temperatura, Alice seguía ingeniárselas de vez en cuando para desaparecer y volver a casa con el pelo mojado. June sabía que había encontrado el río, y probablemente también el eucalipto gigante, pero no se sentía capaz de contarle a su nieta la historia de Thornfield, la historia de las mujeres de las que descendía. En cuanto mencionara a Ruth, tendría que seguir con Wattle, luego con ella misma y, por último, con Clem y Agnes. Y tendría que hablar de la decisión que había tomado.

Se sirvió otro vaso de la botella de whisky que tenía abierta en la encimera de la cocina. Estaba cansada. Cansada de soportar el peso de un pasado demasiado doloroso para recordarlo, cansada de unas flores que decían las cosas que la gente no podía decir, cansada de congojas, aislamiento y fantasmas, de que la malinterpretaran. Sabía que tendría que hablarle a Alice de su familia, pero se resistía a cargar con más reproches por los secretos que crecían entre las flores de Thornfield. Tenía que haber otra manera de que la niña se curara, antes que ponerle delante la verdad sobre su familia, una verdad que June estaba casi segura de que no conocía, a

pesar de que, aparentemente, aquella mañana Alice había reconocido su cara. No había nada que indicara que sabía que su padre se había llevado a su madre de Thornfield, ni que June habría podido cambiar de idea, haber cedido ante Clem y, quizá, haber salvado a Agnes. Pero había dejado que su hijo se marchara y él se había llevado consigo a la madre de Alice porque June se negó a rendirse ante la cólera de Clem. Porque Agnes lo amaba más de lo que se amaba a sí misma.

Se llevó el whisky al salón y bebió directamente de la botella. El día que Alice había llegado a Thornfield, cuando se había acurrucado en sus brazos y había hundido la cara en la curva de su cuello, June había sentido un amor que hasta ese momento no se atrevía a recordar. No podía arriesgarse a perder ese amor: no soportaba la idea de que Alice pudiera pensar mal de ella. Pasaban los días y las historias seguían siendo un secreto: June aplazaba el momento una y otra vez. «Se lo contaré cuando empiece a ir a la escuela. Se lo contaré cuando sonría. Se lo contaré cuando me lo pregunte».

—Ten cuidado, June —la había prevenido Twig—: el pasado siempre se las ingenia para echar nuevos brotes. Si no las tratas como es debido, esas historias encontrarán por sí mismas la manera de hacerse presentes.

June se derrumbó en el sofá con la botella de whisky en la mano: el pasado la perseguía. Las historias de Thornfield nunca se alejaban de su pensamiento.

El asesinato de Jacob Wyld dejó a Ruth destrozada. Dio a luz a su hija sola, en la orilla del río, y la llamó Wattle, «acacia»: el primer árbol que había florecido durante la sequía. Era lo único que quedaba del jardín de Ruth y lo único que ella podía darle a su bebé: un nombre capaz de darle fuerzas para sobrevivir y crecer bajo el mismo techo que Wade Thornton y sus malos tratos. «Yo estaba decidida a no permitir que él hiciera con mi alma lo que le había hecho a la de mi madre», solía decirle Wattle. «Los ojos de mi madre se habían quedado huecos como los caparzones de cigarra que había en el suelo donde antes crecían sus flores, Junie».

Cuando Ruth dejó de vender flores y permitió que su jardín se marchitara por completo, los lugareños se obstinaron en fingir que en Thornfield no pasaba nada. Cuando Wade iba al pueblo, nadie le echaba en cara los rumores que circulaban sobre sus malos tratos y, en su mayoría, ignoraban a Wattle, a quien, según algunos, habían criado los pájaros más que su madre. Solo Lucas Hart se interesaba por aquella chica a la que había visto por primera vez cuando era un crío y paseaba solo por la ribera. La había confundido con una especie de sirena de río porque su piel tenía brillos verdosos bajo el agua y llevaba hojas y flores enredadas en la larga melena negra. Nunca la veía en la escuela, ni en las tiendas, ni en la iglesia, pero aun así ella acaparaba irrevocablemente su imaginación. Siempre que iba al río, confiaba en verla nadar. Lo impresionaba que sus fibrosas extremidades se movieran en el agua como si tuviera que batir un récord. Pasó el tiempo y los dos crecieron. Ella se convirtió en una joven solitaria a la que apenas veían en el pueblo y él se marchó a terminar sus estudios de medicina. Pero ni la vida de la gran ciudad ni los estudios consiguieron

hacerlo olvidar: el recuerdo de Wattle corría por sus venas como una fiebre. Volvió al pueblo, obtuvo una plaza en el consultorio médico y todas las noches recorría el camino hasta el río. Había oído los rumores sobre Wade Thornton. Nadie había intervenido: los problemas matrimoniales eran un asunto privado que debían resolver el marido y la mujer. Solo que Ruth Stone nunca había dado su consentimiento para casarse con Wade Thornton y, según contaban, Wade ni siquiera era el padre de Wattle Stone. Todas las noches en que paseaba por la ribera, Lucas se prometía a sí mismo que iría a Thornfield, subiría los escalones de la entrada, llamaría a la puerta y se presentaría, pero todas las noches, cuando llegaba a la linde de la finca, daba media vuelta y se iba. Hasta la noche en que oyó gritar a una mujer y después un disparo al que siguió de nuevo el silencio.

Echó a correr por el camino hasta el reseco jardín de Thornfield, donde encontró a Wattle Stone con un rifle en las manos, desplomada sobre Wade Thornton y empapada de una sangre tan oscura que parecía tinta.

—¿Estás herida?! —gritó Lucas—. ¿Es tuya la sangre, Wattle? ¿Estás herida?

Ella se sentó, rígida y tremendamente pálida, con unos ojos tan oscuros como la sangre que formaba un charco alrededor de sus pies.

—¡Wattle! —gritó Lucas.

Poco a poco, ella negó con la cabeza.

—No, no es mía —dijo en voz baja. La escopeta le temblaba en las manos. Se miraron a los ojos y, sin decir palabra, hicieron un juramento.

La noticia de la muerte de Wade Thornton desencadenó, de la noche a la mañana, una oleada de especulación por el pueblo. Según unos, Ruth lo había hechizado y lo había hecho suicidarse; para otros, lo había matado la hija de Ruth. Las mujeres de la familia Stone y su lenguaje de las flores se consideraron de mala suerte; la maldición que había caído sobre el pueblo tras el fracaso de Ruth para mantener los cultivos de flores había dejado a la gente sin ingresos y sin esperanza. Los que iban a pescar al río se apresuraron a intervenir y aseguraron haber visto a Ruth aquella noche hablando con alguien en la ribera. Después se dijo que alguien había visto un bacalao del Murray y se generó aún más revuelo: no era habitual que el rey del río apareciera tan al norte, era obvio que Ruth había atraído aquel mal presagio. Nadie se acordó de que alguna vez Ruth Stone y su plantación de flores habían salvado al pueblo de la sequía.

La difamación no cesó hasta que el doctor Lucas Hart hizo público su testimonio: él había visto a Wade Thornton tambalearse, borracho, y pegarse un tiro con su escopeta de caza mientras intentaba limpiarla. La policía archivó su muerte como accidental y los vecinos se olvidaron del asunto. Wattle Stone se casó con Lucas Hart llevando un ramo de acacia. Vivieron juntos en Thornfield, con Ruth.

«Y entonces te tuvimos a ti, Junie», decía siempre su madre al llegar a ese punto del relato mientras miraba fijamente a su hija con los ojos rebosantes de lágrimas. «La gente volvió a ser amable con nosotros: tú rompiste la maldición de Thornfield».

Mientras Lucas estaba en su consultorio, Wattle, con June a su lado en el moisés haciendo gorgoritos, desempolvó la libreta de Ruth. Se llevaba libros de la biblioteca del pueblo y los leía en voz alta, ponía nombre a los bocetos de su madre y redactaba listas de las semillas que necesitaría encargar en la ciudad. En doce estaciones, consiguió devolverle la vida al vivero. La gente asentía admirada ante los ramitos que aparecieron en los mercados del pueblo. «Regreso de la felicidad», decía un ramillete de telopeas, cada una del tamaño de un corazón humano; «devoción», decían las boronias, un ramo de fragantes flores con forma de cáliz. Los cubos se vaciaban enseguida: volvía a haber demanda de las flores de Thornfield.

Wattle consiguió recuperar el jardín que su madre tanto amaba, pero no erradicar la locura de la mente de Ruth. Se desvivía por ella, tanto como por su propia hija, y trataba por todos los medios de hacerla feliz; no obstante, Ruth seguía escabulléndose de la casa todas las noches. Despierta en la cama, oía crujir la madera del suelo, hasta que una noche de luna, con June acurrucada en sus brazos, decidió seguir a su madre hasta el río. La vio tirar flores al agua mientras decía algo.

—Mamá. —Wattle caminó hasta la arenosa orilla bajo la luz plateada de las estrellas. Su madre la miró con ojos lúcidos y brillantes—. ¿Con quién hablas?

—Con tu padre, tesoro —contestó Ruth con toda naturalidad—. Con el rey del río.

En la superficie del río aparecieron unas burbujas y una de las flores se hundió, pero Wattle no vio qué había tirado de ella hacia el fondo. Dio media vuelta y regresó corriendo junto a su marido, que no se había despertado.

Ruth falleció mientras dormía cuando June solo tenía tres años. La mañana que Wattle la encontró, tenía el pelo mojado, lleno de hojas de eucalipto y lirios de vainilla.

En su testamento se lo dejaba todo a Wattle con una condición: que se encargara de que ningún hombre que no fuera digno de Thornfield lo heredara, y así había sido en las generaciones posteriores: eso era lo que había provocado la furia y el rencor de Clem Hart.

«Presta atención, Junie», la voz de su madre resonaba en su cabeza. «Este es el regalo de Ruth: gracias a este regalo hemos sobrevivido».

Empezaba a clarear y June dio un hondo suspiro. Se levantó del sofá y fue tambaleándose hasta su dormitorio sin soltar la botella de whisky, en cuyo fondo solo quedaba un dedo de licor.



El primer día de las vacaciones de Navidad, Alice, de pie junto a la ventana de su habitación, contemplaba el blanco sendero que cruzaba el bosque y llevaba hasta el río. Oggi y ella habían quedado en verse en ese lugar al día siguiente en cuanto se levantaran: iba a cumplir diez años. Le parecía justo afirmar que Oggi era el mejor

amigo que había tenido; al fin y al cabo, *Toby* y *Harry* eran perros; Candy, mucho mayor que ella; y los libros no eran personas.

Se apartó de la ventana y se sentó en el suelo, por donde tenía esparcidos los deberes. *Harry* movió la cola. Alice tenía que hacer un trabajo durante las vacaciones: escribir una redacción sobre un libro que le hubiera gustado y explicar por qué. Sus compañeros de clase habían protestado, pero ella se había emocionado mucho cuando el señor Chandler había repartido las hojas. Ya sabía sobre qué libro iba a escribir la redacción: el de las *selkies* que Sally había escogido para ella en la biblioteca, el libro que June le había regalado antes de conocerse, cuando todavía estaba en el hospital.

Fue a la estantería y pasó los dedos por los lomos hasta que encontró el libro de las *selkies*. Cuando tiró de él, salió otro y se cayó al suelo. Alice lo recogió: era un volumen de tapa dura con letras doradas y una ilustración descolorida en la cubierta, la historia de una niña que se llamaba igual que ella y que se había caído en un país de maravillas.

Lo abrió y, cuando leyó la dedicatoria, se quedó helada.

—Hola, corazón. Te he traído una taza de chocolate caliente. —Candy apareció en la puerta con una taza humeante en las manos—. ¿Qué pasa, Alice? —Dejó la taza—. Déjame ver. —Candy le quitó el libro de las manos y Alice esperó mientras leía la dedicatoria—. Vaya...

Alice reaccionó impulsada por la rabia: echó a Candy a empujones de su habitación y cerró de un portazo. *Harry* corrió al lado de Alice, ladrando. Ella abrió la puerta y lo echó también.

No salió de su habitación en todo el día. Candy le subió un plato de carne asada para cenar, pero Alice no la probó. Después de intentar hablar con ella a través de la puerta de su habitación, Twig salió al porche trasero y se quedó allí, fumando un cigarrillo tras otro.

Ya había anochecido cuando los faros de la camioneta de June aparecieron en el camino. Alice estaba sentada en la cama, sujetando con fuerza el libro. Se abrió la puerta principal. Las llaves de June repicaron en el platillo de cristal del aparador. Unos pasos cansados recorrieron el pasillo hacia la cocina. El grifo del fregadero se abrió y luego se cerró. Se oyó el tintineo de unas pulseras, el murmullo del hervidor de agua en el fogón y luego el silbido y el susurro del agua humeante sobre una bolsita de té. Una cucharilla chocó contra el borde de una taza, hubo un momento de silencio y entonces aquellos pasos, los pasos de June, llegaron a la escalera.

—June.

—Un momento, Twig.

—June, yo...

—En un momento, Twig.

Sus pasos por la escalera. Arriba. Arriba. Unos nudillos llamaron a la puerta de Alice.

—Hola, Alice. —June abrió la puerta.

Harry entró con ella, saltando y ladrando. Alice no alzó la vista; rabiosa, golpeó con los talones la estructura de la cama.

—¿Qué tal tu día? —June se paseó por la habitación de Alice con una mano en el bolsillo y la otra sujetando la taza de té. Pasó por encima de los deberes que su nieta había dejado en el suelo y se acercó a la estantería. Cuando se dio la vuelta, se detuvo en seco.

Alice sostenía el libro en alto con ambas manos. Estaba abierto por la página de la dedicatoria, donde su madre había escrito su nombre una y otra vez, convirtiendo todas las *a* en un corazón.

Agnes Hart. Sra. A. Hart. Sr. y Sra. Hart. Sra. Hart. Sra. Agnes Hart.

Y debajo la letra de su padre:

Querida Agnes:

He encontrado este libro en el pueblo y he pensado en ti. Sé que es lo único que traías cuando viniste a Thornfield y espero que no te importe que te regale otro ejemplar.

Antes de comprártelo no lo había leído, pero ahora sí, y me recuerda mucho a ti. Porque estar contigo es como caer, aunque de una forma maravillosa. Es como estar en un laberinto del que no quiero encontrar nunca la salida. Eres lo más mágico y lo más misterioso que me ha pasado en la vida, Agnes. Eres más hermosa que todas las flores que crecen en Thornfield, creo que por eso mi madre también te quiere tanto. Eres la hija que nunca tuvo.

Solo quería darte las gracias por contarme tus historias sobre el mar. Yo nunca he visto el mar, pero cuando me miras tengo la sensación de que entiendo lo que me has descrito: su belleza, su bravura. A lo mejor algún día veremos juntos el mar.

Te quiere,

Clem

June se frotó bruscamente la frente. *Harry* empezó a jadear y a mover la cola con nerviosismo.

—Alice...

Ella parecía ausente, como cuando, en el hospital, veía las serpientes de fuego enroscarse alrededor de su cuerpo hasta volverla irreconocible. Se levantó de la cama. Llevó un brazo hacia atrás y le lanzó el libro a June con todas sus fuerzas. Le dio en la cara. El libro cayó al suelo y el lomo se partió.

June apenas parpadeó, una mancha roja empezó a dibujarse en su pómulo. Alice se quedó mirando a su abuela. ¿Por qué no reaccionaba? ¿Por qué no se enfadaba? ¿Por qué no contraatacaba? Se le nubló la vista. Se tiró del pelo, tenía ganas de gritar. ¿Cuándo había estado su madre en Thornfield? ¿Por qué nadie le había contado que su madre había vivido allí? ¿Por qué nadie le había contado que era allí donde sus padres se habían conocido? ¿Qué más no sabía? ¿Qué razones tenían para ocultárselo? ¿Por qué se habían marchado sus padres? Sentía que la cabeza le iba a explotar.

June fue hacia ella, pero Alice la apartó lanzándole patadas. *Harry* gruñía e iba de un lado para otro, pero ella no le hizo caso: el perro no podía protegerla de aquello.

—Lo siento, Alice. Sé que estás muy dolida. Lo siento.

Cuanto más intentaba consolarla, más se enfurecía. Daba patadas, la mordía y le arañaba las manos. Peleaba contra el cuerpo fuerte de June, contra su vida en Thornfield, contra la lejanía del mar. Peleaba contra los matones de la escuela, que seguían burlándose de ella y de Oggi. Pataleaba, chillaba y protestaba porque las personas tuvieran que morirse, por necesitar la ayuda de *Harry*, por encontrar sabor a tristeza en los platos que cocinaba Candy, por oír las lágrimas que se ocultaban en la risa de Twig.

Lo único que quería era huir, correr hasta el río, meterse en el agua y nadar hasta muy lejos, hasta la bahía: hasta su casa, donde estaba su madre. Y notar el aliento cálido de *Toby* en la mejilla. Volver a su pupitre, a su casa.

Pero empezó a cansarse y rompió a llorar. Deseaba no haber ido nunca a Thornfield, donde nada era lo que parecía. Deseaba no haber entrado nunca en el cobertizo de su padre.

COPAS DE COBRE

Significado: Mi rendición
Pileanthus vernicosus / Australia Occidental

Arbusto leñoso de tallos largos que crece en brezales costeros, regiones de dunas y llanuras. Produce unas flores magníficas de color rojo, naranja o amarillo. Florece en primavera, formando ramas espigadas densamente recubiertas de hojas pequeñas y duras. Los capullos están cubiertos de una película oleosa y brillante.

Alice habría podido enterarse de la relación de sus padres con Thornfield de muchas maneras, pero June jamás habría imaginado que ellos mismos le contarían su historia. Y sin embargo allí estaba, escrita de su puño y letra: Agnes practicando su futuro nombre, Clem presagiando el porvenir. June creía haber guardado en cajas todas las pruebas relacionadas con Agnes y Clem antes de que llegara Alice. Se las había llevado al pueblo y las tenía en un trastero alquilado, pero nunca se le había ocurrido revisar las estanterías del campanario.

June esperó a que Alice se cansara de patalear y entonces la llevó abajo, al cuarto de baño, donde las esperaba Twig con una bañera caliente. June intentó evitar la mirada de su amiga. Ella nunca le habría dicho nada, no era su estilo, pero de todas formas oía esas palabras no pronunciadas: «El pasado siempre se las ingenia para echar nuevos brotes».

June pasó deprisa por delante de la cocina, donde Candy estaba calentando leche para Alice y, sin decir nada, se metió en su dormitorio y cerró la puerta. La caja de madera de avellano estaba encima de la cama, donde la había dejado. La miró con recelo.

Era verdad que, la mañana que Alice había tenido el ataque de pánico y June se había marchado en su camioneta, había ido a matricular a Alice en la escuela, pero la mayor parte del tiempo había estado en el trastero, consolándose con recuerdos y reliquias del pasado. Y cuando se marchó se llevó aquella caja de madera de avellano y se dijo que lo hacía porque allí dentro estaba lo que necesitaba para el cumpleaños de Alice.

Se sentó al lado de la caja, examinó su minuciosa talla e imaginó las horas que Clem debía de haber pasado trabajando la madera. Después del pupitre que había fabricado para Agnes, el que estaba en la habitación del campanario de Alice, aquella caja de madera de avellano era la obra de la que Clem estaba más orgulloso. Se le daban bien las flores y las semillas, pero tenía un talento excepcional para tallar árboles caídos y convertirlos en objetos salidos de los sueños. Terminó aquella caja justo cuando cumplió dieciocho años, un momento en el que un niño creía poder tallar su alma en una pieza de madera de avellano y, así, convertirse en hombre.

En una mitad del borde de la tapa había varias tallas de Ruth. En una tenía las manos llenas de semillas y crecían flores a sus pies; en otra se la veía de perfil con

vientre de embarazada; en la última aparecía mucho más anciana: estaba encorvada y llena de arrugas, pero con una expresión serena en el rostro. Se la veía sentada junto al río con flores en los brazos y a su lado, en el bajío, se atisbaba la figura de un enorme bacalao. En la otra mitad del borde de la tapa estaba Wattle con June, de bebé, en los brazos, una corona de flores en la cabeza y la casa y un campo de flores detrás. En el centro de la caja, Clem se había representado a sí mismo delante de un hombre sin rostro. A un lado se veía a June sonriendo mientras que, por el otro, una niña se acercaba llevando unos ramilletes de acacia.

Así era como se veía Clem: como el centro de la historia de Thornfield. Y por esa razón, recordó June, había hecho lo que había hecho: se había marchado con Agnes después de oírle decir a June que no heredaría Thornfield. En resumidas cuentas, el hijo había oído a su madre decirle a la mujer que amaba que lo consideraba indigno.

June cogió su petaca y bebió un largo sorbo, y luego otro, y otro. Dejó de dolerle la cabeza.

Mirando la cara de Agnes tallada por Clem, June tuvo que admitir que Alice se parecía mucho a su madre: los mismos ojos grandes y la misma sonrisa, los mismos andares ligeros, la misma bondad. Regalarle a Alice algo que había pertenecido a su madre era lo menos que June podía hacer. Levantó la pieza de latón del cierre, abrió la tapa y, antes de que pudiera impedirlo, los recuerdos invadieron sus sentidos: el olor a miel de los inviernos junto al río, la amargura de los secretos...

June tenía dieciocho años cuando acompañó a su madre a esparcir las cenizas de su padre alrededor de la acacia. Después, cuando los vecinos se reunieron en su casa para hablar de los bebés que su padre había ayudado a traer al mundo y de las vidas que había salvado, June bajó corriendo al río. No solía recorrer aquel sendero porque, según las historias que había oído de niña, hacerlo les había dado muy mala suerte a las mujeres de su familia. Pero June necesitaba desesperadamente que las cosas tuvieran un orden y la asustaba que el amor pudiera ser tan irracional e injusto; odiaba el eucalipto en cuya corteza su madre y su abuela habían grabado sus nombres, pues era un recordatorio de la bendición y la maldición que el amor les había deparado a las dos. Sin embargo, ese día, atenazada por el dolor, se sintió atraída por el agua y atravesó el bosque.

Al llegar al río, con las mejillas surcadas de lágrimas y las medias negras llenas de carreras, vio a un hombre que nadaba desnudo en aquellas aguas verdosas contemplando el cielo.

June se apresuró a secarse las lágrimas y a recomponerse.

—Esto es una propiedad privada —dijo en el tono más arrogante que pudo.

La expresión de calma del joven la dejó desarmada: era como si la hubiera estado esperando. Tenía el pelo castaño oscuro y los ojos claros, una barba incipiente le cubría el mentón.

—Métete —contestó él. Miró la ropa negra de June y añadió—: Aquí nada duele.

Ella intentó ignorarlo, pero al ver cómo la miraba el calor empezó a extenderse por su piel y el alivio de sentir algo que no fuera muerte ni dolor le pareció más dulce que la miel de las colmenas de su padre.

Se desabrochó el vestido, primero despacio y luego cada vez más deprisa, hasta desprenderse de su ropa de luto y sumergir su pálido cuerpo en el agua. Se hundió hasta el fondo, sacando el aire de los pulmones en forma de burbujas que ascendieron a la superficie. La arenilla se le metió entre los dedos de los pies, el agua del río le llenó los oídos, la nariz y los ojos.

El chico tenía razón: allí nada dolía.

Cuando ya no soportó más la presión en los pulmones, se impulsó hacia la superficie, impaciente por respirar. Él se mantuvo a cierta distancia, mirándola a través de las aguas verdosas. Antes de comprender del todo lo que estaba haciendo, June nadó hacia él.

Más tarde se acurrucaron el uno junto al otro cerca de una pequeña hoguera que habían encendido en la orilla. June tenía el cuerpo dolorido, pero de placer. Había retozado entre los matorrales con algunos chicos del instituto, pero aquella era la primera vez que se entregaba a un hombre por completo. Deslizó la yema de los dedos por la cicatriz que él tenía en el pecho. Tenía otra igual en la espalda, a la misma altura. June las besó las dos, una en cada lado de su cuerpo, saboreando en su piel la dulzura del agua del río.

—¿Dónde vives? —le preguntó ella.

Él se soltó de su abrazo.

—En todas partes —contestó calzándose las botas.

A June se le encogió el estómago: iba a marcharse.

Ella recogió su ropa y se la acercó al cuerpo.

—¿Volveremos a vernos?

—Cada invierno —contestó él—, cuando florezca la acacia.

June se sumergió en el amor como si fuera el río: permanente, constante y verdadero. Se dijo que aquello no tenía nada que ver con la desafortunada aventura de su abuela Ruth con el rey del río, ni con la unión de sus padres, basada en la seguridad. June creía tener la situación controlada: ella no dejaría que ningún hombre le rompiera el corazón, no tendría que grabar su nombre en un árbol para dejar testimonio de su dolor. Su amor no sería una historia inacabada: él volvería cuando floreciera la acacia. Y la acacia florecía siempre.

Los meses posteriores al fallecimiento de su padre transcurrieron lentos, polvorientos y arduos. Wattle no se levantaba de la cama. La casa olía a flores podridas. June se refugió en el vivero: pasaba largas jornadas ocupándose de los cultivos de flores y entregando pedidos en los pueblos de los alrededores. Por la noche, después de preparar una cena que Wattle apenas probaba, June se recogía en el taller, donde aprendía, ella sola, a prensar flores con las que luego hacía joyas de resina. Se quedaba allí hasta que se le empezaba a enturbiar la vista. A veces se

dormía apoyada en la mesa y se despertaba con un dolor en el cuello y pétalos en la mejilla. En la medida de lo posible, evitaba presenciar el dolor de su madre: no soportaba ver los estragos del amor.

Llegó el mes de mayo y June estaba alerta; en cuanto florecieron los primeros capullos de la acacia, bajó corriendo al río. Corría sin respirar. «Respiraré cuando lo vea, respiraré cuando lo vea».

Regresó un día tras otro. Se acercaba el final del invierno. Las flores de la acacia empezaban a caer. A June se le marcaban los huesos de las caderas y las clavículas y la ropa le colgaba por todas partes. Le salieron ojeras. Tenía las uñas sucias de tierra y la piel quemada, pero los campos de flores prosperaban. Una tarde de finales de agosto, cuando cruzaba el claro para llegar a la ribera del río, vio una pequeña hoguera con un cazo de té encima. El chico la miró y sus ojos claros le atravesaron el corazón.

—¿Dónde has estado? —le preguntó ella.

Él desvió la mirada.

—Ahora estoy aquí —dijo. Tenía una nueva cicatriz, irregular y azul, bajo el ojo derecho.

June se lanzó a sus brazos, se estrechó contra él y notó los latidos de su corazón a través de la camisa de franela.

Tardó tres días en volver a la casa.

Acamparon en la orilla del río. Comían latas de guisantes con jamón y pan sin levadura; por la noche hacían el amor junto a la hoguera y durante el día, collares de margaritas bajo el sol. Él no le contó dónde había estado, ella no le dijo cuánto necesitaba que se quedara.

Unos meses más tarde, en los periódicos aparecieron varios artículos sobre una serie de robos en bancos que se habían producido en la ciudad. Se suponía que los ladrones eran veteranos que habían regresado de la guerra. Advertían a la gente de las zonas rurales que estuvieran alertas. «Estos delincuentes van armados, son peligrosos y buscan sitios donde esconderse».

En primavera, verano y otoño, en Thornfield se produjo una auténtica explosión de flores, resultado del esfuerzo y la tenacidad de June. Estaba tan concentrada en convertir su tormento en flores que no se dio cuenta de lo frágil que estaba su madre hasta que esta ya no fue más que la sombra de la mujer que había sido en otros tiempos.

—Presta atención, Junie. —Sus últimas palabras fueron para advertir a su hija—. Este es el regalo de Ruth: gracias a este regalo hemos sobrevivido.

Mientras June estaba absorta en sus cosas, la enfermedad había acabado con lo que quedaba del corazón de su madre. Para el funeral, June cortó todas las flores de acacia que había en Thornfield.

El tercer invierno juntos en la orilla del río, June y el joven lo pasaron casi sin hablar. Él no le preguntó por qué lloraba, ella no le preguntó cómo se había hecho las

heridas de los nudillos. June no quería oír sus respuestas, ni él tampoco las suyas.

En primavera, June supo que estaba embarazada. Dio a luz sola, un ventoso día de otoño, y llamó a su hijo Clematis por una planta trepadora con preciosas flores en forma de estrella. Cuando volvió a florecer la acacia, antes de llegar al claro junto al río con el bebé en brazos, June ya sabía que él no estaría allí... y que nunca regresaría.

Desconsolada, sola y con un niño recién nacido, June se pasaba las noches llorando, vertiendo su culpabilidad y su pánico sobre la almohada, convencida de que había matado a su madre con su descuido, convencida de que su hijo heredaría el carácter insensible de su padre. Y así una noche tras otra, hasta que, un día, una amistad inesperada recorrió el camino de su casa.

June rebuscó en la caja de madera de avellano hasta que encontró el montoncito de margaritas secas. Las sostuvo en la palma de las manos, dándoles vueltas.

Una despejada mañana de primavera, Tamara North llegó a Thornfield con una bolsita y un tiesto de margaritas en flor como únicas pertenencias. June abrió la puerta sin ducharse y apestando a leche agria, con Clem berreando en sus brazos y una plantación de flores marchitas a su espalda. Le ofreció trabajo a Tamara sin pensárselo dos veces. No estaba segura de en qué consistiría su empleo, pero necesitaba mano de obra y también una amiga. Tamara dejó su bolsa y su tiesto y le quitó a Clem de los brazos.

—Cuando tienen un berrinche hay que bañarlos —dijo—: el agua calma a los niños.

Y se dirigió muy decidida al cuarto de baño, como si estuviera muy segura de adónde iba y lo que tenía que hacer. June se quedó en el recibidor, perpleja, oyendo el ruido del grifo de la bañera, el canturreo tranquilizador de Tamara y los sollozos cada vez más débiles de Clem.

La primera noche que Tamara pasó en Thornfield, June, después de acostar a Clem y retirarse a su nuevo dormitorio, cortó unas margaritas del tiesto de Tamara. Puso a secar una parte, colgadas del revés junto a su ventana, y prensó unas pocas más, que añadió al diccionario de Thornfield con esta entrada:

Margarita arbórea. Tu presencia alivia mis penas.

Desde entonces, Tamara había pasado a responder por el nombre de Twig, «ramita», y nunca había dejado de aliviar las penas de June, ni siquiera cuando June no quería escucharla.

Volvió a guardar las flores secas en la caja y pasó los dedos por el relieve de la tapa. Era lo último que Clem le había regalado antes de enterarse de que Thornfield nunca sería suyo, antes de que el mal genio que siempre había llevado dentro, desde que era un bebé, se abriera paso y saliera a la luz de forma irreversible.

—¡Ojalá fueras tú a quien nunca hubiese conocido y ojalá me hubiese criado mi padre! —le gritó a June antes de coger a Agnes y marcharse en su camioneta.

June tenía grabadas en la memoria la aspereza de su voz y su palidez enfermiza, así como la mirada perdida de Agnes cuando la vio por última vez a través de la ventanilla del asiento del acompañante.

A June se le retorcían las tripas cuando se preguntaba si su hijo habría escogido la madera de avellano a propósito, aunque era imposible que él supiera que su significado atormentaría a su madre durante años: «reconciliación». Antes de que se le escapara un sollozo, metió la mano en el fondo de la caja hasta que encontró lo que necesitaba para confeccionar el regalo de cumpleaños de Alice.

Cerró la tapa de golpe y cogió su petaca con mano temblorosa. Después de unos cuantos tragos largos, salió de su habitación, atravesó la casa y se dirigió al taller.

Bajo la luz de su lámpara de joyería, June trabajó en su mesa hasta mucho después de que todas se hubieran acostado, hasta que le escocieron los ojos y no quedó ni una gota de licor en su petaca. Cuando terminó de escribirle la carta a Alice y de envolver su regalo, apagó la lámpara. Salió del taller, volvió a la casa tambaleándose en medio de la oscuridad y subió al dormitorio de Alice.



Alice se despertó y se incorporó en la cama. A la débil luz de la luna que entraba por las ventanas, vio a June sentada a su pupitre pero, incapaz de mantener los ojos abiertos, volvió a apoyarse en la almohada y se quedó dormida. Cuando se despertó ya era de día: su décimo cumpleaños. Se acordó de lo que había visto aquella noche y se levantó de un brinco. Encima de su pupitre encontró un regalo y una carta.

Rompió el envoltorio, abrió la cajita que había dentro y dio un grito de asombro: era una gran cadena de plata de la que colgaba un guardapelo también de plata. En la tapa del guardapelo, conservados en resina, había unos pétalos rojos prensados. Alice pasó un dedo por el cierre y el guardapelo se abrió. Detrás de un fino cristal había una fotografía en blanco y negro de su madre. Unas gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas. Dejó el colgante y cogió la carta.

Querida Alice:

A veces hay cosas muy difíciles de decir. Yo sé que tú lo entiendes mejor que la mayoría de la gente.

Cuando yo tenía tu edad, empecé a aprender el lenguaje de las flores. Me lo enseñó mi madre, tu bisabuela, y a ella se lo enseñó su madre con las flores que crecen en estas tierras, nuestro hogar. Las flores nos ayudan a decir lo que a veces no podemos decir con palabras.

Me duele muchísimo no poder devolverte lo que te han robado. Tú has perdido la voz y a mí me parece haber perdido parte de la mía

cuando se trata de hablar de tus padres. Eso no debería ser así, ya lo sé. Sé que necesitas respuestas. Lo voy descubriendo a medida que nos vamos conociendo, y sé que a ti te pasa lo mismo. Quiero que sepas que cuando encuentre esa parte de mi voz que me falta contestaré a todas las preguntas que me quieras hacer. Te lo prometo. A lo mejor, juntas encontramos nuestras voces.

Soy tu abuela. Quería mucho a tus padres y te quiero mucho a ti. Siempre te querré. Ahora formamos una familia, con Twig y Candy, y será así para siempre.

Esta es la única fotografía que tengo de tu madre. Ahora te pertenece a ti. Te he hecho este guardapelo con pétalos de guisantes del desierto de Sturt. Para las mujeres de nuestra familia significan «valor». Sé valiente, no te rindas.

Thornfield ha sido el hogar de tu madre, tu abuela, tu bisabuela y tu tatarabuela, ahora también puede ser el tuyo. Si tú quieres, Thornfield te abrirá sus historias tal como se abre este guardapelo.

Con cariño,

Tu abuela June

Alice plegó la carta y pasó los dedos por el doblado. Se la guardó en el bolsillo y se quedó contemplando la fotografía de su madre con el guardapelo abierto en la palma de la mano. Quizá June tuviera razón: había cosas que era difícil decir, cosas que era difícil recordar y otras que sencillamente era difícil saber. Pero June se lo había prometido: si Alice encontraba su voz, June encontraría las respuestas a sus preguntas.

Se calzó las botas azules y salió con sigilo de la casa, a la fría mañana de color púrpura.



Abajo, en el despacho, Twig seguía con el teléfono pegado a la oreja, pese a que la conversación ya había terminado. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Había sido muy fácil: el Departamento de Adopciones aparecía en las páginas amarillas. Había cogido el teléfono, había marcado el número y, después de decir que se llamaba «June Hart», que quería hacer una consulta sobre la adopción de su nieto y que recibía el correo a la atención de Tamara North, Directora, Granja Thornfield, la habían informado de que recibiría los formularios que requería transcurridos entre siete y diez días laborables. No tardó ni cinco minutos. Luego se cortó la comunicación y Twig se quedó allí sentada, con el zumbido del tono de marcación en el oído. Era el sonido del destino poniéndose en marcha, un sonido que nunca había conseguido oír cuando buscaba a sus propios hijos. Sobre el papel no existía ningún registro de la existencia de Nina y Johnny, aunque Twig celebraba todos los años sus

cumpleaños plantando un nuevo vástago y ya había más de sesenta plantas y árboles alrededor de Thornfield producto de esa tradición.

Fuera, las Flores trabajaban bajo el sol cortando ramas de acacia y poniéndolas en cubos. Una de ellas cantaba un viejo himno religioso. A Twig le dieron ganas de tararearlo, pero no lo hizo: llevaba años sin pisar la iglesia.

No se oía nada en el dormitorio de June. Twig sabía que había estado despierta hasta la madrugada, tratando de arreglar las cosas de la mejor forma que sabía: utilizando flores. Pero la culpa era una semilla extraña: cuanto más hondo la enterrabas, más se esforzaba en crecer y asomar a la superficie. Si June no tenía intención de contarle a Alice lo del bebé, Twig estaba dispuesta a hacerlo ella misma, y para eso necesitaba información.

Se inclinó hacia delante para dejar el auricular en la horquilla y justo entonces vio destellar algo bajo el sol. Entornó los ojos y siguió aquella luz con la mirada. El sol se reflejaba en el colgante nuevo de Alice, que pasaba de puntillas al lado de las flores para escabullirse al bosque. Twig sabía con quién iba a encontrarse la niña en el río y no tenía ninguna intención de impedirselo: aquella cría necesitaba todo el solaz y el consuelo que pudieran darle.



Alice corrió por los campos de flores. La hierba reseca del invierno crujía bajo sus pies y el aire frío hacía que le ardieran los pulmones. Al fondo de la plantación, las acacias estaban llenas de flores radiantes y dulcemente perfumadas. Las Flores ya habían salido a trabajar; Alice se agachó para que no la vieran cuando se apartó de los campos y enfiló el camino que conducía al bosque. El guardapelo rebotaba contra su pecho al ritmo de sus pasos.

«Sé valiente, no te rindas. Sé valiente, no te rindas».

Cuando llegó al río, Alice se paró para recobrar el aliento. Vio las aguas verdosas fluir sobre piedras y raíces de árboles. Se quedó un rato allí de pie, recordando el mar: lo sentía tan lejano que casi le parecía irreal, como si solo hubiera existido en sus sueños. Odiaba ese pensamiento, odiaba que de su vida junto al mar y de todo cuanto ella amaba solo quedaran las llamas que combatía en sus pesadillas, que *Toby*, poniéndole una pata encima de la pierna cuando ella le leía aunque no pudiera oírla, no fuera más que el parpadeo de la llama soñada, que su madre, descalza en su jardín y con aquellas manos delicadas, no fuera más que una voluta de humo. ¿Había estado su madre en aquel río? ¿Había estado donde ella estaba ahora, viendo correr el agua sobre piedras y raíces? ¿Era su nombre uno de los que estaban grabados en la corteza del eucalipto? Casi podía notar la piel de su madre, la tibieza de sus brazos.

Se sacó la carta de June del bolsillo y la desplegó.

Quiero que sepas que cuando encuentre esa parte de mi voz que me falta contestaré a todas las preguntas que me quieras hacer. Te lo

prometo. A lo mejor, juntas encontramos nuestras voces.

Volvió a doblarla y se la guardó. Entonces se acordó de su padre y la frente empezó a sudarle. Lo vio salir de su cobertizo con el pupitre que le había hecho a cuestas y un brillo de esperanza en la mirada. Qué rápido se apagó ese brillo, qué poco tardó en entrar en la casa arrasándolo todo, lanzando a su madre contra la pared y gritándole a ella.

Alice cerró los ojos, apretó los puños, inspiró hondo y gritó. De pronto se sintió tan bien que volvió a gritar e imaginó que su voz podía fluir con el río, viajar hasta el mar y llegar al borde del océano para cantarles a su madre, al bebé que no había llegado a nacer y a *Toby*, y guiarlos hasta ella, hasta su hogar, donde podrían salir de sus sueños de fuego y protegerse unos a otros.

Empezó a dolerle la garganta, así que paró de gritar. Se desvistió y se quitó las botas. Temiendo que se le estropeará, se quitó también el colgante con el guardapelo de guisante del desierto y lo guardó en una bota. El agua verdosa discurría frente a ella. Metió la punta de un pie: estaba fría. Se estremeció. Titubeó un poco hasta decidirse. «A la de tres». Se zambulló en el río. El impacto del agua fría la hizo salir escupiendo a la superficie y de pronto vio que al toser echaba por la boca pétalos del color del fuego. Aturdida, miró hacia abajo. Otro pétalo se adhirió a su temblorosa piel, y luego otro y otro. Miró río arriba: Oggi estaba en cuclillas en la orilla, lanzando pétalos al agua. A su lado tenía una gruesa manta y una mochila. Alice sonrió y le echó un poco de agua con la mano.

—Hola, Alice.

Ella le hizo una seña y fue gateando hasta las rocas.

—Toma —dijo él levantándose, y le ofreció la manta mientras volvía la cabeza para no mirar—. Me he imaginado que hoy vendrías a nadar a pesar del frío que hace.

Alice, temblorosa, cogió la manta y se envolvió con ella.

—Feliz cumpleaños —añadió Oggi.

Alice sintió que su sonrisa la calentaba. Fueron juntos hasta donde ella había dejado su ropa y sus botas. Oggi se sentó sin soltar su mochila.

—¿Sabías que en Bulgaria celebras tu día dos veces al año? Una vez el día de tu cumpleaños y otra el de tu santo. Todas las personas que se llaman igual lo celebran el mismo día, pero no sé si existe el día de santa Alice. Y la tradición es que la gente vaya a celebrarlo a tu casa sin invitación y que tú les ofrezcas algo de comer y de beber.

Alice arrugó la frente.

—Pero la verdad es que a mí nunca me ha gustado esa idea, así que he pensado que sería mejor que te ofreciera algo yo a ti.

Alice sonrió y se sentó a su lado. Oggi, que tenía una mano detrás de la espalda, le dio un paquete envuelto en una tela con estampado de rosas. Le indicó por señas que tenía que desenvolverlo. Ella retiró la tela y vio que el paquete contenía un tarro

de mermelada de color rojo y una cajita rectangular que nuevamente estaba envuelta para regalo. Sonrió.

Oggi sacó de su mochila una caja con pan con mantequilla, un cuchillo para pan y un termo pequeño y abollado.

—Seguro que no sabías que en Bulgaria tu cumpleaños cae a finales de la temporada de la cosecha de rosas, que dura desde mayo hasta junio. Durante esos meses, el Valle de las Rosas se llena de rosas de todos los colores, las cortan una a una y las ponen en unos canastos de mimbre para llevarlas a las destilerías, donde fabrican diferentes productos con ellas: mermelada, aceite, jabón, perfume...

Alice le dio vueltas al tarro de mermelada: su contenido brillaba intensamente bajo la luz fría en la mañana. Oggi desenroscó la tapa del termo y la usó de taza.

—Esto es lo que bebemos cuando celebramos algo. —Vertió un líquido transparente en el tapón—. Se llama *rakija*. —Le dio el termo y alzó el tapón para brindar—. Y decimos: *nazdrave!*

Alice asintió, imitándolo, alzó el termo, se lo llevó a los labios, dio un sorbo y tragó. Los dos tosieron y escupieron. Alice se limpió los labios y la lengua con la manta varias veces.

—Es horrible, ya lo sé, pero a los mayores les encanta —dijo Oggi riendo. Alice hizo una mueca de asco y le devolvió el termo. Oggi, sin parar de reír, le puso de nuevo el tapón—. Abre tu regalo.

Alice procuró no romper el papel marrón, pero enseguida un arrebato de emoción la hizo retirar el envoltorio de golpe. ¡Era un libro! Tenía el lomo agrietado y las páginas amarillentas y olía igual que el Diccionario Thornfield. Pasó los dedos por las letras del título.

—He pensado que te gustaría: uno de los cuentos va de una niña del mar que pierde la voz.

Alice miró a Oggi.

—Y de cómo la recupera —añadió él.

Sin pensar lo que hacía, Alice se inclinó hacia delante y lo besó en la mejilla. Al darse cuenta de lo que acababa de hacer, volvió a echarse hacia atrás. Oggi se tocó el sitio donde los labios de ella lo habían tocado. Alice, desesperada por encontrar algo con que distraerse, cogió la bota en la que había guardado el guardapelo, lo hizo caer en la palma de su mano, lo cogió y lo sostuvo por la cadena.

—¡Uau! —exclamó él, y levantó una mano para tocarlo.

Ella abrió el cierre. Oggi examinó la fotografía de su madre.

—Esa es mi madre —dijo Alice, articulando cuidadosamente las palabras.

Oggi dio un respingo como si Alice lo hubiera pellizcado y soltó el guardapelo.

—Pero... —Estaba perplejo—. Alice, ¿has hablado? ¿Has sido tú? ¿Qué ha pasado? ¿Puedes hablar?

Ella rio un poco. Ya no se acordaba del gusto que daba reírse.

—¡Hablas! —Oggi se levantó y se puso a correr alrededor de ella.

Alice cerró el guardapelo y se pasó la cadena por la cabeza. Oggi paró por fin, se inclinó y apoyó las manos en las rodillas para recuperar el aliento.

—Bueno, ¿nos comemos tu desayuno de cumpleaños? —preguntó entre jadeos.

—Sí, por favor —contestó Alice cohibida.

—¡Ha dicho «sí, por favor»! —Oggi se echó a reír—. ¡Es la bomba! —Hizo bocina con las manos y se puso a lanzar vítores—. Alice, este es el mejor cumpleaños que he celebrado en mi vida y ni siquiera es el mío.

—Muchas gracias por mis regalos —dijo ella despacio, acostumbrándose otra vez al sonido de su voz. Abrazó el libro.

—De nada. —Oggi sonrió y abrió el tarro de mermelada—. Mi madre ha preparado esta mermelada especialmente para tu cumpleaños con unas rosas del jardín que llevan mi nombre. —Metió el cuchillo de la mantequilla en el tarro y untó una rebanada de pan con una gruesa capa de mermelada.

—¿Qué quieres decir? —Alice cogió el trozo de pan que le daba Oggi.

—Bueno, es que son de ese color —explicó él, y se preparó también una rebanada.

—¿Ognian es un color? —preguntó Alice sorprendida. Su nombre también era un color: el azul Alicia.

—Puede serlo. —Oggi le dio un gran mordisco a su rebanada con mermelada—.

Finifica «fuego».

—¿Cómo?

Oggi rio y se tragó lo que tenía en la boca.

—Mi nombre, Ognian, significa «fuego».

—Ah —dijo Alice. El borboteo del río se entremezclaba con el canto de un korimako, la luz invernal atravesaba las copas de los árboles.

—Di algo más —pidió Oggi al cabo de un rato.

—Algo más —dijo Alice, y se sonrojó, contenta por haberlo hecho reír.



Cuando Alice llegó a casa, June estaba en la cocina vigilando unas sartenes mientras que Candy y Twig leían sentadas a la mesa. *Harry* estaba sentado a los pies de Twig y, en cuanto vio a Alice, movió la cola. Las tres mujeres se volvieron para ver a la recién llegada.

—Feliz cumpleaños —dijo June, fijándose en que llevaba colgado el guardapelo.

—Feliz cumpleaños, corazón. —Candy cerró el libro de recetas.

—Hola, Alice. Feliz cumpleaños. —Twig dobló un papel.

June tenía los hombros caídos, Candy estaba pálida, los movimientos de Twig eran lentos y pesados. Las tres intentaron sonreír, pero a ninguna le brillaba la mirada. Nadie mencionó el pelo mojado de Alice ni sus pies sucios de arena.

—Estoy preparando tortitas de cumpleaños, ¿te apetecen?

A June le temblaba la voz.

Alice sonrió tan amablemente como pudo.

—Enseguida estarán listas. —June vertió un poco más de masa en una sartén.

Alice se sentó en una silla.

—¿Y qué tal un poco de zumo de cumpleaños con burbujas, Alice? —preguntó Twig, echando su silla hacia atrás.

Alice asintió. Twig fue a la alacena a buscar una copa de champán y al pasar al lado de June le dio un apretón en la mano. *Harry* se dejó caer a sus pies con un ruido sordo. Alice observó a aquellas mujeres. A June siempre le temblaban un poco los hombros, Twig siempre tenía la mirada triste, el pelo azul de Candy, por mucho que brillara, no conseguiría ocultar su pena. Alice no era la única que estaba triste y echaba de menos a sus seres queridos.

June sirvió las tortitas con mantequilla y caramelo líquido. Twig puso una copa de champán llena de zumo de manzana mezclado con agua con gas al lado del plato de Alice.

—Gracias, June; gracias, Twig —dijo ella.

Estupefacta, June soltó la espátula recubierta de masa de tortitas que tenía en la mano, Twig abrió mucho la boca y Candy dio un gritito. *Harry*, que no sabía si lamer la masa de tortitas que se había caído al suelo o ponerse a correr en círculos, decidió hacer las dos cosas a la vez.

Las mujeres se abalanzaron sobre Alice y la abrazaron.

—¡Dilo otra vez, Alice!

—¡Di «Candy Baby»!

—¡No, no! ¿Sabes decir «Twig»?

Ella, de pie en el centro, miraba aquellas caras que la rodeaban y la envolvían como los pétalos nuevos de un capullo. Era su cumpleaños, pero al compartir su voz les hacía un regalo a ellas.

Sonrió mientras las tres mujeres danzaban a su alrededor. Había encontrado su voz, ahora June tenía que cumplir su promesa y encontrar las respuestas a sus preguntas.

Cómo ansío, cómo anhelo
que llegue el tiempo de las flores.

EMILY BRONTË

EUCALIPTO ROJO

Significado: Hechizo

Eucalyptus camaldulensis / Todos los Estados y Territorios de Australia

Es el árbol emblemático de Australia. La corteza, lisa, se desprende formando largas tiras. Tiene una copa grande y densa. Las semillas requieren periódicas inundaciones primaverales para sobrevivir. Florece entre finales de primavera y mediados de verano. Recibe el ominoso sobrenombre de «hacedor de viudas», pues de él caen sin previo aviso grandes ramas, a veces de la mitad del diámetro del tronco.

Alice agarró con fuerza el volante. Tenía los nudillos blancos. Esperó a que cambiara a verde con la vista clavada en el semáforo. Pisaba tan fuerte el embrague que le temblaba la pierna izquierda.

—Ahora vamos a continuar hasta el final de la calle Mayor, Alice, y luego quiero que hagas un cambio de sentido.

El sargento de policía, con la cabeza inclinada hacia delante, anotó algo en el portapapeles que tenía en el regazo. Era temprano, los padres todavía no habían empezado a llevar a sus hijos a la escuela y las tiendas todavía no habían abierto sus puertas ni les habían dado la vuelta a los letreros donde se leía CERRADO. Los chaparrones primaverales de la noche pasada habían dejado las calles mojadas y bajo la luz de la mañana parecían de mercurio.

Alice entornó los ojos. El semáforo cambió a verde.

Redujo poco a poco la presión sobre el embrague. «Espera para asegurarte de que entra», le había dicho infinidad de veces Oggi, sentado a su lado en la vieja camioneta de la granja. Pensar en él la ayudó a tranquilizarse. Metió la marcha y pisó el acelerador con el pie derecho. La camioneta dio una pequeña sacudida hacia delante. Alice espiró, sonrió y volvió a concentrarse en el volante. Miró de reojo al sargento, pero su expresión no revelaba nada.

Dejó atrás el semáforo y continuó por la calle Mayor, teniendo cuidado de no superar el límite de velocidad. La calle, llana, se extendía ante ellos como una cinta negra que, describiendo una curva, llevaba a fuera de la ciudad y se adentraba en terreno boscoso. Alice mantenía la mirada fija en el punto exacto donde la calzada desaparecía entre los desaliñados eucaliptos. Se moría de ganas de continuar: le producía vértigo pensar en todas las posibilidades que podía ofrecer aquella carretera.

—Para aquí y haz un cambio de sentido, por favor, y ya podremos volver a la comisaría.

Alice asintió. Redujo la velocidad y puso el intermitente, pero vio que había una doble línea continua en el centro de la calzada. Quitó el intermitente y siguió adelante.

—¿Qué haces, Alice?

Ella no dejó de mirar la calzada.

—Doble línea continua, sargento. Está prohibido. —Procuró no perder la calma—. Torceré a la izquierda cuando lleguemos a Fatty Patty's y volveremos a la comisaría por ese camino.

El sargento intentó no mudar la expresión, pero Alice detectó la sombra de una sonrisa en su cara. Torció al llegar al *fish and chips* y siguió circulando por las tranquilas calles hasta la comisaría.

June y *Harry* la estaban esperando en el aparcamiento, Alice aparcó y tocó varias veces el claxon.

—¡Bravo, campeona! —dijo June aplaudiendo.

Harry soltó unos ladridos roncós, ya era un perro viejo.

—¡Conduciré yo hasta casa! —gritó Alice, alzando un puño mientras seguía al sargento al interior de la comisaría. Al cabo de un rato salió con el carnet de conducir en el bolsillo.

El sargento le había pedido varias veces que adoptara una expresión más seria, pero había sido inútil y en la fotografía del carnet salía con una sonrisa de oreja a oreja.



Alice entró en el camino de Thornfield y, con mucho cuidado, hizo un cambio de sentido delante de la casa. Echó el freno de mano, pero no apagó el motor.

—¿Vas a algún sitio? —June se desabrochó el cinturón de seguridad y arqueó una ceja. *Harry*, atento, las observaba a las dos—. Todas te están esperando.

—Ya lo sé, solo voy a recoger a Oggi —dijo Alice sonriente— para que venga a celebrar con nosotras que he aprobado.

El rostro de June se ensombreció brevemente.

—Claro, claro. Hay tortitas para todos. —Sonrió, pero había frialdad en su mirada.



Alice atravesó el pueblo respirando hondo hasta que todo lo que le habría gustado poderle decir a June dejó de arder en su interior. *Harry*, sentado a su lado, jadeaba. A medida que iba aumentando la distancia entre ella y Thornfield, iba tranquilizándose; cuanto más se acercaba a Oggi, más contenta estaba. Siempre le pasaba lo mismo, desde que tenía nueve años.

Cuando torció a la izquierda por última vez y se metió por el camino de tierra justo antes del letrero que señalaba la salida del pueblo, *Harry* se puso a ladrar.

—Casi hemos llegado —dijo Alice riendo. A veces le parecía que *Harry* quería a Oggi incluso más que ella.

Paró delante de la casa; él la estaba esperando en el porche. Alice sintió una emoción tan intensa que no le habría extrañado nada que saltaran chispas de sus

dedos cuando tocó la manija de la puerta.

—¡Hecho! —canturreó sonriente, y bajó de la camioneta con el carnet en la mano. *Harry* la siguió.

A *Oggi* se le iluminó el semblante. *Alice* se habría bebido la luz de aquellos ojos: significaba que *Oggi* la amaba.

—Ya sabía que aprobarías.

Le cogió la cara con las manos y la besó en la boca. *Oggi* tenía el pelo largo y, cuando se separaron, le cayó sobre los ojos. Ella trató de apartárselo y las pulseras que llevaba en la muñeca tintinearón. Las había escogido de su joyero expresamente para ese día: «Eucalipto rojo. Hechizo».

—¿Quieres que te lleve a dar una vuelta? —le preguntó ella sonriendo con falsa modestia.

—Claro que sí. —*Oggi* volvió a besarla—. Pero primero quiero darte una cosa.

Alice lo miró extrañada; él le tapó los ojos con una mano y le puso la otra detrás de la espalda.

—¿Preparada? —le dijo al oído, y sus labios le acariciaron la oreja.

—¿Qué estás tramando? —Se cogió a él con fuerza y *Oggi* la guio hasta bajar del porche.

—Vale, ya los puedes abrir. —Le destapó los ojos y *Alice* soltó un grito ahogado.

El escarabajo Volkswagen verde claro tenía la pintura desconchada, el capó oxidado y además le faltaba un tapacubos. Vio que del espejo retrovisor colgaba una guirnalda de pétalos rojos.

—¡*Oggi*! —exclamó *Alice*—. ¿Cómo lo has conseguido? —Abrió la portezuela, se sentó en el blando asiento del conductor y pasó las manos por el volante, grande y fino.

—Haciendo horas extra en el almacén de madera. Y... bueno, también puede ser que mi otro trabajo me haya ayudado a negociar un buen precio.

Alice se echó a reír. Desde hacía unos meses, *Oggi* trabajaba por las noches en el pub del pueblo.

—¿Has engañado a un pobre borracho para comprarme un coche? —preguntó fingiendo indignación.

—Jamás haría algo así —replicó *Oggi*, y esbozó una sonrisa mientras ella se acercaba.

—Pero ¿y si no hubiese aprobado el examen?

Él deslizó un dedo por la franja de piel desnuda que asomaba entre la camiseta y la falda de *Alice* y a continuación lo metió por la cinturilla hasta rozar la goma de sus bragas. Ella notó un cosquilleo que se extendió por sus muslos.

—Sabía que aprobarías.

Alice mantuvo los ojos abiertos mientras *Oggi* la besaba, pues quería recordarlo todo de ese momento, conservarlo completo para siempre: la luz intensa y brillante, el canto de los verdugos dorsinegros, el río verde discurriendo detrás de ellos, la

necesidad y el deseo que sentía por aquel chico, la persona a la que más quería en el mundo.



Alice volvió a casa en su nuevo escarabajo con Oggi y *Harry* siguiéndola en la camioneta de la granja. Le costaba creerse que estuviese conduciendo un coche que le había comprado Oggi. Era perfecto: la desconchada pintura verde clara, el ruido contundente de las portezuelas cuando las cerrabas, el volante enorme, los asientos pequeños y mullidos, los suaves pedales... y, sobre todo, el murmullo y la vibración del motor, tan intensos que casi no se oía la música de la radio. ¡Cuántas horas habría tenido que trabajar para ahorrar suficiente dinero! Y todo para ella. La recorrió un escalofrío cuando recordó los momentos que acababan de pasar junto al río: no se cansaba nunca de Oggi.

Cuando llegó a Thornfield, Alice apretó el centro del volante y rio al oír el alegre pitido del claxon del escarabajo. Oggi paró a su lado. Las Flores corrieron por el camino que llevaba de la casa al taller y fueron a saludarlos.

—¡Lo has conseguido, corazón! —gritó Candy, que tenía masa de tarta en la barbilla. La abrazó: olía a canela.

Las otras se apiñaron a su alrededor y admiraron el coche.

Entonces llegó Twig.

—¡Felicidades, Alice! ¡Lo has conseguido! —dijo, y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias. —Alice detectó que Twig la miraba raro—. ¿Pasa algo?

Twig miró a Oggi y luego otra vez a Alice.

—June está...

Las interrumpió el petardeo de un motor. Entonces June salió de detrás de la casa al volante de una camioneta Morris Minor. Estaba pintada de amarillo brillante y los relucientes tapacubos tenían un reborde blanco. Cuando June maniobró para aparcar, Alice leyó lo que estaba escrito en la puerta:

ALICE HART, FLORIÓGRAFA
GRANJA THORNFIELD,
EL HOGAR DE LAS FLORES SILVESTRES

A Alice se le cayó el alma a los pies. Poco antes, al cumplir diecisiete años, June había empezado a hablar de que cuando terminara los estudios podría incorporarse a la dirección de Thornfield. No era la idea en sí lo que la preocupaba, sino el hecho de que June nunca le hubiera preguntado si era lo que ella quería. Además, se daba perfecta cuenta de que June jamás tenía en cuenta a Oggi cuando hablaban de su futuro.

—Es un regalo de todas nosotras —dijo June cuando se apeó de la camioneta—. Han participado todas.

—¡Oh! Es... es... —Alice titubeó—. Es increíble, June. Muchísimas gracias, muchísimas gracias a todas.

—¿Y eso qué es? —dijo June señalando el escarabajo.

—No te lo vas a creer —balbució Alice—: Oggi ha ahorrado para comprármelo.

La sonrisa no se borró de los labios de June.

—Pero ¡Oggi! ¡Qué regalo tan extraordinario le has hecho a Alice! ¡Si ni siquiera puedes comprarte un coche para ti! ¡Qué suerte que los dos hayamos tenido la misma idea! Así Alice tendrá el Morris y tú puedes quedarte el Volkswagen. Los dos salís ganando. —Dio una palmada—. Vamos, Candy lleva toda la mañana preparando un auténtico banquete.

—¡Sí! —exclamó Twig con entusiasmo exagerado, poniéndose rápidamente en marcha—. ¡Todos a comer!

El grupo se volvió hacia el camino y Twig se acercó a Alice.

—Dale un poco de tiempo —le aconsejó—. Lleva seis meses planeando esta sorpresa y se ha llevado un pequeño chasco, nada más.

Alice asintió de mala gana. Tenía ganas de gritar: «Pero ¿¿por qué siempre se trata de ella?!»

Cuando se le acercó Oggi, no se atrevió a mirarlo a los ojos. Él le dio la mano y se la apretó hasta que ella alzó la mirada. Pese a lo humillado que se debía de sentir, Oggi le guiñó un ojo. Al cabo de un momento, ella también le apretó la mano.



Después de una comida que se desarrolló en un ambiente tenso, Alice y Oggi se escabulleron de la casa y bajaron corriendo al río. Se sentaron en la orilla, ella hizo una guirnalda de flores silvestres, él limpió unos guijarros blancos con su camisa y se puso a jugar a las cabrillas. Alice notaba las intensas miradas de reojo que Oggi le lanzaba, pero no decía nada porque no sabía qué decir: no sabía cómo disculparse por el comportamiento de June, cómo disculparse por no haberlo defendido ni a él ni su precioso regalo, cómo disculparse por no defenderse a sí misma. Al final, fue Oggi quien rompió el silencio.

—No puede tratarte así, como si fueras una planta de su jardín y pudiera decidir cuándo tienes que florecer y cuándo no. No es justo —dijo sin mirarla.

Alice siguió ensartando margaritas.

—A veces tengo la sensación de que solo soy otro plantón de su semillero, de que nunca saldré de debajo de ese techo protector, de que mi futuro ya está escrito.

—¿Qué quieres decir?

—Siento como si mi destino ya estuviese decidido. Algo así como: «Esto es lo que hay: estoy donde siempre estaré».

—¿Y eso es lo que tú quieres? —Oggi escudriñó su rostro.

—Ya sabes que no —contestó Alice.

Al cabo de un rato, él carraspeó y dijo:

—Bueno, tengo otra sorpresa para ti.

Se metió una mano en el bolsillo y sacó una postal con las esquinas dobladas. Se la tendió a Alice. Ella la cogió y reconoció el escenario de las historias que él le había contado: era el Valle de las Rosas.

—El año que viene, cuando cumplas dieciocho años, ya habremos ahorrado suficiente dinero para los billetes de avión. —Le acarició la palma de la mano provocando una calidez que ascendió por el brazo de Alice hasta su corazón—. Podríamos volar a Alemania y desde allí coger un tren a Sofía. Podríamos acampar bajo las estrellas, beber *rakija* para calentarnos y comer peras asadas del árbol del huerto de mi abuela. Yo cultivaría rosas y tú las venderías en los mercados. Podríamos ser personas diferentes y llevar otra vida, podríamos estar juntos, tú y yo solos. —Le cogió las dos manos—. Alice... —Escudriñó su cara buscando una respuesta.

Los pulmones de ella se llenaron de un anhelo de paisajes cubiertos de nieve, ciudades de calles adoquinadas y rosaledas que crecían sobre los huesos de reyes. No entendió por qué Oggi se reía hasta que se dio cuenta de que no paraba de decir «sí» con la cabeza.

—Sí —dijo cuando él se le acercó más—. Sí. —Ella también se rio.

Oggi la abrazó temblando ligeramente. Unas motitas de sol calentaban la cara de Alice. Él la besó en la frente, en las mejillas y en los labios. Mencionó más sitios adonde irían y cosas que harían en su nueva vida... juntos.



Candy recogió los últimos platos de la comida, se preparó un café solo y se lo tomó mientras observaba el ir y venir de las Flores por los campos para comprobar el estado de los nuevos capullos. No se oía su habitual charla y sus risas: algo glacial había descendido sobre Thornfield. Después de comer, Oggi y Alice habían desaparecido, seguramente pensando que nadie lo notaría, pero June se había ido muy ofendida a su taller y había cerrado de un portazo. Twig se marchó a los semilleros, a ocuparse de sus bandejas de guisantes del desierto, y Candy se puso a fregar los platos con estropajo de aluminio hasta que se le pelaron los nudillos.

Ya no podían seguir ignorándolo: la infancia de Alice pertenecía al pasado. Ni Twig ni Candy ni June hablaban de lo duro que era ver el optimismo de Agnes y el desenfreno de Clem en los ojos de Alice. A veces, cuando pasaba por su lado en la casa o en la plantación, Candy sentía el impulso de mirar hacia arriba para ver dónde estaba el humo, porque habría jurado que algo se estaba quemando.

Aunque Candy no había vuelto a saber nada de Clem desde que se marchó con Agnes, no había roto su promesa: seguía en lo mismo, su vida cosida a la de él, solo que ahora a través de su hija, que se estaba convirtiendo rápidamente en una mujer con sus propias opiniones, una mujer que no parecía haber heredado los demonios de

Clem y que parecía estar librándose de la historia de Thornfield. Y eso era algo que Candy nunca había conseguido.

Se terminó el café e hizo una mueca al tragarse el poso amargo. Sí, tenía treinta y cuatro años, pero era como si todavía tuviera nueve: la niña de la cabaña hecha con palos, pendiente de una sombra que nunca volvería a casa.



Cuando la tarde empezó a templarse, Alice volvió a la casa. Estaba deseando coger su diario y su boli. ¿Cómo iba a describir aquel día? Todo era luminoso: las alas amarillas de las mariposas Cleopatra que revoloteaban sobre los arbustos y las flores; la atmósfera, preñada del olor a limón de las hojas de eucalipto que aplastaba al andar; la luz dorada del atardecer. La voz de Oggi resonaba en sus oídos: «Podríamos ser personas diferentes y llevar otra vida».

Mientras corría, no paraba de pensar en la cara de June. ¿Cómo reaccionaría cuando se marchara de Thornfield? Sintió una punzada de remordimiento en las costillas.

Redujo el paso para recuperar el aliento e intentó ahuyentar la cara de June de su mente. Cuando volvió a acelerar, los latidos de su corazón y sus pasos volvían a estar sincronizados.

ORQUÍDEA DAMA AZUL

Significado: Me consumo de amor
Thelymitra crinita / Australia Occidental

Orquídea perenne que florece en primavera. Sus flores son de un azul intenso y tienen una delicada forma de estrella. No necesita incendios forestales para estimular su floración, pero la vegetación circundante puede ahogarla, así que las quemadas periódicas para reducir matorrales de mayor altura le resultan beneficiosas.

Aquel año, el año que Alice cumpliría dieciocho años, Twig vio lo que nadie más en Thornfield: noche tras noche, sentada en la oscuridad, veía abrirse la puerta mosquitera de la parte de atrás y a Alice, con la larga melena ondeando tras ella, cruzar el porche con sigilo, bajar los escalones y adentrarse en la plantación de flores bajo la luz de la luna. Twig se quedaba fumando hasta mucho después de que la silueta plateada de Alice desapareciera en el bosque. Sabía que June quería que Alice fuese diferente, que fuese inmune, pero la verdad estaba a la vista de cualquiera que quisiera verla en el camino que conducía al río: Alice estaba ciega, profunda y locamente enamorada.

La noche en que cumplió dieciocho años, después de comer asado y un enorme pastel de lirios de vainilla preparado por Candy y de beberse entera la caja de Moët que June había encargado para la ocasión, todo el mundo se fue a la cama, salvo Twig, que salió al porche trasero a liar un cigarrillo y a disfrutar del silencio de la noche estrellada. Las cosas estaban cambiando: se notaba en el aire, como los cambios de estación. Alice estaba intranquila y Twig también, por las mentiras que le había contado a Alice cada vez que esta le había preguntado sobre su familia. Aunque había luchado contra la falta de honestidad de June, Twig se había convertido en su cómplice: ella también le había ocultado cosas a Alice durante casi tanto tiempo como June.

El formulario que Twig había rellenado y devuelto al Departamento de Adopciones no había dado ningún resultado, así que había recurrido de nuevo a las Páginas Amarillas, esta vez para buscar a un detective privado. Le había dado el nombre del pueblo donde se había criado Alice y el de la mujer a la que Agnes mencionaba en su testamento, y su informe había llegado por correo poco después de que la niña comenzara a ir a la escuela. Twig tuvo que ir caminando hasta el río para calmarse antes de leerlo. El hermano menor de Alice estaba bien, a cargo de la mujer a la que Agnes había nombrado tutora de sus hijos en caso de que June no estuviera en condiciones de encargarse de ellos. Alice y su hermano vivían separados sin saber el uno de la existencia del otro; ¿les habría pasado lo mismo a Nina y a Johnny, sus hijos?

Al contrario de lo que las demás preferían pensar, Twig sabía que ni siquiera Thornfield podía salvar a una mujer de su pasado; sabía que, al contrario de lo que

hubiese deseado June, el pasado no se podía cambiar. Ella había vivido bien allí, criando a Candy y haciendo todo lo que podía por Clem; se había preocupado de Agnes y del resto de las Flores, había dirigido la granja y llevado bien el negocio, pero su relación con June nunca había vuelto a ser la misma desde la llegada de Alice.

—Yo soy la albacea testamentaria, Twig —le había espetado June, con voz de borracha, en innumerables ocasiones a lo largo de los años, en referencia al hermano de Alice—, y tomé una decisión difícil pensando en el bien de todos.

Twig había escondido el informe del detective y una copia secreta del testamento de Agnes en el semillero y llevaba nueve años esperando que llegara el momento adecuado para entregárselos a Alice. Todavía seguían escondidos, entre plantones de guisantes del desierto.

Cuando se abrió la puerta mosquitera, Twig se ocultó en la oscuridad y vio a Alice dirigirse hacia los cultivos de flores dejando tras de sí un débil rastro de olor a champán. Se había bebido una copa tras otra en la cena y Twig percibía, con la misma claridad con que percibía los cambios de tiempo, que algo estaba cambiando en su vida. Contó en silencio un minuto para asegurarse de que Alice no oiría sus pasos y entonces la siguió por el camino del río.

Oggi la esperaba en la orilla, junto al eucalipto gigante, con una pequeña hoguera encendida. Durante la cena, había estado más callado de lo habitual. Twig se escondió detrás de un grupo de delgados eucaliptos corteza de hierro y vio a Alice lanzarse a los brazos de Oggi como si llevara años sin verlo. Las llamas teñían su piel de tonos bronceos. Se besaron con ternura. La expresión de Oggi cuando vio aparecer a Alice hizo que a Twig se le llenaran los ojos de lágrimas: ella también había estado así de enamorada. Recordaba la sensación de ser vista con tanta claridad por otra persona y de no tener aún heridas en el corazón.

Se sentaron en el suelo y Alice se acurrucó en los brazos de Oggi.

—Cuéntame el plan otra vez.

Oggi le besó la coronilla.

—Quedamos aquí mañana a medianoche. Cada uno trae una maleta y nada más: no podemos ir muy cargados. —La besó en la sien, la mejilla, el cuello—. Vamos al aeropuerto en el primer autobús y allí compramos los billetes. El vuelo será tan largo que creerás que no vamos a aterrizar nunca, pero sí aterrizaremos, en Sofía, y una vez allí iremos a casa de mis abuelos, beberemos *rakija*, comeremos *shopska salata*, dormiremos hasta estar recuperados del *jet lag* y, cuando nos despertemos, subiremos en teleférico al monte Vitosha y contemplaremos el mundo desde un río de piedra. Por las mañanas sacaremos a las cabras: los cencerros que llevan colgados suenan a música celestial. Los fines de semana cogeremos el camión de mi abuelo e iremos hasta la frontera con Grecia, donde nos bañaremos en el mar y comeremos olivas y queso asado.

—Oggi —susurró Alice, volviendo la cara hacia él con expresión soñadora—. ¿Llevas la navaja encima?

Grabaron sus nombres en el tronco del eucalipto y luego se abrazaron y se besaron con el anhelo de los adolescentes. La cría que había llegado a Thornfield tan traumatizada que no podía ni hablar parecía más viva de lo que Twig la había visto nunca.

Se levantó sin hacer ruido, movió las entumecidas piernas y regresó al camino. Fue al semillero, desenterró la bolsa de plástico donde estaban las hojas amarillentas que contenían la verdad sobre la vida de Alice y entró en la casa decidida a esperarla allí.

Se sentó en el sofá. Pensó que sería buena idea preparar café, pero cerró los ojos un momento.

Twig se arrepentiría el resto de su vida de haberse quedado tan profundamente dormida que no oyó crujir la madera del suelo cuando Alice entró.



A la mañana siguiente, June bajó la escalera después de que Alice se marchara al pueblo a entregar un pedido. Twig estaba en la cocina, preparándose el té de media mañana, y se volvió para ofrecerle una taza a June, pero se paró en seco cuando la vio en el umbral con el diario de Alice, abierto, en la mano.

—¡June! —Twig miró el diario y reconoció las curvas y rizos de la caligrafía de Alice.

June no respondió, salió despacio por la puerta de atrás y se sentó en el porche a contemplar la plantación de flores. Twig le dejó una taza de té al lado. En medio de su silencio se oía gañir a las cacatúas.

Twig se pasó el resto de la mañana con las Flores para mantenerlas alejadas de June. Ni siquiera *Harry* se le acercó. De vez en cuando, Twig la miraba sentada en el porche. Con independencia de lo que ella misma pensara, era un hecho que la llegada de Alice a la granja, unos años atrás, la había cambiado para siempre. Y ahora Alice se había hecho mayor, estrenaba su independencia, estaba enamorada... June debía de saber que no había en el mundo nada más amenazador que una mujer que sabía lo que quería.

A media tarde, por fin se movió. Twig supuso que iría al taller o quizá a dar una vuelta en su camioneta, pero en vez de eso entró en la casa, fue al estudio y cerró la puerta. Twig la siguió y pegó la oreja a la puerta. La oyó hablar, pero no entendió lo que decía. Tras una larga pausa, llamó con los nudillos y esperó. Luego llamó otra vez, más fuerte. Probó a girar el picaporte y este cedió. Cuando entró en la estancia, June colgó el teléfono. La expresión de su cara hizo que Twig se parara en seco.

—¿Qué has hecho? —le preguntó.

June, sentada a la mesa, volvió la cabeza para mirar por la ventana y vio llegar la camioneta de Alice por el camino. Alice y Oggi se apearon y se acercaron al taller,

hablando y riendo.

—Lo que tenía que hacer —contestó June. Una lágrima resbaló por su mejilla.

Hacía años que Twig no la veía llorar. El hecho de que la habitación no oliera a whisky hizo que aumentara su alarma.

June se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y se levantó.

—Lo que tenía que hacer —repitió—. ¿De acuerdo, Twig? —Y se quedó de pie, como si intentara impedir que Twig viera algo.

—¿Qué estás escondiendo? —preguntó ella, dando un paso adelante.

Aturullada, June intentó recoger el montón de cartas que había encima de la mesa y meterlas en un cajón, pero solo consiguió que se le cayeran al suelo. Maldijo por lo bajo. Twig se agachó y fue recogiendo una carta tras otra, una fotografía tras otra, todas del mismo niño. Levantó la cara y miró a June.

—¿Cómo has podido ocultarle esto? —dijo en voz baja.

—Porque sé qué es lo mejor para ella —le espetó June—, por algo soy su abuela.

Twig se enderezó y la miró con odio, las cartas temblando en sus puños apretados. Sin decir nada más, se las arrojó a la cara, salió del despacho y cerró de un portazo. Fuera soplaba el viento, Alice y Oggi tonteaban junto al taller, chinchándose el uno al otro.

Mientras los observaba, Twig se abrazó a sí misma para protegerse del frío; lo sentía en los huesos, metiéndose a través de la ropa: había entrado el viento del noroeste.



Alice abrió con cuidado la puerta de su dormitorio y se quedó escuchando en lo alto de la escalera de caracol. Lo único que se oía dentro de la casa era el tictac del reloj de pie y los ronquidos amortiguados que salían del dormitorio de June. De pronto, sintió una pesadez en el cuerpo. Recordó la noche de su llegada, cuando no podía hablar y apenas podía mantener la cabeza levantada bajo el peso de su dolor. June le había lavado la cara con una toallita caliente. «Yo no te abandonaré», le había dicho. Y había sido verdad. Siempre había estado allí. Cuando ella volvía de la escuela, inclinada sobre las flores del jardín, a la cabecera de la mesa a la hora de la cena, o en el taller, supervisando los ramos que Alice preparaba. Pensó en sus manos ásperas mientras sujetaba el volante, la saludaba desde la verja, le acariciaba las orejas a *Harry* o agarraba con fuerza a Alice..., con demasiada fuerza.

Le echó una última ojeada a su habitación, recogió su maleta y bajó la escalera sin hacer ruido, como si estuviera hecha del mismo vapor fantasmal que los recuerdos de Thornfield de los que estaba desesperada por desengancharse.

Recorrió el pasillo de puntillas. El collar de *Harry* tintineaba en el salón cada vez que el perro cambiaba de postura en su cojín. Alice se arrodilló y lo besó en la cabeza. Incluso dormido le guardaba los secretos.

Cuando abrió la puerta mosquitera le temblaron las manos. Inspiró hondo, una gran bocanada de noche fragante. Bajó los escalones del porche y echó a correr.

La maleza le arañó los tobillos desnudos cuando atravesó el bosque dando trapiés. Se le saltaban las lágrimas, pero siguió adelante. Hacía una noche fría y seca y se oía cantar a las chicharras. La luz de la luna lo teñía todo de una luz blancuzca. Veía su futuro en la lejanía: una brasa esperando que la avivaran.

Llegó al río y dejó su maleta en el suelo. Se enjugó el sudor de la frente. A la luz de la luna, examinó los nombres grabados en la corteza del eucalipto, los nombres de las mujeres de su familia, que se habían sentado allí, justo allí, y habían lanzado sus sueños al río. Pasó los dedos por encima de su nombre y el de Oggi y olió el aroma a madera cortada que se le quedó en las yemas; se acordó de cuando era pequeña, la primera vez que bajó al río y creyó que, si lo seguía, la llevaría a su casa. Y lo que había hecho el río había sido llevarle a Oggi. Ahora él era su hogar, era su historia.

Se sentó en la gran piedra lisa y gris que había junto a la base del eucalipto y esperó a oír los pasos de Oggi. Se sacó el guardapelo de debajo del cuello de la camisa.

—Estoy aquí —dijo en voz baja mientras contemplaba el rostro de su madre en el guardapelo. Se envolvió con el chal que llevaba y apoyó la espalda en el tronco del eucalipto.

Echó la cabeza hacia atrás, atenta por si veía alguna estrella fugaz.

Esperó.



La despertaron los gañidos de las cacatúas Galah. Le dolía el cuello y tenía la piel húmeda. Hizo una mueca y se enderezó, temblorosa. El río fluía, revuelto, bajo la fría luz matutina.

El nombre de Oggi brotó de sus labios. Alice se levantó y caminó por encima de las rocas grises y las raíces de la ribera. No encontró ninguna nota metida entre las piedras, ni atada a las ramas bajas de un árbol. Quizá la estuviera esperando en la plantación. Se oyeron unos graznidos: en los árboles, las cucaburras iniciaban su temprano coro matutino. Alice dejó su maleta y echó a correr por la hierba sorteando los árboles, tratando de superar el miedo que empezaba a surgir en su interior.

Cuando llegó a Thornfield, las Flores estaban repartidas por la plantación con sus delantales, ocupándose de las plantas. Alice se echó a llorar. Subió al porche trasero y entró en la cocina. June estaba junto a la encimera, bebiendo café.

—Buenos días, tesoro. ¿Qué te apetece? ¿Tostadas? ¿Té?

—¿Está aquí? —preguntó ella con la voz quebrada.

—¿Quién? —contestó June con calma.

—Ya sabes quién —dijo Alice alterada.

—¿Oggi? —June dejó su taza y arrugó la frente—. Alice —dijo, y rodeó la isla de la cocina para ir a abrazarla—. ¿Qué te pasa, Alice?

—¿¡Dónde está?! —gritó ella.

—Supongo que en su casa, preparándose para ir a trabajar, como deberías estar haciendo tú. —June la miró de arriba abajo y se fijó en lo arrugada que llevaba la ropa—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué pasa?

Alice se soltó de sus brazos, cogió sus llaves, que estaban colgadas en un gancho de la pared, y corrió hacia su camioneta.

El pánico se enroscaba alrededor de su cuerpo mientras atravesaba el pueblo a toda velocidad. Torció bruscamente hacia la izquierda para entrar en el camino sin asfaltar de la casa de Oggi y la camioneta derrapó hasta detenerse abruptamente.

En el porche había dos sillas, una a cada lado de una mesita con una rosa recién cortada en un jarrón; se diría que en cualquier momento Boryana abriría la puerta y saldría a ofrecerle una taza de té.

Alice corrió hasta la puerta principal esperando encontrarla cerrada con llave, pero se abrió sin ofrecer resistencia. Dentro no había nada que llamara la atención, ningún indicio de que hubiera habido algún problema, nada que insinuara caos, crisis ni ninguna razón que le hubiera impedido a Oggi reunirse con ella en el río. Se paseó por la casa. Reinaba un ambiente acogedor y hospitalario y sin embargo pasaba algo. Estaba demasiado ordenada. O quizá Alice no quisiera admitir otra verdad más profunda y una respuesta más obvia: Oggi se había llevado a Boryana a su país, a Bulgaria; había cambiado de idea y se había marchado sin Alice. El viento atravesaba la casa y producía un ruido hueco.

En la parte de atrás, la rosaleda estaba resplandeciente. Alice pensó en valles de rosas que crecían sobre un lecho de oro y huesos de reyes, un mar de pétalos del color del fuego. Cortó varias rosas, las rompió y esparció sus pétalos alrededor de sus pies.

Oggi se había marchado sin ella.



Cuando June llegó, la encontró de pie dentro de un círculo de pétalos de rosa. Alice no notó que se le doblaban las rodillas pero, cuando recobró el conocimiento, estaba desplomada en el suelo y June la sujetaba en sus brazos. Le llegaba su olor a tierra recién labrada, a whisky y a caramelos de menta.

—Te has desmayado, Alice. Pero estás bien, no te preocupes —la tranquilizó June.

—Se ha marchado sin mí. —Rompió en sollozos.

June la abrazó más fuerte y la meció suavemente.

Se quedaron largo rato así, hasta que el llanto de Alice se redujo a unos débiles hipidos.

—Vámonos a casa. —June le frotó los brazos y Alice asintió.

Se ayudaron mutuamente a levantarse, se sacudieron el polvo de la ropa y rodearon la casa para ir cada una a su camioneta. Alice condujo despacio hasta Thornfield mientras June la seguía a escasa distancia.



Cuando llegaron a casa, Alice subió directamente a su habitación. June no intentó detenerla. «Debe de estar agotada». Apartó de su mente la imagen de Alice esperando a Oggi junto al río toda la noche: había hecho lo que tenía que hacer para proteger a su nieta; era lo mejor para ella. «Era lo mejor para ella», se repitió con firmeza. Abrió la puerta mosquitera, entró y la soltó para que se cerrara sola. Ya estaba hecho. Alice estaba allí; sufría, pero era joven y pronto lo dejaría atrás. Estaba a salvo, lo bastante cerca para que pudiera protegerla.

June fue a la nevera y se sirvió un vaso de soda fría. Sacó un limón del cajón de las verduras, lo cortó en rodajas y metió dos en el vaso. Luego fue al mueble bar y cogió la botella de whisky, desenroscó el tapón y se sirvió. Después de remover la bebida con el dedo meñique, se quedó de pie junto al fregadero, tomándosela a grandes tragos.

No faltaba mucho para que Alice se hiciera cargo de Thornfield. Ese era el siguiente paso. Una jovencita con el corazón roto era tan vulnerable como una casa de madera en la temporada de incendios forestales: cualquier pequeña chispa podía consumirla. Ella misma había visto a Clem consumir a Agnes, una chica huérfana. Y allí estaba Alice, el resultado de ellos dos. A veces, June reconocía en la cara de Alice un gesto de Clem y cuando eso sucedía recurría a su petaca incluso antes del desayuno. Otras veces, su carácter amable y enigmático hacía pensar que Agnes había vuelto a Thornfield.

June no lo soportaba. No pensaba cometer dos veces el mismo error: no volvería a perder a su familia. Había hecho lo necesario para evitarlo. Lo que necesitaba Alice eran distracciones e independencia, sentirse útil y libre y tener sus propios objetivos, y eso era precisamente lo que June tenía planeado ofrecerle.



Alice cortó y escarbó en la corteza del eucalipto rojo del río hasta que le dolió la muñeca. Durante una semana había bajado al río todas las noches y, cuantos más días transcurrían sin que encontrara respuestas o sin que Oggi se presentara en persona para dárselas, más pensaba que el río y sus historias secretas no eran otra cosa que una maldición que también pesaba sobre ella. Y la primera que la había sufrido era la persona cuyo nombre encabezaba la lista del tronco del árbol: Ruth Stone.

A lo largo de los años, Alice no había descubierto prácticamente nada sobre Ruth, aparte de lo que le había contado Candy cuando tenía nueve años: Ruth Stone llevó el lenguaje de las flores a Thornfield y plantó en su tierra las semillas de flores autóctonas de Australia que su desventurado amante le había regalado. Siempre que Alice les preguntaba algo acerca de Ruth a Twig o a Candy, le decían que se lo preguntara a June, pero cuando lo hacía, June se mostraba evasiva. «Thornfield sobrevivió gracias a Ruth Stone», respondía, o algo igualmente críptico, como

«Gracias a Ruth Stone, algún día estas tierras serán tuyas». Alice siempre quería replicar que era ridículo pensar que alguien pudiera poseer tierra, árboles, flores o ríos, pero cada vez la distraía otra idea aún más molesta.

—¿Y mi padre? —le preguntó por fin a June en una ocasión—. ¿No debería haberse hecho cargo él de Thornfield?

June no le contestó.

Pese a la promesa que le había hecho a Alice en su décimo cumpleaños de que, cuando encontrara su voz, encontraría también respuestas, nunca se había mostrado dispuesta a hablar de Clem ni de Agnes, de cómo se habían conocido, por qué se habían marchado y qué papel había tenido June en el asunto: todo lo que Alice sabía de sus padres se basaba en medias verdades. Sabía que la historia de su familia estaba enterrada en la tierra en la que June cultivaba flores que decían lo que era demasiado difícil expresar con palabras, pero no sabía dónde tenía que cavar. A base de incordiar a las Flores durante horas había conseguido averiguar una sola verdad: ni siquiera June había sido inmune al destino y al amor; esas dos cosas habían devorado parte de su vida y habían escupido los restos, de los que estaba hecha la mujer que June era en la actualidad. El padre de June había muerto cuando ella era pequeña y su amante y su hijo la habían abandonado. June había amado a un solo hombre y ese amor había acabado en desgracia. La sangre y el dolor unían a Alice y a June, y ahora también el destino de haber creído en una promesa solo para que el río la destrozara.

Clavó una y otra vez la navaja en la corteza del eucalipto hasta borrar el nombre de Oggi. Al mismo tiempo, intentaba borrar su sonrisa, su amabilidad, su bondad. Al terminar, tiró al río la navaja, seguida de todas las piedras que pudo encontrar.

Se derrumbó en el suelo, se hizo un ovillo y rompió a llorar: jamás permitiría que el amor volviera a burlarse de ella.



Desde la ventana, June la vio volver del río. Caminaba pesadamente porque llevaba su dolor a cuestas, y estaba tan demacrada como cuando tenía nueve años y June había ido a recogerla al hospital para llevársela a casa. Pero al menos estaba allí: June no la había perdido.

Entró por la puerta de atrás y ella se afanó en prepararle una taza de té.

—June... —dijo Alice, pero no supo terminar la frase.

Ella se volvió y la miró. Abrió los brazos. Alice se quedó mirándola, como si sopesara algo, y luego se acercó a ella y se dejó abrazar.

Mientras abrazaba a su nieta, June pensó en su entrada preferida del Diccionario Thornfield, la del guisante del desierto de Sturt, y en su significado. «Sé valiente, no te rindas», había escrito Ruth Stone en su caligrafía torcida. June había procurado aprender de su madre y sus libros todo lo posible sobre el guisante del desierto de Sturt, una planta frágil y de difícil propagación que, sin embargo, crecía en algunos

de los paisajes más agrestes de Australia y que, en las condiciones idóneas, florecía de forma espectacular.

El paisaje es destino.

ALICE HOFFMAN

GUISANTE AMARGO

Significado: Belleza hostil
Daviesia ulicifolia / Todos los Estados de Australia

Arbusto espinoso con flores amarillas y rojas de gran belleza. Florece en verano. Sus semillas, escarificadas, se propagan fácilmente y conservan su viabilidad durante muchos años. Las espinas lo hacen impopular entre los jardineros, pero es beneficioso para los pájaros pequeños porque les sirve de refugio contra los depredadores.

Alice veía oscurecerse el cielo sobre la plantación desde el porche trasero. Hundió la cara en los pliegues de su chal. Tenía veintiséis años, pero las tormentas la asustaban igual que cuando tenía solo nueve.

Febrero era un mes muy movido en Thornfield. Los huracanes de verano, que entraban por el noroeste, hacían estragos y amenazaban con destrozarse los cultivos de flores, los invernaderos y el huerto. Había días y días de calor seco y vientos que resultaban casi insoportables porque removían el polvo y las cenizas de cosas olvidadas hacía tiempo, abrían viejas heridas y llevaban de vuelta historias que dormían en rincones olvidados, sueños y libros inacabados. Las noches, sofocantes, estaban plagadas de pesadillas. Hacia mediados de febrero no había en Thornfield nadie que permaneciera impasible.

Para Alice, lo peor era el viento que ululaba entre los cultivos repitiendo su nombre y recordándole el funesto día en que se había colado en el cobertizo de su padre.

Se sacó el guardapelo de debajo de la camisa de trabajo. Los ojos de su madre la miraron, granulados y en blanco y negro. Alice todavía recordaba su color: cómo cambiaban según la luz, cómo se iluminaban cuando le contaba historias, qué ausentes estaban cuando, en el jardín, se llenaba los bolsillos de flores.

Alice hizo entrechocar las botas mientras observaba los campos de flores agitados por el viento. Se dijo que nunca habría podido marcharse de Thornfield, el lugar donde su madre había hallado seguridad y solaz y donde había aprendido el lenguaje de las flores, el lugar donde se habían conocido sus padres y donde, durante un tiempo (o eso le gustaba creer a Alice), se habían amado como ella había amado a Oggi.

Ahuyentó a Oggi de su pensamiento. Era su reacción automática: no se permitía pensar en las posibilidades perdidas. ¿Y si aquella noche hubiese ido a buscarlo al ver que no aparecía en el río? ¿Y si se hubiera marchado ella sola al Valle de las Rosas? ¿Y si lo hubiese encontrado? ¿Y si hubiesen hecho otros planes completamente distintos? ¿Y si Alice se hubiese marchado a estudiar al extranjero, a algún sitio como Oxford, donde había leído que los edificios estaban contruidos con una arenisca de color miel, en lugar de estudiar por correspondencia desde la mesa de la cocina de June? ¿Y si, cuando cumplió dieciocho años, no hubiese aceptado hacerse cargo de

Thornfield? ¿Y si no hubiese entrado en el cobertizo de su padre? ¿Y si su madre hubiese abandonado a su padre y hubiese criado a Alice en Thornfield, con Candy, Twig, June y su hermano pequeño?

¿Y si, y si, y si?

Alice miró la hora. June y algunas Flores habían ido a los mercados de flores de la ciudad el día anterior y volverían por la tarde, pero si las esperaba para ayudarlas a descargar no podría ir a la oficina de correos. Fuera de las Navidades, esa era la época en que las joyas de June tenían más éxito, y había cajas de pedidos pendientes de enviar.

Alice atravesó la casa y se detuvo junto a la puerta principal para ponerse el sombrero Akubra. Se formó un remolino de polvo ocre junto a los escalones del porche cuando abrió despacio la puerta mosquitera.

—Polvo maldito —susurró.

El remolino osciló un momento, casi tan alto y ancho como una persona, y luego se dispersó. Alice espiró bruscamente y se recordó que era el mes de febrero, la época del año en que el viento llevaba el pasado hasta allí y lo llenaba todo de fantasmas.

Subió a su camioneta y la calma que encontró dentro la alivió. Miró el asiento del acompañante y lamentó que *Harry* no estuviera allí para hacerle compañía. Mientras que Alice todavía estaba adaptándose a la enormidad de su ausencia, la muerte de *Harry* había llevado a June a buscar consuelo, sin disimulo y sin el menor reparo, en su botella de whisky.

Era el último punto de inflexión: a medida que se hacía mayor, June estaba cada vez más nerviosa y se agitaba por cualquier nimiedad, ya fuera la llegada del correo o que el viento del oeste sacudiera la acacia mimosa que estaba floreciendo. De vez en cuando, Alice la oía mascullar el nombre de Clem y últimamente solo hacía joyas con flores relacionadas con la pérdida y el duelo. Cada vez más a menudo, se quedaba con la mirada perdida, como si oteara algo muy lejano que Alice no podía ver. ¿Qué recordaría? ¿Por fin estaría llorando la muerte de su hijo? Cada vez que Alice se planteaba hacerle esas preguntas, acababa decidiendo que era más fácil no decir nada. Silencio y flores. En ocasiones dejaba en la mesa de June un puñado de flores de abanico: «percibo tu bondad», y June le ponía su réplica en la almohada, unas cuantas azucenas azules: «agradadas a todo el mundo».

Alice estaba sentada en la camioneta observando los eucaliptos manchados, la casa, el taller recubierto de enredaderas, la hierba de trigo, las flores silvestres que crecían en las grietas de las rocas. Thornfield se había convertido en su vida, el lenguaje de las flores se había convertido en el lenguaje en el que ella más confiaba.

Dio un hondo suspiro e hizo girar la llave en el contacto. Estaba oscureciendo. Arrancó y, por el espejo retrovisor, vio Thornfield encogerse y alejarse cada vez más.



Los truenos empezaron a retumbar cuando Alice paró la camioneta y descargó las cajas de los pedidos por correo. Las llevó hasta la oficina de correos y recogió sus cartas. Cuando salió a la calle, la luz de la tarde había adquirido un misterioso tono verde. Cayó un rayo y ella se apresuró a subir a la camioneta. Encendió el motor y trató de distraerse revisando el montoncito de cartas: extractos bancarios, recibos de teléfono, facturas, correo basura... y un sobre escrito a mano... dirigido a ella personalmente. Alice le dio la vuelta: la dirección del remitente era de Bulgaria.

Abrió el sobre de cualquier manera, a toda prisa. Le echó una rápida ojeada al contenido, escrito con tinta negra, pero leyendo solo una de cada tres o cuatro palabras. Al final estaba aquel nombre, escrito de puño y letra: Oggi.

Volvió a empezar desde el principio y se obligó a leer despacio y sin saltarse palabras.

Zdravey, Alice:

He perdido la cuenta de las veces que he intentado escribirte esta carta. Seguramente podría llenar una caja con mis borradores, cartas que explican cosas que no tengo el valor de contarte. Pero el tópico es cierto: el tiempo matiza el dolor. Por lo visto, ya han pasado suficientes años: he aquí la carta que sí voy a enviarte.

Si te soy sincero, desde aquella noche que tendríamos que habernos encontrado en el río siempre has estado en mi pensamiento. He visto en internet que has tomado las riendas de Thornfield y que el negocio prospera. He visto también cómo ibas actualizando tu foto de perfil a lo largo de los años: en tus ojos veo a la niña que yo recuerdo. Pero ha pasado mucho tiempo, ahora somos personas distintas, nuestras vidas han cambiado.

Vivo y trabajo en Sofía con mi mujer, Lilia. Hace cinco años tuvimos una hija que se llama Iva. Me recuerda mucho a ti cuando éramos pequeños: es aventurera, valiente, soñadora, sensible y le encantan los libros, sobre todo los cuentos de hadas. Su cuento favorito es una famosa historia búlgara sobre un lobo bueno e ingenuo y un zorro astuto y caradura. La moraleja es que, si les dejas, los tramposos siempre querrán aprovecharse de tu debilidad. Iva me pide que se lo lea continuamente y yo lo hago tantas veces como puedo. Y luego llora por el lobo y me pregunta por qué no se da cuenta de lo astuto que es el zorro, pero nunca sé qué contestarle.

Te escribo ahora, después de tantos años, para cerrar la herida. Quiero que seas feliz. Después de todo lo que pasó, te deseo que tengas una buena vida.

Cuídate mucho y cuida de Thornfield.

Vsichko nai-hubavo, Alice: te deseo lo mejor.

Alice se mordió el labio inferior hasta que le dolió. Soltó la carta y se inclinó sobre el volante para ver los rayos que atravesaban las nubes de tormenta. Una bandada de cacatúas Galah gañó desde la copa de color verde plateado de un eucalipto. Ante sí tenía la carretera por la que se salía del pueblo, ¡cuánto ansiaba saber adónde podría llevarla! ¿Y si la seguía y no se detenía? Los sueños sin realizar le pesaban como un lastre. Se los imaginaba como flores prensadas antes de florecer del todo: un recuerdo de lo que podría haber sido. Le dio una fuerte patada a la puerta, se enjugó las lágrimas y arrancó. Lo cierto era que la culpa la tenía solo ella, por no haber ido a buscar a Oggi, por no haberse marchado cuando podía. ¿Por qué se había quedado? Había escogido al entregarse a la tierra donde crecían flores y secretos por igual, la tierra que algún día sería suya y de la que no quería ni un centímetro cuadrado.

Volvió a coger la carta de Oggi, gimiendo compungida mientras la releía por encima.

... en tus ojos veo a la niña que yo recuerdo. Pero ha pasado mucho tiempo, ahora somos personas distintas, nuestras vidas han cambiado.

Sin consciencia de lo que hacía, Alice pisó a fondo el acelerador y los neumáticos lanzaron piedras a los costados. Obedeciendo un impulso, en lugar de dirigirse a casa tomó la dirección opuesta, hacia la calle Mayor. Torció bruscamente a la izquierda y se metió por el camino sin asfaltar, casi tapado por completo por los matorrales. Se abrió paso entre la tupida maleza y bajó por el sendero flanqueado de eucaliptos hasta que llegó a la vieja casa de Oggi. No había vuelto allí desde hacía ocho años.

Al llegar al claro ahogó un grito. Bajó precipitadamente de la camioneta con el viento soplando cada vez más fuerte. Las rosas Ognian se habían apoderado de la casa: trepaban por los costados y cubrían la fachada y el tejado. Allá donde mirase, Alice veía las matas silvestres en flor, una casa asfixiada por un incendio de rosas. La fragancia era abrumadora.

Gritó su nombre, pero nadie iba a oírla. El viento le cortaba la cara. Se paseó un poco por allí. Durante ocho años, él había sabido en todo momento dónde estaba ella y lo que hacía. Había tardado ocho años en escribirle, pero no le daba respuestas. ¿Por qué no había acudido a su cita aquella noche en el río? ¿Qué le había pasado? ¿Por qué había tardado tanto en ponerse en contacto con ella? ¿Qué era eso que no tenía valor para contarle? ¿Cómo podía soportar vivir con otra persona la vida que habían planeado para ellos dos? ¿Por qué dedicaba tantas líneas a hablarle del cuento de hadas favorito de su hija? Todo ese tiempo había sabido dónde estaba ella, mientras que Alice no había sabido nada de él, ni siquiera si estaba bien; durante años había buscado su nombre por internet, pero nunca había encontrado nada. Para Alice, era como si Oggi no fuese sino un sueño.

El viento partió los tallos de unas rosas y las esparció alrededor de los pies de Alice. Ella recogió un puñado de pétalos y los hizo pedazos. Luego se lanzó contra la casa cubierta de rosas y empezó a arrancar tallos, pinchándose las manos y haciéndose cortes en los brazos. Siguió arrancando y rompiendo sin parar, hecha un mar de lágrimas, en pleno ataque de rabia, dolor y humillación.

Un aguacero repentino y frío la sacó de su trance. Aturdida y empapada, corrió hacia la camioneta. La lluvia golpeaba violentamente el parabrisas. Se sentó al volante y respiró hondo para calmarse, mirando la casa a través de los limpiaparabrisas en marcha.

En el bosque cercano cayó un rayo seguido de un fuerte crujido y una rama de eucalipto se precipitó al suelo con gran estrépito. Alice chilló asustada; maniobró para dar media vuelta y se alejó. Tenía pétalos de rosa adheridos a la piel.



Cuando llegó a Thornfield, las mujeres, frenéticas, trataban de proteger la casa, la residencia y el taller atando los objetos y trasladando dentro todo lo que no podía atarse. Había parado de llover, pero el vendaval seguía arreciando. Alice caminó contra el viento y subió los escalones del porche.

—¿Qué pasa? —le preguntó a June, protegiéndose los ojos hinchados y enrojecidos.

—¡La tormenta! —gritó su abuela—. Hemos vuelto a toda prisa de la ciudad porque el parte meteorológico dice que va a haber inundaciones.

—¿Inundaciones? —Aterrorizada, Alice miró la plantación.

—Eso dicen, Alice. Tenemos que prepararnos. Corre, ayuda.



La lluvia no aflojaba. Habían trabajado arduamente para proteger la granja, pero no había gran cosa que hacer para proteger los cultivos de la fuerza devastadora del viento y la lluvia. Poco después del anochecer se fue la luz. Farolillos y velas iluminaron las ventanas de la casa. En el comedor, Candy, Twig, June y Alice se sentaron a la mesa y se comieron unas sobras de curry de mandioca que Candy recalentó en el hornillo de gas.

—¿Estás bien, tesoro? —le preguntó Candy a Alice ofreciéndole un cuenco de cilantro picado—. Estás muy callada.

Ella rechazó el cilantro con un gesto del tenedor.

—Es la tormenta —dijo.

Las palabras de Oggi no paraban de dar vueltas en su cabeza. Aquello del cuento de hadas que tanto le gustaba a su hija la inquietaba. Frustrada, dejó los cubiertos en la mesa haciendo más ruido del que esperaba.

—Lo siento —se disculpó, llevándose los dedos a las sienes.

El viento se colaba por debajo de las puertas y hacía vibrar los cristales de las ventanas. La tormenta estaba arreciando; ¿corría peligro Thornfield?

—Dios mío, siento que me falta el aire. —Alice retiró su silla de la mesa, se levantó y se puso a andar por el comedor.

—¿Qué te pasa, Alice? —le preguntó June preocupada.

—Nada —dijo Alice, cortante, rechazando la preocupación de su abuela con un ademán. Apretó los párpados como si quisiera evitar las lágrimas, que se desbordaron. Intentó ahuyentar la imagen de unas rosas de fuego que consumían la casa de Oggi.

—No es solo la tormenta, Alice. A ti te pasa algo. ¿Qué es? —insistió Twig.

Alice pensó en la rama de eucalipto que había caído a tierra en la casa de Oggi.

—¿Qué me estáis ocultando? —soltó de pronto—. ¿Qué es lo que no sé?

—¿De qué hablas? —preguntó June palideciendo.

—No lo sé, no lo sé... —respondió Alice negando con la cabeza—. Lo siento. —Suspiró y cerró brevemente los ojos—. Hoy he recibido una inesperada carta de Oggi y estoy muy alterada.

Alzó la mirada. Candy miró a Twig y a June. Twig no dejó de mirar a Alice a los ojos. La expresión de June era inescrutable.

—¿Qué dice la carta? —quiso saber Twig, dejando a un lado el tenedor.

—No mucho, solo que quiere que «cerremos la herida». Está casado y tiene una hija. Dice que me desea «una buena vida». —A Alice se le quebró la voz—. Pero no dice por qué se marchó sin mí, y yo no entiendo... no sé cómo he llegado hasta aquí, no sé qué ha pasado con mi vida. —Respiró entrecortadamente—. No sé quién se supone que soy ni cuál se supone que es mi sitio... —Hizo una pausa—. Y ahora viene este maldito ciclón y tengo miedo. No sé qué sería de mí si no existiera este sitio. ¿Qué pasará si perdemos las flores? ¿Por qué no hablamos más? De lo que sea. Estoy harta de todo lo que no nos decimos. Quiero saber, quiero tener una conversación de verdad y no recibir un ramo de flores cada vez que me acerco demasiado al meollo del asunto. Quiero saberlo, June —dijo suplicante, volviéndose hacia su abuela—. Quiero que me digas todo lo que necesito saber sobre mis padres: quiero saber de dónde vengo. Tengo una sensación abrumadora, una sensación de que... —Se calló, frustrada, y se puso a dibujar círculos con las manos en el aire—. De esperar algo que no llegará nunca. ¡Tú me dijiste que si encontraba mi voz encontrarías tus respuestas! —Dejó caer los hombros con gesto abatido.

June tenía las mejillas hundidas.

—Alice... —dijo, levantándose y dando un paso hacia ella.

Esperanzada, Alice escudriñó su mirada. Fuera, la lluvia rugía.

—Yo no te abandonaré —añadió June con un hilo de voz.

—Esa es siempre tu respuesta —le espetó Alice cortante—. Pueden quitármelo todo porque ya te tengo a ti. —Se dio cuenta de que sus palabras herían a su abuela e

hizo un gesto de dolor—. Lo siento —añadió recuperando la compostura—. Lo siento, June.

—No —balbuceó June—. No. Tienes motivos para estar enfadada. —Dobló su servilleta y salió del comedor. Al cabo de un momento, Twig se levantó de la silla y la siguió.

Alice apoyó la cabeza en las manos. June solo había intentado ocuparse de ella y cuidarla, ¿por qué no podía dejar de remover el pasado? Pero entonces le surgió otra pregunta: ¿por qué June no podía contarle lo que ella quería saber? ¿Y por qué Oggi tampoco? Si había hecho el esfuerzo de escribirle una carta después de ocho años, con una vida estable y una familia, ¿por qué le ocultaba información?

Candy empezó a recoger la mesa.

—Lo siento —volvió a decir Alice.

—No es culpa de nadie, corazón —dijo Candy—: todo el mundo tiene alguna historia triste en su pasado, sobre todo aquí. De eso se nutren nuestras flores. —Toqueteó un poco los cubiertos—. Creo que June tiene tantas historias enredadas en su interior que no sabe por dónde empezar.

—¿Por qué no empieza por lo más sencillo? —dijo Alice exasperada—. ¡«Alice, así fue como se conocieron tus padres», o «Alice, por esto se marchó tu padre», o «Alice, este era tu abuelo»!

—Sí, ya lo sé. Seguramente cree que, si te cuenta una historia, tendrá que contarte otras diez que se relacionan con la primera. Si desentierras una raíz, toda la planta corre peligro. Solo pensarlo debe de darle terror. ¿Te imaginas lo que siente una persona como June, a la que le encanta tener todo bajo control, ante la posibilidad de que todo se vaya por la borda? —Candy se paró en el umbral con los tenedores en una mano y un farolillo de queroseno en la otra—. Debe de ser espantoso querer contarle algo a alguien, algo que el otro necesita saber, y no atreverte porque para eso tendrías que meterte en donde no quieres y revivir una historia que, para colmo, no puedes cambiar.

—Pero ¿y yo qué? El único familiar que me queda se niega a hablarme de mi familia, solo tengo información de segunda mano y, aunque le doy mucho valor a todo lo que tú, Twig o incluso Oggi me habéis contado sobre este sitio y sobre mis padres, no es lo mismo que oírlo de boca de June: vosotras no sabéis tanto como ella.

—No —concedió Candy—, pero, como siempre te he dicho, al menos tú tienes una historia, al menos tú sabes de dónde vienes. No subestimes un regalo que...

—No lo subestimo —la interrumpió Alice, esforzándose porque no se le quebrara la voz—. Sé que tienes buena intención, Candy, pero estoy harta de que me despachen con una palmadita y me aconsejen que dé gracias por la historia que tengo porque esa es una forma de evitar preguntar por las que no conozco. Unas historias que, cuando yo era pequeña, June me prometió que me contaría y que nunca me ha contado.

Durante un rato, solo se oyó la intensa lluvia. Entonces, Candy carraspeó.

—Siento mucho lo de Oggi.

Alice no respondió.

Candy salió del comedor llevándose consigo casi toda la luz.



Esa noche, Alice no paró de moverse, sumida en un ardiente mar de sueños. Una y otra vez intentaba gritar y llamar a su madre, que se había dejado la ropa en la orilla, una y otra vez, el mar de fuego no se la devolvía. En la playa calcinada, un lobo y un zorro se perseguían por las dunas, ambos con la cola en llamas. En el bajío, un niño jugaba con un barco de papel con las esquinas chamuscadas y ardiendo. Alice se despertó empapada en sudor frío y se levantó. Le latían las sienes de pura tensión. Encendió la linterna y fue a prepararse una taza de té.

Cuando llegó al pasillo, se detuvo. De la cocina llegaban voces y olor a whisky. Despacio, Alice avanzó un poco más.

—Estás a punto de perderla, June —susurraba Twig—. ¿Eso es lo que quieres? Tienes que contarle la verdad, tienes que contársela...

—Cállate, Twig —contestó June con voz pastosa.

Alice siguió avanzando por el pasillo.

—Te crees que lo sabes todo, pero no sabes una mierda; todo el mundo cree saberlo todo.

—Así no se puede hablar contigo, vete a la cama —replicó Twig.

—Ya sé que la quieres mucho, ¿te crees que no me doy cuenta? ¿Te crees que no me doy cuenta de que es uno de los hijos a los que no pudiste criar?

—Ten cuidado, June.

—¡Ay sí, «ten cuidado, June»! —se burló esta entre hipidos.

Alice había llegado al umbral.

—Yo salvé a esa niña —susurró June recomponiéndose—. La salvé. Oggi solo le habría robado su futuro y le habría roto el corazón. Tú y yo lo hemos visto antes, Twig, no lo niegues. Las dos lo sabemos. Esa llamada a Inmigración es lo mejor que podía hacer por ella.

El impacto de la traición de June recorrió a Alice igual que una descarga eléctrica. Más adelante recordaría la escena como si la hubiera contemplado desde el otro lado de las ventanas en lugar de haber participado en ella: cómo irrumpió en la cocina echando fuego por los ojos y con las manos temblándole, el espanto y el arrepentimiento dibujados en la cara de Twig cuando se dio cuenta de que había oído su conversación, la sonrisa ebria de June intentando mantener la compostura, sus propios gritos y los intentos de Twig por consolarla, el llanto de June, la pena en la mirada de Twig cuando le reveló la verdad.

—Lo deportaron. —A Twig le temblaba la voz—. Los enviaron a él y a Boryana a Bulgaria.

Furiosa, Alice se volvió hacia June.

—¿Los denunciaste?! —gritó a voz en cuello.

June levantó la barbilla, aunque sin conseguir enfocar la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó Candy, entrando precipitadamente en la cocina con cara de sueño.

Una descarga de adrenalina espoleó a Alice. Salió de la cocina, subió a toda prisa la escalera y entró en su habitación. Cogió su mochila y metió dentro todo lo que encontró que tuviera algún valor para ella. Luego bajó corriendo, se abrió paso entre varias Flores que estaban en el pasillo y descolgó sus llaves y su sombrero. Abrió la puerta de par en par, pero la fuerza del viento y la de la lluvia la empujaron hacia atrás. Trastabilló, aunque enseguida consiguió recuperar el equilibrio. Twig y Candy le suplicaron que no saliera. Lo que siguió aparecía siempre en su memoria de la misma manera lenta y distorsionada: se daba la vuelta y ellas la miraban con gesto de aflicción. Detrás, June se bamboleaba en la penumbra.

Alice las miró con desprecio. Al cabo de un momento se volvió, se lanzó hacia la tormenta y cerró de un portazo.



Los limpiaparabrisas no daban abasto ante aquella lluvia torrencial. Alice agarraba con fuerza el volante, pero la camioneta patinaba sobre la calzada inundada y llena de barro; los brazos le temblaban por el esfuerzo. No levantaba el pie del acelerador por temor a quedarse atascada si reducía la velocidad o, peor aún, a perder el valor y dar media vuelta.

Su intención era atravesar todo el pueblo, dejar atrás el letrero que marcaba su límite y dirigirse hacia el este por bosques y terrenos sin cultivar, pero cuando solo había recorrido unos kilómetros pisó el freno: los faros de la camioneta alumbraron una depresión de la calzada totalmente inundada. El río se había desbordado. Alice agachó la cabeza: el agua destrozaría los campos de flores y arrastraría consigo las semillas.

Miró por el espejo retrovisor y solo vio negrura. ¿Y si no iba hacia el este, hacia la costa, sino hacia el interior, lejos del agua? Aceleró sin dejar de pisar el embrague. Pasaron unos momentos más. Giró violentamente el volante y dio media vuelta. Al llegar al desvío de Thornfield levantó un poco el pie del acelerador, pero luego lo pisó a fondo y sujetó aún más fuerte el volante mientras ponía rumbo al oeste y a la oscuridad.



De nada sirvió que Twig y Candy lloraran y suplicaran, June se negó a entrar en la casa. Se quedó tambaleándose fuera, a oscuras, sacudida por la lluvia y el viento. Alice volvería: June tenía la vista fija al frente, quería estar atenta cuando aparecieran

los faros de la camioneta de su nieta. Alice volvería y entonces podría explicárselo todo.

La concentración del whisky en su sangre iba reduciéndose y empezó a notar el frío intenso. No pudo resistir la siguiente ráfaga y cayó de rodillas. Entonces se abrió la puerta de la casa y Twig salió con un abrigo.

—¡Levántate, June! —le gritó para hacerse oír por encima del rugido del viento—. ¡Levántate y entra de una vez! —Twig le echó el abrigo sobre los hombros y la ayudó a ponerse en pie.

—No. Volverá y quiero estar aquí cuando llegue. —June estaba temblando—. Alice volverá a casa y entonces se lo explicaré todo.

Twig la miró con rencor y June se preparó para una réplica mordaz.

Se quedaron un rato así, cerca la una de la otra, pero sin tocarse, hasta que Twig le pasó un brazo por la cintura. Y mientras el cielo se derramaba y sollozaba sobre sus cabezas, se volvió con ella hacia la lluvia torrencial.

BANKSIA VISTOSA

Significado: Soy tu prisionero

Banksia speciosa / Australia Occidental y Meridional

Árbol pequeño de hojas estrechas con grandes «dientes». La espiga floral, de color amarillo claro, aparece a lo largo de todo el año y guarda las semillas hasta que el fuego la abre. Las flores atraen a pájaros que se alimentan de néctar, especialmente a los melifágidos.

Alice condujo durante el resto de la noche en medio de la tormenta. Al amanecer paró en una estación de servicio, cerca de la frontera del Estado. Después de repostar, aparcó bajo un eucalipto, apoyó la cabeza en el cristal y se echó a dormir. Cuando se despertó, el sol le quemaba la cara y tenía la boca seca. Salió de la camioneta y entró en la estación de servicio; al cabo de diez minutos salió con un café recalentado en un vaso de plástico, un bollo rancio, pero con una gruesa capa de glaseado, y un mapa. Bebió unos sorbos y comió un par de bocados, y luego lo tiró todo a la basura. Las ruedas de la camioneta derraparon en la grava cuando se incorporó a la carretera, con el mapa abierto en el asiento del acompañante, siguiendo los letreros que indicaban el oeste. Ahuyentó de su mente cualquier pensamiento que no estuviera relacionado con lo que tenía delante justo en ese preciso momento: quería concentrarse en alejarse lo máximo posible del agua.

Cuanto más se adentraba en tierra, más sediento y ajeno le parecía el paisaje. Los extensos campos, cubiertos de hierba amarilla, estaban salpicados de afloramientos rocosos y pequeños barrancos donde crecían eucaliptos retorcidos. De vez en cuando veía el tejado de chapa ondulada de una granja o un depósito de agua plateado junto a un molino de viento chirriante, todo bajo el cuenco invertido del interminable cielo azul.

Su móvil se quedó sin batería el primer día, pero Alice no se molestó en sacar el cargador del bolso. Cuando se sentía cansada, dondequiera que estuviese paraba en el arcén de la carretera, cerraba las puertas por dentro y echaba una cabezada. Dormía profundamente, sin soñar. Cuando pasaba por pueblos de una sola calle que parecían brotar de la arena como las flores silvestres después de la lluvia, paraba a poner carburante y compraba sándwiches vegetales o latas de melocotón en almíbar que se comía con los dedos. A veces pedía una taza de té con leche y se lo bebía a grandes tragos mientras examinaba el mapa. Le había llamado la atención el nombre de un pueblo. Estaba como mínimo a varios días de viaje por aquella región sofocante, pero Alice no se desanimó. En la siguiente estación de servicio compró un pulverizador que llenó de agua del grifo para humedecerse la cara y refrescarse de vez en cuando mientras conducía, pero el sol caía a plomo, sin piedad.

La tercera noche conduciendo, con el sudor resbalando por la espalda aun en ausencia del sol, vio el letrero de neón de un motel en las afueras de un poblado

minero. Paró en el aparcamiento y pagó un extra por una habitación con aire acondicionado y cocina. En una tiendecita cercana encontró un preparado para hacer tortitas. Compró una caja, una pastilla de mantequilla y una lata de caramelo líquido y preparó las tortitas en una sartén sin siquiera haberse quitado las botas. Luego se sentó en bragas encima de la colcha de poliéster con estampado de flores, cortó las tortitas en tiras, las untó con mantequilla y caramelo y se comió hasta la última migaja mientras el ruidoso aparato de aire acondicionado lanzaba un fuerte chorro de aire frío y viciado. El canal de veinticuatro horas de películas de la televisión por cable la arrulló hasta sumirla en otro sueño vacío.

A la mañana siguiente, dejó la llave de la habitación del motel en la cómoda, salió y cerró la puerta. Acababa de amanecer, pero ya se había formado calima. Al principio creyó que era un efecto óptico, pero entonces miró a su alrededor y se detuvo, sorprendida. La noche anterior, a oscuras, no se había fijado en cómo había cambiado el color de la tierra. Había oído hablar del «Centro Rojo de Australia», pero no se lo imaginaba así. Más que rojo era naranja, como óxido, como fuego. Abrumada, cerró los ojos y escuchó el canto de los pájaros, el murmullo de los aparatos de aire acondicionado a su espalda, el viento del desierto, unos ladridos aislados. Abrió los ojos y miró en torno a ella. Fue hacia su camioneta y trató de averiguar de dónde provenían los ladridos.

Agazapado bajo un arbusto cercano había un cachorro de color marrón claro con una mancha blanca en medio del lomo. Alice echó un vistazo a su alrededor: en el aparcamiento no había ningún otro coche, ni llegaba ninguno por la carretera. El cachorro volvió a ladrar. No llevaba collar y le faltaban unos mechones de pelo en los flancos. Mientras Alice lo examinaba, unas cuantas pulgas saltaron y volvieron a esconderse en la mancha blanca. Aquel cachorro no era de nadie o, en todo caso, era de alguien que no se ocupaba de él. Alice miró por debajo de su cola: era una hembra. La levantó del suelo con un brazo, abrió la puerta de la camioneta y la dejó en el asiento del acompañante. Se quedaron mirándose.

—¿Qué te parece *Pippin*? —le preguntó. La cachorra jadeó un poco—. ¿Demasiado formal? —Alice arrancó y salió a la carretera, donde empezó a seguir las indicaciones para ir al pueblo que había escogido en el mapa.

—Vamos, *Pip* —dijo—. Nos queda menos de medio día de viaje.



El pueblo se llamaba Agnes Bluff y se extendía a los pies del imponente peñasco rojo al que debía su nombre. La calle Mayor estaba flanqueada por eucaliptos manchados y salpicada de fachadas victorianas del color de las almendras garrapiñadas; había un kiosco, unas cuantas galerías de arte desiertas, una biblioteca, un par de cafeterías, una tienda de alimentación y una gasolinera. Alice se detuvo en esta última y, cuando se disponía a llenar el depósito, *Pip* se orinó en el asiento del acompañante y soltó un ladrido quejumbroso. La orina tenía sangre.

—¡Ay, *Pip*! —dijo Alice.

La cachorra gimoteó.

Alice entró corriendo en la tienda y salió con unas indicaciones anotadas en un trozo de papel. Arrancó rápidamente, confiando en tener suficiente combustible para llegar al veterinario más cercano.



Pip gemía tristemente en sus brazos mientras Alice golpeaba con el puño la puerta de la clínica veterinaria. Ahuecó una mano y se acercó para mirar a través del cristal. El reloj de pared marcaba la una y tres minutos. Según el letrero de la puerta, la clínica cerraba a la una los sábados. ¿Era sábado? No tenía ni idea. Siguió llamando hasta que detrás del mostrador de recepción apareció un hombre joven, de la edad de Alice, con un estetoscopio alrededor del cuello. Abrió la puerta, que estaba cerrada con llave.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, por favor.

Alice lo siguió hasta el consultorio. Él se puso unos guantes y le quitó a *Pip* de los brazos. Se inclinó y le examinó concienzudamente las zonas de piel donde le faltaba pelo; tomó una linterna y le alumbró los ojos y luego la boca. Entonces se enderezó y, con un tono menos amable, dijo:

—Tu perra tiene sarna.

—No, no es mía. Bueno, sí: me la he encontrado esta mañana, o más bien nos hemos encontrado la una a la otra en una estación de servicio.

El veterinario la observó un momento.

—Será mejor que te laves las manos —dijo más cordialmente, señalándole un lavamanos que había en un rincón.

Alice se lavó las manos con agua caliente.

—Por eso huele así —añadió.

Ella lo miró sin comprender mientras se secaba las manos con una toallita de papel.

—¿No lo hueles?

Alice se metió las manos en los bolsillos.

—Pues no, no lo había notado.

—Por eso no puede parar de rascarse.

Comprendió que el veterinario tenía razón: la perra no había parado de rascarse desde que la había encontrado.

—¿Y también por eso ha sangrado al orinar...?

—Ha sangrado porque tiene una infección bastante importante en las vías urinarias. También tiene fiebre alta, seguramente porque está desnutrida. —Se quitó los guantes y los tiró a la papelera—. Es triste, pero es bastante habitual en los perros callejeros de por aquí.

Cogió a *Pip* y la metió en una pequeña jaula. La perra se puso a aullar de inmediato.

—¡Eh! —protestó Alice dando un paso adelante.

—Necesita atención médica urgente, solo quiero ayudarla —se apresuró a aclarar él.

Alice tardó un par de segundos, pero finalmente retrocedió. *Pip* se acurrucó al fondo de la jaula con la cola entre las patas.

Salieron a la recepción donde el veterinario le pidió a Alice sus datos personales.

—Es que no... —dijo ella titubeando.

—¿Acabas de llegar?

—Sí, eso es.

—¿Literalmente?

—Exacto.

—¿Eres una trabajadora FIFO?

Alice arrugó el ceño.

—Una trabajadora temporal: *Fly in, fly out*.

Ella negó con la cabeza.

—¿Tienes un sitio donde dormir?

Alice no contestó, él anotó algo en una libreta y arrancó la hoja.

—Ve al Bluff Pub y pregunta por Merle. Dile que te he enviado yo. —Le dio la hoja de papel.

—Gracias. —Alice la cogió y se fijó en el membrete: MOSS FLETCHER. VETERINARIO DE AGNES BLUFF.

Moss: «musgo». Recordó una página del Diccionario Thornfield: «Musgo: amor incondicional». Se despidió balbuceando y se marchó de allí tan deprisa como pudo.

Cuando salió a la calle, el calor seco la golpeó como si hubiera chocado contra un muro invisible. Allí no había nada que le resultara familiar: el cielo, interminable y vacío, era de un azul blancuzco. No había el menor rastro de una flor en el aire, mucho menos de un río. La cabeza empezó a darle vueltas y se le aceleró el pulso.

Llegó hasta la camioneta tambaleándose, agobiada por el rápido sonido de los latidos de su corazón. Intentó concentrarse en respirar acompasadamente y trató de asir la manija de la puerta, pero no lo consiguió: tenía las manos agarrotadas. La asaltaron los recuerdos: oyó, indistinguibles, el rugido del mar y el del fuego.

Probó a cerrar los ojos, probó a respirar para poder dominar el pánico, probó a protegerse, pero entonces todo se volvió negro.



Moss fue a echarles un último vistazo a los animales antes de cerrar la clínica. La cachorra de Alice ya estaba medicada y dormía; él salió a la calle, a la tarde calurosa e impregnada de olor a diésel y al pollo frito de la tienda de la esquina. Ese olor le recordó lo que lo esperaba: otra noche en casa, solo.

Cruzó el aparcamiento hasta su furgoneta y se fijó en una camioneta amarilla: ALICE HART, FLORIÓGRAFA. GRANJA THORNFIELD, EL HOGAR DE LAS FLORES SILVESTRES. Dentro no había nadie. La rodeó y vio a Alice caída sobre el asfalto. Sangraba por la nariz.

Moss corrió hacia ella llamándola por su nombre, pero Alice no se movió; estaba terriblemente pálida. Comprobó que respiraba y le tomó el pulso. A continuación, se sacó el móvil del bolsillo y, mediante el marcado rápido, llamó al centro médico. Evitó moverla. Cuando por fin respondió una doctora, Moss contestó a todas sus preguntas como un robot, pero el corazón le latía a toda velocidad.

«Otra vez no, por favor».



No era un océano de fuego: Alice flotaba en un río de estrellas que teñían su piel de verde claro. Tumbada boca arriba, las veía caer del firmamento como la lluvia. Algunas quedaban atrapadas en las ramas más altas de los eucaliptos, otras en sus pestañas y entre los dedos de sus pies. Se tragó unas cuantas: tenían un sabor dulce y fresco. Cogió un puñado y le sorprendió que fuesen tan livianas; las esparció a su alrededor con cuidado: un círculo de estrellas. Dentro del círculo no le dolía nada.

Cuando recobró el conocimiento escupió un poco, creyendo que escupía estrellas.

—Oggi —dijo con voz pastosa.

—Sí, Alice, aún estás un poquito grogui. Tranquila, no te apures.

Alzó la vista: una mujer le sonreía mientras le alumbraba los ojos con una linterna. Esa sensación removió su memoria: estaba en una cama de hospital, en una habitación blanca. Tenía una aguja clavada en el brazo. Hizo una mueca de dolor y volvió la cabeza hacia un lado. Había un hombre sentado en una silla, junto a su cama; estaba muy tieso y la miraba fijamente. El hombre levantó una mano. Alice levantó un poco los dedos para devolverle el saludo. El veterinario. Era el veterinario. Moss Nosequé. «Amor incondicional».

—Te hemos puesto un gotero de suero, Alice: estabas muy deshidratada. Les sucede a menudo a los visitantes que no están acostumbrados al calor del desierto. Seguramente por eso te has desmayado. —La mujer llevaba una bata blanca y DRA. KIRA HENDRIXbordado en el bolsillo—. Ahora tengo que hacerte unas preguntas rutinarias: ¿hay antecedentes de hipotensión en tu familia?

Alice no lo sabía. Negó con la cabeza.

—¿Has sufrido de ansiedad o has tenido ataques de pánico?

—Cuando era pequeña —respondió Alice en voz baja.

—¿Y qué los provocaba?

¿El viento? ¿Ver una flor? ¿El recuerdo de las llamas en un sueño?

—No lo sé —respondió.

—¿Tomas alguna medicación?

Alice volvió a negar con la cabeza.

—Por suerte no te has roto la nariz, así que la herida no tardará en curarse. De momento, tienes que descansar y beber mucho líquido. Y ante cualquier duda, ven a verme. Dice Moss que acabas de llegar al pueblo, hoy mismo.

Alice asintió.

—¿Dónde te vas a alojar?

Alice miró a Moss. Él le sostuvo la mirada un instante y dijo:

—En el pub, doctora. En una habitación del pub.

—Mmm —dijo la doctora. Le dio unas palmaditas en el hombro a Alice y luego miró a Moss con una ceja levantada—. ¿Podemos hablar un momento?

Se retiraron a un rincón. Alice los miró de reojo. La doctora Kira estaba muy seria, mientras que Moss ponía cara de sorpresa.

—Estupendo —concluyó la doctora Kira alegremente, y con eso puso fin a su discusión. Volvió junto a la cama de Alice—. Vamos a quitarte la vía intravenosa, Alice, y ya podrás marcharte. Come en pequeñas cantidades y duerme mucho.

Ella asintió cabizbaja.



Moss abrió la puerta del acompañante de su furgoneta y la aguantó hasta que Alice hubo subido y se hubo sentado. Por dentro, la furgoneta estaba impecable. Del espejo retrovisor colgaba un árbol de cartón que desprendía un perfume que imitaba el del eucalipto.

Arrancaron en silencio, Moss carraspeó unas cuantas veces.

—Te he... encontrado en el aparcamiento cuando he cerrado la clínica —dijo sin mirar a Alice—. No te he movido y he llamado a la doctora Kira. Te han llevado al hospital en ambulancia y yo os he seguido con la furgoneta.

Alice mantenía la vista al frente mientras se lo imaginaba encontrándola inconsciente en el suelo. Sintió tanta vergüenza que le dieron ganas de llorar. «Ahora no puedes llorar», se dijo.

—Ya hemos llegado —indicó Moss parando delante de la clínica. Se metió una mano en el bolsillo y sacó las llaves de la camioneta de Alice—. Las tenías en la mano cuando te he encontrado. —Lo explicó en tono de disculpa, como si se sintiera responsable de su desmayo.

—Gracias —dijo ella en voz baja—. Gracias por todo. —Cogió sus llaves y él dio un pequeño respingo cuando el canto de una de ellas le arañó un dedo—. Lo siento —masculló Alice, y se tapó la cara con las manos. Suspiró y negó con la cabeza—. Gracias —volvió a decir.

Se apeó de la furgoneta y se dirigió a su vehículo, pero cuando vio los letreros de los costados se paró en seco: allí estaba, expuesto con toda claridad, todo aquello que intentaba dejar atrás.

ALICE HART, FLORIÓGRAFA. GRANJA THORNFIELD, EL
HOGAR DE LAS FLORES SILVESTRES.

—Oye, Alice...

Se dio la vuelta intentando tapar la puerta de la camioneta para que Moss no pudiera leer lo que estaba escrito.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí —asintió ella—. Gracias. Cogeré una habitación en el pub.

Moss desvió la mirada, pero luego volvió a mirarla de frente.

—La doctora Kira me ha pedido que te vigile un poco las próximas veinticuatro horas. —Carraspeó—. ¿A ti te parece bien?

Ella hizo un esfuerzo y sonrió.

—Descanso, líquidos, comida... Estoy segura de que me las apañaré. —Lo único que quería era meterse en una cama, taparse hasta la cabeza y no salir de allí nunca más—. Pero gracias.

—Vale. —Otra larga pausa—. Bueno, si necesitas algo, Merle tiene mi teléfono —añadió, y metió la marcha.

Alice asintió y se sintió aliviada cuando la furgoneta arrancó.

Subió a su camioneta y fue directa a la estación de servicio. Después de echar carburante, entró en la tienda y revisó los estantes hasta que encontró pintura para retoques. Solo tenían de color turquesa. Cogió una lata y un pincel. Camino de la caja para pagar, vio un expositor con adhesivos de colores llamativos. Cogió unos cuantos, pagó y se fue.

En el aparcamiento del pub, se puso a trabajar, frenética, con la pintura y el pincel. Bajo la luz cada vez más tenue de su primer día en el desierto central, tapó quién había sido hasta entonces y de dónde provenía con una capa de olvido de color turquesa.



Merle no estaba en el pub cuando llegó Alice. La atendió una joven con marcado acento extranjero que le explicó el menú de la cena con gran entusiasmo mientras Alice fingía escucharla. Llevaba un mapamundi tatuado en la cara interna del antebrazo, un mapamundi con muchas estrellas diminutas marcando distintos lugares. ¿Qué debías de sentir cuando estabas tan lejos de todo lo que conocías, en un lugar que habías decidido ir a explorar? ¿Qué debías de sentir cuando no tenías ningún otro propósito que viajar y acumular experiencias tan vívidas y significativas que, al cabo, quedarían marcadas para siempre en tu piel? Cada estrella se mofaba de Alice: «Yo no he estado ahí. Yo no he estado ahí. Yo no he estado ahí».

—¿Señorita? —La chica le agitó un menú ante la cara y sonrió alegremente.

—Perdón. ¿Puedo pedir que me lleven la cena a la habitación?

—Sí, pero tendrá que pagar una buena propina.

Después de pedir, Alice subió al piso de arriba con su mochila, abrió la puerta de su cuarto, entró y cerró con el pasador.

Se sentó en la cama, se desabrochó las botas, se dejó caer de lado sobre la almohada y entonces soltó el sollozo que llevaba días apretándole las costillas.

IMMORTELLE DE NARANJA

Significado: Escrito en las estrellas
Waitzia acuminata / Australia Occidental

Planta perenne con hojas largas y estrechas y flores naranja, amarillas y blancas de pétalos finos como el papel. Florece en primavera, después de las lluvias de invierno. Hay millones en la zona desértica y de matorrales del oeste. Suponen todo un espectáculo y mucha gente viaja desde muy lejos para verlas.

La despertó el amanecer. Apartó la sábana sudada que le tapaba las piernas y se levantó. Se frotó los ojos para quitarse la costra de sal que se le había formado en las pestañas. Un resplandor anaranjado bañaba la habitación; se acercó a la ventana y apartó las cortinas. La luz entró a borbotones. A lo lejos se veía el peñasco que daba nombre al pueblo, alzándose sobre el polvoriento núcleo urbano. Alice miró más allá de los edificios y las calles: las dunas de arena roja, los barrancos de espinifex y los robles del desierto se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Se acordó de los cangrejos ermitaños, la brisa del mar, los tallos verdes de caña de azúcar, el agua plateada del río y los campos de flores de colores vivos. El aire del desierto era tan seco que el sudor se evaporaba antes de formar gotas. Alice estaba más lejos de lo que jamás había estado de las personas, cosas y lugares que conocía.

—Estoy aquí —dijo en voz baja.



Después de desayunar un café y un bollo con frutas en el bar, salió del pub y fue hacia su camioneta. Comprobó que la pintura azul turquesa de las puertas se hubiese secado y cogió los adhesivos de la guantera. Pegó uno en cada puerta y se apartó un poco, con los brazos cruzados, para observar los resultados. Nunca habría dicho que para conseguir el anonimato bastaran una capa de pintura y unos cuantos adhesivos de mariposas monarca.



Después fue a la tienda de alimentación y llenó el congelador de su minibar de polos de limón. Se comió tres seguidos tumbada en la cama mientras veía por la ventana cómo el sol del mediodía hacía palidecer los árboles. Por la tarde, cuando empezó a refrescar, salió a pasear por aquel extraño paisaje rojizo.

Caminó por la base del peñasco y examinó las achaparradas matas de arbusto emu y de espinifex y los larguiruchos robles del desierto. Se entretuvo para mirar las flores silvestres que crecían entre las rocas y cogió un par, que se metió en los bolsillos. Una bandada de pinzones pasó volando y trinando por el resplandeciente cielo de la

tarde. Alice tragó saliva: el paisaje del desierto tenía algo sobrenatural que saturaba sus sentidos.

Transcurrieron varios días con sus noches. Se le curó la herida de la nariz. De vez en cuando la asaltaba algún recuerdo y Alice no lo rechazaba, pero si se le venía a la mente la noche en que se marchó de Thornfield, hacía todo lo posible por distraerse y no pensar en la magnitud de la traición de June, ni en lo que podía haber sido de Oggi y Boryana. ¿Los detuvieron? ¿Pasaron miedo? ¿Se enteraron de que había sido June quien los había delatado? Alice sabía cómo bloquear esas preguntas sin respuesta.

Para estructurar sus días, desarrolló una rutina relacionada con el sol; nunca se cansaba de la luz del desierto. Todas las mañanas se sentaba en el alféizar de su ventana, que daba al tejado de chapa ondulada del pub. Cuando salía el sol, los afloramientos rocosos y las cadenas montañosas se teñían de tonos diversos: granate oscuro como el vino tinto, ocre intenso, bronce reluciente y color mantequilla. Alice contemplaba la extensión aparentemente infinita del cielo y procuraba respirar tan hondo como le era posible, como si así pudiera inhalar aquel espacio, como si pudiera reproducir una inmensidad parecida en su interior.

Luego salía a dar un paseo. El pueblo se levantaba en el antiguo lecho de un río ya completamente seco y el suelo estaba cubierto de una arena guijarrosa donde crecían altos y gruesos eucaliptos fantasma. Deambulaba entre sus troncos, que iban del crema al blanco con matices rosados y se detenía a examinar una piedra gris claro o un fruto caído de eucalipto. Le costaba creer que en otros tiempos hubiera corrido el agua por allí, como si el río no fuera más que folclore o, en todo caso, algo que hacía mucho se habían llevado en sus alas las cacatúas negras.

Las horas centrales del día, las más calurosas, las pasaba en su habitación, haciendo *zapping* con el aire acondicionado encendido. Por la tarde, cuando refrescaba, salía a dar otro paseo; por la noche, después de cenar, se refugiaba en la oscuridad y observaba las estrellas.

Transcurrieron dos semanas. Alice no volvió a ver al veterinario, no revisó sus correos electrónicos, extrajo la tarjeta SIM de su teléfono móvil y la tiró.

Para su sorpresa, en el desierto había cosas que la reconfortaban tremendamente, cosas casi medicinales: el color rojo de la tierra y su tacto, suave como el polvo de talco, cuando la cogía en las manos ahuecadas; el melódico canto de los pájaros; la luz del comienzo y del final del día; el viento cálido; el verde azulado y plateado de las hojas de los eucaliptos; el cielo infinito, adornado con alguna nube blanca, y sobre todo las flores silvestres que crecían en el antiguo lecho del río, entre raíces y piedras. Había empezado a cogerlas y a prensarlas sin llegar a admitir que era esa familiaridad con las flores lo que le proporcionaba mayor consuelo.

Una mañana, Alice descubrió que ya había llenado una libreta entera de flores silvestres prensadas. Después de desayunar en el bar, fue al pueblo a comprarse otra.

Iba caminando por una calle tranquila, junto al lecho seco del río, cuando se topó con la biblioteca del pueblo. En la fachada había un mural desteñido, un intento de

hacer que el edificio pequeño y cuadrado pareciera un montón de libros apilados, y eso la hizo sonreír. El fresco interior daba un respiro del calor ardiente de la calle.

Alice se paseó con satisfacción entre las estanterías. Se acordó de la biblioteca de su infancia, de su luz de colores pastel y sus vidrieras que contaban historias.

—Sally —murmuró.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó la bibliotecaria, que estaba junto a la estantería de al lado.

—¿Dónde tenéis los cuentos de hadas? —le preguntó Alice.

—Allí, junto a la pared del fondo.

Alice pasó los dedos por los lomos de las historias que recordaba haber leído de niña. Pensó en su pupitre, su bolsa de la biblioteca, los helechos de su madre... Buscó un libro en concreto y, cuando lo encontró, soltó un gritito de emoción.

Después de registrarse y guardarse el carnet de la biblioteca en el bolsillo, se llevó prestados a la habitación del pub el máximo número de libros permitido. Se pasó la tarde hojeándolos, pasando los dedos por encima de frases que recordaba, y parando de vez en cuando, con un libro abierto sobre el pecho, para observar el encaje de las sombras de los eucaliptos que danzaban por la pared. Esa noche compró comida tailandesa para llevar, con extra de chile picante y un pack de seis cervezas frías, se tumbó en la cama bajo el aire acondicionado y leyó el que había sido su libro preferido cuando era niña, lleno de historias sobre mujeres que mudaban su piel de foca y la dejaban atrás, abandonando el mar, por el amor de un hombre.



Una tarde, cuando Alice regresaba del lecho del río con un ramillete de flores silvestres, Merle, la dueña del pub, salió a su encuentro en el bar.

—Alice Hart —dijo—, tienes una llamada.

Alice la siguió hasta un pequeño despacho que había al fondo del bar. Tenía las palmas de las manos sudadas. ¿Sería June? ¿La habría encontrado?

El auricular del teléfono estaba encima de la mesa. Alice esperó a quedarse sola, se secó las manos en los pantalones cortos y cogió el teléfono.

—¿Diga? —Se tapó la otra oreja con la mano para no oír el ruido del pub, porque era la hora a la que la gente salía del trabajo y se reunía allí.

—Te llamo para decirte que tu perra ya está mucho mejor —dijo Moss al otro lado de la línea.

Alice suspiró.

—¿Hola?

—Hola —contestó con alegría, sumamente aliviada.

—Hola. —Moss rio un poco.

—Perdona. —Alice se regañó a sí misma en su interior—. Gracias por informarme, es muy buena noticia.

—Ya sabía yo que te alegrarías. ¿Cuándo podrás pasar a recogerla? Está gordita, feliz y más esponjosa y suave que la permanente de Merle.

La risa pilló a Alice por sorpresa, igual que la ternura de la voz de Moss.

—Mañana —dijo sin pensárselo mucho.

—Estupendo. —Una pausa—. ¿Qué tal estás?

—Bien —contestó mientras acariciaba el ramillete de flores—. Perdona que no te haya...

—No pasa nada. Estabas ocupada descansando y llevándote todo el catálogo de la biblioteca municipal.

—¿Cómo?

—Es un pueblo pequeño. —Moss se rio relajadamente—. Aquí enseguida se sabe todo. Por lo visto, te gusta leer.

Merle asomó la cabeza por la puerta y carraspeó.

—Lo siento, tengo que dejarte —dijo Alice.

—Vale, nos vemos mañana.

—¿Dónde? —preguntó ella.

—En The Bean, en la calle Mayor. ¿Te va bien a las once?

—Claro.

Colgó el auricular.

—Perdón —le dijo a Merle al salir de su despacho.

—No pasa nada. —Merle sonrió y arqueó una ceja, intrigada—. ¿Te apetece una cerveza, cielo? Estamos en plena *happy hour*.

—Bueno, quizá me suba una a mi...

—Ah, eso ni hablar. —Merle levantó una mano—. Cuando yo estoy de guardia, aquí nadie bebe solo. Ven al bar y siéntate con nosotros. Cuéntame qué has venido a hacer aquí y cómo has acabado sola en mi pub de las quimbambas: me encanta que me cuenten historias.

La idea de contarle a alguien algo sobre su vida anterior le produjo náuseas. Las palabras de Moss resonaban en su cabeza: «Aquí enseguida se sabe todo».



Moss colgó y se quedó mirando el teléfono como si pudiera ofrecerle respuestas para las preguntas que se hacía sobre Alice Hart, unas preguntas que llevaban días incordiándolo. Creía que Alice aparecería para recoger a la cachorrita, pero no había sido así. Sin embargo, había hablado varias veces con Merle y ella lo había mantenido informado: la chica todavía estaba allí, se encontraba bien, hasta donde ella sabía no había vuelto a desmayarse.

—¿Por qué te interesa tanto? —le había preguntado Merle—. Tú deberías saber mejor que nadie que no se puede salvar a todos los animalitos extraviados.

Moss cambió de tema: no podía decirle a Merle que Alice le importaba porque era la primera persona que le hacía sentir que tenía algo que ofrecer, algo que dar,

desde que había llegado al pueblo cinco años atrás. Después de perder a Clara y a Patrick había perdido también toda esperanza de volver a sentir algo parecido. Y sin embargo allí estaba ella: Alice Hart, una mujer que dominaba el lenguaje de las flores.

Fue a la nevera, cogió una cerveza y volvió a su escritorio. Movi6 el rat6n y se ilumin6 la pantalla del ordenador. Moss not6 que se le aceleraba el pulso al ver la fotografía que había encontrado hacía unos días. Era el mejor resultado de sus búsquedas. Alice Hart, flori6grafa. Granja Thornfield. En la pestaña «Sobre nosotros» aparecía su perfil y una fotografía en la que se la veía de pie en medio de una plantación de flores, rodeada de eucaliptos de ramas retorcidas y sosteniendo un ramo de flores autóctonas tan grandes que la hacían parecer más bajita de lo que era. Miraba de reojo a la cámara. Un amago de sonrisa. Mirada franca. El pelo recogido en un moño alto, sujeto con una enorme flor roja con forma de corazón.

Alice Hart ha pasado casi toda su vida en Thornfield y desde pequeña domina el lenguaje de las flores autóctonas de la granja. Como experta flori6grafa, te ayudará a crear el conjunto perfecto para hablar con el corazón. Para consultas es necesario pedir una cita.

A continuación, había buscado *flori6grafa* en Google: «Persona que domina el lenguaje de las flores. La moda de la floriografía tuvo su apogeo en la época victoriana». Había buscado el término creyendo que lo que encontrara sofocaría su fascinación, pero aquella historia enigmática no hizo sino avivarla.

Se recost6 en la silla mientras leía la informaci6n de contacto de Thornfield. Bebi6 unos sorbos de cerveza. Cogió el tel6fono y lo volvi6 a dejar. Vacil6 unos instantes, luego estir6 un brazo y volvi6 a coger el auricular. Marc6 el número que aparecía en el sitio web y agarr6 con fuerza la botella de cerveza mientras sonaba el tono de llamada.

Estaba a punto de colgar cuando contest6 una mujer con voz llorosa.



Alice se sent6 a la barra. La luz del atardecer convertía el pub en un caleidoscopio de colores.

Merle le puso delante un posavasos nuevo y una jarra de cerveza helada.

—Salud. —Alz6 su chupito de bourbon—. Bueno, Alice Hart, cuéntame qué haces aquí tan sola. ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?

Ella rode6 su jarra de cerveza con ambas manos.

—Oye, no te cortes —añadi6 Merle—. Aquí todos tenemos un pasado. ¿Te crees que eres la única blanca que ha huido al desierto para convertirse en otra persona? Lo siento, querida, pero no eres tan especial. —Tamborile6 con sus uñas acrílicas en la

barra. En ese momento se oyó un fuerte grito que provenía de la terraza del pub—. ¡Eh! ¡Ya vale! —bramó Merle, y Alice se sobresaltó—. No te muevas, preciosa, voy a ver qué les pasa a esos y vuelvo.

Alice suspiró aliviada. El ruido aumentaba a su alrededor a medida que el pub iba llenándose. Con las flores que había recogido y su cerveza, bajó del taburete y fue sorteando a la gente hasta salir al crepúsculo azul y refrescante. Tomó un sorbo y abrió la mano en la que llevaba las flores. Las había aplastado. Mientras las contemplaba, notó que había alguien detrás de ella.

—Perdona, no quería asustarte —dijo una mujer mientras levantaba un paquete de tabaco de liar a modo de explicación. Tenía una voz amable.

Alice asintió sujetando con fuerza su cerveza. La mujer lio un cigarrillo, encendió una cerilla e inclinó la cabeza para acercarse a la llama. Vestía uniforme pero, en la penumbra, Alice no pudo distinguir la insignia. Espiró y agitó una mano para que el humo no alcanzara a Alice.

—Es el único pub que hay en muchos kilómetros a la redonda, por eso se llena tanto.

—Sí, ya lo sé —replicó Alice—. Me alojo aquí.

—Ah, vale. ¿Llevas mucho tiempo en el pueblo?

—Hoy se cumple un mes.

—¿Y hace mucho que vives en este Territorio? —añadió la mujer levantando las cejas.

—Hoy se cumple un mes —respondió Alice esbozando una sonrisa.

—Ah, entonces te falta un par de meses.

—¿Para qué?

—Para empezar a dejar de tener la sensación de que estás en otro planeta. Supongo que eres la clásica chica de la ciudad o de la costa que llega por primera vez al desierto. Tienes un evidente aire de cervatillo asustado por los faros de un coche.

Alice se la quedó mirando.

—¿Y cómo sabes que es un aire? Quizá yo simplemente sea así.

La mujer se quedó callada un momento y luego rio.

—Mierda, tienes toda la razón. Lo siento, he sido muy maleducada.

Alice asintió y luego se puso a mirar la espuma de su cerveza.

—Vivo al final de la calle. Me crié en el desierto rojo —dijo la mujer con una sonrisa—. A lo mejor eso explica mis sofisticadas habilidades sociales.

Alice levantó la mirada y le devolvió la sonrisa.

—Ah, y me llamo Sarah.

—Yo soy Alice.

Se dieron la mano.

—¿A qué te dedicas, Sarah? —Alice señaló su uniforme.

—Dirijo el parque —contestó esta, apuntando con un pulgar detrás de su hombro en una dirección no muy clara.

—¿El parque?

—El parque nacional Kililpitjara. Veo que todavía no lo has visitado.

Alice negó con la cabeza.

—Es un sitio muy especial. —Sarah apagó el cigarrillo—. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Yo... esto... —Alice titubeó—. Lo siento —dijo, y se frotó la frente—. Trabajo en comunicación.

—¿Comunicación?

—Sí, soy licenciada en comunicación empresarial por la Universidad a Distancia. Antes... —Se interrumpió y volvió a empezar—. Antes dirigía una plantación de flores, pero ya no. —Si Sarah se percató de su incomodidad, lo disimuló muy bien.

—¡Joder! Este sitio no deja de alucinarme. —Sarah se rio mientras negaba con la cabeza.

Alice miró hacia el interior del pub y puso cara de no entender.

—No, no —dijo Sarah—. No me refiero al pub, sino al desierto. A la gente que pasa por aquí, a las casualidades y los misterios.

Alice sonrió educadamente.

—En el parque acabamos de anunciar una plaza vacante de guarda. Por eso estoy en el pueblo: para hablar con un par de personas sobre lo que podríamos hacer para encontrar a alguien que ocupe ese puesto. —Miró a Alice y sonrió—. No es fácil porque necesitamos a alguien capaz de hacer el trabajo duro, pero que también esté cualificado en comunicación.

Alice asintió despacio, estaba empezando a entenderlo.

—El sueldo está muy bien y te ofrecen vivienda —continuó Sarah—. ¿Qué te parece si te doy mi tarjeta y, si crees que te puede interesar, me escribes un correo electrónico y yo te mando todos los detalles?

A Alice le sudaban las manos. Llevaba mucho tiempo sin sentir ni el más mínimo optimismo.

—Me parece genial —dijo, frotándose los brazos como si tuviese frío.

Sarah se sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa y se la ofreció. En ese momento, Alice pudo ver mejor las insignias del uniforme. Decían PARQUE NACIONAL KILILPITJARA y eran una adaptación del diseño de la bandera indígena australiana: una franja negra sobre otra roja y, en el centro, un círculo amarillo con un ramillete de guisantes del desierto de Sturt.

—Gracias —dijo Alice al coger la tarjeta.

Sarah miró la hora.

—Tengo que irme, pero ha sido un placer conocerte, Alice. Espero tu mensaje.

Ella le dijo «adiós» levantando la mano en la que tenía la tarjeta y Sarah desapareció entre la multitud. Acercó la tarjeta a la luz y vio que llevaba grabado el mismo emblema que la camisa de Sarah. No necesitaba consultar el Diccionario Thornfield: había memorizado el significado del guisante del desierto de Sturt la

mañana de su décimo cumpleaños, cuando abrió el guardapelo y leyó la carta de June.

«Sé valiente, no te rindas».



A la mañana siguiente, antes de las nueve, Alice ya estaba esperando a que abrieran las puertas de la biblioteca. Fue derecha a los ordenadores con la tarjeta de Sarah, bastante manoseada ya, en la mano. Introdujo la dirección del sitio web del parque nacional en un motor de búsqueda y esperó a que se cargara. Miró el reloj: faltaban dos horas para su cita con Moss.

El sitio web se cargó despacio y la página de inicio del parque fue ocupando poco a poco la pantalla. En la parte superior había una fotografía de un paisaje. Alice se inclinó hacia delante, como si de ese modo el ordenador fuese a funcionar más deprisa.

Un cielo de color lila claro, unos retazos de nubes, una mancha luminosa de color albaricoque sobre la línea violeta del horizonte, una vista aérea de follaje verde sobre un terreno rojo y luminoso.

Alice tardó un momento en darse cuenta de que estaba viendo un cráter desde arriba. No se percató de su tamaño hasta que la fotografía se cargó por completo, entonces distinguió una diminuta carretera sin asfaltar y los puntitos blancos de unos vehículos. Se fijó en el centro del cráter, que estaba lleno de flores silvestres rojas. Tamborileó con los dedos en la mesa mientras se cargaba otra fotografía incrustada en un recuadro, esta de las flores. Dejó de tamborilear. El centro del cráter lo formaba un espectacular círculo rojo de guisantes del desierto de Sturt en flor.

Apretó su guardapelo en una mano y fue bajando por la página.

El Kililpitjara, o Cráter de Earnshaw, fue «descubierto» en los años cincuenta por los no indígenas, pero desde hace miles de años es un enclave de gran importancia cultural para los anangu. Según los geólogos, apareció a consecuencia del impacto de un meteorito de hierro hace cientos de miles de años; para la cultura anangu, lo produjo el choque de un objeto que ciertamente provenía del cielo, pero no era un meteorito de hierro, sino el corazón de una madre afligida. Hace mucho tiempo, Ngunytju vivía en las estrellas con su bebé. Una noche se descuidó y el niño se cayó de la cuna del cielo y fue a parar a la Tierra. Cuando se dio cuenta de lo que había sucedido, Ngunytju quedó destrozada. Se arrancó el corazón de su cuerpo celestial y lo lanzó a la Tierra para que estuviera allí con su hijo.

Alice paró de leer. Se apoyó en el respaldo de la silla y asimiló las imágenes de la leyenda. Al cabo de un momento, reanudó la lectura.

En medio del Kililpitjara crece un círculo concéntrico de malukuru, o guisantes del desierto de Sturt, silvestres que florecen durante nueve meses todos los años. Es un paraje sagrado con un profundo significado espiritual y cultural para las mujeres anangu. Ellas te invitan a visitarlo y a conocer la historia de esta tierra; solo te piden que, cuando entres en el cráter, no cojas flores.

Alice retrocedió por la página hasta llegar de nuevo a la fotografía. Abrió otra pestaña y creó una nueva cuenta de correo electrónico, encantada ante la vista de la bandeja de entrada vacía. Se apresuró a redactar un correo electrónico, escribió la dirección de Sarah y pulsó «enviar» antes de pensárselo demasiado. El ordenador respondió con un alegre ¡ping! Mensaje enviado.

Luego se recostó en la silla y volvió a mirar aquel cráter de origen celestial. Leyó el pie de foto:

En la lengua pitjantjatjara, Kililpitjara significa «perteneciente a las estrellas».

ARBUSTO PERLA AZUL

Significado: Mi valor secreto

Maireana sedifolia / Australia Meridional y Territorios del Norte

Arbusto bajo, común en desiertos y ambientes salinos, que crea un ecosistema fascinante con tesoros ocultos: gecos, ratonas australianas, hongos y líquenes. Tolerancia a las sequías y su follaje perenne de color gris plateado constituye una densa cubierta vegetal que actúa como retardante del fuego.

Alice salió a la calle Mayor y echó a andar a buen paso con la cabeza llena de estrellas que caían a la Tierra y flores de color sangre con el centro negro. Comprobó el nombre de la cafetería, que se había escrito en el dorso de la mano junto con las indicaciones de Merle: bajar por la calle Mayor, torcer a la izquierda, buscar mesas desaparejadas y plantas. Llegaba un cuarto de hora tarde.

La cafetería Bean, un apretujamiento de sillas de colores y mesas recicladas salpicadas de pintura, estaba en un callejón. Entre mesa y mesa había una pequeña jungla de tiestos: era un refugio frondoso en pleno desierto.

Moss estaba sentado a una mesa bajo un árbol paraguas y deslizaba los dedos por la rejilla metálica de un pequeño trasportín para mascotas.

—Buenos días —lo saludó Alice.

Moss se enderezó y el alivio se reflejó en su cara. *Pip*, al verla, empezó a revolverse. Estaba gordita, tenía un pelaje esponjoso y los ojos limpios. A Alice se le hizo un nudo en la garganta.

—No estaba seguro de que fueras a aparecer.

Una chica con rastas llegó, en medio de una nube de pachuli, para tomarles nota.

—¿Café?

—Sí, para mí con leche, por favor —dijo Moss.

La camarera lo anotó y miró a Alice.

—Lo mismo, gracias —dijo.

La chica recogió los menús y se los llevó.

—Bueno —empezó Moss. Alice le hacía carantoñas a *Pip*—. ¿Cómo te va?

Ella apretó los labios y asintió mecánicamente.

—Bien —contestó. *Pip* le mordisqueaba los dedos.

—¿No has vuelto a desmayarte?

Alice se echó hacia atrás, lo miró a los ojos y negó con la cabeza. Él parecía sinceramente preocupado. La camarera regresó con sus cafés.

Moss sonrió y cambió de táctica.

—Bueno, *Pip* está como una rosa. Le he dado un antibiótico bastante fuerte.

Alice asintió.

—Gracias.

—¿Quieres cogerla?

—Sí, por favor —dijo Alice sonriendo.

Moss abrió la puerta del trasportín. Alice dio un grito de alegría cuando la cachorra saltó a sus brazos, le lamió la barbilla y le husmeó las orejas.

—Si no llegas a recogerla, no habría sobrevivido —explicó Moss—. A veces, las necesidades de los animales no son muy diferentes de las nuestras. El cariño puede ser tan eficaz como los medicamentos.

A Alice la asaltaron una serie de imágenes que no tuvo tiempo de detener: la sonrisa traviesa de Candy, los andares calmados de Twig, las manos temblorosas de June.

—Este aire tan caliente y tan seco es un verdadero infierno —masculló mientras se enjugaba las lágrimas. Cerró los ojos un momento y se imaginó cómo se vería desde arriba: un punto apenas distinguible en medio de la inmensidad del desierto.

—Alice... —Moss se inclinó hacia delante y le tocó un brazo.

Alice dio un respingo y abrazó a *Pip* contra su pecho. Ella no era débil, no necesitaba ayuda.

—No necesito que me salven —dijo en voz baja.

Una expresión algo extraña pasó fugazmente por el rostro de Moss. Miró por encima del hombro de Alice, hacia la calle Mayor, donde estaban montando los puestos de un mercado a la sombra de los árboles.

—Nunca he pensado que lo necesitaras —dijo—, pero yo sé lo que significa llegar a un sitio así solo. —Entrelazó las manos sobre la mesa—. No sé si habrás oído lo que se dice por aquí: los blancos vienen al Centro Rojo por una de estas dos razones: o huyen de la ley o huyen de sí mismos. Desde luego, era...

—Yo no huyo —lo interrumpió Alice, tan indignada que se le encendieron las mejillas—. No huyo de nada. —Se controló para que no le temblara la mandíbula. No quería que Moss la viera llorar—. Tú no me conoces, Moss. No necesito que me protejan, no necesito... —Se interrumpió antes de mencionar el nombre de June—. No necesito ayuda.

Moss levantó las manos en gesto de rendición.

—No era mi intención ofenderte. —Se le había apagado la mirada.

¿Por qué no le plantaba cara? ¿Por qué no discutía con ella? Alice estaba deseando pelear.

—Yo no he pedido ayuda —dijo con voz áspera. *Pip* ladró en sus brazos y entonces se dio cuenta de que la estaba apretando demasiado.

—No entiendo de qué me acusas, ni por qué estás tan enfadada. Viniste a mi clínica y te desmayaste en el aparcamiento; ¿qué clase de persona no te habría ofrecido ayuda?

Las emociones que Alice había ido acumulando en su interior abandonaron su cuerpo de golpe en un único suspiro. Exhausta, se puso a seguir con el dedo los patrones del tablero de formica de la mesa, las líneas blancas sobre el fondo azul:

riachuelos, olas. La asaltó un recuerdo: su padre zigzagueando hacia el horizonte con su tabla de *windsurf*.

Moss dejó un billete de diez dólares encima de la mesa y, sin decir nada más, se levantó. Alice no alzó la mirada cuando él se fue, pero cuando casi había llegado al final del callejón, no pudo evitarlo y lo llamó por su nombre.

Moss se dio la vuelta.

—¿De qué huías tú? —le preguntó—. ¿De la ley o de ti mismo?

Moss bajó un momento la cabeza con las manos hundidas en los bolsillos. Cuando volvió a levantarla, la tristeza de su rostro hizo estremecer a Alice. Esbozó una sonrisa y se alejó sin contestar.

Alice se quedó donde estaba, mirando fijamente el sitio donde había estado sentado el veterinario y, cuando *Pip* le mordisqueó un dedo, cayó en la cuenta de que Moss no le había cobrado nada por el tratamiento de la perra.



Esa tarde, Moss les exigió a sus piernas correr mucho más rápido de lo normal hasta que sus músculos no dieron más de sí; entonces redujo el paso y siguió subiendo a un trote ligero por la pista que ascendía hasta lo alto del peñasco.

Había acudido a la cita con Alice decidido a decirle lo que le había prometido a Twig que le diría, pero al verla llegar a la cafetería, primero tan recelosa y luego tan frágil, había sido incapaz. No quería ocupar el lugar del médico que entró en la sala de espera del hospital y pronunció aquellas palabras que hicieron que se le doblaran las piernas: no quería convertirse en esa persona para Alice, la persona que le dio la noticia de que su única pariente consanguínea había fallecido.

Recordó las palabras de Twig.

—A June la mató su corazón. Fue un infarto masivo, después de las inundaciones. Aunque él no conocía a June, esas palabras le dolieron.

—June y Alice tenían una relación difícil, pero solo se tenían la una a la otra. —A Twig se le había quebrado la voz—. ¿Cómo está Alice?

Moss no dudó en asegurarle que estaba bien y prometió que le diría que la llamara por teléfono, dadas las circunstancias. Por supuesto que le diría que Twig necesitaba que volviera a casa.

Paró al llegar a la cima y, jadeando, contempló el pueblo. ¿Qué había desencadenado al llamar a Thornfield? ¿Por qué se había implicado en la vida de una desconocida?

Se inclinó hacia delante y respiró por la boca como años atrás le había enseñado el psicólogo del hospital. Eran las primeras vacaciones de la familia, el niño iba sentado en su sillita para el coche y agarraba con fuerza su cubo y su pala, Clara llevaba un vestido nuevo de tirantes. Moss desvió la mirada de la calzada unos segundos, solo unos segundos. Los neumáticos pisaron grava suelta y, a la velocidad

a la que conducía, el todoterreno dio una vuelta de campana. A él le dieron unos puntos y le pusieron un collarín.

—Puede dar gracias de estar vivo —le dijo el médico.

—¿Y Clara? ¿Y Patrick?

Moss no paró de gritar hasta que lo sedaron.

Fuese correcto o no, Moss no quería, o no podía, ser quien le diera esa noticia a Alice.



La llamada llegó dos días más tarde.

—Teléfono —dijo Merle, apoyada en la jamba de la puerta de Alice—. Es para ti.

—¿Quién es? —dijo Alice dando un paso hacia atrás.

—Cielo, yo me encargo de casi todo en este negocio, pero si algo no soy es la secretaria particular de nadie.

—Vale —dijo ella—, lo siento. —Dejó a *Pip* encerrada en su habitación y siguió a Merle al piso de abajo—. Gracias por dejarme tener a *Pip*, Merle —añadió cuando entraron en su despacho.

—No te preocupes, ahora Moss me debe una —contestó Merle. Apuntó con la barbilla hacia la mesa.

Cuando Merle salió, Alice cogió el teléfono.

—¿Diga? —preguntó nerviosa.

—Hola, Alice. Soy Sarah Covington. Recibí tu solicitud para el empleo de guarda. Gracias.

Alice suspiró, agradecida porque la llamada no tenía nada que ver con Thornfield.

—¿Estás ahí?

—Sí, sí. Perdona.

—Vale. Mira, tu solicitud es impresionante: dirigir una plantación de flores no es ninguna nimiedad. Como esta vacante es para un contrato temporal, no es necesario hacer entrevistas. Eso significa, Alice, que me gustaría ofrecerte el empleo.

Alice sonrió de oreja a oreja.

—¿Hola?

—Perdona, Sarah. Sí, claro. ¡Gracias! ¡Sí! —exclamó alegre.

—Estupendo. ¿Cuándo podrías empezar?

—¿Qué día es hoy?

—Viernes.

—¿El lunes?

—¿Estás segura? ¿No necesitas más tiempo para recoger tus cosas y organizarte?

—No.

—De acuerdo, pues el lunes. Nos vemos en las oficinas del parque. Le diré al personal de la estación de acceso que me avise cuando llegues, así que te estaré esperando.

—¿La estación de acceso?

—Ya lo entenderás cuando la veas.

—De acuerdo. Estación de Acceso. Oficina central del parque Kililpitjara. Lunes. Allí estaré.

—Hasta el lunes, Alice.

Se cortó la comunicación y Alice colgó el auricular.

Por una vez no le importó que se le acelerara el corazón.



El lunes amaneció caluroso y despejado. Alice y *Pip* pasearon por última vez por el antiguo lecho del río de Agnes Bluff. Alice aprovechó la ocasión para guardarse en los bolsillos unas hojas de árbol del coral. «Remedio para la aflicción», escribió de memoria en su libreta después de pegar con cinta a la página todas las hojas menos una. Metió sus escasas pertenencias en su mochila y, tras un último y somero vistazo, salió de la habitación del pub que había sido su hogar provisional.

—¿Vendrás por aquí alguna vez? —le preguntó entonces Merle, mientras esperaban a que se realizara el pago con la tarjeta de crédito. Arrancó la copia del datáfono y se la entregó a Alice junto con la tarjeta.

Alice las cogió, le dio las gracias y se las guardó en el bolsillo. Nunca habría podido imaginar que acabaría gastándose el dinero que había ahorrado para viajar por el mundo con Oggi en empezar una nueva vida ella sola en el desierto.

—Nunca se sabe —contestó, y salió al aparcamiento sin mirar atrás.

Metió sus cosas en la camioneta, le silbó a *Pip* para que subiera y luego subió ella. Se sacó del bolsillo la última hoja de árbol del coral y la enganchó en el borde del espejo retrovisor. «Remedio para la aflicción». Cuando arrancó, *Pip* se sentó con las orejas tiesas y ladró. Alice no pudo resistirse: en el siguiente semáforo, torció por la calle de la clínica veterinaria, pero en cuanto vio la furgoneta de Moss, le faltó valor y pisó a fondo el acelerador.



La carretera parecía titilar por efecto del calor. Detrás de Alice, Agnes Bluff iba perdiéndose en la lejanía. Al llegar a un cruce, torció hacia el oeste y se adentró aún más en el desierto. Bajó la ventanilla, apoyó un codo en la puerta y recostó la cabeza en el asiento. Imaginó que el sol de Australia Central podía hacer palidecer sus recuerdos tal como había hecho con los esqueletos del ganado que se veían esparcidos por aquellos páramos, hasta dejar solo huesos blancos y polvo.



Condujo durante tres horas por el desierto hasta llegar a una estación de servicio donde entró a repostar. Le dio agua a *Pip*. Vio unas cuantas furgonetas Camper,

todoterrenos y autobuses de turistas. Recordó su conversación con Moss: los blancos solo iban al desierto para huir de la ley o de sí mismos. Alice hizo subir a *Pip* a la camioneta. Ella no había cometido ningún delito, pero tampoco era ninguna excepción.

Miró a su alrededor y se preguntó qué vería alguien que la estuviera observando: ¿una chica que sabía adónde iba con su camioneta y su perra? Confiaba en que no fuera demasiado obvio que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, confiaba en que nadie se diera cuenta del esfuerzo que le estaba costando convencerse de que podía alejarse de cualquier cosa si su deseo de dejarla atrás era lo bastante fuerte.

Viendo a aquellas familias, mochileros y turistas, Alice sintió de pronto esperanza y optimismo respecto al lugar al que se dirigía. Si conseguía labrarse un futuro allí donde un corazón afligido se había estrellado contra la Tierra y había hecho brotar flores, tal vez todo lo que había dejado atrás adquiriera significado.



Poco a poco, el paisaje rocoso y rojizo fue suavizándose y dando paso a un terreno cubierto de dunas de arena. Le quedaban menos de cien kilómetros para llegar a Kililpitjara. Para distraerse, estudió los prístinos patrones de las dunas. La más cercana se alzaba imponente: una intocada pirámide de arena roja ondulada por el viento. Se enjugó el sudor de la cara con la camiseta. Las piernas se le adherían al asiento de vinilo. El sol estaba muy alto y su luz era deslumbradora y ardiente. *Pip* bajó al suelo y se acurrucó a la sombra, Alice pisó más a fondo el acelerador.

—Ya falta poco, *Pip*.

Por fin, después de llegar al final de una cuesta, apareció una sombra morada a lo lejos, cerca del horizonte. Alice parpadeó varias veces para asegurarse de que no era ningún espejismo. Cuando estuvo un poco más cerca, se inclinó hacia delante y despegó los muslos del asiento. Detrás de unas dunas aparecieron los tejados de unos edificios, unas cuantas velas blancas, autobuses turísticos, un camino que se desviaba de la carretera principal, con un letrero idéntico a cada lado: BIENVENIDOS AL CRÁTER DE EARNSHAW. Alice siguió conduciendo hasta que vio la Estación de Acceso del Parque Nacional Kililpitjara. Paró en la entrada, junto a la ventanilla de un edificio de ladrillo y chapa ondulada donde la saludó una mujer que vestía un uniforme igual al de Sarah.

—Hola. —Se inclinó hacia la rejilla del intercomunicador que había bajo la ventana—. Me llamo Alice Hart.

La mujer deslizó un dedo por la hoja que tenía en un sujetapapeles, luego alzó la vista y sonrió. Su voz crepitó por el intercomunicador mientras pulsaba un botón para levantar la barrera.

—Adelante, Alice. Sarah te está esperando en la oficina central.

Alice entró y enseguida la cautivó el aspecto del cráter que se alzaba ante ella. Era tan perfecto como un sueño y cambiaba de forma cada vez que el camino

describía una curva. Se erguía contra el cielo azul como un cuadro ocre y rojo lleno de textura, y poseía una belleza extraña y desconcertante. Las dunas de arena, salpicadas de espinifex, mulgas y robles del desierto, parecían infinitas y fascinantes. Tras varias semanas en el desierto, Alice empezaba a disfrutar sintiéndose pequeña y fuera de lugar: era como si en cualquier momento pudiese reinventarse por completo sin que nadie lo notara. Podría ser quien quisiera ser.

Veinte minutos más tarde paró delante de un edificio de madera camuflado entre árboles y arbustos bajo la imponente presencia del cráter. Volvió a secarse la cara con la camiseta. Vio que en la fachada lateral del edificio había un grifo. Le puso la correa a *Pip* y bajó con ella de la camioneta. Ató la correa al grifo, lo abrió un poco y dejó que la perra lamiera las gotas de agua que caían al tiempo que movía alegremente la cola. Se abrió una puerta mosquitera y apareció Sarah.

—¡Bienvenida, Alice Hart! —dijo sonriente.

—Gracias. —De pronto, Alice cayó en la cuenta de que tal vez fuera problemático tener una perra en un parque nacional—. Sarah, se me olvidó mencionarlo, pero resulta que tengo una perra...

—Hay otros guardas que también tienen perro. No te preocupes, el patio de tu casa está vallado. Ven —le hizo una seña con la cabeza—, tenemos que firmar el contrato, buscarte un uniforme, etcétera; luego te enseñaré la casa.

Alice la siguió al interior del edificio y se sintió más ligera. Quizá fuese cierto que a veces bastaba con dejarlo todo atrás para volver a empezar.



Alice salió del aparcamiento de la oficina central con un montón de uniformes verdes de guarda en el asiento de al lado y siguió a Sarah por un camino que daba toda la vuelta al cráter. La magnitud de la pared exterior resultaba engañosa: parecía la ladera de una cordillera o una hilera de cumbres más que una formación rocosa circular. Alice se estremeció, quizá por el tamaño del cráter, o por su antigüedad, o al imaginar cómo debía de haber sido el impacto del meteorito contra el suelo, o al pensar que eso había sucedido hacía miles de años. *Pip* bostezó en el asiento del acompañante.

—Tienes razón, *Pip* —masculló. Ella también estaba agotada, hacía muchísimo calor: no estaba en condiciones de ponerse a pensar en geología celeste.

Sarah salió del camino de circunvalación y tomó una pista más estrecha y sin señalizar que iba trazando curvas entre mulgas. Alice miró entre los árboles y divisó unos edificios y un óvalo de tierra: un campo de fútbol australiano. Llegaron a una rotonda de la que partían tres caminos, tomaron el primero y pasaron delante de un taller al aire libre rodeado por una valla; dentro había una gran caseta de aluminio, surtidores de combustible, garajes llenos de maquinaria y vehículos con el logo del parque. Dos guardas hablaban por encima del techo de un utilitario, uno llevaba un sombrero flexible y gafas de sol. Pese a que Alice no podía verle los ojos, se dio cuenta de que no le quitaba la vista de encima.

Remontaron una duna y, tras tomar una curva, llegaron ante un grupito de casas. Pararon delante de una. Era de ladrillo, de una sola planta, y estaba pintada de blanco. Una jaula hacía las veces de garaje y estaba rodeada de una cerca cerrada con candado. Alice se preguntó por qué tantas medidas de seguridad, de qué o quién tenían que protegerlos esas cercas. Sarah salió de su vehículo y le hizo señas para que metiera su camioneta en el garaje vacío.

—¿No tienes más equipaje? —le preguntó al coger la mochila y la caja de libretas.

Pip bajó de un salto y se puso a explorar.

—En la parte de atrás están mis sábanas nuevas y mis cacharros de cocina. Antes de salir de Agnes Bluff he ido de compras.

Sarah cogió una llave del llavero que llevaba colgado de su cinturón de trabajo y abrió la puerta principal. *Pip* se les adelantó y entró corriendo.

La casa olía a desinfectante y tenía muchísima luz. Alice dejó sus cosas encima de la mesa del comedor, distraída por las vistas que había desde la puerta corredera de cristal del fondo. El patio trasero estaba lleno de acacias silvestres, espinifex y arbustos de triptomeno.

—En la encimera hay té y un hervidor, y hay leche en la nevera —dijo Sarah—. Lo más importante es saber dónde están el interruptor del aire acondicionado y la caja de los diferenciales. —Señaló el interruptor, que estaba junto a la puerta principal, y lo accionó. Se oyó un débil murmullo por toda la casa cuando el aire empezó a circular por los conductos ocultos en el techo—. Está refrigerado por agua, por eso la temperatura nunca baja de veinticinco grados, pero bueno, es suficiente.

Alice asintió.

—La caja de los diferenciales está en la parte de atrás, junto al depósito de agua; si salta alguno, desde allí puedes volver a subirlo. Y también es donde hay que meter la tarjeta de recarga. Ahora hay cinco dólares, con eso tienes para instalarte. En la tienda de Parksville puedes recargar la tarjeta.

—¿Parksville?

—Es donde estamos ahora. Comprende las viviendas del personal y las zonas comunitarias. —Hizo un gesto abarcando su alrededor—. A este lado de la duna —continuó, señalando la duna de arena roja que se alzaba detrás de la valla del patio trasero de Alice— viven los empleados del parque; al otro lado hay una tiendecita, un campo de fútbol, un salón comunitario y alojamiento para visitas. A veinte kilómetros está el centro turístico, que es donde se alojan los turistas. Allí encontrarás el supermercado, la oficina de correos, el banco, la gasolinera y un par de pubs y restaurantes.

Alice volvió a asentir.

—Tranquila —le dijo Sarah comprensiva—. Muy pronto te sentirás como en casa. Les he pedido a un par de guardas que se acerquen esta tarde y te enseñen dónde está todo.

—Gracias —dijo Alice.

—Te dejo para que te instales, nos vemos mañana a primera hora.

—Gracias —repitió Alice—. Por todo.

Cuando el coche de Sarah se perdió de vista, Alice apoyó la espalda en la puerta y cerró los ojos. La casa se llenó de un silencio que hizo que le palparan las sienas. «Estoy aquí». Tomó aire. «Estoy aquí». Y lo soltó.

Pip le lamió un tobillo, Alice abrió un ojo y miró a la cachorrita, que ladeó la cabeza. Alice asintió y se dispuso a enfrentarse a su nuevo hogar.

En una de las paredes había una estantería alta de madera. A su lado, un gran escritorio gris y una silla. Alice se sentó, apoyó las palmas de las manos en el escritorio y pensó en sus libretas de flores. Se asomó al jardín trasero y se alegró de que allí crecieran plantas silvestres autóctonas. Decidió que escribiría allí. De pronto la asaltaron recuerdos de cuando, de pequeña, escribía en su pupitre: la madera clara y fresca, el olor de las ceras, las virutas de los lápices, el papel. Los helechos aterciopelados del jardín de su madre. Sacudió la cabeza y volvió a concentrarse en el escritorio que tenía delante y en el paisaje que se veía por las ventanas: tierra roja, arbustos verdes y una valla metálica que separaba el jardín de las dunas, y todo bajo un impoluto cielo azul.

Junto al escritorio había una entrada en arco por la que se accedía al dormitorio. Fue a hacerse la cama.

Después se quedó junto a la ventana de la habitación. A lo lejos, el muro de roca roja del cráter reverberaba bajo el calor como un sueño de fuego.

GREVILLEA DE LA MIEL

Significado: Premonición
Grevillea eriostachya / Australia Central

La grevillea de la miel, que en pitjantjatjara, la lengua de los anangu, se llama kaliny-kalinypa, es un arbusto desgredado con hojas largas y estrechas de color verde grisáceo que produce flores de color verde, amarillo o naranja. Suele crecer en dunas y médanos de arena rojiza. Las flores contienen un néctar muy espeso, parecido a la miel, que se extrae fácilmente succionando, como bien saben los niños anangu.

A las cinco de la tarde sonó un claxon. Alice se asomó por la ventana de la cocina y vio el perfil de una mujer sentada al volante de uno de los coches del parque. Le echó agua a *Pip* en un recipiente, la acarició detrás de las orejas, cogió las llaves de la casa y salió por la puerta principal. Sus sandalias levantaron nubecillas de polvo rojo bajo los últimos rayos de sol.

—¡Hola, Alice! —La mujer la saludó como si fuesen viejas amigas mientras se quitaba las gafas de sol—. Me llamo Lulu. —Sus ojos eran del color de las hojas de eucalipto: verde claro y avellana. Llevaba una estrella de plata colgada del cuello con un fino cordón de cuero.

—Hola —le correspondió Alice con timidez mientras subía al coche.

—Vamos a ver la puesta de sol, chica —dijo Lulu como si retomaran una conversación.

Pisó el acelerador y el coche empezó a alejarse de la casa de Alice zarandeándose por la pista de tierra. Unas cacatúas Galah, rosa y gris, echaron a volar.

—¿De dónde eres, Alice?

El cráter se alzaba imponente ante ellas y la luz doraba sus bordes.

—Bueno..., de la costa este, pero después viví un tiempo en el interior, en una granja. Un poco de aquí y un poco de allá. —Tragó saliva—. ¿Y tú?

—Del sur; de la costa, no de la ciudad. —Lulu la miró y sonrió—. Mira, dos chicas de la costa —añadió, señalándolas a ambas con el dedo.

Alice asintió en silencio. Dunas y hondonadas de arena roja y matorrales de color marrón verdoso se sucedían, borrosas, detrás de la ventana cubierta de una película de polvo rojo. Aquel color cálido que se adhería a todo había empezado a calmarla. Incluso las líneas de sus manos estaban llenas de polvo. Juntó las manos sobre el regazo.

Lulu tomó el camino de circunvalación.

—Sarah me ha dicho que te enseñe dónde vive cada cuál, pero no le veo mucho sentido, la verdad, porque todavía no conoces a nadie. He pensado que sería mucho mejor llevarte directamente al mirador de la puesta de sol. —Escudriñó la panza violeta de unas pocas nubes dispersas—. Creo que hoy va a ser de primera.

La pared roja del cráter se alzaba a lo lejos. Se oía el ruido cortante de las hélices de unos helicópteros. Alice vio destellos de flashes.

—Son vuelos turísticos —explicó Lulu—: el circo del ocaso, chica.

Alice observó los helicópteros, que volaban describiendo círculos.

—El circo del ocaso —repitió intrigada.



El aparcamiento estaba lleno de autocares, coches de alquiler, caravanas y vehículos todoterreno. Había una cacofonía creciente: conversaciones de turistas, clics de las cámaras, murmullo de ventiladores de autocar, abrir y cerrar de puertas de coches y escotillas de caravanas. Lulu paró junto a otro utilitario del parque y puso las luces de emergencia.

—Bienvenida a tu primera puesta de sol en Kililpitjara. —Lulu silbó al salir del vehículo.

Alice abrió la puerta dispuesta a seguirla, pero enseguida se paró en seco. Lulu estaba hablando con el guarda del sombrero caído y las gafas de sol.

De pronto tuvo la impresión de que su vestido era demasiado fino. Se cruzó de brazos y envidió a Lulu por llevar el uniforme unisex del parque y las recias botas de trabajo. Aunque hacía calor, se estremeció. Intentó mirar hacia cualquier sitio menos hacia él, pero Lulu no le dejó alternativa.

—Alice, te presento a Dylan Rivers. Dylan, esta es Alice Hart, nuestra nueva compañera.

Se obligó a mirarlo y se vio, reducida, en los cristales de espejo de sus gafas.

—Encantado —dijo él, tocándose el ala del sombrero—, bienvenida al País de las Maravillas.

Alice sintió un nuevo escalofrío y tuvo que concentrarse en no perder la calma.

—Gracias.

—¿Es la primera vez que te metes en la madriguera? —Dylan señaló a la multitud.

—Sí, empiezo mañana.

—Que empiece el bautismo de fuego —intervino Lulu.

Alice arqueó las cejas.

—No te preocupes, chica —dijo la joven riendo—, no te ocurrirá nada. Todos nosotros hemos pasado por esto: este sitio es así.

Dylan iba a decir algo cuando reparó en unos turistas.

—Perdonen, pero tienen que quedarse detrás de la barrera, por favor. —Hizo retroceder a un grupo que había saltado una valla y pisado plantas y flores silvestres para hacerse una foto con el cráter detrás.

Cuando volvió con Alice y Lulu, se quedó tan cerca de Alice que ella podía oler su colonia.

—A veces creo que, si no se hicieran fotos, no recordarían haber estado aquí — dijo negando con la cabeza.

—¿Todos los días viene tanta gente? —preguntó Alice.

Dylan asintió.

—Al amanecer y al ocaso. Hace dos años, las guías empezaron a calificar este sitio como «algo que hay que ver antes de morir». Desde entonces, el número de visitantes se ha duplicado. —De pronto se volvió hacia Lulu—. ¿Te ha contado Aiden lo de anoche? —le preguntó.

Ella se enderezó, como poniéndose en guardia, y negó con la cabeza.

—No, todavía no lo he visto. A él le tocaba puesta de sol anoche y a mí amanecer esta mañana. —Miró a Alice y aclaró—: Aiden es mi novio.

Alice asintió y notó una pizca de tensión en la voz de Lulu.

—Ya —continuó Dylan—. Pues ayer por la tarde, después de su ronda, Ruby entró en el cráter y encontró a un grupo de *minga* que habían salido de la pista. Estaban dentro del Kututu Kaana. Les pidió que salieran de entre los guisantes del desierto y ellos empezaron con la misma cantinela de siempre: «Tenemos derecho a ver estas flores. Somos australianos, este sitio es tan nuestro como suyo, no puede prohibirnos estar aquí». Ruby tuvo que llamar a Aiden por radio para que le enviara refuerzos. —Dylan negó con la cabeza—. Cuando he llegado al trabajo esta mañana, Ruby estaba, muy enfadada, en el despacho de Sarah. He oído a Sarah decir algo como que tenía «las manos atadas» y hablar de un informe del incidente y de una reunión del personal del parque.

—Madre mía —masculló Lulu—, ¿y a Ruby la has visto?

—No, creo que está en los terruños.

—Ya me lo imagino.

A Alice le costaba seguir la conversación. ¿*Minga*? ¿Terruños? Dylan y Lulu la miraron como si acabaran de acordarse de que estaba allí.

—Perdona —se disculpó él—. Claro, tú todavía no entiendes nada de todo esto.

—Pero pronto lo entenderás —le aseguró Lulu.

—Vale. —Alice sonrió—. ¿Qué es ese sitio que habéis mencionado?

—Kututu Kaana. El círculo de guisantes del desierto que hay dentro del cráter. Significa «jardín del corazón» —le explicó Lulu.

—Jardín del corazón —repitió Alice en voz baja.

La otra joven asintió.

—El problema es la pista: recorre el perímetro del cráter y asciende por la pared exterior hasta un mirador para visitantes que se construyó después de la Devolución, cuando este lugar fue reconocido como territorio aborigen. Desde el mirador, la pista desciende hasta el cráter y rodea los guisantes del desierto siguiendo el trazado de un sendero que existe desde hace miles de años. Tradicionalmente, ese camino era un paseo ceremonial para las mujeres. Los anangu llevan años exigiendo que se impida

el acceso al parque a los turistas. Durante un tiempo, la administración se lo planteó, pero luego, después del boom turístico, abandonó la idea.

—¿Por qué? —preguntó Alice.

—Bueno, porque el turismo significa dinero. La gente paga la entrada del parque para acercarse a los guisantes del desierto, por eso la pista que lleva al interior del cráter y al Kututu Kaana sigue abierta. Y es inevitable que los turistas intenten coger las flores para llevarse un recuerdo a casa. Pero, para las mujeres cuyos antepasados han vivido siempre aquí, como en el caso de Ruby, eso es funesto: cada flor es un trozo del corazón de Ngunytju.

—¿Ung-yu? —repitió Alice.

—Ngunytju —repitió Lulu—. Significa «madre».

«Corazón de madre». A Alice se le encogió el estómago.

—La principal preocupación es la amenaza que los turistas representan para los guisantes del desierto: si no dejan de coger flores, podrían provocar una alteración grave en las raíces y, si estas se estropean, las flores, que son literalmente el corazón de este sitio, morirán, y con ellas una parte importantísima de la historia y la cultura anangu.

Alice trató de disimular que estaban a punto de brotarle las lágrimas. No entendía por qué estaba tan molesta.

—Ya lo verás mañana en tu jornada de orientación —dijo Dylan.

Alice se quedó mirando a las masas de turistas que seguían llegando. No paraba de bajar gente de los autocares mientras que otros muchos ya charlaban, bebían champán en copas de plástico y comían canapés de salmón. Las familias abrían cestas de pícnic y montaban sillas de camping, asegurándose un buen sitio en primera fila desde donde ver los cambios de color de la pared del cráter con la puesta de sol. Algunas parejas se sentaban en el techo de sus todoterrenos y contemplaban el cielo. Había inquietud en el ambiente. «¡Estaos quietos —le dieron ganas de gritar a Alice —, prestad atención!»

A su alrededor, las finas agujas de los robles del desierto oscilaban bajo la débil luz anaranjada y unas nubecillas de mariposas amarillas revoloteaban sobre las acacias y las mulgas. Poco a poco, a medida que el sol descendía, la pared del cráter fue cambiando de color, pasó del ocre mate a un rojo intenso y luego a un morado oscuro. El sol se ocultó detrás de la línea oscura del horizonte lanzando sus últimos rayos como brasas de una hoguera que se apaga. Aquella inmensidad le recordó a Alice lo que, hacía mucho tiempo, de niña, solía sentir al contemplar el mar.

Mientras observaba el cielo, un revelador sudor frío empezó a extenderse por su piel. Se le nubló la vista y se le agarrotaron las manos, que se apresuró a esconder bajo los brazos. Cerró los ojos y apretó los párpados. «Por favor, respira», se dijo, pero el corazón le latía muy deprisa y no podía controlarlo.

—¿Estás bien? —La voz de Dylan parecía llegar desde muy lejos. Lo vio quitarse las gafas de sol y aproximarse.

El siguiente momento se convirtió en un recuerdo que Alice reproduciría más tarde una y otra vez en su mente, despacio, como buscando un instante preciso: el cielo ardiendo detrás de él, el aire seco acariciándola y el zumbido de las moscas, parecido al de las abejas de Thornfield; el susurro del viento entre las ramas de las mulgas, el murmullo de la tierra bajo sus pies, la impresión de que todo lo que hasta entonces había sentido solo habían sido ensayos para prepararla para ese instante: la primera vez que se miraban a los ojos. No fue como si le lanzaran un hechizo, ni como si la atropellara un camión, ni como si recibiera una descarga eléctrica, ni nada de todo lo que le habían descrito las Flores cuando era pequeña.

Para Alice, enamorarse fue sentir que le ardían las entrañas. Esa sensación la consumía; era como si lo conociese de toda la vida y, al mismo tiempo, como si llevara toda la vida buscándolo.

Allí estaba él.

Cuando se le doblaron las rodillas, Alice le sostuvo la mirada y cayó al suelo mirándolo fijamente.



Un mar de luz ondulaba sobre sus párpados.

—Estoy aquí, Alice. ¿Me oyes?

Vio la cara de Lulu.

—¿Sally? —preguntó Alice.

—¿Quién? —Su voz: la voz de Dylan, que estaba en cuclillas a su lado.

—Azul Alicia —dijo Alice mirándolo a los ojos.

—Está bien, solo un poco desorientada. No le pasa nada. —Lulu la tenía abrazada por los hombros—. Despacio, chica, no hay ninguna prisa. —Abrió una botella de agua y se la dio. El aparcamiento estaba vacío, el cielo estaba casi oscuro, estaban sentados en el suelo, en el charco de luz que salía del coche de Lulu.

—Tú sí que sabes hacer una buena entrada, ¿eh? —bromeó Dylan.

Alice se ruborizó.

—Lo siento —dijo.

Él esbozó una sonrisa.

—Creo que vamos a tener que estar muy pendientes de ti, Alice Hart.

—¿Has comido alguna cosa? —le preguntó Lulu arrugando la frente.

Alice hizo memoria y se acordó del sándwich que se había comprado aquella mañana en la gasolinera. Negó con la cabeza.

—Vale, pues cenas en mi casa. Vamos. —La ayudó a levantarse.

La silueta del cráter se alzaba contra la noche estrellada. Alice miró a su alrededor: el mirador tenía un aspecto muy diferente sin toda aquella gente. Su mirada se encontró con la de Dylan.

—¿Seguro que os las apañaréis solas? —Dylan no dejaba de mirarla.

—Seguro —contestó Lulu con firmeza. Rodeó el coche hasta el lado del conductor.

Dylan cerró la puerta del acompañante y le rozó el codo a Alice. A ella le ardió la piel donde él la había tocado.

—Gracias —dijo Lulu algo cortante al encender el motor.

—¡Vigílala bien! —le gritó Dylan, y echó a andar diciendo adiós con la mano.

«¡Vigílala bien!» Alice sintió una oleada de placer. Intentó seguir a Dylan con la mirada en la penumbra.

De camino a Parksville, Alice contemplaba el firmamento repleto de estrellas.

—Gracias, Lulu —dijo en voz baja.

Lulu le tocó un brazo.

—Muchos se emocionan cuando llegan aquí. Ya te lo he dicho, chica: bautismo de fuego.



Lulu se quedó junto a la valla de su jardín trasero, a oscuras, viendo el haz de la linterna que le había prestado a Alice bambolearse por el camino de tierra que separaba sus casas. Cuando Alice le hizo la señal acordada con la linterna, Lulu encendió la suya y le respondió. Luego cruzó el jardín y entró en su casa. Oyó el rumor del agua en el cuarto de baño: Aiden estaba en la ducha. Recogió los platos sucios y las botellas vacías de Coronita con una rodajita de lima metida dentro y esperó a que él acabara de ducharse para abrir el grifo y llenar el fregadero.

No había quedado nada de la cena. Lulu había preparado tacos de pescado según la receta de su abuela, que había viajado por medio mundo tras marcharse de Puerto Vallarta, México, huyendo de un matrimonio de conveniencia. El secreto era el cacao fresco. Lulu siempre añadía aunque fuera solo un pellizco, y funcionaba. Alice comió con un hambre voraz, repitió tres veces y se bebió unas cuantas cervezas hasta que en su cara apareció la sonrisa boba de satisfacción que Lulu siempre ansiaba conseguir cuando cocinaba.

También fue su abuela quien le hizo ver que tenía premoniciones. «Igual que yo», le había dicho con complicidad. La clarividencia era un don que tenían todas las mujeres de su familia, un hilo irrompible que unía a las generaciones: ver el peligro antes de que llegara, ver el trauma, aunque estuviera oculto, ver el amor antes de que floreciera.

—Confía en ti, Lupita —le decía su abuela mirándola a los ojos—. Por eso te pusimos ese nombre, que quiere decir «lobita»: tu instinto siempre te guiará, igual que las estrellas.

La abuela murió cuando Lulu tenía doce años; después, su madre, destrozada por su pérdida, abandonó aquellas costumbres ancestrales. Sacó de la casa los rosarios y demás objetos de la abuela, se acabaron el chocolate con chile picante y las calaveras de azúcar; nada de picante, ni especias, ni cuentos folclóricos, ni mariposas monarca,

ni premoniciones. Pero las visiones de Lulu continuaron. Su madre la llevó a que la viera un médico de la ciudad. «Exceso de imaginación», señaló este con una sonrisa, le dio unas golosinas a Lulu y le aconsejó a su madre que la llevara a un oculista: Lulu necesitaba llevar gafas.

—¿Han desaparecido las visiones? —le preguntó su madre, desesperada y al borde de las lágrimas.

Lulu se colocó bien las gafas y asintió. Nunca volvió a hablarle a nadie de lo que veía, pero por la noche se asomaba a la ventana y hablaba con su abuela, que estaba en el cielo.

A lo largo de la niñez, sus visiones habían ido volviéndose más vívidas: cuando oía reír a alguien, cuando olía la lluvia o veía cierta luz o cierta flor, una cortina se descorría en su mente y aparecía un fragmento de la vida de otra persona.

—No tengas miedo —le decía su abuela—. Este es tu don, Lupita.

Años más tarde, seguía teniendo visiones, aunque estas casi nunca tenían sentido: una extraña que corría por una playa, un niño desconocido que echaba un barco de papel al mar, una casa llena de flores envuelta en llamas... Sin embargo, para Lulu eran tan vívidas, tan reales como cualquiera de sus recuerdos.

Tres semanas antes de que llegara Alice, estaba en el jardín trasero de su casa plantando unas flores cuando se descorrió la cortina de su mente y un aluvión de mariposas monarca se le vino encima; la sensación del batir de sus alas en su cuerpo fue tan intensa que incluso perdió el equilibrio. Esa tarde, cuando Lulu aparcó delante de la casa de Alice y vio los adhesivos de mariposas monarca que la joven había puesto en las puertas de su camioneta, oyó la voz de su abuela:

—Guerrera del fuego.

Lulu nunca había podido relacionar una visión con alguien que conociera... hasta que Alice Hart se cruzó en su camino.

—¿Lu? —Aiden apareció por el pasillo secándose el pelo con una toalla.

—Sí, perdona. —Lulu se dio la vuelta y lo miró.

—Te preguntaba si Alice ha llegado bien a su casa.

Ella asintió. Hablaba a menudo de su abuela con Aiden, pero ni a él ni a nadie les había hablado nunca de su clarividencia. Lo había intentado un par de veces, pero nunca había encontrado las palabras adecuadas, así que al final había mentido. Por esa razón, Aiden creía que el vértigo era hereditario en la familia de Lulu y le preguntaba a menudo si estaba durmiendo bien y comiendo lo necesario para no sufrir una bajada de azúcar.

Colgó la toalla en el respaldo de una silla del comedor y se dirigió hacia el armario.

—Alice parece una chica estupenda —dijo—, aunque me temo que Dylan, como de costumbre, la ha impresionado. —Cogió una copa y la botella de vino tinto que habían abierto la noche pasada.

—Sí —coincidió Lulu. Se estremeció al recordar cómo había mirado Alice a Dylan.

—¿Sabe que tiene novia? —Aiden se sirvió vino.

Lulu abrió el grifo del fregadero y añadió demasiado jabón lavavajillas.

—No lo sé.

—Quizá deberías decírselo.

—No es asunto mío, amor. —Lulu cerró el grifo y siguió dándole la espalda.

—Yo creo que sí —la contradijo él.

Lulu metió las manos en el agua caliente y jabonosa y empezó a lavar una bandeja. Ojalá los errores del pasado fuesen tan fáciles de limpiar.

—La pobre está un poco mustia, ¿no? —continuó Aiden, y empujó suavemente a Lulu para ocupar su lugar en el fregadero. Señaló la copa de vino. Ella se secó las manos y dio un sorbo.

Interrumpieron la conversación, Lulu fue hasta la puerta trasera con la copa de vino y puso una mano en el pestillo.

—Dale las buenas noches a tu abuela de mi parte —dijo Aiden y Lulu le sonrió agradecida.

Hacía una noche tibia y plateada, el cielo estaba repleto de estrellas y había luna menguante. Se oían ladridos de perros a lo lejos. Lulu se sentó en la duna de detrás de su jardín con la copa de vino. La arena roja estaba fresca y suave. Cogió un puñado y fue soltándola entre los dedos mientras, a través de la silueta de los robles del desierto, miraba las ventanas iluminadas de la casa de Alice. En su mente se agitaban unas llamas: mariposas del color del fuego.

Al cabo de un rato se dio la vuelta y miró hacia la casa de Dylan. Estaba oscura y silenciosa. Entonces detectó un movimiento entre las sombras. Observó atentamente y, temblorosa, bebió un sorbo de vino. El recuerdo de la colonia de Dylan invadió sus sentidos.

GUISANTE DEL DESIERTO DE STURT

Significado: Sé valiente, no te rindas
Swainsona formosa / Australia Central

El guisante del desierto de Sturt (malukuru en pitjantjatjara) es famoso por sus características flores de color rojo sangre con forma de hojas, cada una con un centro negro bulboso que recuerda un ojo de canguro. En su hábitat natural es espectacular, pues forma un auténtico mar de color rojo. Poliniza por medio de las aves y prospera en regiones áridas, pero tiene unas raíces muy delicadas, lo que dificulta su propagación.

En la penumbra antes del alba, Alice y *Pip* fueron serpenteando entre los matorrales hasta la valla trasera. *Pip* movía la cola y arrastraba el hocico por el suelo, siguiendo rastros. Subieron por la duna de arena y bajaron por el otro lado a las pistas de fuego, como Aiden le había explicado que se llamaban los senderos que rodeaban Parksville.

—Son cortafuegos —dijo—: sirven para evitar que las llamas se propaguen si se produce un incendio forestal.

Alice había asentido procurando parecer interesada, pero por dentro se estremeció. Dio un largo trago de cerveza para ahuyentar los recuerdos del humo y del fuego.

Mientras Lulu cocinaba, había estado charlando con Aiden, fascinada por la casa y la compañía de los dos. Más tarde la cautivó la risa ronca de Lulu, los tacos picantes, los tiestos de aloe vera y chiles verdes pintados de colores chillones, los estantes llenos de libros, los autorretratos de Frida Kahlo enmarcados.

Alice sentía una abrumadora nostalgia, aunque no sabía exactamente de qué. Volver a su casa, casi vacía y que aún olía a cloro, fue un jarro de agua fría. Se acostó anhelando paredes pintadas de colores, tiestos de colores alegres y libros con los que llenar las estanterías vacías.

Alice y *Pip* pasaron entre unos robles del desierto y llegaron a la carretera de circunvalación. La cruzaron y se metieron en campo abierto para tomar la pista que ascendía zigzagueando junto al muro y desaparecía al llegar arriba.

—Vamos, *Pip*.

Empezaba a clarear, sus botas hacían crujir la arenilla del suelo.

Cuando llegaron al mirador, Alice tenía el cuello de la camiseta empapado de sudor. La perra se dejó caer a su lado jadeando. Alice ahuyentó unas moscas negras que zumbaban ante su cara y miró a su alrededor. A ambos lados de la plataforma, las paredes de roca de color ocre ascendían en una especie de ola circular, consecuencia del violento impacto. En el centro del cráter, formando un círculo perfecto, había un jardín silvestre de guisantes del desierto en flor: el corazón de una madre, un ondulante mar rojo. El suelo del cráter estaba cubierto por una sorprendente capa de hierba de color verde lima. El Kututu Kaana era más impresionante de lo que Alice

había imaginado; hacía honor a todas las historias que había leído, oído o imaginado sobre los oasis del desierto.

«Sé valiente, no te rindas».

De pronto, sin previo aviso y sin piedad, la desgarró una brutal añoranza de su madre, su abuela y las otras mujeres a las que había dejado atrás. El dolor la hizo gemir y se mordió con fuerza el labio inferior hasta hacerse sangre.



Más tarde, ya en casa, Alice se duchó y se preparó para su primer día de trabajo. Prestó mucha atención al ponerse el uniforme verde de guarda y examinó en el espejo las insignias circulares de las mangas de la camisa. Pasó los dedos por los guisantes del desierto que había bordados en el centro de la bandera indígena. Qué diferente era de su delantal de Thornfield: nunca antes había tenido la satisfacción de lucir un uniforme ganado con sus propios méritos.

Se ató los cordones de las duras botas nuevas y cogió su mochila y su sombrero. Le dio un beso en el hocico a *Pip*.

—No juegues con las serpientes, ¿vale?

La encerró en el garaje, subió a la camioneta y recorrió Parksville admirando el cielo, del color del lapislázuli, y la luz matutina, que recordaba el citrino.

Cuando aparcó la camioneta frente a la oficina central, empezó a latirle muy deprisa el corazón. Respiró acompasadamente intentando serenarse.

—*Wiru mulapa mutuka pinta-pinta* —dijo una débil voz junto a la ventanilla.

—¿Perdón?

Alice se llevó una mano a la frente para hacer visera y vio a una mujer de pie junto a la camioneta. Llevaba la misma camisa que ella y el pelo recogido con un pañuelo negro, rojo y amarillo debajo de un sombrero Akubra; completaban su atuendo unos pantalones blancos con estampado de periquitos verdes, amarillos y azules, y varios collares de semillas rojas y brillantes. Era una imagen tan inesperada y alegre que Alice no pudo evitar una sonrisa.

—Me llamo Ruby. —La mujer le tendió la mano y Alice bajó de la camioneta y se la estrechó—. Decía que me encantan las mariposas de tu camioneta.

—Ah. —Alice rio un poco nerviosa. Miró los adhesivos que había puesto en las puertas y pensó en todo lo que ocultaban—. Gracias.

—Soy la jefa de guardas y tengo esta mañana para entrenarte. Por la tarde ya estarás trabajando con los demás. —Ruby se dirigió hacia un coche—. Conduce tú. —Le lanzó las llaves.

—Ah, vale. —Alice se apresuró a meterse en el coche y estiró un brazo para quitar el seguro de la puerta del acompañante.

—Vamos hacia la circunvalación —le dijo Ruby tras subirse también.

—De acuerdo.

La actitud de Ruby le recordaba mucho a Twig. Intentó pensar en algo que decir, pero las palabras se le secaban en la lengua como si estuvieran hechas de aquel polvo rojo.

—Formo parte del consejo de sabios de la comunidad —dijo Ruby al cabo de un rato— y me corresponde entrenar a los guardas nuevos. Les enseño las historias que pueden contarle a la gente. También soy poeta y artista, presido el Consejo de Mujeres del Desierto Central y vivo con un pie aquí y otro en Darwin. Mi familia...

—Debe de suponer un contraste enorme —la interrumpió Alice, impaciente por tener una oportunidad para participar en la conversación— ir y venir de la ciudad al parque... —Intentó hacer una pausa y tomar aire—. ¿Y también eres poeta? A mí me encantan los libros, me encanta leer. Siempre me había gustado mucho escribir cuentos, pero lo dejé después de la adolescencia. —Se dio cuenta, horrorizada, de que los nervios la estaban haciendo hablar más de la cuenta; no podía parar.

Ruby asintió educadamente, pero no siguió hablando. Tampoco la miró. Alice se mordió el labio inferior. No debería haberla interrumpido. ¿Tenía que disculparse o era mejor intentar cambiar de tema? ¿Estaría esperando Ruby a que le hiciera preguntas sobre el Kililpitjara? ¿Qué podía preguntarle? ¿Había algo que no debiera preguntar?

Alice intentó concentrarse en cambiar las marchas con suavidad y en no ir demasiado deprisa. Cuando ya estaban cerca del aparcamiento principal para visitantes, sonó una voz por la radio del vehículo.

—Parques nacionales diecinueve, diecinueve, aquí siete-siete, cambio.

Fue como si la voz de Dylan corriera por el torrente sanguíneo de Alice, que agarró el volante con fuerza. Ruby se inclinó hacia delante sin decir nada y apagó la radio.

—Para aquí —dijo señalando el aparcamiento.

La falta de confianza en sí misma hizo presa de Alice. ¿Estaba actuando de un modo tan obvio? ¿Acaso Ruby pensaba que le interesaba más Dylan que hacer un buen papel en su primer día de trabajo? ¿Y acaso eso no era cierto, en cierta medida? «Basta, por favor», se suplicó a sí misma.

Ruby abrió la portezuela y bajó del coche. Alice la siguió. Cuando llegaron al sitio donde arrancaba la pista, Alice se detuvo para leer una serie de letreros informativos. Ruby volvió y se puso a su lado.

—Así que los turistas saben que el Jardín del Corazón, en el centro del cráter, es sagrado y que está prohibido coger flores, ¿no? —le preguntó Alice.

Ruby asintió.

—Lo dice en las guías, en los folletos y en los letreros informativos. Invitamos a los visitantes a venir y conocer las historias de este lugar, pero les rogamos que no cojan nuestras flores.

Alice se acordó de la conversación que había oído la noche anterior.

—Pero de todos modos las cogen.

—Sí, de todos modos las cogen —contestó Ruby, y se puso en marcha con las manos asidas detrás de la espalda.

Caminaron en silencio. La pista de tierra roja discurría por el perímetro exterior del cráter, junto a matas achaparradas de spinifiex, emus y pasto salinas, entre grupitos de altas acacias y delgados robles del desierto. Al cabo de un rato llegaron a una gigantesca roca roja situada ante la entrada de una pequeña cueva como si se tratara de una puerta abierta. Ruby la rodeó y entró. Alice fue tras ella; estaba jadeando de calor.

—¿Tienes *kapi*? —Ruby la miró en la penumbra con una ceja levantada.

Alice la miró a su vez, sin contestar, mientras su vista se acostumbraba a la escasa luz.

—*Kapi*, agua.

Alice se dio cuenta de que se había dejado la mochila con el agua y el sombrero en la camioneta, en la oficina central. Negó con la cabeza mientras se lo reprochaba en silencio.

—A partir de ahora acuérdate de llevarla siempre contigo, a todas partes —dijo Ruby negando con la cabeza. Se dio la vuelta y miró hacia el techo de la cueva.

Alice no podía creer que hubiera cometido semejante estupidez: había que ser muy inútil para meterse en el desierto sin agua.

Al cabo de un rato se calmó lo suficiente para darse cuenta de que Ruby estaba hablando en voz baja. Sobre sus cabezas, por todas partes, había símbolos de color ocre, blanco y rojo pintados en la roca. Dejó que Ruby le explicara el significado de las marcas que las mujeres habían pintado hacía miles de años y que contaban historias sobre guisantes del desierto, madres, hijos y estrellas.

—A esta tierra es adonde las mujeres de mi familia siempre han traído sus historias. Para dar testimonio, para lamentarse, para honrar lo que han amado. Es un lugar triste, por eso no vivimos aquí.

Alice se acercó más a las pinturas.

—La pista que lleva al Kililpitjara sigue el camino ceremonial que rodea el Kututu Kaana, donde el corazón de la estrella madre hace crecer el *malukuru*. —Ruby seguía hablando en voz baja—. Por eso le pedimos a la gente que no coja las flores: cada flor es un trozo de ella.

Se quedaron calladas. Ruby hizo una inclinación de cabeza, con lo que dio a entender que había terminado, se volvió y salió de la cueva, pero Alice se quedó dentro un momento más, hechizada por aquellas muestras de arte rupestre y profundamente agradecida de haber conocido a Sarah en Agnes Bluff.

Cuando alcanzó a Ruby, se preguntó cómo debía de sentirse una persona que tenía que luchar constantemente para proteger un lugar y una historia que habían sido fundamentales para su cultura desde tiempos remotos. ¿De dónde sacaba las fuerzas para seguir luchando? ¿Y quiénes eran esos ignorantes que no respetaban las tradiciones de aquel lugar y arrancaban los guisantes del desierto sin tener en cuenta

que estaban arrancando trozos del corazón de la estrella madre? Había señales y letreros por todas partes, nadie podía alegar ignorancia.

Ruby continuó caminando y ella la siguió. Se sentía insegura y no tenía ni idea de qué se esperaba de ella, así que decidió no hacer más preguntas.



La pista conectaba con la circunvalación en un punto llamado Kututu Puli, donde un banco y un depósito de agua protegidos con una marquesina ofrecían una buena panorámica de la pared del cráter que se elevaba majestuosamente: una cascada de piedras rojas recubiertas de líquenes verdes y plateados. Alice estaba embelesada, pero pensó en el depósito de agua, fue hacia allí y bebió hasta que no pudo más.

—Aquí es normal tener sed —dijo Ruby—: es donde el corazón de Nguntju prendió y se quemó tras impactar contra la Tierra. Eso son esas rocas: trozos de su corazón en llamas. Los líquenes son el humo que todavía sale de las brasas y que mancha la pared del cráter.

Alice no quiso mirar a Ruby por temor a que viera que tenía lágrimas en los ojos y decidiera, de una vez por todas, que no servía para aquel trabajo.

—¿Tú también vives en Parksville? —Alice se agarró a lo primero que se le ocurrió. ¿Por qué no seguía interesándose por la historia del cráter, que era lo que necesitaba saber para hacer bien su trabajo? Volvió a maldecirse por lo bajo.

—*Uwa* —asintió Ruby—, pero solo cuando vengo aquí a entrenar a guardas, a enseñaros nuestra cultura. Como ya te he dicho, mi familia no vive aquí. Es un lugar triste, no es un sitio para vivir. —Ruby se sacudió el polvo de las manos—. ¿Quieres continuar?

—Sí —contestó Alice. Se moría de ganas de preguntarle por qué, si aquel no era un sitio adecuado para vivir, otros sí vivían allí.

Siguieron caminando en silencio alrededor del cráter. Se cruzaron con un nutrido grupo de turistas que regresaban al aparcamiento principal. Alice los miró con recelo: ¿alguno de ellos habría cogido guisantes del desierto? Vio pasar unas golondrinas trisando. Los rayos de sol atravesaban las copas de los eucaliptos y proyectaban parches de luz en el suelo. Al final, la pista se desviaba de la sombra de los árboles y empezaba a trepar por la pared del cráter: el mismo camino que Alice había encontrado esa mañana con *Pip*. Se hizo visera con una mano para protegerse de la luz. Todavía no era ni media mañana, pero bajo el sol directo la temperatura debía de alcanzar casi los cuarenta grados.

En el mirador, Ruby se sentó a descansar. Alice la imitó y contempló el corazón de guisantes del desierto.

—*Kungka*, voy a contarte la historia de este sitio —empezó Ruby.

—Ah, sí —dijo Alice—. Ya la he leído en internet. Sé que el corazón de la madre cayó aquí después de que su bebé se precipitara hacia la Tierra y formase otro cráter cerca de aquí. —No podía estarse callada.

Esta vez Ruby ni siquiera la miró. Apretó la mandíbula, se levantó y bajó del mirador por la pista que conducía al interior del cráter.

Alice la vio marcharse sin saber qué hacer y sin poder dar crédito a su propia estupidez. «Pero ¡cállate, joder!», se dijo. Nunca había deseado impresionar a nadie tanto como a Ruby, pero lo estaba estropeando todo con su verborrea nerviosa.

Apoyó la cabeza en las manos. Nunca había hecho ninguna entrevista de trabajo ni ninguna orientación, ni había realizado ningún tipo de formación como aquella. Nunca había estado fuera del alcance de la mirada protectora de June. Aquella era su primera oportunidad real de hacer algo por sí misma, para sí misma, y la estaba cagando a base de bien.

«Sé valiente, no te rindas».

Se incorporó y se arregló el uniforme. Asintió con determinación y siguió a Ruby al Kututu Kaana.



Bandadas de pájaros verdes sobrevolaban el cráter. Dentro, la temperatura era asfixiante, del suelo ascendían auténticas oleadas de calor.

—Esos *tjulpu*... —dijo Ruby, riendo y agitando los brazos para ahuyentar a los pájaros— son unos descarados.

Cuando se acercaron a las flores, Ruby las señaló y se dispuso a decir algo. Esta vez, Alice permaneció callada.

—Los *minga* vienen porque han oído la historia, pero cuando llegan aquí cierran los oídos: quieren la historia, pero no la oyen; solo la oyen si se llevan un trocito a su casa. —Ruby hablaba con voz triste, pero al mismo tiempo firme—. Muchos visitantes salen de la pista y ponen en peligro las raíces. Estos *malukuru*, estas flores, son fuertes, hace miles de años que crecen aquí, pero sus raíces son muy delicadas: si lastimas las raíces, puede morir toda la planta. En serio. Le pedimos a la gente que no salga del camino, pero no hay manera: siguen haciéndolo. Entran en el círculo para coger flores. Se llevan un trozo del corazón de Ngunytju. Así, estropearán las raíces. Y si las raíces enferman, enfermaremos todos.

Alice esperó un poco antes de hablar.

—Podredumbre radicular —dijo—. Los guisantes del desierto de Sturt son vulnerables a la podredumbre radicular: son más sensibles a las alteraciones de sus raíces que a la sequía extrema.

Ruby adoptó una expresión de sorpresa y aprecio.

—¡Eh! —dijo, dándole un codazo cariñoso—. Sabes muchas cosas sobre nuestras flores de corazón. Eres *ninti pulka*, ¿no, *kungka*? —Sonrió—. Eres muy lista.

Alice, que estaba tensa y con los hombros encogidos, se relajó y respiró aliviada.

—Eres buena persona, *kungka*. —Ruby rio mientras empujaba una piedra con la punta de la bota—. Solo necesitas cerrar un poco la boca y escuchar más. Tienes que calmar esos pensamientos que rondan por tu cabeza: son como estos descarados

tjulpu —añadió, y señaló los periquitos del estampado de sus pantalones—. Así podrás entender la historia de este sitio.

Alice asintió, pero no se atrevió a mirarla a los ojos.

Ruby le tiró de la manga.

—Oye, cuando llevas nuestra bandera en los brazos —señaló las insignias de la camisa de Alice— tienes la responsabilidad de contarles la verdadera historia de este sitio a los *minga* que vienen desde todos los rincones del mundo. —Una ráfaga de viento caliente a su alrededor hizo susurrar el círculo de guisantes del desierto—. Este es un lugar triste, un lugar sagrado para el amor, la tristeza, el descanso y la paz. Aquí se acumulan las historias y las ceremonias de las mujeres desde hace miles de años. Las de mis antepasadas, que criaban a sus hijos y cuidaban esta tierra mientras ella las cuidaba a su vez. Los *malukuru*, estas flores, mantienen vivas esas historias. Necesitamos trabajar unidos para protegerlas. A partir de ahora, también será tarea tuya —dijo Ruby señalando a Alice—. ¿*Palya, Kungka Pinta-Pinta?*

Alice se quedó mirándola.

—¿Vale, Muchacha Mariposa? —tradujo Ruby, risueña.

«¿Qué quieres ser de mayor, Bicho?» Alice estaba con su madre en el jardín de helechos; Agnes tenía en las manos un tarro de fertilizante. El sombrero de ala ancha le tapaba la cara. Alice no tuvo que pensárselo mucho: «mariposa o escritora», contestó sonriendo; cualquier cosa que le permitiera estar cerca del jardín de su madre o entre las páginas de los libros.

—¿*Palya, Kungka Pinta-Pinta?* —repitió Ruby.

—*Palya* —contestó Alice.

Ruby se dio la vuelta y, con las manos cogidas detrás de la espalda, empezó a andar alrededor de las flores por la pista por la que se salía del cráter. Alice miró por última vez los guisantes del desierto, dio media vuelta y siguió a Ruby.



Después de comerse unos sándwiches y beber un zumo en la cafetería del centro de visitantes, Ruby se llevó a Alice a un rincón.

—Antes de que salgas a trabajar esta tarde, quiero enseñarte una cosa —dijo con una expresión que intrigó a Alice.

Esta siguió a Ruby por una escalera que conducía a un almacén de la azotea del centro de visitantes. Estaba abarrotado y dentro hacía un calor sofocante; se hallaba lleno de estantes con grandes cajas de plástico. Ruby se dirigió a un estante y bajó una de aquellas cajas, levantó la tapa y le hizo una seña a Alice para que mirara dentro: estaba llena de cartas, algunas impresas, otras escritas a mano. Dentro de cada una había un guisante del desierto prensado y seco.

—Flores de disculpa —explicó Ruby— de personas que las cogen como recuerdo, se las llevan a casa, a sus países de origen, y luego empiezan a sospechar

que la mala suerte que tienen en la vida es una maldición por no haber respetado nuestra cultura. —Señaló los estantes que tenía detrás, llenos de cajas como aquella.

Alice se inclinó sobre la que estaba abierta.

—Adelante —la animó Ruby.

Alice hurgó un poco y se quedó impresionada al ver la cantidad de flores que la gente había cogido y devuelto. Había sobres con sellos de todos los países del mundo y todos contenían cartas en las que se disculpaban y pedían que los liberasen de la «maldición». Le llamó la atención una escrita a mano, la desplegó y un guisante del desierto seco cayó en la palma de su mano. Leyó en voz alta:

Mi marido enfermó en cuanto nos marchamos del Kililpitjara. Cuando llegamos a nuestra casa en Italia descubrimos que tenía cáncer. Unos días más tarde, nuestro hijo tuvo un accidente de tráfico en un autocar. Y luego se nos inundó la casa. Por favor, acepten nuestras más sinceras disculpas por no haber respetado su hermoso país cuando lo visitamos. Por favor, libérennos de cualquier otra tragedia. Estamos muy arrepentidos de haber cogido las flores del cráter y de habernos llevado algo que no era nuestro.

Alice se echó hacia atrás, sin dar crédito.

—¿Todas dicen lo mismo? ¿Todas piden perdón y que las liberen de «la maldición»?

—Exacto —confirmó Ruby—. «La maldición»: un mito que ha viajado por todo el mundo desde que los *minga* empezaron a venir aquí.

—Pero... no es real, ¿no? —preguntó ella con cautela.

—¡Claro que no es real! Es producto de la imaginación de quienes saben que han hecho algo que no está bien.

Alice se puso a pensar en lo que June le había confesado arrastrando las palabras la noche que se había marchado de Thornfield.

—No podemos esconder que hemos hecho algo que está mal —dijo—, aunque intentemos enterrarlo en lo más hondo de nosotros mismos. —Al ver que Ruby la observaba atentamente, volvió a dejar la carta en la caja y se frotó las manos—. ¿Les contestáis? ¿Les decís que «la maldición» es un invento y que no tiene nada que ver con vuestra cultura?

—¡Ja, ja! —Ruby rio con aspereza—. Tengo mejores cosas que hacer que correr detrás de los *minga* y hacerles los deberes, enseñarles lo que habrían aprendido si hubieran abierto los ojos y prestado atención cuando lo tenían delante.

Alice asintió, asimilando las palabras de Ruby.

—Es que parece mentira que haya tantas —dijo, y volvió a hurgar entre los sobres.

—Por eso nos da tanto miedo que los visitantes estropeen los *malukuru*. Aún hay más cartas en la azotea de la oficina central. Hemos empezado a organizar reuniones para decidir qué hacemos con ellas. Hay un par de universidades interesadas en catalogar todas las historias, pero tendrían que darse prisa: nos estamos quedando sin sitio para guardarlas.

Alice recordó una conversación que había mantenido de pequeña con su madre. «Un incendio es una especie de hechizo para transformar una cosa en otra».

—No sé, podríais... quemarlas —farfulló.

Ruby la miró reflexiva.

—Quizá.



Cuando llegó a su casa esa noche, Alice apenas podía mantener los ojos abiertos. Entró tambaleándose por la puerta, encendió el aire acondicionado y se quedó bajo la ducha de agua fría viendo cómo el agua se tornaba roja por culpa del polvo acumulado.

Después de comer había estado trabajando con Lulu.

—¿Te ha enseñado Ruby las flores de disculpa? —le había preguntado Lulu cuando salieron juntas al campo, después de que Alice le describiera lo que había estado haciendo durante la mañana.

Alice asintió con la cabeza.

—Vaya, pues debes de haberle causado muy buena impresión, chica: Ruby no le enseña esas flores a nadie, a menos que le caiga muy bien.

Recordando las palabras de Lulu bajo el chorro de la ducha, Alice se sonrojó de satisfacción: había hecho algo bien.

Después compartió con *Pip* una hamburguesa vegana que había comprado en la cafetería y se metió en la cama antes de la puesta de sol. El aire olía a tierra caliente y al dulce final de su primer día de trabajo.

Sus sueños se llenaron de imágenes de June. Cada vez que su abuela abría la boca para hablarle, lanzaba un torrente de flores secas marrones y marchitas.



En el patio de su casa, a la hora de la puesta de sol, Ruby observaba los arcoíris que se formaban en el chorro de agua mientras regaba las plantas de sus tiestos. El olor mineral de la tierra roja y mojada, como una canción, la hacía recordar a su madre y a sus tías. En el cielo se mezclaba una paleta de rosa arcilla, ocre y gris piedra. Los tres perros de Ruby se perseguían unos a otros a lo largo de la valla del jardín trasero con las orejas gachas de pura alegría. A aquella hora, el momento más relajado del día, era cuando más hacían el payaso.

Después de colgar la manguera, fue a buscar el hacha y cortó unas ramas de *wanari*. La madera de *wanari* era la mejor para el fuego de cocinar: ardía a una temperatura muy alta. Cuando amontonaba la leña en el hoyo para hacer fuego se le clavó una astilla en el dedo. Se lo chupó. Luego recogió hojas secas de roble del desierto y las metió entre las ramas. Encendió dos o tres cerillas y el fuego empezó a arder.

Ruby se sentó en un tronco con una libreta y un bolígrafo y relajó los hombros. Cerró los ojos y se tranquilizó. Sentía el peso de su familia ausente. Desde que era niña y se la quitaron a su madre, la única constante de su vida era esa ausencia de su familia. Era una especie de invisibilidad visible: lo único que Ruby jamás dejaba de ver era a quienes no estaban con ella.

Mientras su cena se cocinaba en una sartén sobre el fuego y el cielo empezaba a oscurecerse, Ruby retiró el capuchón del bolígrafo y abrió la libreta.

Contempló las llamas y esperó.

Las estrellas se arremolinaron en el cielo, los perros se echaron a dormir y sopló la tibia brisa del desierto. Ella esperó.

El nuevo poema descendió de las estrellas y la buscó, como hacían casi todos los poemas. Se revolcó por las dunas de arena y revoloteó por el país de su madre llevándole tierra, humo, amor y pena.

*Siempre existen semillas que nos unen
o llevadas por el viento nos separan.*

¿Sopla el viento desde el origen?

¿Proviene del padre o de la madre?

¿Apartará de mí mis orígenes?

¿Continuarán tan lejos si me marchó?

¿Se detendrá el viento, sofocado?

¿Me quedaré, para morir tan lejos?

Ruby dejó el bolígrafo y se frotó las manos. Le temblaban, como le pasaba siempre que sus antepasadas le regalaban un poema. Al cabo de un momento volvió a cogerlo y escribió «Semillas» en la parte superior de la página.

Condimentó su bistec de *malu* y le dio la vuelta, untó abundantemente las patatas fritas con mantequilla de ajo. Entonces se recostó y vio danzar las llamas. El humo subía formando volutas hacia el cielo.

Mientras se servía la cena, recordó cómo había reaccionado Alice cuando le había enseñado los estantes con las flores de disculpa. Ruby había visto a muchísima gente llegar y marcharse del Kililpitjara, sabía distinguir a los que estaban perdidos y sin rumbo de los que eran sinceros y buscaban algo con la misma facilidad con que les quitaba las garrapatas a sus perros. Cuando vio a Sarah llegar con Alice, temblorosa y pálida, Ruby no se había fijado mucho en ella, pero después de la mañana que habían

pasado juntas había cambiado de idea. Había visto algo en Alice Hart, ese coraje que un superviviente reconoce en otro superviviente. Ruby no sabía qué estaba buscando Alice, pero ardía en su interior con suficiente intensidad como para que el fuego se asomara a sus ojos.

ESPINIFEX

Significado: Placeres peligrosos
Triodia / Australia Central

El espinifex (tjanpi en pitjantjatjara) es una planta herbácea punzante y muy resistente que crece en la región de arenas rojas del interior de Australia. Aguanta muy bien en las tierras más pobres y áridas del desierto. Forma matas y sus raíces llegan muy hondo, a menudo hasta una profundidad de tres metros. Los anangu utilizan su resina para fabricar adhesivo.

Alice se metió de lleno en la rutina del Kililpitjara. Siguió haciendo sesiones de orientación con Ruby, que le enseñaba las leyendas de la región, y se hizo íntima de Lulu, con la que compartía la rutina de diez días de trabajo y cuatro festivos. Alice escuchaba con atención y aprendía mucho de ambas mujeres. Con una voz sonora, guiaba a los turistas al interior del cráter día tras día; les contaba su historia y los invitaba a ayudar a proteger el Jardín del Corazón. Se emocionaba cuando los visitantes manifestaban empatía. A medida que pasaban las semanas, se iba convenciendo de que, durante sus explicaciones, nadie había cogido guisantes del desierto.

Después del trabajo, cuando empezaba a refrescar, Alice y Lulu salían a pasear por los cortafuegos, o se sentaban en el jardín de una casa o de la otra y bebían café solo y comían el chocolate con chile picante de Lulu. Bajo un cielo que parecía hecho de piedras preciosas, Lulu le contaba a Alice historias de su abuela, una mujer que llevaba anillos de turquesa en todos los dedos y tenía el pelo tan grueso que rompía los peines cuando intentaba peinárselo.

—¿Y tú, Alice? Háblame de tu familia.

Ella no se atrevía a contarle la verdad. Se inventaba anécdotas sobre sus padres y sus siete hermanos; lo que hacían y a qué jugaban cuando eran pequeños, las aventuras que habían vivido juntos, lo felices que eran en su casa junto al mar.

Le costaba tan poco inventárselas que ni siquiera tenía la impresión de estar mintiendo. Para ella eran reales: estaban sacadas de los mundos donde ella había crecido, de las páginas de sus libros.

Por la noche, cuando se quedaba sola, trabajaba en sus libretas de flores. Aquellas flores prensadas y dibujadas se habían convertido en su consuelo y su bálsamo: eran su historia. Hablaban de recuerdos de infancia; de soledad y desconcierto; de la vida que había vivido sin su madre; del resentimiento, el dolor, el miedo y la culpabilidad. Allí estaban sus sueños no cumplidos, su penitencia, su anhelo de dejarse consumir por el amor.

Al cabo de unos pocos meses, dejó de sentirse tan escandalosamente incompetente. Conocía a todos los empleados del parque por su nombre y había memorizado la información fundamental: qué días llegaban las provisiones por tren

de carretera y cuántos viajes de ida y vuelta de Parksville al centro turístico podía hacer antes de que se encendiera la luz de la reserva de su camioneta. El Kililpitjara se convirtió en un sitio donde Alice se sentía segura. Allí no existía el pasado. Nadie sabía de su vida entre la caña de azúcar ni entre las flores. En el desierto podía ser ella sin más. Acababa las jornadas de trabajo con los músculos doloridos, los nudillos pelados y una sensación de agotamiento físico tan grande que ya no soñaba con fuego. El desierto la fascinaba: sus colores, su extensión, su extraña y abrumadora belleza. Los días que no tenía turno de amanecer, Alice se pasaba la mañana con *Pip* e iba andando hasta el mirador.

Cuando veía los guisantes del desierto siempre se le llenaban los ojos de lágrimas; confiaba en esas flores para mantenerse centrada y entera. Le había enseñado a *Pip* algunas de las instrucciones que utilizaba con *Harry*, aunque no las necesitara. No había vuelto a desmayarse, el corazón solo se le aceleraba cuando estaba cerca de Dylan Rivers.

Una tarde, al final de su turno de diez días, Alice y Lulu estaban en el taller al aire libre lavando los coches. Habían puesto la música a todo volumen y estaban haciendo planes para los cuatro días de fiesta cuando Dylan entró por la verja de seguridad. Alice se bajó las gafas de sol de la frente a los ojos.

—*Kungkas* —dijo Dylan, bajando la ventanilla, al llegar a su lado—. ¿Cómo va todo?

Alice asintió y esbozó una leve sonrisa. No podía hablar. Lulu la miró y luego miró a Dylan.

—Es nuestro día diez, así que muy bien —le respondió con frialdad.

—Qué envidia —contestó él sin dejar de mirar a Alice—, a mí me queda la mitad.

Su descaro hizo que se sintiera incómoda; le parecía como si Dylan pudiera ver a través de ella, hasta su corazón, y saber de qué estaba hecho: de sal, de flores autóctonas, de leyendas y del deseo desesperado que sentía por él. Cuando Lulu le dijo que Dylan tenía novia, Julie, una guía turística que vivía en otro pueblo, Alice se puso enferma de celos.

—¿Habéis planeado algo para estos días libres? —les preguntó él.

Alice percibió el olor de su piel y de la colonia dulce y fresca que llevaba; le recordó a las hojas verdes al abrirse. Sintió el impulso de correr, de meterse en el coche con él y largarse, de atravesar el país y ver todos los amaneceres y todos los ocasos que fuese necesario hasta llegar a la costa oeste, donde podrían pasar del polvo rojo a la arena blanca y empezar de nuevo junto al mar azul turquesa. A Alice se le daba bien empezar de cero.

—¿Verdad, Alice? —La pregunta de Lulu la sacó de su ensimismamiento. No tenía ni idea de qué le había preguntado, así que asintió y sonrió con aire distraído.

—Genial. Bueno, me voy. Pasadlo bien. —Dylan arrancó, sacó una mano por la ventanilla y la agitó lentamente. Llevaba varios anillos de plata en los dedos y unas tiras de cuero en la muñeca.

—No lo hagas —dijo Lulu en voz baja, muy seria—. Es complicado y solo conseguirías hacerte daño. No lo hagas.

Alice desvió la mirada. Con el rabillo del ojo vio el perfil de Dylan alejarse del patio. Los pilotos traseros de su coche destacaban en la luz del atardecer.

—Es genial como amigo, chica —la previno Lulu—, pero nada más. Con él no estás más segura que la niña del cuento de hadas que se adentra en un bosque oscuro.

Alice se alegró de que hubiera poca luz y confió en que su amiga no pudiera ver su cara. Lulu metió la esponja en el cubo de agua jabonosa y empezó a fregar el parabrisas.

—Te has acostado con él, ¿verdad? —le preguntó Alice, también en voz baja.

Lulu la miró y luego bajó la vista.

—Es solo que no quiero que te hagas daño.

Alice sintió vértigo. No soportaba imaginárselos juntos, imaginárselo con otra mujer que no fuese ella.

Lulu siguió limpiando el parabrisas y volvió a meter la esponja en el cubo. Suspiró y dijo:

—No sé qué es lo que has dejado atrás, pero sí sé que has venido aquí a recomponerte. Concéntrate en eso, chica. No paras de decirme cuánto te gusta mi casa y que te gustaría que la tuya se le pareciera, y sin embargo sigues viviendo como si fueras una monja. Decórala, ponla bonita. Aprovecha los fines de semana para ir de excursión y explorar sitios nuevos. Hay mucho que ver, aparte del cráter; cerca de aquí hay un cañón desde donde se ve una puesta de sol espectacular, hay que verlo para creerlo. Cuídate, por favor. Cuida tu vida aquí. —Lulu le señaló el corazón—. No le regales todo lo que tienes a alguien que no se lo merece.

Alice no sabía qué decir. No había hablado con nadie de lo que había dejado atrás, pero Lulu se lo había imaginado.

Después de recoger, volvieron a casa juntas bajo la acuarela oscura del cielo.

—¿Vienes a cenar a casa? —le preguntó Lulu alegremente—. Voy a hacer enchiladas de queso con mucho guacamole.

—Uy, no, ni hablar —bromeó Alice.

Se encaminaron hacia la casa de Lulu, pero Alice no logró sacarse de la cabeza la conversación que acababan de tener. Le siguió la corriente, se rio de sus chistes, pero en el fondo seguía preguntándose si Lulu se había acostado con Dylan. ¿Por qué su amiga no le había dado una respuesta clara?

Más tarde, en su casa, cuando se iba a meter en la cama, se dijo que tenía que parar de pensar en eso. Como Lulu le había recordado, ella tampoco había sido muy sincera sobre su pasado. Alice sabía mejor que nadie que había historias que era mejor no contar.



Alice se esforzó en hacerle caso a Lulu. Fue al centro turístico el día en que el camión hacía el reparto en la tienda y llenó un carrito con plantas, una hamaca, una caja de guirnalda de luces y varias lámparas solares de jardín. Cogió del taller del parque unas cuantas cajas y latas de pintura sobrantes, pintó las cajas de verde, las puso del revés y colocó los tiestos encima; clavó las lámparas de jardín en el suelo de tierra roja del jardín, colgó la hamaca y enredó la guirnalda de luces alrededor de las vigas del porche trasero. Iba acumulando tesoros, como las urracas, y se decía a sí misma que lo hacía por su propio bien, para cuidarse y fortalecerse.

Se pasaba horas comprando por internet. Compró sábanas nuevas y una funda de nórdico con estampado de mariposas, además de una cortina para la ducha también con mariposas y un mantel con estampado de mariposas monarca. Encontró un sitio web de aromaterapia y compró un quemador, velitas para todo un año y un surtido de aceites esenciales. Una noche se quedó un buen rato mirando la estantería, vacía a excepción de sus libretas de Agnes Bluff; buscó luego una librería online y encargó todos los libros que pudo pagar. Cuando llegaron las cajas, las abrió y colocó los libros en los estantes con tanto cariño como si fueran plantones, especialmente los cuentos sobre *selkies*.

Como sus horarios no coincidían, no tenía ninguna razón para ver a Dylan. Cuando se cruzaban por el camino o en el patio de trabajo, agachaba la cabeza. Para mantenerse ocupada cuando no tenía turno de tarde, llevaba a pasear a *Pip* alrededor del cráter. Iban hasta Kututu Puli y veían ponerse el sol sobre las piedras rojas recubiertas de líquenes. Si se lo proponía, a base de caminar conseguía apagar la llama abrasadora del amor. Quizá lo que sentía por él fuese una especie de fiebre, quizá podía controlarla.



Su siguiente día libre se lo pasó dando vueltas por la casa, nerviosa. Lulu y Aiden estaban ocupados, Ruby no estaba en el parque, ella ya había ido a dar su paseo de la mañana y de la tarde, había limpiado, había ido al pueblo a comprarle un juguete nuevo a *Pip*... A las seis de la tarde, el cielo ya estaba lo bastante oscuro para encender la guirnalda de luces y rendirse, por fin, a los pensamientos sobre Dylan a los que llevaba todo el día resistiéndose.

Salió fuera, al crepúsculo morado y brumoso. Desde la primera noche en que había encendido las guirnalda de luces, estas se habían convertido en diminutas balizas secretas de su corazón. Cuando las veía brillar tumbada en la cama la consumía la esperanza de que aquellas frágiles lucecitas llegaran hasta él, al otro lado de las dunas, y le dijeran todas las cosas que ella no podía decirle.

Oyó que llamaban a la puerta y se sobresaltó. *Pip* olfateó el aire y lanzó un ladrido.

—¡Voy! —dijo Alice atravesando la casa a toda prisa. ¿Podía ser? Abrió la puerta de par en par.

—¡Feliz estreno! —exclamaron Lulu y Aiden a la vez.

—¡Ah! ¡Sois vosotros! —Sorprendida, Alice sonrió para disimular su decepción.

Lulu llevaba en una mano una bandeja de horno llena de enchiladas rellenas de queso derretido y cubiertas de guacamole y, en la otra, el jarrón mexicano de vivos colores que tanto le gustaba a Alice con rosas del desierto recién cortadas. Alice recordó la entrada escrita a mano en el Diccionario Thornfield para esas flores: «Paz». Aiden llevaba la ilustración de Frida Kahlo que Alice se comía con los ojos cada vez que entraba en su casa y un pack de Coronitas.

—Para ti, chica —dijo Lulu con una sonrisa, mientras le entregaban sus regalos—. Sabemos que te has esforzado mucho para convertir esta casa en un hogar y queríamos celebrarlo contigo.

—No tengo palabras —dijo Alice con la voz quebrada—. Pasad, pasad. Sois unos tramposos. —Sorbió por la nariz y se apartó para dejarlos entrar. Al cerrar la puerta, *Pip* ladró—. ¿Qué pasa? —le preguntó Alice.

La perra volvió a ladrarle a la puerta. Alice sintió una oleada de adrenalina y, por un instante, abrigó esperanzas, pero cuando volvió a abrir la puerta, fue a Ruby a quien iluminó la luz que salía de dentro de la casa.

—Tienes que arreglar la lámpara de fuera, Pinta-Pinta —dijo Ruby, entrando en la casa con una barra de pan recién hecho que desprendía un olor dulzón con notas a ajo—. He estado haciendo pan. —Le dio la barra a Alice y fue a sentarse a la mesa con Lulu y Aiden.

Alice llevó el pan y los tacos de Lulu a la cocina y se esforzó para seguir sonriendo, se esforzó para no llorar porque sus amables y cariñosos amigos no eran Dylan, se afanó en preparar bebidas y buscar platos, abrumada por una profunda gratitud y por una insensatez aún más profunda.



Tras la improvisada fiesta de inauguración de la casa, la resolución de Alice empezó a debilitarse. No quería admitirlo, pero a veces se desviaba simplemente para ver el coche de Dylan, o se detenía para oír su voz por la radio del parque. Jamás había sentido un anhelo parecido. Empezó a anular los planes que hacía por la tarde con Ruby y a mentirle a Lulu diciéndole que necesitaba tiempo para estar sola.

—A ti te pasa algo, chica. Lo noto —le decía Lulu.

Alice la esquivaba.

Durante mucho tiempo se había dicho a sí misma que sus paseos vespertinos no tenían nada que ver con él. Cada vez que recorría la pista polvorienta de tierra roja que daba la vuelta al cráter, negaba tener una única motivación: la posibilidad de verlo entre los eucaliptos. No quería pensarlo, pero cronometraba deliberadamente su paseo para encontrárselo «por casualidad» al atardecer en Kututu Puli. Los turistas escuchaban a Dylan con atención mientras les contaba la historia del Kililpitjara, pero

él siempre levantaba un poco la cabeza al verla pasar y ella se estremecía al saber que su mirada recorría su cuerpo.

Aquella farsa se repetía día tras día. Alice seguía caminando y ajustaba el paso a lo que calculaba que él tardaría en terminar y hacer la última ronda por la circunvalación. Si creía que todavía era pronto, caminaba lentamente por debajo de sus mulgas favoritas, que inclinaban sus ramas sobre la pista y entrelazaban sus extremos formando un arco vegetal, o recogía unas cuantas flores silvestres del desierto para prensarlas en su libreta. En cambio, si creía que se le había hecho tarde, se apresuraba; no se detenía para contemplar determinada luz o escuchar el canto de un pájaro ni se fijaba en el olor a tierra recalentada a medida que el día refrescaba; no se detenía para admirar el arco que formaban las mulgas, ni se entretenía con las flores silvestres. En su mente solo había una cosa: solo pensaba en él.

En Kututu Puli paraba a rellenar su cantimplora, que llevaba vacía a propósito. Siempre se sentaba a un lado del depósito de agua, de frente a la puesta de sol. Sabía que desde el camino se le veían los pies y las piernas. Él solo tenía que decidir si paraba a decirle algo. Alice contemplaba el cielo rojo mientras esperaba.

«Vendrá».

Por muchas veces que oyera el crujir de los neumáticos sobre el camino, su emoción no menguaba.

Dylan apagaba el motor y abría la portezuela del coche.

Sí, estaba allí.

Quien los viera, pensaría que eran dos amigos que se encontraban casualmente... todos los días.

—Hola —la saludaba él con una sonrisa.

—Hola —contestaba ella, expresando siempre el mínimo de sorpresa, sin hacer ningún esfuerzo para esbozar su sonrisa más cálida.

Charlaban mientras se ponía el sol e iban revelándose el uno al otro, con mucha prudencia, ciertos detalles de sí mismos. Ella no hablaba jamás de quién era antes de llegar al Kililpitjara, ni él de que había otra persona en su vida; conversaban esquivando esos temas, mostrándose el uno al otro sus mejores medias verdades.

—¿Has estado en la costa oeste alguna vez? —le preguntó Dylan un día, sin mirarla.

¿Habría oído sus pensamientos, sus fantasías?

—Todavía no —contestó Alice, fingiendo despreocupación y ahuyentando unas moscas con la mano. Siguió la mirada de Dylan hacia unas matas de espinifex que el sol iluminaba por detrás—. Pero me encantaría ver dónde se acaba la tierra roja y empieza la arena blanca, y el mar.

Dylan rio y dijo:

—No sé qué demonios hacemos aquí.

Ella le sonrió. Unas mariposas amarillas descendieron sobre la hierba, ebrias de aquella luz anaranjada. Los colores del crepúsculo se reflejaron en la pared del cráter

y los líquenes fueron tornándose negros conforme avanzaban las sombras.

Aunque la presencia de Dylan disipaba los recuerdos dolorosos, cada día que se encontraban la vida que Alice había dejado atrás avanzaba por su corazón como una enredadera, zarcillo a zarcillo y hoja a hoja, hasta que un día, mientras hablaban, se dio cuenta de que, mentalmente, siempre estaba haciendo ramilletes para él, expresándole en silencio sus deseos más profundos de la única forma que sabía hacerlo: mediante el lenguaje mudo de las flores autóctonas de Australia.

ARRAYÁN DEL DESIERTO

Significado: Ardo como la llama

Thryptomene maisonneuvi / Territorios del Norte de Australia

Según la tradición, las mujeres anangu golpean este arbusto (que en pitjantjatjara se llaman pukara) para recoger, con un cuenco de madera, el rocío que acumula, puesto que contiene néctar de las flores. Aunque parece una planta muy modesta, produce una gran cantidad de diminutas flores blancas. Su nombre científico, Thryptomene, que en griego significa «tímido o remilgado», se refiere precisamente a una característica de esas flores, que, al florecer, muestran un centro rojo como si revelaran un secreto.

El vigesimoséptimo cumpleaños de Alice cayó en medio de sus cuatro días de fiesta. No le había hablado a nadie de esa fecha, ni siquiera a Lulu.

Se quedó en la cama, observando el cielo invernal e identificando los distintos colores a medida que iban cambiando, primero azul marino y lila, luego melocotón y rosa champán, hasta que salió el sol y la tierra volvió a teñirse de rojo. Últimamente dejaba encendidas día y noche las guirnaldas de luces. Se acordó de lo que había oído sin querer en la cocina destinada al personal en la oficina central: Dylan había pedido un permiso para ir a visitar a su novia, Julie. Le había sentado como un tiro, sobre todo porque había visto a Dylan en Kututu Puli el día anterior y él no le había dicho una palabra.

Se incorporó. Al respirar lanzaba pequeñas nubes de vaho por la boca. *Pip* saltó de la cama y fue a rascar la puerta de atrás.

—Solo porque se trata de ti, *Pip*. —Se levantó rezongando y abrió para dejar salir a la perra. Encendió el radiador y se estremeció mientras esperaba a que empezara a calentarse.

Cuando volvió a entrar, *Pip* le dio un lametón. Alice asintió.

—Excelente idea: tenemos que beber algo para celebrar mi cumpleaños.

Fue a la cocina y calentó un cazo de leche, vertió la mitad en un cuenco y se lo puso a *Pip* en el suelo; el resto lo sirvió en una taza y añadió un café expreso. Cogió un libro de la estantería y se volvió corriendo a la cama con el café con leche en la mano. *Pip* la siguió relamiéndose el hocico, donde tenía restos de leche.

Alice se recostó en las almohadas y dio un sorbito a su café. Abrió el libro, pero el mundo real era demasiado hermoso para no prestarle atención. Por la mañana, la escarcha que cubría los arrayanes del desierto se derretía y las flores brillaban a la luz del sol; el cielo era de color azul celeste, salpicado de nubes rechonchas; a lo lejos, la pared del cráter relucía bajo la luz matutina. En la mente de Alice se arremolinaban las leyendas que le habían contado sobre aquel lugar, en especial la de la madre que había visto a su hijo precipitarse desde las estrellas e impactar contra la Tierra. La historia y el paisaje eran una sola cosa; el semicírculo del cráter se repetía en la bóveda del cielo.

Se acurrucó bajo el edredón y contempló las mariposas amarillas que revoloteaban sobre los arbustos en flor; ¿las habría también en el jardín de Dylan? ¿Qué estaría haciendo él en ese momento, mientras ella estaba en su casa, sola, el día de su cumpleaños? Se le llenaron los ojos de lágrimas. No solía preguntarse quién podría haber sido si su vida hubiese sido diferente, pero ese día no pudo evitarlo. Si June no hubiera intervenido, ¿estaría viviendo en Europa con Oggi? ¿Sería ella su mujer, en lugar de Lilia, y sería Iva hija suya? Si Alice no hubiera descubierto la traición de June, ¿se habría marchado de la plantación? Y, por encima de todas esas preguntas, la más dolorosa: ¿seguiría viva su madre si ella no hubiera entrado en el cobertizo? El siguiente pensamiento la golpeó de lleno en el corazón: tenía ya un año más que su madre cuando falleció.

Llamaron a la puerta. Alice asomó la cabeza desde debajo del edredón. Tenía la piel de alrededor de los ojos tirante de tanto llorar. *Piple* lamió las saladas mejillas. Volvieron a llamar.

—¡Chica! ¡Soy yo!

Alice se sentó en la cama y se envolvió en el edredón. Se levantó, fue arrastrando los pies hasta la puerta y la abrió una rendija.

—Dios mío —dijo Lulu en voz baja—, ¿qué te pasa, Alice? —Empujó la puerta y entró muy decidida llevando unas alas de mariposa enormes hechas a mano y una bolsita—. Está claro que esto no es lo más importante ahora mismo —añadió, dejándolo todo encima de la mesa.

Alice permitió que la guiara hasta el sofá y, una vez allí, se hizo un ovillo. Lulu apagó el radiador y abrió la puerta trasera de par en par para que entraran el tibio sol invernal y el aire fresco. Preparó dos tazas de té con miel y se sentó al lado de Alice. *Pip* salió dando brincos a perseguir mariposas.

—¿Qué te pasa, chica? —insistió Lulu con ternura—. Desde hace un tiempo estás muy rara.

La imagen del rostro de Dylan consumía a Alice. No podía mirar a su amiga a la cara.

—Es que echo de menos a mi madre, Lu —dijo en voz baja—. Echo de menos a mi madre —repitió, y se le quebró la voz. Creía que ya no le quedaban lágrimas, y sin embargo estas resbalaron abundantemente por su nariz y cayeron en su taza de té.

—¿No puedes llamarla a ella o a tu padre por teléfono? ¿O a alguno de tus hermanos? La vida aquí puede ser dura; no es fácil estar lejos de la familia, y menos de una tan numerosa como la tuya. —Lulu le frotó un brazo.

Alice no la entendió, hasta que se acordó de la absurda mentira que le había contado sobre su familia de cuento. Volvió a llorar.

—¡Eh! —dijo Lulu con expresión preocupada.

Alice negó con la cabeza y se enjugó las lágrimas. Metió una mano bajo su camisa, sacó el guardapelo y se lo mostró a Lulu. Su amiga lo cogió y pasó el pulgar por el guisante del desierto incrustado.

—Esta es mi familia. —Abrió el guardapelo para que Lulu viera el rostro de su madre, joven y llena de esperanza. Volvió la cabeza y miró su jardín de flores de arrayán silvestre. «Ardo como la llama», pensó—. Es mentira que tenga una gran familia, la verdad es que no me queda nadie.

A lo lejos se oyó graznar a un cuervo. Alice se preparó para aceptar el enfado de Lulu, pero al cabo de un momento su amiga sonrió con ternura.

—Entonces ¿esta es tu madre?

—Sí, se llamaba Agnes. —Se sonó la nariz.

Lulu miró la fotografía y luego a Alice.

—Te pareces muchísimo a ella.

—Gracias —dijo Alice; le temblaba la barbilla.

—Si no te apetece, no me contestes, pero... ¿cómo...? —Lulu no supo terminar la frase.

Alice cerró los ojos y se acordó del tacto de los músculos y tendones de las piernas de su padre sobre la tabla de *windsurf*, de los cardenales que cubrían el cuerpo desnudo y embarazado de su madre cuando salió del mar, del hermano o hermana a quien nunca conocería, de la lámpara de queroseno que dejó encendida en el cobertizo.

—No lo sé —contestó—. No lo sé.

Lulu le cogió una mano y le puso el colgante en la palma.

—Es un guardapelo precioso.

—Lo hizo mi abuela. —Alice cerró la mano—. En mi familia, los guisantes del desierto significan «valentía» —continuó—: «Sé valiente, no te rindas».

Se quedaron un tiempo calladas, bebiéndose el té. Al cabo de un rato, Lulu se levantó y se la quedó mirando con los brazos en jarras.

—Hoy no puedes quedarte sola —sentenció—. Aiden ha encendido el fuego y ha engrasado la parrilla. Esta tarde vamos a hacer una barbacoa y tú vas a venir con nosotros.

Alice quiso protestar.

—No, no es negociable, chica. Además, he preparado cantidades industriales de guacamole. —Lulu conocía las debilidades de su amiga y sabía sacarles partido.

Alice sorbió por la nariz y desvió la mirada hacia la mesa de la cocina, que parecía a punto de echar a volar con aquellas alas de mariposa extendidas. Miró a Lulu y arqueó una ceja.

—Ah, le estoy haciendo un disfraz a mi prima. Participa en una obra de teatro y tiene tu estatura, más o menos. Necesito saber si le irán bien —explicó Lulu.

—¿Cómo? ¿Quieres que me disfrace? ¿Ahora? —Alice se miró, iba hecha un adefesio.

—Sí, pero ¿puedes ducharte primero, y quizá lavarte el pelo?

—¿Cómo dices?

—Chica, no puedo enviarle a mi prima su disfraz lleno de lágrimas y mocos. Además, mi abuela siempre decía que lavarse es uno de los mejores remedios para la tristeza. Aparte de su guacamole, claro. Que, por cierto, no sé si te he dicho que ya está preparado y esperándote en mi casa.

Cuando salió de debajo de la ducha de agua caliente, Alice oyó a Lulu lavando platos en el fregadero y tarareando una melodía. No pudo evitarlo, sonrió.



Recién duchada y disfrazada de mariposa monarca gigante, Alice siguió a Lulu por el camino de tierra que discurría entre sus casas. El naranja oscuro de sus alas era tan intenso como el rojo de la tierra.

—¿Cómo es posible que me haya dejado convencer para salir de mi casa con esto puesto? —preguntó Alice.

—Para que Aiden pueda hacerte fotos para mi prima. Se me ha olvidado llevar la cámara a tu casa. Además, ¿a quién le importa lo que lleves puesto? Por si no te acordabas, estamos en el culo del mundo.

Alice soltó una carcajada. No quería admitirlo, pero llevar aquel disfraz la hacía sentirse mejor. Lulu no había escatimado ningún detalle, desde las antenas de alambre prendidas en el pelo hasta el vestido de lunares blancos y negros, pasando por las alas cuidadosamente pintadas a mano y atadas con cintas a su espalda: era indiscutible que se había transformado.

Cruzaron el jardín delantero de Lulu y entraron en su casa.

—Aiden debe de estar en la barbacoa. Déjame coger la cámara. —Lulu corrió por el pasillo.

Alice vio el guacamole en la encimera y levantó el envoltorio de papel transparente para coger un poco con un dedo.

—¡Ni se te ocurra! —gritó Lulu desde un dormitorio.

Alice rio mientras se chupaba el dedo.

—Vale, ya la tengo. —Lulu regresó con la cámara, miró a Alice entornando los ojos y ella levantó ambas manos declarándose inocente.

Salieron.

—¿Aiden?

Una serpentina salió disparada desde detrás de la casa y luego otra, y otra.

—Lulu... —dijo Alice desconcertada.

Su amiga se le acercó y la abrazó por la cintura, luego la llevó al jardín de atrás, donde estaban todos sus compañeros de trabajo.

—¡Feliz cumpleaños!

Ruby, Aiden, unos cuantos guardas más, incluida Sarah, estaban allí, alzando sus vasos de plástico.

Alice se tapó la cara con las manos. Lulu y Aiden habían organizado una fiesta de cumpleaños en su jardín. Habían colgado guirnaldas de mariposas y tendido unos

toldos de telas con alegres estampados entre los árboles. Había un fuego encendido, serpentinas colgando de los arbustos, un montón de cojines y un par de sacos de bolas encima de una gran alfombra rectangular. Sobre una mesa de caballete podían verse cuencos de salsas, ensaladas, chips de maíz y una nevera portátil de cincuenta litros como mínimo con un letrero escrito a mano que rezaba PONCHE PELIGROSO. Y, para gran alegría de Alice, todos llevaban puestas unas alas de mariposa.

—¿Qué te creías? ¿Que no sabíamos que era tu cumpleaños? —preguntó Lulu con una sonrisa maliciosa.

Alice se quedó mirándola, perpleja, con las manos sobre el pecho en gesto de gratitud.

—Venga —la animó Lulu risueña—, hora de probar el ponche peligroso.

Alguien puso música. Mientras Aiden se ocupaba de los kebabs, que chisporroteaban en la parrilla de la barbacoa, Alice, aturdida por la sorpresa y por el efecto del primer vaso de ponche, saludaba a todo el mundo con gran alegría y grandes abrazos.

Pasó el resto del día rellenando los vasos, avivando el fuego y ofreciendo bandejas de tentempiés: haciendo todo lo posible para no acordarse de la única persona que no estaba allí.



Cuando el cielo ya estaba completamente oscuro y el ponche circulaba en abundancia, Alice se sentó junto a Lulu y se envolvió en una manta con ella. Las llamas de la fogata se elevaban hacia el firmamento y lanzaban chispas como estrellas.

—No sé cómo darte las gracias —dijo Alice.

—Ha sido un placer. —Lulu le apretó la mano.

El fuego ardía formando un mar de colores: amarillo, rosa, naranja, azul cobalto, púrpura, bronce.

—¿Puedo decirte una cosa? —preguntó Lulu.

—Sí, claro.

—Yo ya sabía que eras especial, chica. El día que llegaste, nada más ver tu camioneta.

Alice la abrazó con cariño.

—Dices unas cosas muy bonitas, Lulu. Gracias.

—En serio. —Lulu bebió otro sorbo de su ponche—. En mi familia, las mariposas monarca son las hijas del fuego. Vienen del sol y llevan consigo las almas de los guerreros que lucharon y murieron en la batalla y que regresan para alimentarse del néctar de las flores.

Alice fijó la vista en el fuego, que chisporroteaba y silbaba. Se ciñó la manta al cuerpo y pensó en todo aquello que ocultaban las mariposas monarca de su camioneta, en su madre y su abuela.

—Cuando vi por primera vez las guerreras del fuego de tu camioneta, comprendí que tú cambiarías por completo la vida que llevábamos aquí —añadió Lulu.

«Guerreras del fuego». Alice no supo cómo reaccionar.

—¡Ponche peligroso! ¡Venid a buscar más ponche peligroso! —gritaba Aiden desde el fondo del jardín. Llevaba las alas torcidas y arrugadas, una antena se le había roto y le colgaba sobre una ceja.

Lulu soltó una carcajada. Alice se alegró de aquella distracción y se unió a ellos.

—Vamos. —Tiró de la mano de Lulu hacia la nevera—. Bebamos más ponche peligroso.

Bebieron y bailaron bajo las estrellas. Alice giraba bajo las luces del jardín y veía sus alas de mariposa monarca. No podía dejar de pensar en la historia que le había contado Lulu. «Hijas del fuego».



Dylan llegó de madrugada, cuando ya sonaba una música más suave, había fuego abundante en la hoguera y todos los que no se habían quedado dormidos en sus tiendas de campaña individuales o se habían marchado a sus casas estaban acurrucados en los sacos de bolas y tapados con mantas. Alice, al otro lado de las llamas de la hoguera, lo vio bajar de su todoterreno y dirigirse hacia la nevera del ponche. Aiden le dio una palmada en la espalda y le ofreció un vaso que él vació de un trago.

—¿Un viaje largo? —Aiden arqueó las cejas y le rellenó el vaso. Dylan volvió a apurarlo de un trago—. ¿Cómo está Julie?

Dylan negó con la cabeza.

—Eso ya no es problema mío.

Aiden le sirvió el tercer vaso de ponche.

—Vaya. Lo siento, tío.

—Qué se le va a hacer.

Dylan se dio la vuelta y paseó la mirada por el jardín. Sus ojos se encontraron con los de Alice a través del fuego.



Cuando empezó a clarear, Alice y Dylan eran los únicos que quedaban despiertos.

—¿Es la primera vez que pasas toda la noche de fiesta en el desierto? —preguntó él.

Ella asintió y sonrió achispada mientras mordisqueaba el borde de su vaso de plástico. La atención de Dylan le producía un efecto hipnótico.

—Bueno, no sé si alguien te lo ha explicado —añadió él mirando al cielo—, pero no cuenta si no has visto salir el sol.

Salieron del jardín, lleno de tiendas de campaña esparcidas, y subieron por la duna de arena envueltos en mantas.

—Ya sale el sol —susurró Dylan, volviendo la cara y mirándola.

Alice sintió un cosquilleo en la piel. El cielo estaba tan despejado, lleno de colores cambiantes, que Alice abrió los brazos como si quisiera empaparse de él.

—Me recuerda al océano —murmuró—. Es inmenso. —Los recuerdos formaban torbellinos en su cabeza.

—Con razón: todo este lugar fue alguna vez un mar interior —dijo Dylan señalando a su alrededor—. El desierto es un viejo sueño del mar.

En el estómago de Alice revoloteó todo un caleidoscopio de mariposas.

—Un viejo sueño del mar —repitió.

La ardiente luz del amanecer les teñía la piel. Dylan estaba de pie a su lado. Aunque no se tocaban, estaban tan cerca que Alice notaba su calor.

—Eres tan hermosa... —le dijo Dylan al oído, y Alice se estremeció.

Cuando el mundo se iluminó, Dylan se acercó un poco más a ella y la abrazó. Se quedaron así, envueltos por el amanecer, hasta que el sonido del primer autocar de turistas rompió el hechizo.



Lulu esperó junto a la puerta trasera de su casa tambaleándose un poco y con un vaso mediado de ponche apretado contra el pecho. En el jardín había serpentinas, antenas de mariposas y tapones de botella. Pese a balancearse ligeramente, su vista estaba fija en la duna de arena de detrás de la casa de Alice, donde Dylan solía apostarse desde hacía meses para espiar a Alice a través de las ventanas.

Empezó a hacerlo la misma tarde en que Alice llegó, la primera vez que pasó por Parksville con su camioneta amarilla. Lulu estaba repostando en los surtidores de gasolina cuando Dylan apareció y se puso a charlar amistosamente con ella, como si quisiera borrar su pasado común. Pero de repente se quedó callado, mirando fijamente la carretera, y cuando Lulu se dio la vuelta vio a Alice observándolos a su vez, observándolo a él, con la larga y oscura melena suelta y la perra a su lado. Lulu siguió hablando, pero Dylan ya no estaba escuchándola: se quedó prendado de Alice como alguna vez lo había estado de ella.

Aquella noche, Alice cenó con ella y con Aiden. Después de que se marchara, Lulu salió al jardín y se sentó en la arena con una copa de vino cuando, de pronto, detectó un movimiento en la oscuridad. Recordó el olor de Dylan, entrecerró los ojos para ver mejor en la penumbra y se quedó sin aliento al verlo caminar a hurtadillas a lo largo de la valla trasera de la casa de Alice. Sin pensárselo dos veces, fue hasta la esquina de su jardín, desde donde pudo verlo mejor, agachado bajo las estrellas, escondido detrás de las mulgas, observando a Alice, que se paseaba vacilante por las habitaciones de su nueva casa como si fuera una invitada. Luego se sentó en el sofá

con cara de tristeza y se quedó un rato mirando la pared mientras acariciaba a su perra.

Dylan esperó hasta que Alice se fue a la cama y apagó la luz, entonces se levantó sin hacer ruido y se marchó a su casa. Lulu se acostó también y Aiden, adormilado, le preguntó por qué razón temblaba.

A la tarde siguiente, Lulu estaba en la cocina moliendo chiles y granos de cacao cuando vio pasar una figura al otro lado de la ventana. Esperó a que oscureciera y salió al jardín: Dylan volvía a estar sentado en la arena roja, hipnotizado por las ventanas abiertas e iluminadas de la cocina de Alice, que bailaba mientras preparaba la comida con el pelo mojado y suelto. Una melodía de blues se extendía por la atmósfera violeta. Alice se contoneó, preparó dos platos y sirvió la cena: un plato era para ella y el otro para la perra.

Dylan se quedó allí hasta que Alice se acostó, luego volvió sobre sus pasos y regresó a su casa.

Noche tras noche, sin poder evitarlo (aunque se odiaba a sí misma por hacerlo), Lulu observaba a Dylan llegar por las dunas de arena atraído por la luz que salía de las ventanas de Alice. Al cabo de unos días ya esperaba la hora en que las sombras se alargaran lo suficiente para verlo aparecer, sigiloso, entre los árboles. Se sentaba fuera, protegido por la oscuridad, mientras Alice se tomaba una taza de té y leía un libro o veía una película en el sofá con la perra al lado. O, más tarde, cuando empezó a decorar la casa, mientras acomodaba sus libros o regaba sus plantas.

Él casi nunca se acercaba demasiado... hasta la noche antes del cumpleaños de Alice. Aquella vez, después de que Alice volviera de dar un paseo, Lulu vio a Dylan salir de entre las sombras y colarse sin hacer ruido por la cancela de la valla trasera de la casa. Pasó al lado de los arrayanes, tan cerca que el resplandor de las guirnaldas de luces casi lo alcanzó, y se quedó mirando: parecía que estuviera esperando algo que Lulu no podía ver desde donde estaba.

Ni siquiera intentó resistirse al impulso de averiguar de qué se trataba: salió de su jardín y dio un amplio rodeo por la duna de detrás de la casa de Alice para esconderse tras el grueso tronco de un roble del desierto. Desde allí vio a Dylan entre los arbustos, espiando a Alice que, sentada a su mesa, se vaciaba los bolsillos llenos de flores que después se puso a prensar en una libreta que manejaba con sumo cuidado, como si fuera un huevo de pájaro. Escribió algo y luego se detuvo y se quedó con la mirada perdida en la oscuridad.

Fue en ese momento cuando Lulu oyó a Dylan contener la respiración como si Alice lo mirara directamente con sus grandes ojos verdes, como si él fuese la razón por la que su rostro se había llenado de esperanza.

Regresó a su casa corriendo tan deprisa como le permitieron las piernas y vomitó una bilis ácida y caliente en el fregadero.

La madrugada después de la fiesta sorpresa, se hizo la dormida cuando Dylan y Alice se marcharon juntos, y luego se quedó en la puerta trasera de su casa,

preguntándose si lo primero que haría él para conquistarla sería llevarla a ver el amanecer, como había hecho con ella. Vigiló y esperó hasta que, como sabía que sucedería, la pareja llegó dando traspies por las dunas. Dylan acompañó a Alice hasta su casa y después se quedó un buen rato fuera. El sol ya estaba muy alto en el cielo cuando por fin se marchó con una sonrisa ebria y enamorada. Lulu no pudo evitarlo y se quedó mirando la casa hasta mucho después de que él se hubiese ido.



Al anoecer, Alice se acurrucó en el sofá y se quedó mirando desde allí el jardín y, al fondo, la cancela de la valla. Podía ver pasar las siluetas de los pájaros regresando a sus nidos como una inmensa constelación de estrellas en movimiento. En el árbol seco y negruzco que había justo al lado de la puerta, la última luz vespertina iluminaba los rastros de seda que había dejado una procesión invernal de orugas. Alice había leído sobre aquellas orugas en la guía de la flora y la fauna del parque: se seguían unas a otras gracias a los rastros de seda que dejaban, invisibles salvo bajo aquella clase de luz.

La casa estaba en silencio excepto por algún chasquido del radiador eléctrico, los ronquidos de *Pip* o el borboteo del cazo que hervía en el fogón. Los aromas a citronela, cilantro y coco hacían que a Alice le rugiera el estómago. Esperó con la vista fija en la cancela. La luz fue pasando del dorado al canela. La voz de Dylan resonaba en sus oídos.

«Voy a casa a darme una ducha y vuelvo. Entro por la puerta de atrás, ¿vale?»

Ella volvía a casa del pueblo cuando vio el coche de Dylan en el arcén de la carretera de circunvalación y a él en una de las estaciones de repetición de radio. La vio acercarse y la saludó con la mano. Al verlo, ella sintió como si le subiera la fiebre. Paró el coche y se bajó

—Pinta-Pinta —le dijo Dylan sonriente, tocándose el ala del sombrero.

—Hola. —Alice también sonrió.

—¿Qué tal la resaca?

—Bastante bien, curiosamente. Creo que lo peor es la falta de sueño.

—A mí me pasa lo mismo.

La atmósfera estaba impregnada del dulce aroma de la acacia de invierno.

—¿Qué tal te sientan los veintisiete? —le preguntó Dylan.

—Es día de reparto en la tienda, he ido a comprar comida —contestó Alice riendo.

—Ah, vale. —Él asintió y rio también—. Ha sido un día fantástico, ¿no?

—Sí, pero todavía no ha terminado. —Hizo una pausa—. ¿Qué haces esta noche? —le soltó de pronto.

Dylan escudriñó sus ojos.

—Nada en especial.

—Voy a preparar sopa tailandesa de curry verde. Solo ingredientes naturales.

—Mmm.

—¿Qué te parece? —Alice trató de controlar su voz—. ¿Te apuntas?

—Me encantaría. —Dylan sonrió.

—¿A las seis?

Él asintió.

—Voy a casa a darme una ducha y vuelvo. Entro por la puerta de atrás, ¿vale?

—Perfecto —dijo ella nerviosa.

Y de pronto allí estaba: el haz de su linterna pasando entre el espinifex, alumbrando el camino hacia ella. Alice se levantó, fue a su dormitorio y se quedó junto a la ventana, a oscuras, observando y esperando.

Dylan llegó a la cancela, descorrió el pestillo, pasó y volvió a cerrar. La pálida luz de las estrellas caía sobre sus hombros. Apagó la linterna y se metió entre los arrayanes hasta el porche, bajo las guirnaldas de luces.

—¿Pinta-Pinta? —llamó desde la puerta.

—Hola. —Alice cruzó la habitación y abrió la puerta trasera con una sonrisa.

Él se limpió los zapatos en el felpudo y entró. Ella inhaló las flores invisibles de su colonia y cerró los ojos un instante. Dylan se quitó el sombrero Akubra y echó una ojeada admirativa a la casa: las macetas, los cuadros, los libros, las alfombras, la cocina, la mesa. Alice siempre había fingido que hacía todo aquello para sí misma, pero en realidad lo había hecho con la esperanza de que algún día llegara ese momento.

—¿Tienes hambre?

—Ya lo creo —contestó él dejándose caer en el sofá.

—¿Un poco de alcohol para acabar de rematar la resaca?

—Perfecto.

Alice abrió la nevera y sacó dos botellas de cerveza. La efervescencia que se produjo cuando las abrió la tranquilizó hasta tal punto que lamentó no poder abrir una docena de botellas más.

—Salud —dijo pasándole una a Dylan.

—Salud —respondió él.

Cuando entrechocaron sus botellas, una especie de descarga eléctrica recorrió todo el cuerpo de Alice.



Cuando se terminaron la sopa de curry y unas cuantas cervezas más, se sentaron en el sofá. Los dos estaban colorados por el calor de los radiadores, las cervezas, el chile picante y algo más. Llevaban un rato contándose historias de cuando eran pequeños. Ambos lo hacían muy bien: sabían revelar ciertas partes de sí mismos y ocultar otras. Llevaban semanas jugando a aquel juego. Pero de pronto sus historias se secaron como la sal en una salina, solo se oía el zumbido constante del radiador y sus ocasionales chasquidos.

—Malditas guirnaldas de luces —masculló él al cabo de un rato.

—¿Por qué? —preguntó Alice.

—Las veo desde todas las ventanas de mi casa: llevan meses distrayéndome.

Ella se estremeció.

—¿Ah, sí?

Dylan se volvió para mirarla y ella le sostuvo la mirada.

De pronto, la boca de él se unió con la suya suavemente, aunque con apremio. Alice le devolvió el beso, un beso profundo. No quiso cerrar los ojos. No, no era ningún sueño: él estaba allí, era real.

Se quitaron la ropa y la dejaron en el suelo, como si hubieran mudado la piel. Cuando Dylan se echó hacia atrás para contemplarla, Alice se tapó con los brazos, pero él se los apartó. Le cogió una mano y se la puso sobre el pecho. Alice percibió, bajo la piel y los huesos de Dylan, la voz de su corazón.

Pensó: «Está aquí. Está aquí».

Lo atrajo hacia sí y, tras una corta inspiración, Dylan la penetró. Brazos y piernas entrelazados, confundidos. Una pasión y un ardor que casi la asustaban. Fragmentos de sensaciones en su memoria: la arena húmeda bajo los pies, el aire limpio en los pulmones, la piel salada, los graznidos de las gaviotas junto al mar plateado, el viento revolviéndole el pelo entre los tallos verdes de la caña de azúcar, el murmullo del río, puñados de flores rojas arrancados de la tierra.

PARAKEELYA DE HOJA ANCHA

Significado: Por tu amor vivo y muero
Calandrinia balonensis / Territorios del Norte de Australia

Esta planta crasa, que en pitjantjatjara se llama parkilypa, crece en los suelos arenosos de las regiones áridas. Tiene hojas anchas y flores púrpura, presentes sobre todo en invierno y primavera. En tiempos de sequía, las hojas pueden acumular agua. Toda la planta es comestible.

A partir de esa noche, pasaban juntos todos los momentos libres que tenían. Alice sabía que estaba abandonando a sus otros amigos, y sobre todo a Lulu, pero no quería estar con nadie más.

Conforme el invierno iba quedando atrás, encendían hogueras y dormían al aire libre en la tienda de campaña de Dylan, bajo las estrellas, con *Pip* acurrucada junto a ellos.

—Tendrías que cambiar tu horario —le dijo Dylan una noche mientras ella, con la cabeza apoyada en el brazo de él, contemplaba el firmamento—. Te echo mucho de menos los fines de semana cuando te toca trabajar y a mí no. Quiero verte más.

Alice se emocionó: él quería más. Lo miró sonriendo mientras aspiraba el olor a tierra y a vegetación de su piel. Dylan quitó el brazo de debajo de su cabeza y se incorporó. Se desató las pulseras de cuero, se volvió hacia Alice y le cogió las manos delicadamente. Ella asintió sonriendo al tiempo que él le ataba las pulseras en las muñecas y le decía con voz ronca:

—*Ngayuku pinta-pinta*.

Cuando Dylan la tomó y la sentó en su regazo, por la mente de Alice pasó fugazmente la voz de Lulu: «Con él no estás más segura que la niña del cuento de hadas que se adentra en un bosque oscuro».

—*Ngayuku pinta-pinta* —volvió a susurrar Dylan con las manos alrededor de sus muñecas: «mi mariposa».

Ella se enroscó a su cuerpo.



Cuando Alice solicitó el cambio de horario, su vida en el desierto giraba alrededor de Dylan. Si los dos estaban libres al atardecer, iban a pasear por los cortafuegos con *Pip*; Alice se llenaba los bolsillos de flores silvestres para prensarlas en sus libretas y Dylan la fotografiaba bajo la luz cálida y rojiza. Cuando ella tenía turno de tarde, al terminar su jornada se iba directa a casa de Dylan y muchas veces lo encontraba esperándola con la cena preparada o una bañera de burbujas. Esas noches, *Pip* y Dylan se sentaban al lado de la bañera, apoyados contra la pared, y él le leía en voz alta. Cuando los dos tenían el día libre, arreglaban el jardín bajo el sol hasta que a uno

de los dos lo distraía la piel desnuda y caliente del otro. Alice le había comentado que de niña ayudaba a su madre en el huerto y un día, cuando volvió a casa de trabajar, se encontró con que Dylan le había preparado un lecho de siembra, de tierra oscura, en medio de la tierra roja.

Por la noche se acurrucaban en el sofá con el radiador al máximo, sintonizaban el único canal de televisión que se veía medianamente bien (uno regional) y veían películas de la BBC y programas antiguos. Alguna que otra vez, cuando estaba nublado y no asomaba ni un rayito de sol, se quedaban en la cama. En esas ocasiones, Alice preparaba una montaña de tortitas y se las llevaba a la cama, donde las devoraban.



Una tarde fría, después de un festín de caramelo líquido, se quedaron tumbados contemplando las motas de polvo que flotaban en el haz de luz grisácea que entraba por una rendija de las cortinas. Dylan dio un hondo suspiro y se soltó del abrazo de Alice. Llevaba todo el día nervioso, inquieto, sin mirarla a los ojos, ni siquiera mientras hacían el amor adormilados y lánguidos. Alice no sabía qué pasaba, y tampoco por qué le costaba tanto preguntárselo.

Se puso a trazar círculos sobre el pecho desnudo de Dylan y fue subiendo hasta su cuello y su cara; él seguía sin reaccionar.

—¿Qué pasa? —le preguntó por fin en voz baja. Fuera lo que fuese, el amor que sentía podría arreglarlo.

Dylan no contestó. Ella esperó y, al cabo de un rato, volvió a preguntárselo.

—Nada —replicó él apartándose un poco—. Lo siento. —Negó con la cabeza—. Lo siento, Pinta-Pinta. —Se incorporó, apoyó los codos en las rodillas y se quedó cabizbajo.

Ella se sentó a su lado. Tenía el estómago encogido, una sensación que no era nueva y que le producía un intenso desasosiego. Escogió sus palabras con mucho cuidado para no alterar más a Dylan.

—Puedes contármelo —dijo con un hilo de voz—. Sea lo que sea. —Le tendió una mano, insegura, y la dejó suspendida un instante antes de apoyarla en su espalda. Él se apartó.

—Lo siento —repitió con voz lastimera. Se dio la vuelta y hundió la cara en el hombro de Alice—. Lo siento. Esta vez no lo voy a joder todo.

Ella le acarició el pelo.

—Ya lo sé.

—Todo saldrá bien esta vez —dijo, como si hablara solo—. Me portaré bien esta vez. —La besó en el cuello, en la cara, en la boca, y su sensación de apremio fue aumentando hasta que la abrazó.

Alice cerró los ojos y lo besó también. ¿Qué quería decir con eso de «portarse bien esta vez»? ¿De qué hablaba? Notaba una opresión en el pecho.

—Te quiero —susurró él mientras se tumbaba entre sus piernas. Lo susurró una y otra vez.

Ella absorbió esas palabras y ahuyentó las preguntas que se agolpaban en su cabeza.



El invierno empezaba a ceder. Las mañanas eran cada vez más templadas, los pinzones empezaban a volar y abandonaban sus nidos, la vida de Alice con Dylan florecía. A medida que el amor que sentía por él se intensificaba, le costaba más ignorar la tensión que iba creándose en su amistad con Lulu. Poco después de que aprobaran su solicitud de cambio de horario, un día la vio revisando los tablones informativos de la sala del personal. Por la cara que puso cuando leyó los nuevos horarios, Alice comprendió que algo iba mal.

—Hola, Lulu —la saludó alegremente, y cogió dos tazas limpias del fregadero—. ¿Te tomas una taza de té conmigo y charlamos un rato antes de la guardia?

Lulu pasó de largo por su lado sin contestar, con gesto inexpresivo.

—Seguramente se siente marginada —le dijo Dylan esa noche—. Hace poco que la conoces. Yo la conozco hace mucho tiempo: a veces se pone muy celosa y tiene reacciones raras.

Alice removió el *risotto* de verduras que estaba preparando. Sí, tenía sentido. ¿Qué otra razón podía tener Lulu para mostrarse tan fría con ella? Sin embargo, el tema de la historia de Lulu con Dylan la inquietaba. Bebió un sorbo de vino blanco y miró a Dylan fijamente.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Alice bebió otro sorbo, esta vez sin mirarlo.

—Suéltalo —dijo Dylan sonriendo—. Tu cara es como un libro abierto, Pinta-Pinta.

Ella sonrió también, envalentonada.

—¿Lulu y tú habéis...?

—¿Lulu y yo? —Dylan soltó una risita y negó con la cabeza—. Puede que yo le gustara hace mucho, cuando nos conocimos, pero nunca hubo nada entre nosotros. —Se puso detrás de ella y la abrazó con fuerza—. No le des demasiada importancia: son imaginaciones tuyas. Ya se le pasará, ¿vale?

—Vale. —Alice se echó hacia atrás y se apoyó en él.



Cuando empezaron a hacer el mismo horario de trabajo, Alice y Dylan se volvieron inseparables. Iban juntos al trabajo, comían juntos, volvían a casa juntos. Ella preparaba comida para pícnic que no se llevaban a cabo, pues preferían escabullirse en el coche de Dylan e ir a sitios discretos detrás de la oficina central, donde podían

oír sus radios si los llamaban, pero sin renunciar a su intimidad. Después del trabajo se tomaban unas cervezas, veían cambiar los colores del cielo, preparaban la cena en la hoguera y se tumbaban con *Pip* a mirar las estrellas.

Alice evitaba mirar más allá del jardín de Dylan, hacia su casa, adonde iban cada vez menos, y que estaba siempre a oscuras.

El primer fin de semana de cuatro días que tuvieron libre los dos, Dylan la despertó temprano con una taza de café y un montón de besos.

—Ven conmigo. —La envolvió, desnuda, en el edredón y la guio hasta la puerta principal.

Ella se frotó los ojos y se llevó la taza de café a los labios mientras él abría la puerta mosquitera. Salieron a la mañana soleada. Alice entrecerró los ojos, deslumbrada. El destartalado todoterreno de Dylan estaba cargado hasta arriba y la tienda de campaña doble, atada a la baca.

—¿Quieres que nos vayamos de aquí? —La miró arqueando una ceja.

—¿Nos fugamos a la costa oeste? —preguntó Alice.

—Me temo que con cuatro días no tendríamos tiempo suficiente para ir y volver —bromeó él—, pero conozco un sitio que tampoco está nada mal.

—¡Nos vamos de viaje! —canturreó Alice, y se le acercó despacio.

Dylan la observó. Entonces tiró de la punta de tela que quedaba debajo del brazo de Alice y el edredón resbaló hasta el suelo.

—Bueno, tampoco hay por qué correr tanto.

Alice gritó contenta mientras él la perseguía hasta la habitación.



Un par de horas más tarde, Alice, *Pip* y Dylan iban por la carretera, atravesando una extensión de arena roja, espinifex dorado y viejos robles del desierto. Llevaban todas las ventanillas bajadas. En el espejo retrovisor lateral, Alice podía ver a *Pip* recibiendo el viento en la cara con la lengua fuera. De vez en cuando, el paisaje ondulante daba paso a un terreno más llano con flores silvestres que acababan de florecer. Alice estaba hechizada ante aquellos campos llenos de flores amarillas, naranja, moradas y azules.

Dylan le tocó un muslo, sonriente. Subió el volumen de la radio y se puso a cantar desafinando escandalosamente. Alice cerró los ojos, feliz.

A media tarde, Dylan redujo la velocidad, salió de la carretera y se metió por un camino sin señalizar y sin asfaltar que avanzaba entre matas de emus y acetosa. Alice se preguntó fugazmente cómo podía ser que Dylan conociera aquel camino. Esperó a que los neumáticos pisaran sobre terreno firme y entonces aceleró, lanzando una rociada de tierra roja detrás de ellos. Fueron dando bandazos por el camino sin asfaltar hasta alcanzar un extenso paisaje desértico. A Alice la emocionó aquella sensación de aislamiento, pero también le produjo inquietud. No sabía adónde se dirigían. Miró a Dylan con gesto interrogante, pero él se limitó a sonreír.

Al cabo de un rato se metieron por una pista más estrecha, casi indistinguible, que subía por una ladera. Dylan conectó la tracción a las cuatro ruedas y avanzaron despacio, apartando las ramas de los árboles que llegaban casi hasta el suelo. A su alrededor, los rojos afloramientos rocosos estaban salpicados de flores silvestres. Los troncos blancuzcos de unos eucaliptos gigantes agitaban sus ramas de color verde menta. El cielo era de un azul intenso. De vez en cuando, la silueta oscura de un halcón se recortaba en el cielo.

—Pinta-Pinta. —Dylan sonrió y señaló hacia delante, hacia la cresta de la colina. Llegaron arriba y cuando descendieron por el otro lado, aparecieron en un cañón rojo flanqueado de acacias y eucaliptos azules por donde discurría un ancho arroyo verde claro con orillas de arena blanca.

—¿Qué es esto? —preguntó Alice atónita.

—Espera a ver la puesta de sol —dijo Dylan.

Alice vio que se dirigían a un claro junto a unos robles del desierto y cayó en la cuenta de que Dylan no había necesitado un mapa para llegar hasta allí.

—¿Cómo sabías que esto estaba aquí?

—Antes de trabajar en el parque era guía turístico —le contestó Dylan—, y uno de los veteranos con los que trabajaba me trajo un día. Eran tierras de sus abuelos, un lugar donde la familia se reunía y celebraba las ocasiones felices. Cuando dejé el trabajo, me dijo que podía volver aquí cuando quisiera. —Echó el freno de mano—. Y que podía traer a mi familia. —La miró de forma elocuente.

Alice tenía un nudo en la garganta y no se atrevía a hablar por temor a que le temblara la voz.

Dylan se inclinó hacia ella.

—¿Cómo es posible que haya tenido tanta suerte? —preguntó en voz baja.

Alice respondió besándolo en la boca.

—Me dejas sin fuerzas, Pinta-Pinta —gimoteó él—. Venga, al menos vamos a montar el campamento. —Salió del coche y le abrió la puerta trasera a *Pip*, que rápidamente se metió en el arroyo.

Alice se quedó un momento mirando nadar a su perra y oyendo silbar a Dylan, observando a su pequeña familia. Bajó el hornillo y la nevera portátil y luego fue a reunirse con ellos bajo el sol; no recordaba haberse sentido nunca tan plena.



Antes de la puesta de sol ya habían montado la tienda y recogido ramas. Bebían vino tinto mientras sonaba una música suave en la radio del coche y ellos cortaban queso *halloumi*, champiñones, calabacines y pimientos para preparar kebabs y cocinarlos en la hoguera. Olía a una embriagadora mezcla de humo de leña y eucalipto. Unas cacaúas negras gañían en el cielo y los ualabíes saltaban por allí cerca. Alice no podía parar de sonreír.

Cuando las paredes del cañón empezaron a cambiar de color, Dylan cogió Alice de la mano y la llevó por la orilla hasta el tronco de un eucalipto; una vez allí, se sentó y le indicó por señas que hiciera lo mismo. Ella se acurrucó entre sus piernas y se apoyó en su pecho.

—Mira esto —dijo Dylan mientras le acariciaba una oreja.

Al hundirse el sol en el horizonte, sus últimos rayos llenaron el cañón de unos gruesos haces de luz de color caramelo.

—Increíble —murmuró Alice.

—Pues espera.

Envuelta por sus brazos, Alice vio que todos los colores del cielo caían en cascada por las paredes del cañón y formaban un charco en la superficie del arroyo, lisa como un espejo, donde se creaban remolinos de luz que luego volvían a ascender. Negó con la cabeza; el cañón y el arroyo se reflejaban el uno en el otro, empapados en los ardientes colores del sol poniente. Esa imagen le recordó sus libros de cuentos de hadas: el cáliz encantado que se llenaba milagrosamente, el pozo de los deseos en cuyas profundidades se ocultaba un paraíso.

Dylan la abrazó más fuerte.

—Hay que verlo para creerlo, ¿verdad? —dijo.

De pronto la asaltó un recuerdo que le cortó la respiración. «Cerca de aquí hay un cañón desde donde se ve una puesta de sol espectacular, hay que verlo para creerlo».

Alice se incorporó, tensa. Se volvió y miró a Dylan, que le sonrió.

—¿A cuántas mujeres has traído aquí? —soltó.

—¿Cómo dices? —La sonrisa se borró de sus labios.

Alice notó una punzada en el estómago: había roto el hechizo.

Dylan levantó las manos.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Bueno, no sé —dijo Alice fingiendo ligereza—. Me refiero a... Bueno, ¿habías venido aquí con Lulu?

Su mente era una masa borrosa de ruido y confusión. No quería molestar a Dylan, pero tampoco podía dejar de preguntárselo. ¿De qué otra forma habría podido saber Lulu que existía aquel sitio?

Dylan la apartó de un empujón, se levantó y se quedó plantado delante de ella.

—¡No me lo puedo creer, me cago en la puta! —masculló, y echó a andar hacia el campamento.

Alice estaba dolorida por la fuerza con que él la había apartado.

—Dylan —lo llamó, levantándose y caminando hacia él por la blanda arena.

—¿Qué? —Se dio la vuelta y la miró furioso—. Ya te dije que no había pasado nada con Lulu, ¿cómo se te ocurre preguntarme eso y estropear nuestra primera excursión de fin de semana? ¿Confías más en ella y en sus celos que en mí? ¿Es eso? ¿Y qué quieres decir con lo de «cuántas mujeres», por quién me has tomado?

—Ay, Dios —se lamentó Alice, descompuesta.

Él tenía razón: Lulu podía haberse referido a otro cañón o haber ido a aquel, pero sin Dylan. Alice estaba siendo víctima de su inseguridad, ¿por qué no se olvidaba y se relajaba?

Dylan atizó el fuego de la hoguera, del que salió un remolino de chispas.

—Lo siento mucho —se disculpó Alice poniéndose a su lado, pero él la ignoró—. ¿Podemos olvidarlo, por favor? —Abrió los brazos y siguió intentándolo—. Te pido perdón. Cocinaré yo, beberemos más vino. Olvidémoslo, ¿vale?

Dylan la fulminó con la mirada y luego se levantó y se dio la vuelta.

—¡Dylan! —llamó ella con voz insegura.

Él se alejó hacia las sombras moradas que había dejado el sol al ponerse.

Alice, temblorosa, preparó la cena. Asó las hortalizas y el *halloumi*, le dio de comer a *Pip* y volvió a llenar las copas de vino. Cuando regresó Dylan ya hacía más de una hora que había oscurecido por completo. La cena se había enfriado y el queso estaba duro y gomoso. Él se sentó y removió la comida con un tenedor.

—También has estropeado la cena. —Vació todo el plato en la hoguera y cogió la copa de vino.

La poca comida que Alice había conseguido tragarse le pesaba en el estómago como una enorme piedra. Apartó su plato y dejó que *Pipse* la terminara de comer.

—Lo siento mucho —dijo en voz baja. Se acercó a él hasta que sus rodillas se tocaron—. Lo siento muchísimo.

Dylan permaneció con la vista fija en el fuego, sin reaccionar.

Alice siguió disculpándose durante horas, o eso le pareció, hasta que por fin él le acarició un muslo.

Le costó toda la noche y el resto del día siguiente, pero cuando volvían al Kililpitjara, sus esfuerzos por mostrarse tan serena y sumisa como podía parecieron dar resultado y devolverle a Dylan.

Cuando entraron en el camino de la casa de él, Dylan se inclinó hacia un lado para besarla antes de bajar para abrir las puertas. Cuando estuvo de espaldas a ella, Alice hizo una mueca de dolor: tenía arañazos y cardenales de hacer el amor en el cañón. Él había sido más brusco de lo habitual, pero ahora todo parecía haber vuelto a la normalidad y eso le producía un gran alivio.

Mientras descargaban el coche, Dylan paró un momento y la besó con ternura.

—Gracias por este precioso fin de semana —dijo mirándola a los ojos, escudriñándolos.

Alice lo besó agradecida. En adelante tendría que ser más cuidadosa, tendría que pensar un poco antes de hablar.



La primavera pintó el desierto central con todos los colores de la paleta. La grevillea de la miel florecía formando masas de color amarillo y ámbar e impregnaba el aire con su perfume dulce y empalagoso, los lagartos poga tomaban el sol formando

grupitos entre las matas de espinifex, el huerto que Alice cultivaba en el jardín de Dylan empezaba a brotar. Las tardes eran lo bastante templadas como para comer helado y tomar el sol, y Alice se tumbaba sobre una toalla de playa en la tierra roja del jardín y tarareaba las melodías que escuchaba con unos auriculares mientras leía... hasta que Dylan notaba que estaba en bikini. La deseaba más que nunca: el tropiezo del fin de semana de la excursión ya estaba olvidado. Los días cada vez eran más largos y las estrellas brillaban con más intensidad.

—Podríamos organizar una barbacoa —le propuso Alice una noche mientras freía tofu con chile dulce y preparaba una ensalada verde para la cena—. La casa está muy bonita y el rincón de la hoguera está precioso con la grevillea de la miel en flor.

Dylan no contestó. Estaba sentado a la mesa del comedor. El resplandor de las luces de la cocina impedía a Alice verle la cara.

—¿Me oyes? —insistió ella mientras apartaba la sartén del fuego.

—Claro —dijo él—. Buena idea.

—Genial —contestó Alice contenta, y llevó los platos a la mesa—. Mañana, cuando vaya a trabajar, tantearé el terreno. —Le dio un beso y se sentó a cenar.

Él sonrió, pero no dijo nada.

A la mañana siguiente, Alice, muy emocionada, dejó el coche en la oficina central. Dylan y ella llevaban un tiempo muy aislados y les convenía relacionarse un poco más con los miembros de su pequeña comunidad.

Entró en la sala del personal y todo resultó casi demasiado fácil. Thugger y Nicko, dos guardas a los que Alice no conocía mucho, estaban lamentándose de que no tenían ningún plan para su siguiente fin de semana libre.

—¿Os apetece venir a una barbacoa? —les propuso.

—Caramba, muchas gracias —respondió Thugger.

—Sí, estupendo —dijo Nicko.

—Hecho —contestó Alice, sonriente—. Encenderemos la hoguera en el jardín de Dylan y él montará la parrilla. Haremos una barbacoa de las buenas. Podemos...

—¡Uy! —la interrumpió Thugger mirando a Nicko—. ¿Sabes qué? Acabo de acordarme de que este fin de semana tengo que ir al peñasco.

—Es cierto —terció Nicko—. Oye —añadió, dirigiéndose a Thugger—, ¡casi nos olvidamos de que hay que llevar los todoterrenos al mecánico!

Alice los miró alternativamente, tenía la impresión de que estaba viendo una pantomima.

—¡Menos mal que nos lo has recordado, Alice! Si no, vaya metedura de pata —dijo Thugger visiblemente aliviado.

—Tendrá que ser otro día —se disculpó Nicko.

—Pero gracias por la invitación —añadió Thugger, y los dos salieron a toda prisa de la sala.

Alice se preparó una taza de té y apretó la mandíbula. No quería llorar, no quería pensar demasiado en lo que acababa de pasar.



El día no mejoró mucho. Más tarde, en el campo, cometió un error tras otro y, para rematar la faena, se dio con un martillo en un pulgar y rompió a llorar angustiada.

—Ve a la oficina central y que te curen eso, Alice. —Thugger la relevó de sus obligaciones.

Después de que la curara la enfermera, Alice volvió a la sala de personal a tomarse un té y unas galletas. Estaba muy desanimada. Lulu y Aiden estaban junto al hervidor, charlando, cada uno con una taza en la mano. En cuanto entró Alice, dejaron de hablar. Ella se dirigió al armario donde guardaban las bolsitas de té y les dio la espalda. Alice notaba su silencio como si pudiera tocarlo.

Aiden fue el primero en hablar.

—¿Estás bien, Alice?

Pero antes de que pudiera contestar, Lulu vació su taza en el fregadero con un gesto elocuente y salió de la habitación. Aiden miró a Alice sin saber qué decir y se fue detrás de Lulu.

—Sí, estoy bien —dijo Alice en voz baja mientras los veía alejarse.



Los días posteriores se desarrollaron de forma muy parecida: Alice les mencionó la idea de organizar una barbacoa en casa de Dylan a otros compañeros de trabajo, pero todos contestaron con excusas poco convincentes.

Dylan no le preguntó nada de la barbacoa y Alice tampoco sacó el tema. Hacia finales de la semana, cayó en la cuenta de que, si bien todos lo conocían, Dylan no tenía verdaderos amigos en el Kililpitjara. La tenía a ella, solo a ella, y Alice no entendía por qué.

Después del trabajo, cuando dejó el coche en el camino de la casa de Dylan y salió para abrir la cancela, se acordó de uno de los libros que él le había leído: una colección de cuentos de hadas japoneses. En uno, una artista practicaba *kintsugi*, el arte de reparar piezas de cerámica rotas con esmalte mezclado con polvo de oro. Una ilustración mostraba a una mujer inclinada sobre un montón de fragmentos de cerámica dispuestos de modo que encajaran unos con otros; tenía en la mano un pincel fino con las cerdas empapadas en oro. Aquella imagen había hechizado a Alice: la idea de que la ruptura y la reparación formaran parte de la historia, en lugar de ser algo que hubiera que desechar o disimular.

Siguió conduciendo hasta aparcar detrás del coche de Dylan, bajó y cerró la puerta con renovada decisión. Fuera lo que fuese que pudiera hacerlo sentir indigno del cariño de los demás, o las razones por las que la gente lo rehuía, sin importar qué parte de él pudiera estar rota, ella se fundiría como el oro y lo arreglaría.



Pocos días más tarde, el centro turístico del cráter Earnshaw envió invitaciones para su baile anual a todas las empresas de guías turísticos y al personal del parque.

Dylan se había mostrado muy desdeñoso cuando Alice le había insinuado que podían ir juntos.

—Pero si no es más que una borrachera general —dijo con sarcasmo.

—Bueno, pero aun así será divertido ir juntos, ¿no? —contestó ella emocionada, y colgó la invitación en la nevera de Dylan con un imán.

No habían ido a ninguna fiesta desde el día de su cumpleaños y Alice llevaba tiempo queriendo comprarse un vestido de seda dorada que había visto en una tienda online. La idea de tener una excusa para arreglarse le daba mucha alegría, y también la de tener una razón para salir juntos y relacionarse con otra gente.

—¿Seguro que quieres ir? —preguntó Dylan a su espalda, interrumpiendo sus pensamientos.

Alice se dio la vuelta.

—Sí, claro que quiero. Nos sentará bien tomarnos unas copas y bailar un poco. — Lo abrazó por la cintura y lo besó en los labios—. Y emborracharnos un poco — añadió con picardía, poniéndose de puntillas para besarle en el cuello—, y quedarnos despiertos hasta el amanecer...

Entonces decidió que le daría una sorpresa con el vestido nuevo. Se haría un peinado especial, se pintaría los labios y se pondría aquel perfume que a él le gustaba tanto.

—Podemos convertirlo en una cita —sugirió mirándolo a los ojos.

—¿Quieres salir conmigo, Pinta-Pinta? —El deseo le enturbiaba la mirada.

—Claro que sí, siempre —contestó ella, y soltó un grito cuando él la cogió en brazos y la llevó hasta la cama.

«Todo irá bien», se dijo. «Será la noche más bonita que habremos pasado en mucho tiempo».



El día del baile anual, Alice se marchó a su casa temprano para ducharse. Se puso su vestido dorado nuevo y se aplicó brillo de labios y rímel, luego se calzó unas botas vaqueras también nuevas, con mariposas doradas en los tacones. Cuando Dylan entró por la puerta, Alice se sonrojó de emoción. Lo estaba esperando con una cerveza fría y no se había puesto bragas (lo había hecho a propósito porque sabía que eso lo volvía loco).

Al verla, Dylan titubeó y se quedó quieto.

—¿Listo para la cita? —le preguntó ella sonriendo, y se contoneó un poco para lucir el vestido.

Él, con movimientos lentos, se vació los bolsillos en el aparador y, sin decir nada, entró en la cocina.

La frialdad de su silencio hizo que a Alice se le encogiera el corazón. Lo oyó hurgar en el armario de las medicinas y sacar dos comprimidos de un paquete.

—¿No te encuentras bien? —le preguntó, tratando de disimular su decepción.

Él no contestó. Alice entró en la cocina.

—Cariño, ¿estás bien?

Él seguía dándole la espalda.

—¿Qué es eso que llevas? —le preguntó con frialdad.

—¿Cómo? —Alice sintió un vacío en el estómago.

—¿Por qué vas vestida así?

Ella se miró el vestido nuevo. De repente, el dorado le pareció chabacano en lugar de mágico.

Dylan se volvió y la miró con dureza.

—¿Por qué te compras ropa nueva para esta noche? —Le temblaba la voz—. ¿Por qué te vistes como un putón? ¿Para que nuestros compañeros de trabajo se hagan pajas pensando en ti?

Alice se quedó rígida mientras él caminaba en círculo a su alrededor, mirándola de arriba abajo. Le dolía el pecho al respirar.

—Contéstame —dijo Dylan en voz baja.

A Alice se le llenaron los ojos de lágrimas. No podía contestar: se había quedado sin voz.



Ruby estaba sentada al lado del fuego, en el jardín trasero, con el bolígrafo en la mano y la libreta abierta, esperando. No le interesaba el baile: llevaba todo el día con la sensación de que le iba a llegar un poema y no quería dejarlo escapar.

De pronto la distrajo un movimiento en el camino de la casa de Dylan, más allá de las dunas. La perra de Alice salió corriendo y se escondió detrás de un eucalipto. Dentro, se veía pasar la silueta de Dylan por detrás de las ventanas débilmente iluminadas de la casa.

Ruby lo miró, inspiró hondo y escribió temblorosa:

*Va a cambiar la estación,
el aire se ha vuelto amargo.*

ROBLE DEL DESIERTO

Significado: Resurrección
Allocasuarina decaisneana / Australia Central

El roble del desierto, que en pitjantjatjara recibe el nombre de kurkara, tiene una corteza parecida al corcho, con surcos muy marcados, que sirve como retardante del fuego. Es de crecimiento lento, pero forma rápidamente una raíz central capaz de alcanzar aguas subterráneas a profundidades superiores a diez metros. Los árboles ya maduros tienen una copa grande y poblada. En el desierto central de Australia hay árboles de más de mil años de antigüedad.

A mediados de primavera, cuando dejó de florecer la prostanthera y llegaron las lluvias estacionales, Alice ya había aprendido a interpretar los estados de ánimo de Dylan del mismo modo que, años atrás, había aprendido a interpretar las mareas. Si ella era precavida y estaba receptiva y alerta, todo iba muy bien y eran muy felices.

Tras una semana de lluvia ininterrumpida, las carreteras sin asfaltar y los senderos del Kililpitjara se convirtieron en un pantanal de barro rojo. En los tableros informativos de la oficina central aparecieron avisos previniendo del peligro de que los coches quedaran atrapados en el fango. Alice los leyó con mucha atención, pero eso no la ayudó cuando salió a hacer su ronda y pasó por detrás del Kututu Puli: acabó metiéndose de lleno en un lodazal. Los neumáticos, completamente rebozados de barro, giraban sin que el utilitario se moviera un milímetro. Intentó escarbar debajo de las ruedas y probó a esperar un poco, pero no consiguió nada. Al final pidió ayuda por radio.

El primero que le contestó fue Thugger; fue hasta allí y remolcó el vehículo con ayuda de un cabrestante. Cuando volvieron a la oficina central, los guardas estaban bebiendo y picando algo después del trabajo.

—Vente a tomar algo tú también —dijo Thugger cuando salió de su coche, recubierto de barro rojo—. Nos lo hemos ganado.

—Pinta-Pinta —la llamó Ruby desde el otro lado del aparcamiento, saludándola con la mano. Estaba sentada con los demás debajo del roble del desierto: tenían una nevera portátil y una mesa llena de cosas para picar—. No te vayas.

Alice se obligó a sonreírle a Thugger y a devolverle el saludo a Ruby. Dylan no estaba con ellos. Quizá estuviera de camino. Si era así, lo mejor sería que se quedara para que no fuera a molestarse si volvía a casa sin él. Pero si no estaba de camino... Negó con la cabeza, agobiada por un montón de pensamientos, y fue a unirse al grupo. Su intención era no quedarse más de una hora.

Ruby le pasó una cerveza.

—Me alegro mucho de verte, Pinta-Pinta.

Alice también se alegró de volver a ver a Ruby. Cuando miró sus pantalones con estampado de periquitos no pudo evitar sonreír.

—Sí, últimamente no te vemos el pelo. ¿No pudiste ir al baile? —le preguntó Nicko.

Thugger le dio un codazo en el costado. Todos se quedaron callados y a Alice se le encendieron las mejillas.

—¡Bueeeeeeno! —dijo Thugger, y levantó su cerveza.

Brindaron y entrechocaron las botellas. Alice dio un largo trago. La cerveza le aflojó los hombros y le borró las arrugas de la frente. La presión que notaba en el pecho se redujo. La cordialidad y la sencillez del grupo, su compañía, eran un bálsamo.

Cuando se terminó la tercera cerveza, se le ocurrió mirar la hora. Vio que llevaba dos horas allí y soltó un grito ahogado.

Se disculpó precipitadamente ante el grupo, se montó en su coche y fue derecha a casa de Dylan. Cuando llegó allí, encontró la cancela cerrada. Él nunca cerraba la cancela con llave. Lo llamó, pero el viento arrastró su voz. ¿Dónde estaba *Pip*? ¿Con Dylan? ¿Estaban los dos juntos?

Alice recorrió Parksville y paró en seco en el camino de su casa. Hacía tanto tiempo que no pasaba una noche allí que ya no parecía su casa. Detrás de la valla, *Pip*, excitada, brincaba para ver a su ama. Dylan debía de haberla dejado allí. Alice abrió la puerta principal y entró.

Dentro de la casa olía muy mal. Alice buscó por todas partes hasta que encontró una rata en la trampa de debajo de la cocina. La sacó entre fuertes arcadas. Abrió todas las ventanas y la puerta, limpió su quemador de aceite, le puso aceite de geranio y encendió unas varillas de sándalo. Una fina película de polvo rojo cubría sus estanterías. Cuando las limpió, pasó los dedos por los lomos de los libros, que tenía abandonados. Después de hurgar en la despensa, calentó una lata de judías cocidas, pero *Pip* se la zampó casi toda y ella apenas pudo probarlas. Se pasó toda la noche llamando a Dylan, pero él no contestó. En el jardín trasero, temblando bajo sus guirnaldas de luces, Alice miró al otro lado de las dunas, donde se recortaba la silueta de la casa de Dylan bajo la luz de las estrellas.

Notaba un agujero cada vez más grande en el estómago. Dylan la estaban castigando por no haber ido directamente a casa, por no preguntarle si podía quedarse en la oficina central a tomarse unas cervezas, por no hacer lo que él esperaba que hiciera: lo sabía.

Entró y cerró la puerta con llave. Se dio una ducha rápida con agua muy caliente para relajar un poco los músculos de los hombros y luego se acostó. *Pip*, acurrucada a su lado, roncaba débilmente.

Estaba a punto de quedarse dormida cuando la sobresaltó un ruido inconfundible al otro lado de la ventana: una ramita que se rompía al pisarla. Se levantó de golpe de la cama, fue a la ventana y descorrió un poco la cortina. El corazón le latía con fuerza en el pecho. *Pipladró*. Cuando su vista se acostumbró a la luz de las estrellas, vio que el patio trasero estaba lleno de las sombras de la noche, pero ninguna era la de Dylan.



A la mañana siguiente solo consiguió ingerir un poco de café. En el coche, camino del trabajo, iba temblando. Cuando paró delante de la oficina central, él salió a saludarla, sonriente, y le cogió la cara con ambas manos. Alice escudriñó sus ojos, atemorizada, pero solo encontró ternura en ellos. Dylan la besó y le acarició la mejilla.

—Tenía una migraña terrible, me tomé unos analgésicos y me quedé roque —dijo—. Debería haberte dejado un mensaje en el contestador, o una nota. Lo siento, cariño. ¿Lo pasaste bien con los demás?

Alice asintió lentamente, avergonzada. ¿Qué le estaba pasando?

Eran todo imaginaciones suyas.

Estaba convirtiendo a Dylan en un monstruo.



Los días se alargaban y los crepúsculos cada vez eran más dorados. No volvieron a mencionar la noche en que Alice se quedó en la oficina central tomando algo con sus compañeros y tampoco volvieron a plantearse quedar con alguien para salir. Cuando estaban los dos solos, todo iba bien. No pasaba nada: había personas menos sociables que otras. Todas las mañanas que Alice se despertaba en los brazos de Dylan tenía la sensación de que allí era exactamente donde quería estar. Habían tenido sus altibajos, sí, pero ninguna relación era fácil, razonaba. De vez en cuando era normal que hubiera baches porque se estaban conociendo el uno al otro.

Un día particularmente despejado, Alice fue la primera en llegar a casa del trabajo. Por la mañana habían decidido que después irían a dar un paseo largo; quizá se llevaran un par de cervezas y se sentaran en una duna a ver la puesta de sol. Acababa de quitarse las botas y calzarse las sandalias cuando sonó el teléfono.

—Llegaré tarde, Pinta-Pinta —dijo Dylan—. Se ha estropeado una taladradora. Iré lo más pronto que pueda, pero dudo mucho que llegue a tiempo para dar ese paseo.

—No te preocupes, cariño —dijo ella, tratando de disimular su decepción. Se había pasado el día en la oficina y estaba impaciente por respirar un poco de aire—. Me quedaré aquí con *Pip* y prepararé algo rico para cenar.

Pero poco después de que Alice colgara el teléfono, *Pip* empezó a rascar la puerta mosquitera. Alice miró la carita optimista y peluda de la perra. Hacía una tarde espectacular. La puesta de sol teñía las dunas de un rojo intenso. Alice no había salido a pasear sola con *Pip* desde que había empezado a ver a Dylan a diario. Se imaginó los guisantes del desierto, que al anochecer se ponían rojos como la sangre. Le había dicho a Dylan que lo esperaría en casa, pero hacía una tarde preciosa, seguro que él no querría que se quedara encerrada.

—Vamos, *Pip*. Hace mucho que no nos vamos por ahí tú y yo solas.

Pip empezó a perseguirse la cola hasta que Alice le ató la correa. Salieron por la puerta, remontaron las dunas y se dirigieron al cráter.

Alice fue encontrando un tesoro tras otro: flores de papel de colores amarillos y rosa pastel, rastros de plumas grises y blancas, ramas de eucalipto repletas de capullos. Respiraba el olor de la tierra templada y contemplaba el cielo, una mezcla de azul de cangrejo soldado y todas las tonalidades de morado de un molusco. «El desierto es un viejo sueño del mar». Alice sonrió al recordar su primer amanecer con Dylan. Subió con *Pip* por la pared del cráter siguiendo el mismo camino que tantas veces había recorrido al poco de llegar allí, y empezó a sentir nostalgia. Entonces no conocía aquel paisaje, completamente nuevo para ella, y no sabía muy bien qué estaba haciendo allí. Sin embargo, ahora tenía un empleo que le encantaba y a un hombre que la amaba como nadie la había amado.

Cuando llegaron a lo alto de la pared del cráter, Alice vio el Kututu Kaana, el Jardín del Corazón; estaba en flor, tan radiante que casi dañaba la vista. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, satisfecha. Por fin se sentía en casa, dueña de una vida que le pertenecía por completo.



Subió la cuesta de la casa, tonteando con *Pip* y pensando qué podía preparar para cenar, cuando de pronto se paró en seco: el coche de Dylan estaba en el camino. De repente, el nerviosismo se apoderó de ella. Abrió la cancela con manos temblorosas e intentó controlar la respiración. No sabía cuánto rato había estado fuera. No había dejado ninguna nota. «No pasa nada. No pasa nada. —Fue hasta la puerta principal—. No te inventes monstruos».

La casa estaba oscura y en silencio.

—¿Dylan? Ya estoy aquí. —Soltó a *Pip* de la correa y se quitó las zapatillas de deporte—. ¿Dylan?

Más tarde, al intentar recordar qué había sucedido y cómo, le parecía que todo había ocurrido a la vez: los chillidos de dolor de *Pip*, el grito de Alice al volverse y ver a Dylan pegándole una patada en las costillas a su perra, la cólera reflejada en los ojos de él cuando fue hacia ella.

—¿Dónde coño estabas? —La agarró por los brazos—. ¿Con quién estabas? ¿Con quién? ¡Dímelo!

Alice empezó a ver puntos negros. Dylan la agarró por el cuello y la zarandeó. Su columna vertebral crujió ligeramente.

—¡Dímelo!

La empujó con tanta fuerza que por un instante sus pies no tocaron el suelo. Se oyó un fuerte golpe y las bisagras de la puerta del dormitorio cedieron por la fuerza del impacto. Alice cayó al suelo.

Se quedó allí tendida, jadeando, casi sin poder respirar. Tenía la sensación de que su mente estaba fuera de su cuerpo, como si fuese una espectadora, como si aquella

no fuese ella misma. Se quedó mirando, fascinada, unas bolas de pelusa que se habían acumulado junto al zócalo. Estaban allí mismo, muy cerca de sus ojos, pero no las había visto nunca. ¿Cómo podía ser que nunca las hubiera visto?

Oyó unos gemidos y miró debajo de la cama. Vio asomar la cola de *Pip*.

—Ven, guapa —dijo Alice con voz ronca. Le dolía la garganta. Notó unas fortísimas punzadas de dolor en la espalda.

Tuvo que llamar varias veces más a *Pip* para que la perra saliera de debajo de la cama. La cogió en brazos y se pegó a la pared. Mientras la mecía, le acariciaba las orejas y los flancos y le palpaba con cuidado las costillas para ver cómo reaccionaba. Aunque temblaba, no parecía que tuviera mucho dolor. Lamió la barbilla de su ama.

Alice cerró los ojos y procuró concentrarse solo en la respiración. Sentía dolor en varias partes del cuerpo y notaba que le estaban saliendo cardenales.

Pasó el tiempo. La casa estaba en silencio a su alrededor. Oía el zumbido de la nevera, los pequeños crujidos del tejado, que se enfriaba después de soportar el calor del día.

Entonces oyó un ruido proveniente del salón. Aguantó la respiración para oír mejor.

Era él, que lloraba.

Alice soltó un suspiro de alivio: las lágrimas significaban que todo había terminado.

Se levantó despacio, temblorosa. *Pip* volvió a meterse debajo de la cama.

Dylan estaba sentado en el sofá con la cabeza entre las manos. Al oírla levantó la vista. Estaba pálido y las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Pinta-Pinta —dijo con la voz quebrada—, lo siento... Lo siento... muchísimo. —Dejó caer la cabeza—. ¿*Pip* está bien? No sé qué me ha pasado. —Trató de recobrar el aliento—. Me he asustado mucho cuando he llegado a casa y he visto que no estabas.

—Solo he ido a dar un paseo con mi perra. —De pronto la asaltó un recuerdo de *Toby*: el ruido que hizo su cuerpo al golpear la lavadora.

—¡Tú no lo sabes! —gritó Dylan—. Por eso no lo entiendes. Aquí hay un montón de tipos que son mejores que yo. Tú no te das cuenta de cómo te miran, pero yo sí. Yo sí, Pinta-Pinta. ¿Y si sales a pasear sin mí y uno de esos tipos te ve por el camino y empezáis a hablar después del trabajo como hacíamos nosotros...? —Sorbió por la nariz—. Entonces, ¿qué?

Alice no entendía nada. ¿Acaso no se daba cuenta de lo muy enamorada que estaba?

—¿Y si te pones a hablar con uno y se enamora de ti? —continuó Dylan.

—No pasaría nada, Dylan —contestó Alice, suplicante—. ¿Es que no te das cuenta? Yo no tengo sitio para nadie más en mi corazón.

Dylan se pasó las manos por la cara.

—Lo único que quería era impresionarte, desde el principio —se lamentó—. Y mira lo que me pasa por quererte. Es que no quiero perderte. Cuando no estamos juntos me muero de miedo. Lo único que quiero es estar siempre contigo y cuando estamos separados me pongo enfermo. Eres el amor de mi vida, Alice. Eres el amor... —se le quebró la voz— de mi puta vida.

Alice rompió también a llorar.

—Yo sería incapaz de pegarte, lo sabes, ¿verdad? —Dylan no paraba de llorar—. Yo jamás te pegaría, Pinta-Pinta.

Era verdad, razonó Alice; no le había pegado. Su miedo se había descontrolado, nada más.

—Yo te quiero —insistió ella con voz temblorosa.

Dylan la atrajo hacia sí.

—Lo único que necesito es que me ayudes no haciendo cosas como lo de esta tarde, para que no me ponga así. ¿Lo harás? ¿Querrás hacerlo por mí? ¿Por nosotros?

Alice escudriñó su rostro, sus ojos suplicantes, y asintió.

—No volverá a pasar nunca más. —Dylan se inclinó hacia ella y la besó, vacilante—. Nunca más.

Alice sintió que sus labios ardían al rozar los de él.

Más tarde, esa noche, después de horas de llanto y de disculpas, después de mucho hablar, de volver a examinar a *Pip* y de barrer las astillas de madera del suelo, Alice dejó que Dylan la llevara al cuarto de baño. Dejó que abriera el grifo del agua caliente, llenara la bañera y la desvistiera con cuidado. Se metió en el agua y él la lavó con caricias lentas y suaves, mientras le murmuraba su amor y sus disculpas, como si rezara. Al cabo de un rato, Dylan se desvistió también y se metió en la bañera con ella.

Alice se relajó en sus brazos, casi renovada, casi capaz de olvidar que había sido él quien le había hecho el daño que ahora trataba de curar.



A la mañana siguiente, Dylan le dejó una taza de café caliente y una nota en la mesilla de noche: tenía que empezar temprano y no quería despertarla. Se sentía fatal por lo de la noche pasada, pero la quería más que nunca.

Alice hizo una mueca al incorporarse: le dolía todo. Fue dando tumbos por la casa hasta el cuarto de baño y se detuvo al verse reflejada en el espejo. Tenía el cuello cubierto de cardenales del tamaño y la forma de los dedos y las manos de Dylan. Miró para otro lado, se sentó a orinar y luego se metió en la ducha. No volvió a mirarse en el espejo.

Cuando estuvo lista, llamó a *Pip* para dejarla fuera, como hacía siempre antes de marcharse al trabajo, pero la perra no acudió. Alice siguió llamándola y buscándola, cada vez más asustada, hasta que la encontró escondida entre los arbustos. Volvió a

examinarla; a simple vista no tenía nada. Se aseguró de que tuviese agua y comida y se dio prisa para no llegar tarde a la oficina central.

—Hace un poco de calor para ir con pañuelo, ¿no? —bromeó Thugger al cruzarse con ella en la sala del personal.

Ella esbozó una sonrisa forzada y se arregló el pañuelo alrededor del cuello.

Una vez en su mesa, hizo una rápida búsqueda en Google, abrió el correo electrónico y, sin pensárselo dos veces, empezó a escribir:

Hola, Moss:

Siento mucho no haberte escrito hasta ahora. Desde que me marché del peñasco, vivo y trabajo de guarda en el parque del Kililpitjara. Estoy encantada de estar aquí y todo me va genial. Confío en que tú también estés bien.

Espero que puedas ayudarme: ayer Pip recibió una coz de un brumby. La he examinado bien y no parece que tenga dolor, pero no me quedo tranquila. Está un poco aletargada y no acabo de verla normal. ¿Puedes recomendarme algo que pueda tomar, un antiinflamatorio, por ejemplo? Agradeceré mucho cualquier consejo que me des.

Releyó el mensaje y pulsó «enviar» antes de perder el valor.



Unas semanas más tarde, Alice y Dylan fueron al trabajo por separado, cada uno en su coche. Sarah le había pedido a Dylan que revisara unas vallas antes de pasar por la oficina central.

—Ve tirando, nos vemos a la hora de comer —le dijo él cuando cada uno se metió en su utilitario.

—Perfecto. —Alice le dio un beso y lo vio marchar.

Habían vuelto a empezar. Ella había sido especialmente cuidadosa con su comportamiento, como él le había pedido, y desde entonces todo iba de maravilla. Eran felices.

Moss había contestado su correo el mismo día, hablándole de un antiinflamatorio que podía recetarle a *Pip*, pero insistía en que llevara a la perra a Agnes Bluff para hacerle una revisión. Alice borró de inmediato su correo e intentó comprar el medicamento por internet, pero no lo encontró. Al día siguiente, llegó por correo un paquete lleno de antibióticos y antiinflamatorios; a hurtadillas, Alice cogió el medicamento para *Pip* y a los pocos días la perra volvió a estar como siempre.

Alice lo estaba consiguiendo: las grietas que había rellenado con polvo de oro aguantaban.

Cuando paró delante de la oficina central, vio a sus compañeros de trabajo reunidos en el aparcamiento. La atmósfera estaba cargada de adrenalina.

—¿Qué pasa? —le preguntó Alice a Aiden cuando se bajó del coche.

—Es día de quema controlada —contestó él y apuntó con la barbilla a Sarah, que acababa de salir de su despacho con unas hojas de papel en las manos.

—*Wai. Palya*, todos —los llamo Sarah—. *Palya*. —Todos callaron—. Muy bien. Vamos a organizarnos. Las condiciones meteorológicas de hoy son perfectas para la quema controlada, así que nos concentraremos en los prados del borde del sur. Vamos a formar grupos y el líder de cada grupo tiene que ser un experto. Nicko, Aiden y Thugger, repartíos a la gente de la forma más equilibrada que podáis. Todos con traje antiincendios completo, por favor. Cada grupo se lleva un tanque de agua y todos los vehículos que sea posible. La seguridad es lo más importante, chicos. Tened cuidado con las antorchas de goteo. Que no se nos vaya la cabeza. Estad atentos a lo que hace el viento. Y, sobre todo, obedeced las instrucciones de vuestro líder de grupo. Aquí están los mapas, coged uno. Quiero que todos los participantes lleven una radio con las baterías al máximo. —Repartió los mapas y se dirigió de nuevo a su despacho.

Los grupos se juntaron y Alice se puso de puntillas para buscar a Dylan. «Es día de quema controlada». Ahuyentó de su mente una serie de recuerdos infantiles.

«En todas partes del mundo la gente utiliza el fuego para cultivar plantas», le había explicado su madre aquel día de invierno en su jardín, «es una especie de hechizo para transformar una cosa en otra».

Le sudaban las palmas de las manos. Siguió buscando a Dylan, pero no estaba allí. Dylan no estaba.

—Espera, Sarah —dijo Alice antes de que Sarah volviera a entrar en su despacho.

—¿Qué hay?

—Perdona, ¿sabes si Dylan viene a la quema? —Se avergonzó de lo infantil que sonó su pregunta.

—No, no —contestó Sarah—. Necesito que alguien se quede aquí y Dylan ya ha participado en muchas quemas. —Escudriñó el rostro de Alice y añadió—: No puedo permitirme el lujo de llevarme a nadie que no esté completamente concentrado en la tarea. Te he escogido a ti porque eres muy disciplinada y demuestras mucho interés en mejorar tus habilidades, pero si no estás concentrada...

—No, no —la cortó Alice—. Estoy perfectamente.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Sarah asintió.

—¡Aiden! —gritó. Aiden estaba junto a la caseta de los uniformes—. Que Alice vaya contigo.

—*Palya* —respondió él.

—Haz todo lo que te ordene Aiden. —Sarah se dio la vuelta, pero antes de irse añadió—: Y disfruta de tu primera quema.

Alice se fue a la caseta. Todo iba bien, todo iba a salir de maravilla. Sarah la había escogido para que aprendiera y diversificara sus habilidades. Era completamente lógico y comprensible. Alice no estaba excluyendo a Dylan de forma intencionada y seguro que él entendería que Sarah le había asignado una tarea que ella no esperaba y, por tanto, si no podía comer con él no habría problema.

Pero camino de los prados del sur, trató de visualizar el momento en que, al final de la jornada, abriría una cerveza y le contaría a Dylan lo emocionante que había sido que la escogieran para la quema controlada. Veía pasar, borroso al otro lado de la ventanilla, el paisaje del desierto, veía franjas moradas en los sitios donde había *parakeelya* en flor. Se acordó de su padre y los recuerdos despertaron en su cuerpo un temor antiguo e inconfundible.



Aparcaron en el borde sudeste del cráter.

—Avanzaremos juntos formando una línea —les dijo Aiden a los guardas; todos tenían preparada su antorcha de goteo—. Os recuerdo una cosa muy importante, tanto si es vuestra primera quema como si es la número cincuenta: no encendáis fuego delante de vosotros mismos. No entréis en el fuego. Encended el fuego detrás. Apartaos del fuego. ¿*Palya*?

Alice asintió. Llevaba puestos los guantes especiales y le sudaban las manos.

Sujetó con fuerza su antorcha de goteo, pero el peso hizo que le temblara el brazo. El chapoteo de la gasolina dentro del depósito le produjo náuseas.

—¿Radios? —preguntó Aiden. Todos comprobaron la suya—. Muy bien, podéis encender.

Las mechas de las antorchas de goteo se encendieron una a una. Alice dio un respingo cuando prendió la suya. Silbaba como si tuviera vida propia. Le tembló la mano.

—¡Comprabad que las válvulas de ventilación estén abiertas! —gritó Aiden. Se volvió hacia Alice y añadió—: Tienes que ir dejando caer las llamas en el suelo detrás de ti, así —dijo. Acercó su antorcha de goteo a una mata de espinifex, le prendió fuego y se apartó. Quemaba y se apartaba, quemaba y se apartaba—. Tienes que ir alejándote del fuego todo el rato.

Los silbidos y los crujidos de la tierra al prender iban aumentando a su alrededor. Alice intentó concentrarse en sus pies, bien protegidos por las botas, a medida que caminaba lentamente por la tierra roja, entre los arbustos, e iba bajando la antorcha de goteo y dejando caer una llama tras otra.

«Uno, dos, gota. Uno, dos, gota. Estoy, aquí, gota. Estoy, aquí, gota».

El recuerdo volvía como la escena de una película: el suelo borroso mientras *Toby* y ella huían corriendo del cobertizo de su padre, el viento caliente en la cara, los rayos haciendo trizas el cielo, su madre, tan hermosa, saliendo del mar cubierta de cardenales.

—Alice.

No se había dado cuenta de que había parado de caminar.

—No paréis —ordenó Aiden al resto del grupo. Volvió a llamar a Alice, que estaba a unos cincuenta metros—. Ahora solo tienes que dar un paso hacia mí. —Mantecía una expresión serena y su tono de voz era firme.

Alice se miró los pies. No podía moverlos.

—Puedes hacerlo, Alice. Camina hacia mí, ahora —dijo Aiden con un tono más apremiante.

Alice estaba temblando; el depósito de gasolina de la antorcha de goteo se bamboleaba pesadamente en sus manos. Sus pies no la obedecían. El calor que desprendía la pared de fuego que tenía detrás atravesaba el traje protector.

—Alice. —Aiden echó a correr hacia ella.

No podía moverse.

Aiden llegó a su lado y la sujetó.

—Voy a agarrarte por el brazo y vamos a correr juntos, ¿de acuerdo?

Alice asintió. Usando el peso de su cuerpo, Aiden la empujó hacia delante. Ella corrió con torpeza a su lado, mirando sus pies, que no seguían el ritmo de los de Aiden.

Cuando se alejaron de la línea de fuego y estuvieron a salvo, Aiden se descolgó la mochila, la abrió y sacó una botella de agua y unas gominolas.

—Toma —dijo, dándole las dos cosas a Alice. La observó atentamente mientras comía y bebía.

—Gracias —murmuró y, en cuanto hubo bebido lo suficiente, le devolvió la botella de agua.

—¿Se te ha pasado?

Ella asintió con la cabeza.

—Lulu también tiene ataques de pánico a veces. Dice que es vértigo, pero yo sé que no es verdad.

Alice desvió la mirada. No sabía que Lulu también padeciera ansiedad.

—¿Cómo te encuentras? ¿Necesitas que llame a la oficina central y le pida a alguien que venga a buscarte?

—No —contestó Alice—. No, estoy bien. —Apretó más fuerte la antorcha de goteo—. Estoy bien —repitió, e hizo todo lo posible por infundirle fuerza a su voz.

Aiden la observó.

—De acuerdo —dijo, y volvió a colgarse la mochila—. Pero iremos juntos. Tú sígueme.

Mientras avanzaban por el prado y, coordinados, iban prendiendo una línea de fuego de forma metódica, Alice notó que sus músculos se relajaban y su mano dejaba de temblar. Con el apoyo y la mirada atenta de Aiden, consiguió hacer su trabajo.



Al cabo de una hora, el equipo de apoyo pasó a recogerlos en quads y se alejaron del fuego. Pararon en lo alto de una duna para comer a la sombra de los robles del desierto. Alice cerró los ojos y dio un gran sorbo de agua de su cantimplora. Tenía cercos de sudor en las axilas del miedo que había pasado.

Mientras el grupo se comía sus sándwiches y charlaba, Alice se sentó algo apartada, de espaldas a la lejana oleada de llamas naranja que se alzaba tras ellos. Cuando su mirada se encontró con la de Aiden, no reprimió una sonrisa de agradecimiento.



Al final de la jornada, ya de vuelta en la oficina central, Alice se apresuró a recoger sus cosas y a volver a casa con Dylan. Estaba a punto de marcharse cuando Aiden la detuvo.

—Alice, me han pedido que vaya a echar una mano con la ronda de la puesta de sol y eso nos deja un poco cortos de personal para las comprobaciones de seguridad. ¿Te importa hacerlas tú? No te llevará mucho rato.

Alice tragó saliva, aunque lo que quería tragarse era el miedo.

—No, claro que no —respondió disimulando su nerviosismo.

—Eh, Pinta-Pinta —la llamó Ruby desde el otro lado del aparcamiento—. Ya te ayudo yo y luego me acompañas a casa.

—Genial —dijo Aiden—. Cuantos más seamos, mejor. Gracias, Alice. —Se dio la vuelta, pero entonces se detuvo y regresó con los brazos abiertos—. Lo has hecho muy bien, te felicito. —Y le dio un abrazo breve pero cariñoso.

—Gracias —replicó ella—. Te agradezco que me lo digas... y que me hayas ayudado.

Aiden se marchó y, mientras Ruby y Alice iban hacia el patio de trabajo, a Alice le llamó la atención el ruido de un motor que aceleraba. Reconoció el perfil de Dylan en un coche del parque. Lo vio alejarse a toda velocidad de la oficina central y se le encogió el estómago.



Para cuando Ruby y ella terminaron, el miedo le había retorcido las tripas.

—¿*Nyuntu palya, Pinta-Pinta?* —le preguntó Ruby cuando subió a la camioneta—. ¿Estás bien?

No le contestó, no quería que su voz la traicionara.

—Te has asustado con la quema —afirmó Ruby.

Alice volvió a asentir con la cabeza, pero sin hablar.

—*Uwa*, a veces el fuego es espeluznante, sí, pero también es muchas cosas más. Es una medicina: mantiene sana la tierra y, a través de ella, a nosotros. Donde hay fuego, hay un hogar. Eso no da miedo, ¿verdad que no?

—¿Una medicina? —preguntó Alice distraída.

—Ese prado que habéis quemado —le explicó Ruby— estaba cubierto de vainas que necesitan el fuego para abrirse y germinar. Sin el fuego de hoy, la tierra enfermaría, y si la tierra enferma, nuestras historias enferman y también nosotros enfermamos.

—Para mí el fuego nunca ha sido una medicina —dijo Alice en voz baja—. Una vez creí que podía serlo, pero siempre ha resultado ser el final de todo.

Con el rabillo del ojo, Alice vio que Ruby la observaba. Las interrumpieron las radios, por las que, tras unos sonidos crepitantes, llamaron a Ruby. Esta se quitó la suya del cinturón, contestó y volvió a dejarla en su sitio.

Hicieron el resto del camino en silencio.



Después de dejar a Ruby en su casa, Alice dio media vuelta y entró en el patio de trabajo, donde vio el coche de Dylan aparcado delante del taller. ¿La habría visto abrazar a Aiden? ¿Supondría eso un problema? Seguro que no, pensó. No habían comido juntos como habían planeado, ni habían hablado durante el día, pero seguro que él entendía que ella había estado fuera todo el día participando en la quema. Y, como había dicho Sarah aquella mañana, Dylan había participado en muchas: no podía echarle en cara a Alice que hubiera aprovechado aquella ocasión para aprender algo nuevo.

Al entrar en el despacho del taller, abrigaba esperanzas de que Dylan no estuviera celoso, ni por Aiden ni porque ella se hubiese pasado todo el día fuera. Dylan le había asegurado que era el amor de su vida. ¿No estaría Alice perjudicando su relación si no se lo creía y no confiaba en él? Imaginó cómo se desarrollaría la escena: Dylan la abrazaría y le diría lo orgulloso que estaba de ella. La haría ir corriendo a la casa, le abriría una cerveza y le haría un montón de preguntas, porque querría que le explicara todo lo que había hecho.

Cuando Alice entró en el despacho, él no levantó la vista de sus correos electrónicos. La pantalla del ordenador proyectaba una luz espeluznante en su cara.

—Hola. —Alice lo saludó y se obligó a sonreír.

Dylan tenía la mandíbula apretada, no le contestó. Alice esperó.

—¿Te has enterado? Hoy he hecho mi primera quema controlada. —Tenía que forzar tanto los labios para sonreír que le dolía la cara.

Él seguía sin mirarla, le temblaba un músculo de la mejilla.

—Sí, me he enterado —dijo por fin, sin dejar de mirar la pantalla del ordenador—. No me extraña que hayan escogido a la favorita del parque para participar en la quema.

Alice sintió una punzada de dolor en el estómago. Cuando Dylan se volvió y la miró tenía los ojos oscuros y hundidos y los labios pálidos.

—Porque eso es lo que tú haces, ¿no? Con tus grandes ojos, y tus mariposas, y tu sonrisa. La gente te adora, ¿verdad? Y tú haces con ellos lo que te da la gana.

Alice estaba paralizada.

—Bueno, ¿y cómo ha ido la quema? —Esbozó una sonrisa cruel—. Venga. ¿No querías contármelo? Pues cuéntamelo, cuéntamelo. ¿Con quién ibas en el quad? ¿Eh? —Dio una palmada en la mesa—. Porque he revisado tu ficha y todavía no tienes permiso para llevar quads. ¿Con quién has ido? ¿A quién has ido abrazada como una puta? ¡Y no me mientas! —Se le acumulaba la saliva en las comisuras de la boca.

Alice no podía articular palabra.

—¡Dime con quién estabas! —gritó él.

A Alice le resbalaban las lágrimas por las mejillas. Él fue tan rápido que ella no tuvo tiempo para prepararse. La agarró por un brazo y se lo retorció detrás de la espalda.

—Dímelo —le susurró al oído.

Luego la lanzó con tanta fuerza contra la pared que a Alice se le cortó la respiración. No podía respirar, no oía nada. Hizo un esfuerzo sobrehumano y huyó.

—¡Sí, eso es, corre, calientabraguetas de mierda! He visto cómo abrazabas a Aiden. Sé perfectamente lo que eres. ¡Venga, corre, escápate! —continuó gritándole—. ¡Vete a la puta mierda!

Más tarde, Alice recordaría su cuerpo moviéndose con independencia de su mente, escabulléndose y huyendo de él, corriendo hasta su camioneta, girando la llave en el contacto y, al mismo tiempo, pisando el acelerador a fondo. Una vez más, su mente flotaba por encima de ella, desconectada, y observaba cómo conducía. Al llegar a la valla de la casa de Dylan, paró la camioneta, bajó y recogió a *Pip*, volvió a subir y dejó que la luz de los faros la guiara hasta su casa.



Cuando tomó la curva del camino, vio un polvoriento coche de alquiler aparcado en el camino de su casa. Paró la camioneta y, temblorosa, pasó al lado del coche y se asomó para mirar a través de la ventanilla.

De la parte de atrás de la casa llegaban unas voces débiles y un fuerte olor a humo de tabaco. *Pip* se adelantó y atajó por el garaje.

No la obedecían las piernas, pero caminó lentamente hacia el porche trasero.

Y allí, bajo la última luz del día, estaban Twig y Candy Baby.

FAROLILLO

Significado: La esperanza puede cegarme
Abutilon leucopetalum / Territorios del Norte de Australia

Esta planta, llamada tjirin-tjirinpa en pitjantjatjara, se encuentra en las regiones interiores de Australia, secas y generalmente rocosas. Produce unas flores similares a las del hibisco, de un amarillo brillante, sobre todo en invierno y primavera, pero a veces durante todo el año. Los niños anangu utilizan esta planta para hacerse lanzas de juguete.

Candy rompió a llorar. Corrió hacia Alice y le acarició la cara y el pelo.

Twig esperó. Tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el tacón de la bota. Cuando Candy soltó a Alice, Twig fue hasta ella y la abrazó.



Alice temblaba mientras preparaba el té. El pelo y la piel le olían a humo. La cólera de Dylan seguía estremeciéndola, y también su cara de asco, su clara intención de hacerle daño, su fuerza.

Llevó tres tazas de té a la mesa, a la que estaban sentadas Candy y Twig, tan familiares y al mismo tiempo tan fuera de contexto en su vida en el desierto. Dejó las tazas en la mesa. No paraba de temblar.

—¿Estás bien? —Candy estiró un brazo y le agarró una mano.

Alice se sentó, cerró un momento los ojos y asintió con la cabeza.

—¿Cómo me habéis encontrado? —preguntó en un murmullo.

Twig y Candy se miraron.

Twig bebió un sorbo de té.

—Por Moss Fletcher.

—¿Cómo? ¿El veterinario? —exclamó Alice—. ¿El veterinario de Agnes Bluff?

Twig asintió.

—Cuando te llevó al médico, leyó la inscripción de tu camioneta. Buscó Thornfield en Google y llamó a la granja preguntando si había allí algún familiar tuyo. Cuando le escribiste y le dijiste que estabas aquí, nos llamó otra vez.

Sin mirar a ninguna de las dos a la cara, Alice dijo:

—No era asunto suyo. —Le pareció oír a Dylan: «Haces con ellos lo que te da la gana».

—Puede que no —concedió Candy—, pero cuando llamó nos dio una alegría enorme. —Se enjugó las lágrimas—. Desapareciste, corazón —añadió—. Te mandé mensajes y te llamé por teléfono todos los días... —Se le quebró la voz—. Desapareciste.

Fuera, las guirnaldas de luces brillaban contra el cielo morado. ¿Iría Dylan a decirle algo? Le dolía la cabeza. La adrenalina iba disminuyendo, dejando un poso de agotamiento en su cuerpo.

—Sabéis perfectamente por qué razón «desaparecí» —dijo Alice—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Ya sé que es difícil verlo así, pero June solo intentaba protegerte.

—Por favor, esto no es... —De pronto Alice se levantó y acercó la silla a la mesa—. No puedo —dijo, y levantó ambas manos.

No le quedaban fuerzas para discutir. No quería que Twig y Candy estuvieran allí: estaba hecha un lío, solo podía pensar en Dylan. En su cabeza no había espacio para fantasmas ni recuerdos. Por otra parte, en el fondo sabía que estaba siendo injusta: no podía descargar su miedo, su dolor y su rabia sobre ellas. Lo mejor que podía hacer, por el bien de todos, era descansar un momento.

—Necesito un momento. —Se dio la vuelta y fue a darse una ducha. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta del cuarto de baño, Candy dijo:

—June ha muerto, Alice.

Esas palabras la golpearon como una triple explosión. Veía moverse los labios de Candy, pero solo oía fragmentos.

—... un infarto masivo...

Alice negó con la cabeza e intentó escuchar. No notaba las piernas.

—... las inundaciones nos dejaron incomunicadas. June se quedaba día y noche en el porche trasero viendo subir el agua. La encontramos con los ojos abiertos, fijos en las flores destrozadas —dijo Candy con gesto inexpresivo.

Alice las miró a las dos como si las viera de verdad por primera vez. Candy tenía los ojos enrojecidos, su pelo azul estaba mate y áspero; a Twig le habían salido canas en las sienes. Aunque llevaba ropa cómoda y holgada, se notaba que había adelgazado.

June había muerto.

Alice entró tambaleándose en el cuarto de baño, cerró la puerta y se apoyó en ella cuando se le doblaron las rodillas. Resbaló hasta el suelo. Desesperada por hallar algún tipo de consuelo, abrió el grifo del agua caliente. Se metió en la ducha sin quitarse la ropa y se sentó bajo el chorro. Levantó la cara. Acercó las rodillas al pecho, se las abrazó y rompió a llorar.



Se quedó un buen rato en el cuarto de baño después de haberse duchado. Se envolvió en un par de toallas y se quedó tumbada en la bañera vacía, con los ojos cerrados; no quería moverse ni hablar.

A través de las paredes le llegaba el murmullo amortiguado de las voces de Twig y Candy, que hablaban en el salón. Las oyó abrir la puerta trasera, lavar las tazas en el

fregadero. Oyó arrastrar sillas en el comedor, pasos hacia la puerta del cuarto de baño.

—Alice. —La voz de Twig—. Creo que será mejor que vayamos a reservar una habitación al centro turístico, así te dejamos tranquila. Ha sido un error soltarte esta noticia sin previo aviso. —Una pausa—. Lo sentimos mucho. —Otra pausa, pasos alejándose.

Cuando oyó abrirse la puerta delantera, Alice, arrepentida, se levantó de la bañera y abrió la puerta del cuarto de baño. *Pip* entró corriendo y se enroscó a las piernas de su ama.

—¡Esperad! —les gritó.

Twig y Candy ya estaban saliendo. Al oír su voz retrocedieron y volvieron a entrar.

—Podríais quedaros aquí, hay sitio de sobra. Tengo cuatro días libres. —Levantó la barbilla—. Quedaos, así podremos hablar. —Se notaba el corazón latándole con fuerza en los oídos.

Se miraron.

—¿Qué os parece si preparo algo para cenar? —propuso Candy—. Con el estómago vacío no se puede conversar.

Mientras Candy se ponía manos a la obra en la cocina y Twig se sentaba en la parte de atrás para liar un cigarrillo, Alice fue a su dormitorio a vestirse. Cada movimiento le suponía un esfuerzo monumental. Se puso las bragas. ¿Sintió June dolor? Una pierna, la otra. ¿Supo que se estaba muriendo cuando tuvo el infarto? La camisa por la cabeza. ¿Gritó o llamó a alguien? ¿Tuvo miedo? Alice sentía como si su cuello no pudiera soportar el peso de su cabeza. Se metió en la cama, solo un momento, buscando el consuelo de la almohada. Se acurrucó.

Allí estaba él.

El olor de su colonia en la camisa de Alice, un perfume a vegetación y a algo más. Su cuerpo, sus sueños, su aliento salado y terroso.

Alice se acercó el cuello de la camisa a la nariz e inhaló profundamente. Dylan se había disgustado porque lo habían excluido de la quema. Le preocupaba que ella atrajera la atención de otros hombres. Debería haber sido más cuidadosa. Tenía que ir a verlo y pedirle perdón: Dylan solo había perdido los papeles, le podía pasar a cualquiera.

Intentó contener las lágrimas. Se incorporó y apagó la lámpara. Miró más allá de las dunas: la casa de Dylan estaba a oscuras, un bulto negro bajo el cielo repleto de estrellas.



A la mañana siguiente, cuando se despertó, le llegaron el olor a café y el murmullo de las voces de Candy y Twig desde la cocina, pero Alice no sabía dónde estaba, ni en el tiempo ni en el espacio. Habría podido tener nueve años, dieciséis, veintisiete.

—¿Te apetece una taza? —le preguntó Candy cuando Alice entró en el salón con los ojos hinchados.

—Sí, por favor.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Twig.

—Bueno, no he soñado nada. —Alice bostezó—. ¿Y vosotras?

—Muy bien —contestó Twig.

—Nos hemos sentido como unas colegialas en un campamento de verano. ¡A nuestra edad! —Candy sonrió y le pasó a Alice una taza humeante de café, ella le dio las gracias.

Se quedaron calladas. Fuera, *Pip* se perseguía la cola.

—Necesita salir. —Alice bebió un sorbo de café—. Hay un camino por el que solemos ir a pasear. Sale de la parte de atrás y llega hasta la pared del cráter. Hay unas vistas que creo que os gustarán.



Alice, Twig y Candy caminaban por el sendero con *Pip* correteando delante. De vez en cuando, una de las tres se paraba y señalaba una rosa del desierto o un águila que planeaba en lo alto, pero la mayor parte del tiempo caminaban en silencio ascendiendo por la pared del cráter. Cuando llegaron al mirador, Twig respiraba con dificultad. Se sentó a la sombra para recobrar el aliento.

—Son esos malditos pitillos que fumas todo el día —la regañó Candy.

Twig la hizo callar con un ademán despectivo.

Alice les ofreció agua y vertió un poco en un cuenco para *Pip*, que jadeaba al lado de Twig. La brisa matutina les refrescó la piel. Se volvieron hacia la vista del cráter, los guisantes del desierto ondulaban, rojos como la sangre.

—Es espectacular —dijo Candy—, creo que nunca había visto tantos guisantes del desierto juntos.

—Viene gente de todo el mundo a verlos.

—Florecen ahora, durante todo el verano y hasta el otoño. —Twig apuntó hacia el cráter con la barbilla—. En el sur, de donde es originaria mi familia, las llamamos «flores de sangre» —explicó en voz baja—. Según nuestras leyendas, crecen en sitios donde se ha derramado sangre.

—Eso nunca me lo habías contado —dijo Candy—; ¿por eso les dedicabas tantas atenciones en Thornfield?

—Sí, es una de las razones —confirmó Twig—. Siempre me han recordado a la familia que perdí. —Con la voz quebrada, añadió—: Y a la familia que encontré.

—«Sé valiente, no te rindas» —murmuró Candy.

Alice cogió un palo del suelo y apuntó hacia los guisantes del desierto.

—Aquí se cuenta que este es el lugar donde impactó el corazón de una madre. Se lo arrancó del pecho y lo lanzó desde las estrellas para estar cerca de su bebé, que se había caído desde el cielo y había muerto. —Alice partió el palo por la mitad y

recogió unos trocitos de corteza—. Los guisantes florecen nueve meses al año y forman un círculo perfecto. Dicen que cada flor es un pedacito vivo de la madre. — Siguió partiendo el palo en trocitos cada vez más pequeños hasta que se formó un montón junto a sus pies—. Mi amiga Ruby dice que si las flores enferman, su familia y ella también enferman.

—Parece lógico —comentó Twig.

Se quedaron calladas las tres.

—¿La enterraron o la incineraron? —preguntó Alice sin mirarlas.

—La incineraron —contestó Candy—. En su testamento había dejado instrucciones para que sus cenizas se esparcieran en el río y que así la corriente la llevara hasta el mar.

Alice negó con la cabeza y recordó el día que se había bañado en el río y soñado con dejarse llevar por la corriente hasta su casa.

—Quizá tendríamos que ir volviendo, Alice. Te hemos traído una cosa —dijo Candy.

Twig asintió.

—Claro —dijo Alice. Llamó a *Pip* con un silbido y las guio por el sendero hasta la casa.



Cuando entraron, el sol ya calentaba mucho. Alice llenó unos vasos de agua fría y los repartió.

Candy fue al coche de alquiler y volvió con un paquetito envuelto con un pedazo de tela. Alice lo reconoció enseguida.

—Dios mío.

—En su testamento decía que era para ti. —Candy le puso el paquete en las manos.

Alice retiró la tela que envolvía el Diccionario Thornfield. La asaltaron los recuerdos: la primera vez que entró en el taller con Candy; Twig enseñándole a cortar flores; June enseñándole a prensarlas; Oggi, que entonces era un crío, levantando la vista de su libro y saludándola con la mano.

—Tardó casi veinte años, pero al final cumplió su promesa —dijo Twig con voz áspera—. Todo lo que siempre has querido saber está ahí. Nosotras no nos dimos cuenta, pero June se pasó el último año de su vida escribiendo las historias de Thornfield, incluida la de tus padres.

Alice sujetó el libro con fuerza.

—Cuando lo leas —continuó Candy—, sabrás lo que Ruth Stone decía en su testamento: que ningún hombre que no fuera digno de Thornfield podía heredarlo. — Hizo una pausa y escogió sus palabras con mucho cuidado—. Cuando tu padre era joven, June tuvo un infarto. No fue grave, pero sí lo suficiente para que redactara un testamento que guardó en secreto —a Candy se le quebró la voz— porque no incluía

a Clem. June había visto lo posesivo que podía ser con tu madre cuando los dos eran unos críos, lo agresivo que era en ocasiones con el resto de las mujeres que vivíamos en la granja, lo celoso que se ponía cuando no era el centro de atención, lo cruel que llegaba a ser si no dominaba la situación. A veces se ponía violento cuando se enfadaba.

»Cuando Clem oyó a June revelarle a Agnes que algún día Thornfield sería suyo, mío y de Twig, y que había decidido no dejárselo en herencia a su hijo... Clem se marchó y juró no volver a dirigirle la palabra a June ni a ninguna de nosotras. Aseguró que eso era lo que nos merecíamos. —Se le escapó un sollozo—. Por eso no te conocimos hasta que llegaste con nueve años. Nunca volvimos a ver a tus padres, ni a hablar con ellos.

—Entonces... —Alice iba encajando las piezas— ¿mis padres se marcharon porque June tomó una decisión a sabiendas de que enfurecería a mi padre?

—No era tan simple. June estaba convencida de que tenía buenas razones para hacer lo que hizo: desconfiaba demasiado del carácter de Clem como para dejarle todo lo que ella y otras mujeres de tu familia habían trabajado tanto para mantener. Tu padre era muy irascible.

—Sí, ya lo sé, Candy —dijo Alice. Empezaban a dolerle las sienes—. Pero ¿por qué nunca me contaste que se marchó por eso?

—No podía, Alice: no podía traicionar a June después de todo lo que había hecho por mí. Era ella quien tenía que contarte la historia.

—¿Y eso anulaba por completo tus sentimientos? ¿El error de June tenía que convertirse también en el tuyo?

—Bueno, basta —intervino Twig—. Basta. Descansa un momento.

Alice se levantó y se paseó por la habitación. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Candy.

—Creo que es importante que no nos quedemos atrapadas en el pasado —agregó Twig.

—¿Atrapadas en el pasado?! —gritó Alice—. ¿Cómo voy a quedarme atrapada en el pasado si ni siquiera sé qué significa esa palabra?

—Alice, por favor —le suplicó Twig—, procura calmarte. Tenemos que hablar de cómo están las cosas.

—¿Y cómo están las cosas? —le espetó Alice.

—Siéntate —dijo Twig con firmeza y con gesto impenetrable. Candy tenía la misma expresión.

Alice tuvo un presentimiento que hizo desaparecer toda su cólera. Miró a Candy y luego a Twig.

—¿Qué pasa? Decídmelo ahora mismo.

—Siéntate, Alice.

Iba a protestar, pero Twig levantó una mano. Alice retiró la silla y se sentó.

—Ya sé que es mucha información de golpe y que tienes que asimilarla. Queremos ponértelo lo más fácil posible. —Twig juntó las manos.

—Decídmelo —dijo Alice, apretando la mandíbula.

—Vale —respondió Twig.

Candy inspiró hondo.

—Alice... —empezó Twig.

—¿Queréis decírmelo de una vez?

—Tu hermano sobrevivió al incendio —soltó Twig de corrido, dejándose caer luego en la silla.

Alice retrocedió como si hubiera recibido una bofetada.

—¿Qué?!

—Tu hermano pequeño. Sobrevivió. Lo adoptaron poco después de llegar tú a Thornfield.

Alice se quedó mirándolas conmovida.

—Fue prematuro y estaba muy grave. Los médicos no estaban seguros de que sobreviviera. June no sabía si podría ocuparse de un recién nacido enfermo y tampoco quería causarte más sufrimiento si el pequeño no sobrevivía.

—Y... ¿lo abandonó?

—Lo siento, corazón. —Candy le tendió una mano—. Ya sé que esto supone una fuerte conmoción para ti y que no es fácil asimilarlo. Te llevará tiempo. ¿Por qué no vuelves con nosotras a Thornfield? Por favor. Nosotras te cuidaremos, nosotras...

Alice fue corriendo al cuarto de baño y vomitó sacudida por convulsiones y fuertes arcadas.

Twig y Candy, inclinadas sobre ella, la llamaban por su nombre una y otra vez, llenas de temor, cariño y preocupación.



Candy abrió la puerta de atrás y salió con dos cuencos de pasta al porche. Le dio uno a Twig y se sentó a su lado bajo las guirnaldas de luces de Alice. Comieron un rato en silencio. El cielo, que iba apagándose, pasó del azul al ámbar y del ámbar al rosa. La pared del cráter, iluminada desde atrás, parecía el casco de un barco varado en la playa.

—¿Cuándo crees que deberíamos despertarla? —preguntó Candy.

—Déjala dormir.

—Ya lleva más de un día entero en la cama.

—Y, por lo que parece, necesita descansar aún más —suspiró Twig.

—Pero ¿y su teléfono? Ya ha sonado seis o siete veces.

—Candy...

—¿Y cómo crees que se habrá hecho esos cardenales? —la interrumpió Candy en voz baja.

Twig negó con la cabeza. Dejó su cuenco en la mesa y se sacó un paquete de tabaco del bolsillo.

—Seguramente se los habrá hecho trabajando. En la granja nosotras también acabamos destrozadas.

—Tengo la sensación de que la hemos perdido —dijo Candy con voz queda.

—Lo sientes así porque no sabemos lo que ha hecho con su vida desde que se marchó, pero la verdad es que todavía no ha tenido tiempo de contarnos nada, ¿no? Ya tiene suficiente con lo que le hemos contado nosotras.

Candy no respondió. Vieron ponerse el sol detrás del horizonte.

—No le has contado que June murió esperando que ella regresara a casa —dijo Candy al cabo de un rato.

—Tú tampoco —replicó Twig.

—Ya lo sé. —Candy se frotó la frente—. Solo falta que tenga que cargar con esa responsabilidad.

Las primeras estrellas titilaban en el cielo.

—¿Has visto sus libretas? —preguntó Candy.

Twig volvió a negar con la cabeza y encendió el cigarrillo.

—Están en las estanterías, llenas de flores, cada una con su significado. En algunas páginas hay dibujos y en otras flores prensadas. No siguen ningún orden, no están organizadas como en un diccionario: parecen recopiladas al azar, pero al hojear esas libretas he tenido la sensación de que había algo más, de que contaban una historia.

Twig dio una calada, echó el humo hacia arriba y miró de reojo a Candy.

—¿Qué pasa? —preguntó esta—. Estaban a la vista, en las estanterías. He sentido curiosidad. —Pinchó un poco de pasta con el tenedor—. Estoy preocupada.

Twig dio otra calada.

—Yo también.

Candy dejó su cuenco y su tenedor.

—Tenemos que convencerla de que vuelva a casa con nosotras —dijo—. Al fin y al cabo, una tercera parte de Thornfield es suya ahora.

Twig tiró la ceniza del cigarrillo.

—Todo eso puede esperar. De momento no nos vamos a ningún lado.

—Pero ¿no crees que lo está pasando mal? Nosotras somos su familia, nos necesita. —A Candy le temblaba la voz.

—No somos su única familia —contestó Twig sin rodeos.

Candy se quedó boquiabierta.

—Nosotras la queremos, se crio con nosotras.

—Y cuando esté preparada estaremos ahí para lo que necesite. Pero ahora tenemos que darle tiempo para que haga lo que tiene que hacer.

—¿Y qué tiene que hacer?

—Vivir —respondió Twig simplemente—. Ya lo sabes. Ahora mismo tu cabeza y tu corazón están debatiendo sobre esto. Alice está impaciente por vivir su propia historia, por confiar en sí misma lo suficiente como para cometer errores y equivocarse, y saber que de todas formas saldrá adelante.

—Pero ¿y si no sale adelante? —preguntó Candy con voz temblorosa.

—¿Qué quieres hacer? ¿Asfixiarla, como hizo June, para protegerla? Ya conoces aquel dicho: «El camino al infierno...» —Twig dejó la frase en el aire y se quitó unas hebras de tabaco de la lengua.

Candy se quedó callada, oyeron aullar unos perros a lo lejos.

—No volveremos a perderla —dijo Twig—. Dale un poco de margen.

Candy asintió, pero tenía el rostro transido de dolor.

—Vale —dijo.

—Vale. —Twig dio otra larga calada y el tabaco crepitó en el silencio.



Alice estaba sentada en el sofá tomándose una taza de café. Llevaba unas horas despierta, pero notaba la cabeza tan vacía como el cielo que veía a través de las ventanas. Candy le había dicho que había dormido dos días seguidos.

—Demasiadas cosas para asimilarlas de golpe, seguro que lo necesitabas.

Pip correteaba de aquí para allá mientras Candy y Twig llevaban sus cosas al coche de alquiler. Querían volver a Agnes Bluff antes de que se hiciera de noche: tenían el vuelo de regreso a primera hora del día siguiente.

—Creo que ya lo tenemos todo. —Twig entró sacudiéndose el polvo de las manos—. Ya sé que te lo he preguntado veinte veces, Alice, pero si quieres que nos quedemos...

Ella negó con la cabeza.

—Estoy bien. Me irá bien estar sola para reflexionar sobre todo esto.

—Promete que nos llamarás —insistió Candy compungida—. Cuando tengas algo que preguntarnos, o necesites hablar, o simplemente quieras charlar con alguien que te conoce y te quiere.

Alice se levantó y fue hacia ella.

—Odio las despedidas —se lamentó Candy mientras la abrazaba—. Prométeme que vendrás a visitarnos. Vamos a intentar empezar de cero, la temporada de siembra comienza pronto. Thornfield siempre será tu hogar.

Alice, con la cabeza sobre el hombro de Candy, aspiró su olor a vainilla.

Candy se separó de ella.

—Te quiero, Alice —dijo, y le recogió un mechón de pelo detrás de la oreja antes de meterse en el coche.

Solo le faltaba despedirse de Twig. No podía mirarla a los ojos.

—¿Estás bien? —Twig carraspeó.

Alice se obligó a mirarla.

—No, pero lo estaré.

Se sostuvieron un momento la mirada. Twig se sacó un grueso sobre del bolsillo de atrás.

—Cuando estés preparada —dijo—, encontrarás todo lo que necesitas aquí. Debería habértelo dado hace muchos años.

Alice cogió el sobre. Twig la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos.

—Gracias —dijo Alice.

Cuando se marcharon, les dijo adiós con la mano hasta que el coche de alquiler se perdió de vista.

Cuando volvió a entrar, todo lo que Twig y Candy le habían contado estaba esperándola: la muerte de June, su hermano... Se puso a caminar en círculos, tratando de hacer que todo encajara dentro de ella, pero solo encontraba sitio para Dylan. Habían pasado varios días. ¿Dónde estaba? Twig y Candy tal vez hubiesen olvidado mencionar que mientras dormía la habían llamado por teléfono. Dejó el sobre que acababa de darle Twig y fue a buscar su móvil. Sí, claro, tenía mensajes, y todos eran de Dylan. El primero era de disculpa, pero después del segundo su voz se enfriaba. El último hizo que a Alice se le revolviera el estómago.

«Me he portado como es debido, te he llamado y me he disculpado, y tú todavía sigues ignorándome. Estupendo».

Arrepentida y obedeciendo a su impulso de arreglar las cosas, Alice cogió las llaves y salió por la puerta de atrás. Caminó junto a la valla hacia la casa de Dylan: le pediría perdón por haber ido a la quema, por no haber estado más pendiente de sus sentimientos y por no haber ido a disculparse antes. Le explicaría que había recibido una visita familiar inesperada. Se lo contaría. Se había enterado de una muerte y de una vida, él lo entendería.

Pero la cancela de Dylan estaba cerrada con candado. Ni su utilitario ni su todoterreno estaban en el camino.

—No está en casa —dijo Lulu con voz monótona detrás de ella.

Alice se dio la vuelta. Llevaban meses sin hablar.

—Se ha marchado —dijo Lulu, hundiendo las manos en los bolsillos—. Dijo que había ido a ver a Sarah a la oficina central y que tenía trabajo urgente del que ocuparse, que tenía que irse enseguida.

Alice escudriñó su cara tratando de comprender.

—Pero... ¿cuándo?

—Yo lo vi ayer en el surtidor de gasolina. ¿Dylan no te había dicho nada?

Alice no pudo reprimir un gemido de dolor. ¿Qué cosas de trabajo urgentes? ¿Había hablado con Sarah de lo que había pasado en el taller? ¿Estaba dolido? ¿Enfermo? ¿Estaba bien? Lulu sujetó a Alice justo antes de que se le doblaran las rodillas.

—¿Qué he hecho? —dijo ella sollozando, y se agarró a Lulu sin darse cuenta de que se le veían los cardenales.

—¿Qué chingado es esto? —exclamó Lulu al verle los brazos—. ¿Qué coño es esto, Alice? ¿Te ha maltratado? ¿Dylan te ha hecho esto?

Alice se dejó abrazar sin oponer resistencia.

—Vale —dijo Lulu con voz tierna pero firme—. Vamos a mi casa.

ÁRBOL DEL CORAL

Significado: Remedio para la aflicción
Erythrina vespertilio / Australia Central y Nororiental

La madera del árbol del coral (ininti, en pitjantjatjara) se utiliza para fabricar jabalinas y cuencos; la corteza, los frutos y los tallos se emplean en la medicina tradicional. Las hojas tienen forma de ala de murciélago y produce flores de color coral en primavera y verano. Las semillas, con forma de alubia, brillantes y llamativas, van del amarillo oscuro al rojo sangre y se emplean en decoración y joyería.

Alice entró aturdida en casa de Lulu, se sentó a la mesa y se quedó mirándose las manos, llorosa. Lulu fue a la cocina y volvió con dos vasitos de algo que parecía agua con gas con hielo y unas rodajas de lima y limón.

—Esto te ayudará a calmarte. —Tomó un sorbo.

Alice bebió también y se puso a toser: era un gintonic, y muy cargado.

—Era el remedio de mi abuela para la fiebre y las dolencias del corazón — explicó Lulu.

Los cubitos de hielo burbujaban y se agrietaban.

—Vamos a ver... ¿cuánto hace que dura esto?

Alice bebió un sorbo más largo y se atragantó cuando el llanto volvió a cerrarle la garganta.

—¿Qué he hecho mal? —farfulló, y rompió a llorar.

—Ay, chica. —Lulu se apresuró a ir a la cocina—. Tú no has hecho nada mal — añadió, poniéndole delante un vaso de agua. Se sentó y se inclinó hacia ella.

—¿Por qué vuelves a ser tan buena conmigo? —le preguntó Alice cogiéndole las manos—. Yo creía que me odiabas.

—Lo siento muchísimo —dijo Lulu con voz acongojada—. Supe que os gustabais nada más ver cómo os mirabais. Intenté prevenirte contra él, pero no te lo conté todo. Cuando vi que estabais juntos me dio miedo y vergüenza contarte la verdad, lo que me había pasado a mí. —Hizo una pausa y miró hacia otro lado—. Nunca se lo he dicho a nadie, ni siquiera Aiden lo sabe todo. Dylan me dejó destrozada psicológicamente. Yo le quité importancia, me convencí de que no había pasado nada grave. Creía que era yo, que yo tenía algo que no encajaba bien con él, que yo era la razón por la que se enfadaba tanto y se ponía tan violento. Ha sido culpa mía: pensé que contigo quizá sería diferente. Si hubiese sospechado que Dylan era capaz de... — Lulu le miró los brazos y dejó la frase en el aire.

Tenían las manos entrelazadas y Alice reparó en las pulseras de cuero que Dylan se había quitado de las muñecas para regalárselas. Empezó a tirar de ellas y a morderlas, tratando de quitárselas.

—¡Chica! —exclamó Lulu—. ¡Para!

Cogió unas tijeras de un tarro que había encima del aparador, deslizó la fría hoja de metal por debajo de las tiras de cuero y fue cortándolas hasta dejarle las muñecas libres. Alice se frotó la piel.

—¿Sabes de qué fue a hablar Dylan con Sarah antes de marcharse? —le preguntó a Lulu.

—No, pero supongo que nos enteraremos mañana cuando vayamos a trabajar. — Señaló el guardapelo de Alice con complicidad—. Sé valiente, ¿de acuerdo? Yo estaré a tu lado.



A la mañana siguiente, Alice fue a la oficina central del parque con Lulu. Por el camino, no pudo evitar mirar hacia la casa de Dylan. La cancela seguía cerrada con candado y el camino vacío. Su imaginación fue más allá y entró por la puerta: tenía un cepillo de dientes en el cuarto de baño, al lado del de Dylan; sus vestidos de tirantes estaban colgados en su armario; imaginó la cama deshecha junto a la ventana, por la que entraba la luz, la cara de sueño de Dylan por las mañanas; recordó cómo le sujetaba la cabeza con ambas manos cuando hacían el amor, el huerto que tenía en su casa, la puerta del dormitorio rota, las bolas de pelusa... Lulu y ella se alejaron con el coche, pero el corazón de Alice seguía atrapado allí, enredado en la añoranza, el deseo y el miedo.

Cuando llegaron a la oficina central, Alice negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo —dijo en voz baja.

Se quedaron un momento calladas.

—Claro que puedes —le susurró Lulu.

Entraron y encontraron a Sarah esperando en la mesa de Alice.

—Hola, Alice —dijo con gesto inexpresivo—. ¿Podemos hablar un momento en mi despacho?

Ella asintió y siguió a Sarah tras lanzarle una mirada a Lulu.

—Te espero aquí —dijo esta moviendo los labios.

Sarah señaló la silla que había delante de su mesa.

Alice se sentó y se acordó del día de su llegada: se había sentado en aquella misma silla y había firmado su contrato, llena de esperanza y emoción.

—No me voy a andar por las ramas: un miembro del personal ha notificado un incidente. —Sarah cogió una carpeta y la abrió—. Dylan Rivers ha notificado un incidente que ocurrió el jueves pasado en el despacho del taller, después de la quema controlada. Según ha declarado, fue víctima de una agresión física por tu parte. — Sarah leyó las hojas por encima—. Ha dejado claro que no quiere presentar ninguna denuncia, pero sí me ha presentado el informe a mí y ha puesto en copia al departamento de recursos humanos. —Dejó las hojas, se recostó en la silla y se pinzó el puente de la nariz—. Lo siento, Alice, estoy atada de manos. Tengo que aplicar una

sanción disciplinaria, lo que técnicamente significa suspensión de funciones inmediata.

Alice temblaba por el esfuerzo que tenía que hacer para controlarse.

—Le pediré a otro guarda que cubra tus turnos —añadió—. Creo que recursos humanos me informará hoy mismo de la duración de la suspensión. La semana que viene nos enviarán a alguien del departamento y entonces tendrás ocasión de dar tu versión de lo ocurrido.

Alice no dijo nada.

—Hasta entonces, y mientras se estudia el informe, no puedes tener ningún tipo de contacto con Dylan. Eso no supondrá ningún problema para ti porque, como seguramente ya sabes, ha pedido un permiso.

Alice cerró los ojos.

—¿Quieres preguntarme algo?

Negó con la cabeza.

—Oye —dijo Sarah, más suave.

Alice abrió los ojos.

—¿Hay algo más que yo debiera saber, Alice? ¿Algo que quieras contarme en confianza?

Alice le sostuvo un momento la mirada, luego apartó la silla, se levantó y salió del despacho sin decir nada.

Lulu estaba esperándola fuera, en el coche, con el motor encendido.

—No te quedes aquí sola, chica —dijo Lulu cuando pararon delante de su casa—. Cámbiate de ropa y acompáñame a hacer mi guardia. Caminar te sentará bien, ahí dentro te vas a agobiar.

Alice miró su casa, pero en realidad no veía nada. Dylan había presentado un informe contra ella. Le había quitado la voz intencionadamente, a conciencia, igual que a la niña del cuento que se adentraba en un bosque oscuro.

Se enjugó las lágrimas y abrió la puerta del acompañante.

—Dame cinco minutos.



Alice se quedó en la retaguardia del grupo que seguía a Lulu por la pista del cráter. Acompañarla había sido una equivocación: no quería oír la charla que ella ya no podría dar, no quería pensar en el motivo por el que no podría darla, no quería oír la voz de Dylan dentro de su cabeza, ni acordarse de la conversación con Sarah, de la humillación, la incredulidad. Quería desvanecerse, fundirse con el desierto y desaparecer.

—Estás retrasando al resto del grupo —le dijo una mujer desde lejos.

—¿Cómo dice? —Alice se sobresaltó.

—Date prisa —insistió la mujer con impertinencia, clavando los bastones repetidamente en la tierra roja.

—No se preocupe —le dijo Alice—, no hace falta que me esperen.

La mujer se tapó el pelo canoso y la cara sonrosada con la mosquitera de la gorra.

—Como sabe cualquiera que haya leído su guía de Australia, este sitio —abrió un brazo señalando a su alrededor con el bastón— es más peligroso de lo que parece.

—Gracias —dijo Alice un poco perpleja—, lo tendré en cuenta.

Siguieron caminando y la mujer iba golpeando las ramas con los bastones de senderismo: zas, pam, pum, zas, pam, pum. Alice se estremecía con cada golpe. Su intenso deseo de estar sola hacía que se irritara aún más. «Respira», se dijo.

Pero la cabeza le iba a toda velocidad. Aquel fin de semana, mientras Twig y Candy le contaban las verdades que descoserían para siempre las costuras de su vida, Dylan se había sentado en algún sitio, quizá delante de su ordenador, quizá con papel y bolígrafo, y se había propuesto cerrarle la boca. ¿Se había tomado un café mientras lo hacía? ¿O una cerveza? ¿Qué había sentido cuando, palabra a palabra, tensaba el arco para lanzarle una flecha directa al corazón? Había hecho lo que había querido con su vida, con su cuerpo, con su mente; se había saciado con ella.

Empezó a dolerle el estómago.

¿Se había echado a temblar? ¿Había sentido remordimientos siquiera por un momento? ¿Se había arrepentido? ¿Había entrecerrado los ojos o mirado sin reparo su obra al terminarla? ¿Y dónde se había metido desde aquel día? ¿Adónde había ido? ¿Tenía un refugio húmedo y oscuro al que retirarse, donde, a la luz de un farol, podía hilar y convertir la paja en oro para reaparecer más tarde transformado?

Alice volvió a fijarse en la mujer de los bastones de senderismo que iba delante de ella y que justo entonces se agachó al borde del camino, abrió su mochila, sacó un tarrito y se inclinó hacia delante para recoger un poco de tierra.

Alice aspiró bruscamente por la boca.

—¡No! —gritó, abalanzándose sobre la mujer para arrancarle el tarro de la mano.

El tarro cayó con un ruido sordo. Otros turistas se volvieron, sorprendidos. La mujer había quedado sentada en el suelo con gesto de perplejidad. Alice la miraba con odio, con los puños apretados.

—¿Todo bien por ahí detrás? —Lulu se abrió paso entre el grupo.

—¡Ya lo creo que no! —La mujer se levantó.

—¿Qué ha pasado, Alice? —preguntó Lulu.

—Ha intentado coger tierra, lo he visto. —Alice, temblorosa, señaló el tarrito.

Lulu le apretó el brazo.

—Vale —le dijo clavándole los ojos. Le lanzó una mirada a la mujer y luego se dirigió nuevamente a Alice—. ¿Vale?

Alice asintió.

—Señora, venga conmigo y le explicaré por qué lo que acaba de hacer puede dar pie a una multa. —Lulu se llevó a la mujer a la cabecera del grupo y miró a Alice con cara de preocupación.



Alice hizo el resto del trayecto en silencio, en la retaguardia del grupo. Nadie le dirigió la palabra, como era de esperar. Lulu la miraba de vez en cuando hasta que le indicó por señas que se despreocupara y siguiera adelante. Se planteó varias veces dar media vuelta, volver a casa con *Pip* y meterse en la cama, pero marchándose solo habría conseguido dar aún más la nota y empeorar las cosas.

Cuando llegaron al mirador, se sentó lejos del grupo. Le llegaba la voz de Lulu mientras permanecía con los ojos fijos en el círculo de flores, en pleno estallido de rojo. Se acordó de Twig y Candy, de June y finalmente de su madre. Siempre su madre, siempre.

Esperó a que se le secaran las lágrimas antes de levantarse y seguir al resto del grupo, que descendió hasta el Kututu Kaana.



El sol caía a plomo sobre la pista del cráter. El mar de guisantes del desierto parecía ondular por efecto del calor. Un águila volaba describiendo círculos y los pinzones piaban en los arbustos. Alice cerró los ojos y oyó la voz de Lulu, el ritmo del viento, el susurro de las flores y las hojas: todo tenía su propio latido, una débil pulsación.

El ruido de una cremallera interrumpió su frágil serenidad. La mujer de los palos de senderismo se había apartado del grupo, había sacado un tarro de su mochila y estaba en cuclillas al lado de los guisantes del desierto. Con mucho cuidado, desenroscó la tapa y alargó una mano hacia las flores.

Alice se abalanzó sobre la mujer, que lanzó un grito; la tiró al suelo y le quitó los guisantes del desierto de la mano.



Una hora más tarde, Alice estaba sentada fuera del despacho de Sarah con los codos apoyados en las rodillas y tapándose la cara con las manos. Su piel, quemada por el sol, desprendía un olor peculiar. Se acordó del olor de la piel de su madre: suave, limpio, fresco; de su voz dulce, del brillo de sus ojos cuando paseaba entre los helechos y las flores de su jardín. También del olor de June, a whisky y pastillas de menta; del olor del río y el de las hogueras que encendía Oggi cuando eran adolescentes.

Los recuerdos de Dylan se mezclaban con los de su padre: caras lívidas de cólera. Se acordó del olor amargo del aliento de Dylan; del olor mineral de la ira de su padre; de sí misma inclinada y herida; de un agua espantosamente fría, de una mano levantada a punto de pegar. El ruido blanco que surgía intermitentemente de la radio de la oficina central le recordó el llanto de un bebé. ¿Quién habría criado a su hermano? ¿Habría tenido una buena vida? ¿Era feliz? ¿Sabía que ella existía?

—Alice.

Alzó la vista. Sarah estaba de pie en el umbral de su despacho y esta vez su gesto era de aflicción.



Ruby estaba sentada junto al fuego en el jardín de detrás de su casa cuando oyó un coche llegar y parar en el camino. Estiró el cuello y reconoció la camioneta de Alice, con sus mariposas y todo, cargada hasta arriba. Volvió a concentrarse en el collar que estaba haciendo. Acercó el extremo de una percha de alambre a las llamas y lo clavó en el centro de una semilla de *ininti*. Cuando se enfrió, la ensartó en un cordel marrón y cogió la siguiente semilla del montón que tenía junto a los pies. Vio salir a Alice de la camioneta seguida de su perra. Parecía cansada y tenía los ojos hinchados: era la viva imagen de una mujer que ha perdido a su amor, su sustento y su hogar, todo de golpe.

Alice se sentó junto a la hoguera de Ruby y se quedó mirando fijamente las llamas. *Pip* se fue a jugar con los perros de Ruby. El viento empezó a soplar más fuerte e hizo susurrar las ramas de los tres robles del desierto. Ruby acercó el alambre al fuego, esperó a que se calentara y atravesó con él el centro de otra semilla de *ininti*. Alice permanecía callada. Necesitó varios intentos hasta tener fuerzas suficientes para hablar.

—He venido a despedirme, Ruby.

Ruby ensartó la semilla en el cordel y cogió otra.

El viento del noroeste les revolvía el cabello.

«Este viento te hace enfermar», decían siempre las tías de Ruby. «El viento del noroeste es un viento malo que debilita el espíritu, más vale tener preparada la medicina adecuada».

—He estado pensando en lo que me dijiste el otro día sobre lo que el fuego significa para ti, Pinta-Pinta. —Ruby atravesó otra semilla y la ensartó—. Quería preguntarte dónde está tu hoguera.

—¿Mi hoguera?

—Sí, tu hoguera: el sitio donde te reúnes con tus seres queridos, el sitio donde estáis juntos y abrigados, el sitio al que perteneces.

Alice tardó mucho en contestar. Ruby echó otra rama de mulga a su hoguera.

—No lo sé, pero... tengo un hermano. —Se le quebró la voz—. Un hermano menor.

Ruby levantó la sarta de semillas de *ininti* y unió los extremos con un nudo. El collar era de un rojo reluciente y olía a fuego. Se lo tendió a Alice, que se quedó mirándolo fijamente. Ruby lo agitó y le hizo una seña para que lo cogiera. Las semillas de *ininti* entrechocaron débilmente cuando Ruby las dejó caer en las manos ahuecadas de Alice.

—Semillas de árbol del coral —murmuró Alice—: remedio para la aflicción. —Tenía los ojos llorosos.

—Las mujeres de mi familia nos ponemos este collar para que nos dé fuerza durante la *inma*, la ceremonia —explicó Ruby.

Alice frotó las semillas con los dedos, se las acercó a la nariz y aspiró su olor.

—Otra cosa —añadió Ruby; se levantó, entró en la casa y regresó al cabo de un momento con un saquito cuadrado de tela de algodón—. Gorra de jockey —dijo, y se la dio a Alice—. Póntela en la almohada. Sanará tu espíritu mientras duermes.

—Gracias. —Alice se acercó el saquito a la nariz—. En mi familia la gorra de jockey no se utiliza para curar: significa «amor abandonado».

Ruby se la quedó mirando.

—Abandonado, curado... —Se encogió de hombros—. Es una línea muy fina, ¿no? —Atizó las brasas, que crepitaron. Las llamas se alzaron hacia el cielo vespertino.

Las dos se quedaron un rato en silencio.

—Voy a decirte una cosa, Pinta-Pinta —dijo Ruby al cabo de un rato—. Confía en ti misma, confía en tu historia. Lo único que puedes hacer es contar tu verdad. — Se frotó las manos en el humo de la hoguera.

Alice acarició las semillas de *ininti*.

—¿*Palya*? —preguntó Ruby.

—*Palya* —contestó Alice, sosteniéndole la mirada.

Ruby sonrió. El fuego se reflejaba en los brillantes ojos de Alice.



Después de conducir hasta que el Kililpitjara quedó reducido a un sueño distante en el horizonte oscuro, Alice paró la camioneta. Se bajó y caminó entre matas de espinifex por la arena roja, que empezaba a enfriarse, con *Pip* a su lado; de vez en cuando levantaba una mano para acariciar la hierba amarilla.

Se dijo que solo necesitaba un momento para serenarse, pero en realidad, pese a todo, todavía no estaba segura de que marcharse fuese la decisión más acertada. El amor que sentía por Dylan teñía todos sus pensamientos. Se enjugó las lágrimas al recordar una tarde, no muy lejana, en que los dos habían salido a dar un paseo al atardecer.

—Imagínate que un día nos marcháramos a la costa oeste —le había dicho él con aquella irresistible media sonrisa suya—, imagínate que hiciéramos las maletas, las cargáramos en las camionetas y nos largáramos. ¿Qué haríamos una vez allí?

Se habían sentado bajo un alto roble del desierto y habían entrelazado las manos.

Ella sonrió y cerró los ojos para imaginárselo.

—Nos compraríamos una cabaña, nos hincharíamos de marisco, cultivaríamos nuestras hortalizas y frutas, y...

—¿Y...?

—Tendríamos bebés: pequeños salvajes de piernas regordetas que irían descalzos por ahí. Se criarían entre la tierra roja, la arena blanca y el mar.

No tuvo valor para mirarlo a la cara mientras lo decía.

Él le puso un dedo en la barbilla y, con suavidad, le volvió la cara hacia él. Le brillaban los ojos.

—¿Piernas regordetas? —Rio y la atrajo hacia sí.

—Te amaré toda mi vida —susurró ella.

—Toda nuestra vida —dijo él, y la besó como si la necesitara más que el aire.



Sola con *Pip* en las dunas, Alice lanzó un grito de desesperación. ¿Debía quedarse? ¿Debía pelear por su empleo y tratar de arreglar las cosas con Dylan? No podía creer que todo hubiese terminado. Aún podría reconstruir su relación, como aquellos artistas japoneses que reparaban sus piezas de cerámica rotas rellenando las grietas con esmalte y polvo de oro. Podía salvar a Dylan: su amor podía salvarlos a los dos. ¿Cómo iba a rendirse? Podía esforzarse más, convertirse en lo que él quería, en lo que él necesitaba, y ayudarlo a ser mejor persona. En realidad, eso era lo único que quería Dylan, a lo que había aspirado siempre, desde el principio: ser mejor persona. Además, ¿sabía Alice adónde iba? No tenía adónde ir, nadie que la esperara. ¿Por qué no iba a quedarse?

Siguió paseando despacio por las dunas.

El desierto la engañaba. Allí no había nada a la vista que le permitiera notar el paso del tiempo. Aquella mañana quizá fuese idéntica a otra de cien años atrás: el sol pintaba y volvía a pintar el paisaje todos los días, las estrellas brillaban, las estaciones cambiaban, pero no había señales del transcurrir del tiempo.

La erosión y la creación eran procesos tan lentos que los únicos cambios de los que se percataba una persona que pasaba su vida en el desierto eran sus propios cambios físicos. El desierto se tragaba a Alice, la reducía a la insignificancia. Fue deambulando por la arena roja y se detuvo en lo alto de una duna. Siguió con la mirada el trazado de la carretera hasta el cráter y contempló su silueta. ¿Todavía estaba a tiempo? ¿Podía rectificar y empezar de nuevo?

Pip se acercó a ella. Alice se agachó para acariciarla detrás de las orejas y, al hacerlo, se vio en las pantorrillas unos cardenales que no había notado hasta entonces. No sabía cómo se los había hecho. Debía de haber sido en el taller, con Dylan, pero no recordaba que se hubiera hecho daño en las piernas.

Se le encogió el estómago; en su mente, volvía a tener nueve años y veía salir a su madre del mar, desnuda y cubierta de cardenales.

Volvió a pensar en el cuento japonés, pero esta vez desde otra perspectiva: ella no era la artista que manejaba el pincel, ni era el polvo de oro; era el objeto que se rompía y se recomponía una y otra vez. Igual que su madre, que no había conseguido salir del círculo vicioso impuesto por el hombre que la destrozaba una y otra vez. Como las Flores, que habían ido a Thornfield en busca de refugio. Durante todo ese tiempo no se había permitido verlo así.

«Abandonado, curado...», había dicho Ruby. «Es una línea muy fina, ¿no?»

Pip se movía inquieta a su alrededor y le lamía la cara. Alice se enjugó las lágrimas y pensó en cuánto habría querido June a *Pip*. Quizá tanto como a *Harry*. Recordó a su abuela caminando entre las flores de su plantación con el perro y esa imagen la hizo evocar otras: el día que June la llevó a la escuela y *Harry* se tiró un pedo en la recepción provocándoles un ataque de risa; la noche antes de su décimo cumpleaños, cuando, medio dormida, se removió en la cama junto a *Harry* y vio a June inclinada sobre su mesa, a oscuras, preparándole su regalo sorpresa; la mañana en que aprobó el examen de conducir y encontró a June y a *Harry* esperándola en el aparcamiento de la comisaría de policía. La sonrisa se le borró de los labios cuando se acordó de su última noche en Thornfield: *Harry* ya no estaba y June, tan borracha que no se aguantaba, conmocionada y desesperada, se quedó de pie en la puerta viéndola marcharse. Ese era el último recuerdo que tenía de su abuela, a quien no volvería a ver jamás.

Alice se dejó caer al suelo, abrumada por la dura realidad de que no tenía ningún sitio adonde ir en el que pudiera sentirse segura. *Pip*, nerviosa, se puso a ladrar.

—No pasa nada —la tranquilizó mientras le acariciaba los flancos—. No pasa nada.

Respiró hondo varias veces e intentó calmarse para poder pensar. Necesitaba saber adónde ir; como mínimo, dónde iba a pasar la noche.

Cuando se levantó y se sacudió el polvo de la ropa, la asaltó un recuerdo de la mañana en que se habían marchado Twig y Candy.

«Cuando estés preparada», le había dicho Twig, «encontrarás todo lo que necesitas aquí».

Alice miró su camioneta y entonces lo entendió. Bajó corriendo de la duna con *Pip* trotando a su lado y abrió la guantera. Cogió el sobre, lo abrió y sacó un fajo de hojas dobladas.

Leyó todas las páginas en diagonal.

A continuación, las releyó despacio, varias veces, negando con la cabeza, sin poder dar crédito a lo que aquellos documentos le estaban revelando, hasta que las palabras empezaron a volverse reales, a convertirse en verdad. Les pasó los dedos por encima. Sí, estaban allí, escritas en el papel.

—Mierda —musitó. *Pip* ladró como dando su aprobación.

Alice guardó el sobre en la guantera. Giró la llave en el contacto, metió la primera y pisó el acelerador. Siguió conduciendo con el sol detrás.

Quizá a veces fuera posible retroceder para encontrar la forma de avanzar.



Lulu esperaba, sentada en las dunas con las piernas recogidas, a que Aiden llegara a casa después de la ronda de la puesta de sol. Daba pequeños sorbos de su copa de vino mientras hundía los dedos de los pies en la arena roja y caliente.

Aunque las estrellas brillaban en el firmamento, no era eso lo que Lulu contemplaba: tenía la vista fija en la guirnalda de luces que Alice no se había llevado.

Después de que Sarah le comunicara a Alice su despido inmediato, Lulu la había acompañado a su casa a recoger sus cosas. Lulu había oído la conversación: Sarah le había dicho a Alice que tenía suerte: dos incidencias en solo dos días y, tras una intensa negociación, ninguna denuncia. Mientras Lulu la ayudaba a meter sus pertenencias en cajas de cualquier manera, Alice casi no abrió la boca. Quiso devolverle a Lulu el retrato de Frida Kahlo pero, en cuanto se distrajo, ella lo puso en la camioneta.

—¿Me dirás adónde vas?

Alice dijo que sí. Tenía la vista fija en el camino, una mirada más ausente de lo habitual.

—¿Por qué te has quedado aquí? —preguntó de pronto—. ¿Por qué no te largaste, después de lo que te hizo?

Lulu tardó en contestar.

—Porque me convencí de que todo era culpa mía. Era la única forma de entenderlo. —Levantó los hombros como si quisiera taparse las orejas para no oír sus propias respuestas—. Y entonces conocí a Aiden. Ahora nuestra vida está aquí. Y también —añadió— por las estrellas. —Lulu soltó una risita triste. ¿Para qué servía tener clarividencia si no querías ver tu propia realidad?

Después de ver marchar a Alice, había entrado en su casa y había cogido el teléfono de inmediato para no cambiar de idea. Sarah le había ofrecido el primer hueco que tenía en la agenda al día siguiente. Temblorosa, Lulu se había llevado una botella de vino y una copa a las dunas y había bebido lo suficiente como para tranquilizarse mientras esperaba a que llegara Aiden.

Su coche no tardó en aparecer traqueteando por el camino. Lulu, que ya había apurado la copa, tomó un sorbo directamente de la botella.

Aiden se quitó las botas junto a la puerta trasera y fue a reunirse con ella en las dunas. Su sonrisa cariñosa la tranquilizó; la voz de su abuela resonó en su cabeza:

«Por eso te pusimos ese nombre, que quiere decir “lobita”: tu instinto siempre te guiará, igual que las estrellas».

—Hola, preciosa —dijo Aiden sentándose a su lado.

Ella le dio un beso y le sirvió un poco de vino.

—Menudo día —suspiró Aiden y bebió un sorbo—. ¿Cómo estaba Alice cuando se ha marchado?

Lulu negó con la cabeza sin apartar la vista de las guirnaldas de luces de la casa de Alice.

—¿Estás bien? —le preguntó Aiden.

Lulu bebió un poco de la copa de él.

—No, pero lo estaré —dijo, y miró a las estrellas.

Aiden le cogió una mano y trazó suaves círculos en su palma con el pulgar. Lulu sintió amor y gratitud. Sabía que, cuando encontrase el valor que necesitaba para contarle la historia de su tóxica relación con Dylan, la historia que le había ocultado durante tanto tiempo, él haría todo lo posible para apoyarla. No tenía la más mínima duda de que estaría de acuerdo en marcharse del desierto y cambiar de vida. De hecho, ella ya había empezado a buscar ofertas de empleo en Tasmania; Aiden siempre decía que era un sitio donde le encantaría vivir.

Antes de empezar a hablar, Lulu se aseguró de que no le temblaría la voz.

—Tengo una reunión con Sarah mañana por la mañana. Debo contarle una cosa, pero primero necesito contártela a ti.

Él la miró a los ojos y esperó.

Las guirnaldas de luces de Alice temblaban a lo lejos; cada lucecita era una llama parpadeante que ardía en el firmamento.



Cuando Alice llegó a Agnes Bluff, las estrellas ya brillaban en el cielo. Fue derecha a la clínica veterinaria, se apeó de la camioneta sin apagar el motor y caminó hasta la puerta. Pasó la yema de un dedo por el nombre escrito en el cristal, introdujo el sobre por la ranura del correo y lo vio caer al suelo, dentro de la consulta, con el dorso hacia arriba, donde podía verse su dirección escrita a mano.

Volvió a la camioneta y, mientras se alejaba, pensó en las flores que había dibujado para Moss: craspedias, unas bolitas amarillas sobre tallos finos. Había dibujado un montón, una tras otra, hasta llenar la hoja, excepto en la esquina inferior derecha, donde había escrito su significado:

«Mi gratitud».

Amado, me has traído muchas flores...

... cógelas, como acostumbraba yo,
y ponlas donde no se marchiten.

Di a tus ojos que recuerden bien sus colores,
y a tu alma, que tus flores han echado raíces en la mía.

ELIZABETH BARRETT BROWNING

FLOR DE AVE VERDE

Significado: Mi corazón vuela

Crotalaria cunninghamii / Estados Occidentales y Centrales de Australia

Este arbusto, que suele extenderse por terrenos arenosos, así como en zonas de mulga y de dunas, tiene ramas gruesas recubiertas de un fino vello. La flor, que parece un pájaro unido por el pico al tallo central, es de un amarillo verdoso con finas líneas moradas. Florece en invierno y primavera. La polinizan abejas grandes y pájaros.

Tras tres largos días conduciendo, el paisaje árido y polvoriento se tornó verde y exuberante. Al cuarto día, Alice salió de la carretera principal y continuó por otra más estrecha, paralela a la costa, hasta llegar al pueblo del que se había marchado siendo niña. Parada en la intersección principal, vio pasar los camiones de los granjeros. En la calle Mayor habían abierto varias tiendas nuevas: un estudio de tatuajes, una tienda de teléfonos móviles, una de ropa de segunda mano y un *outlet* de tablas de surf.

A su espalda se extendían los cañaverales. Las cañas eran exactamente del mismo verde que recordaba; le parecieron menos altas, pero el aire seguía siendo húmedo y dulce. Se imaginó con siete años, corriendo entre las plantas y apareciendo en aquel mundo nuevo y emocionante que existía más allá de los límites de su casa. Se abrazó a sí misma. *Pip* le lamió una pierna, como si quisiera animarla.

—¿Todo bien? ¿Te has perdido? —le preguntó una voz amistosa.

Alice se volvió y vio a una joven que llevaba a un crío apoyado en la cadera.

—Todo bien, gracias —le contestó.

La joven sonrió y el niño le hizo gorgoritos a *Pip*. Cuando llegó al semáforo, dejó a su hijo en el suelo para pulsar el botón que daba paso a los peatones.

—Perdona —le dijo entonces Alice, impulsada por el nerviosismo a hacer una pregunta cuya respuesta ya conocía—, ¿ese edificio de la otra acera es la biblioteca?

—Exactamente.

El semáforo cambió y la mujer y su hijo le dijeron adiós con la mano.



A lo largo de los años, Sally Morgan había imaginado de mil maneras el día en que volvería a ver a Alice Hart, pero nunca pensó que todo sería tan sencillo.

Era una tarde de martes como cualquier otra, las clases habían terminado, la biblioteca estaba llena y Sally, en cuclillas junto a las estanterías de libros infantiles, colocaba algunos volúmenes en su sitio. De pronto, sin ninguna razón aparente, la recorrió un escalofrío.

Se levantó despacio. Recordó unas pequeñas sandalias gastadas que asomaban por debajo de un camión andrajoso; una cabecita enmarañada inclinada sobre unos

libros de la biblioteca; el hoyuelo que Alice tenía en la mejilla; sus brillantes ojos verdes; su pelo oscuro colgando por el borde de la cama del hospital; el zumbido y los chasquidos del respirador, que subía y bajaba y ayudaba a sus pulmones a respirar; sus pómulos, tan prominentes en su carita demacrada; la diminutas venas violeta de sus párpados.

Avanzó con cautela entre las estanterías. No veía nada fuera de lo normal, no había nada fuera de lugar; «solo estoy cansada», se dijo. Cuando estaba cansada, siempre se sentía más vulnerable ante el pasado. Aun así, no pudo resistirse a echar un vistazo por la biblioteca.

Gente curioseando entre los estantes, padres con niños...

Alumnos de instituto sentados en grupitos, riendo por lo bajo.

Nada extraordinario, nada diferente de cualquier otro día. Su pulso empezó a normalizarse.

Reprendiéndose por abrigar vanas esperanzas, pasó entre las estanterías y fue hacia su despacho, recogiendo por el camino libros que se habían quedado fuera de sitio. El desencanto coloreaba sus mejillas.

La luz del atardecer entraba por las vidrieras. Se dirigió a su mesa y justo entonces la deslumbró el destello azul verdoso de la cola de la Sirenita. Dio un paso a un lado y se hizo visera con una mano para protegerse de la luz, y cuando volvió a alzar la mirada vio a la niña a la que tanto había querido en el rostro cansado de una mujer que estaba de pie ante ella. Se le cayeron los libros que llevaba en las manos.

Hacía veinte años que Sally soñaba con el momento en que Alice Hart volvería a entrar en su vida como una estrella fugaz.

Y allí estaba.



Alice condujo por el pueblo siguiendo el coche de Sally, impresionada por la escena que acababa de vivir en la biblioteca. En cuanto Sally la había visto, se le había desenfocado la mirada, como si la traspasara con los ojos, pero enseguida la había abrazado muy fuerte y había empezado a mecerse con ella sin parar de repetir su nombre.

Alice se quedó inmóvil, desbordada por el recuerdo del olor a rosas de Sally, sin saber cómo reaccionar.

—Déjame verte bien —dijo esta, sorbiendo por la nariz y enjugándose las lágrimas—. Eres una mujer preciosa.

Alice se ruborizó, abrumada por un gozo inesperado.

—¿Qué te parece si nos tomamos una taza de té? ¡Después de tantos años! —añadió Sally con lágrimas en los ojos.

Alice asintió con timidez.

—Perdonad, pero hoy tenemos que cerrar antes de hora —anunció Sally a los que estaban en la biblioteca. Tras marcharse todos, salió con Alice al aparcamiento—.

Sígueme, Alice, tesoro.

Paró la camioneta al lado del coche de Sally, delante de una casa en lo alto de un acantilado con vistas al mar. El porche, de madera, cubierto por una fragante enredadera de plumeria, daba toda la vuelta al edificio, del techo colgaban carrillones hechos con conchas, cristales marinos y madera de deriva, en el jardín había una grevillea flamíngeo en flor, unas gallinas picoteaban entre la hierba bajo una mimosa.

—¡Vaya! —murmuró Alice.

—Ven —la llamó Sally, haciéndole señas con la mano—, vamos a darle un poco de agua a tu perrita.

Alice entró y se sentó a la mesa de la cocina, con *Pip* a sus pies. Sally preparó té y sacó de un armario un bizcocho con frutas que cortó en rebanadas y untó con mantequilla. Fuera, el océano rugía. Sally se sentó en una silla y le acercó a Alice un plato lleno hasta arriba y una taza de té humeante.

—Come un poco —dijo.

Alice estaba sorprendida de lo cómoda que se sentía con Sally. Se habían conocido hacía veinte años, pero solo habían estado juntas una tarde; y, sin embargo, Sally le abría las puertas de su casa como si fuese una pariente a la que no veía desde hacía mucho tiempo.

Cogió una rebanada de bizcocho y le dio un bocado. Sally la imitó y bebió un poco de té sin dejar de observar minuciosamente a Alice. Estuvieron un rato así, calladas pero cómodas. El mar se oía tan cerca que parecía que el agua fuese a meterse en la casa. Los recuerdos empezaron a arrastrar a Alice como una resaca.

De pronto se le nubló la vista y se agarró a la mesa porque se estaba mareando.

—¿Estás bien? —le preguntó Sally alarmada.

Intentó contestar, pero no pudo articular ningún sonido. Sally la abrazó y le frotó la espalda.

—Tranquila, pequeña. Respira hondo.

Alice fijó la vista en el mar y respiró hondo mientras seguía con la mirada unas olas plateadas que se tornaban de un verde azulado al romper en la orilla. «El desierto es un viejo sueño del mar». La voz de Dylan la atravesó. «*Ngayuku pinta-pinta*». Bailaba descalza alrededor de la hoguera, sus manos revoloteaban sobre las llamas y él se la comía con los ojos. «*Ngayuku pinta-pinta*: “mi mariposa”».

—Respira hondo, Alice. Escucha mi voz, concéntrate en mi voz —decía Sally abrazándola.

Los recuerdos siguieron llegando. «Escucha mi voz». El océano de fuego. *La bella durmiente*. Plumas ardiendo. Flap, flap; arriba, arriba, lejos.

Se aferró a Sally, agarrándola por la camisa, temiendo de pronto que, si no se sujetaba a ella, se desplomaría, se caería por el acantilado, se precipitaría por el borde del mundo.



Se apagaba el día. Sally preparaba sopa de puerro y patata mientras Alice, tumbada en el sofá, veía cómo el sol terminaba de colorear las nubes y les cedía el pincel a las estrellas.

Comieron sin hablar, envueltas en un silencio que amplificaba los tintineos de los cubiertos contra la porcelana, la música de los carrillones del porche, el rumor del mar, los cloqueos de las gallinas y el ocasional bostezo de *Pip*.

—Vas a necesitar un sitio donde dormir —dijo Sally, limpiándose las manos en la servilleta.

Alice partió una rebanada de pan por la mitad y la mojó en los restos de la sopa. Asintió con la cabeza mientras masticaba.

—A mí me sobra sitio —continuó Sally—. Tienes una habitación toda para ti. Entra mucha luz por la mañana y tiene vistas al jardín y al mar. —Se quedó con la cuchara en el aire, nerviosa—. La cama está hecha.

—No quisiera...

Sally se inclinó hacia delante y puso una mano sobre la de ella. Alice sintió que el calor se extendía por su brazo.

—Gracias, Sally.

Esta alzó su vaso y, con lágrimas en los ojos, dijo:

—¡Salud!

Alice la imitó.

—Salud.



Después de recoger los platos de la cena, Sally acompañó a Alice a su habitación y le dio unas toallas suaves y unas almohadas increíblemente mullidas.

—¿Tenéis todo lo que necesitáis? —Sally acarició a *Pip* detrás de las orejas y Alice asintió—. Pues entonces nos vemos mañana —añadió abrazando a Alice.

—Hasta mañana.

Alice apagó la lámpara y dejó las cortinas descorridas. La luz de la luna entraba por las ventanas. Había una vista preciosa del mar. Se tumbó en la cama, acurrucó a *Pip* contra su cuerpo y la abrazó con fuerza mientras daba rienda suelta a sus lágrimas.



A la mañana siguiente, Alice buscó la cocina, se preparó una taza de café y se la llevó al jardín. Sally todavía no se había levantado y Alice agradeció aquel momento de soledad. El cielo estaba de un azul pastel y sin una sola nube. El mar brillaba, en calma. *Pip* se perseguía la cola. Las abejas sobrevolaban una acmena en flor. Alice sonrió. Bostezó y se frotó los ojos. Había dormido solo a ratos: el mar y sus recuerdos hacían demasiado ruido. Empezó a pasear por el jardín de Sally mientras se tomaba el

café y se detuvo a admirar la grevillea y a hablar con las gallinas. El calor del sol le alivió la tensión acumulada en la espalda.

Descubrió un exuberante pasillo con gran cantidad de tiestos de plantas tropicales junto a una de las fachadas laterales de la casa: costillas de Adán, aves del paraíso, agaves, cuernos de alce, helechos... Alice estaba fascinada: aquello era un jardín dentro de otro jardín, sumamente estudiado y bien cuidado, en contraste con la belleza salvaje que lo rodeaba. Se quedó impresionada con la suntuosa combinación de verdes, la diversidad y el brillo del follaje.

Pero siguió adelante y su fascinación empezó a desvanecerse. Agarró con fuerza el asa de su taza. En algunos tiestos estaban semienterrados algunos juguetes de plástico agrietados y descoloridos: una sirena, una concha marina, un delfín sonriente, una estrella de mar.

De pronto, se tambaleó.

En el centro del jardín se alzaba una estatua de madera de tamaño real: una joven ofreciendo una flor, una estatua que Alice ya había visto antes.

—Alice.

Se volvió de golpe, con el corazón acelerado, y vio a Sally al final del pasillo. Estaba recién levantada y todavía tenía las arrugas del sueño en la cara, además de una expresión de profunda tristeza.

—¿Qué hace eso aquí? —preguntó Alice, levantando la voz y señalando la estatua de madera con una mano temblorosa—. ¿Qué hace aquí una de las estatuas de mi padre?

Sally dio un paso atrás.

—Entra conmigo —dijo.

Alice no reaccionó.

—Entra, Alice. Voy a preparar más café y hablaremos.



Sally dejó una cafetera llena en la mesita del salón, junto al sofá. Con un ademán, invitó a Alice a sentarse y esta así lo hizo.

—Bueno. —Sally rio un poco, cohibida—. Llevo años rezando para que se presentara la oportunidad de tener esta conversación contigo y ahora no sé por dónde empezar. —Se retorció las manos—. ¿Qué te parece si me haces tú las preguntas? Pregúntame lo que quieras saber y a partir de ahí seguro que van saliendo cosas.

Alice se inclinó hacia delante e hizo todo lo posible por controlar su voz.

—Empieza explicándome por qué tienes una estatua de mi padre en tu jardín —dijo—, o por qué mi madre te nombró tutora mía y de mi hermano en su testamento. —La pregunta a la que llevaba dándole vueltas desde que había abierto el grueso sobre de Twig se impuso a todo lo demás.

Sally palideció.

—Vaya —dijo—. De acuerdo.

Alice movía sin parar una rodilla, arriba y abajo, mientras las palabras del testamento de su madre ardían en su mente. «En caso de que June Hart no esté en condiciones de hacerse cargo de mis hijos, yo, Agnes Hart, nombro tutora legal a Sally Morgan».

—¿La conocías? ¿Conocías a mi madre? —preguntó Alice.

—No, no, Alice. No la conocía. Solo nos habíamos cruzado un par de veces en el pueblo, nada más.

—No puede ser —dijo ella negando con la cabeza—. ¿Qué sentido tiene que te dejara a ti nuestra custodia?

—Yo no la conocía, pero ella a mí sí —aclaró Sally—: tu madre sí me conocía.

—No entiendo qué quieres decir. —Sentía el corazón aprisionado, como si su caja torácica no fuese lo bastante grande para contenerlo.

—Cuando yo era joven —explicó Sally con voz pausada— me enamoré de la persona equivocada. —Negó con la cabeza—. Tenía dieciocho años y nunca había tenido novio. Había visto a tu padre por el pueblo, solo sabía que era un cultivador de caña recién llegado. Era callado, trabajador, taciturno. Muy reservado. Supongo que tenía un atractivo especial. —Hizo una pausa—. Yo lo observé durante mucho tiempo desde cierta distancia. Nadie sabía gran cosa sobre él. No llevaba anillo de casado. Solo fue una noche, una sola. Yo estaba en el pub con mis amigas, habíamos bebido cerveza con limonada; estábamos un poco achispadas y eso me envalentonó. Él estaba en la barra, me acerqué y le pregunté si podía invitarlo a una copa. Dos meses más tarde me enteré de que estaba embarazada.

Alice la miró fijamente.

—¿Cuándo fue eso?

—El año después de nacer tú, cuando...

—No puede ser —la cortó Alice.

Sally asintió con gesto solemne.

—Me temo que sí.

—No —insistió Alice. En las historias de su madre no aparecían hermanos: era imposible que su madre hubiese sabido lo de Sally.

Esta esperó mirando a Alice a los ojos con franqueza.

Alice sintió que todo daba vueltas.

—¿Tienes un hijo de mi padre?

—Tenía —dijo Sally con voz queda— una hija. —Inclinó la cabeza y se miró las manos—: Gillian murió a los cinco años... de leucemia.

Alice enmudeció.

—Cuando Gilly nació se lo conté a Clem solo para que supiera que la niña existía, pero le dejé claro que no quería nada de él. Sin embargo, el amor de un hijo te cambia. Yo nunca abandoné la esperanza de que la reconociera. Sé que puede sonar morboso, pero la noche en que murió mi hija, le envié a tu padre un mechón de pelo suyo atado con uno de sus lazos favoritos. A pesar de que Clem no había querido

saber nada de ella mientras vivió, quise que tuviera algo suyo. La verdad es que estaba destrozada y muy enfadada: quería hacerle daño, castigarlo, recordarle, con motivo de su muerte, cómo la había ignorado mientras estuvo viva.

A Alice le pareció que olía a queroseno cuando recordó cómo había abierto el cajón del banco de trabajo de su padre donde estaba la fotografía de Thornfield y un mechón de pelo atado con una cinta de color claro. Era el pelo de Gillian, el pelo de su hermana.

—Cuando volví a mi casa después del funeral, encontré la escultura de Gilly junto a la puerta —dijo Sally.

En la memoria de Alice, la luz de la lámpara parpadeaba sobre las tallas de June y de una niñita que Alice, erróneamente, había dado por hecho que la representaba a ella.

—Tu madre vino al funeral.

Alice la miró atónita.

—Yo la vi —continuó Sally—, al fondo de la iglesia. Después del oficio la busqué, pero sin suerte. Dejó en la tumba una planta en un tiesto y una tarjeta para Gilly firmada en tu nombre.

Alice dejó escapar un gemido y se tapó la cara con las manos. Se imaginó lo que debía de haberle costado a su madre ir al pueblo, asistir al funeral y volver a casa sin que su padre se enterara. Lo que debía de haber supuesto para ella descubrir semejante traición y, sin embargo, había sentido compasión por Sally. Cuánto debía de haberle dolido saber que Alice nunca conocería a su hermanastra; lo segura que debía de estar de la decencia de Sally; el grado de desesperación que debía de haber alcanzado para dejarle la custodia de sus hijos a aquella mujer; las dimensiones de un miedo que la había hecho concebir la necesidad de hacer testamento.

—¿Qué planta?

—¿Cómo dices?

—¿Qué planta dejó mi madre en la tumba?

Sally fue hasta la ventana, que estaba abierta, sacó una mano por ella, cogió una flor de color melocotón de una mata y se la ofreció a Alice.

—Hibisco de playa —dijo Alice llorosa, con un hilo de voz, y recordó la corona de flores que su madre le había hecho cuando ella era niña, y recordó su significado, recogido en el Diccionario Thornfield: «El amor nos une para toda la eternidad».

—Un año más tarde entraste en la biblioteca —continuó Sally—. Te reconocí al instante, supe que eras la hija de Clem y de Agnes, la hermana mayor de mi Gilly. Después del incendio, me propuse cuidarte.

—¿Cuidarme?

—Yo estuve allí, en el hospital —dijo Sally con voz apenas audible—. Me quedé a tu lado mientras estuviste en coma. Te leía cuentos.

«Escucha mi voz, Alice. Estoy aquí».

—Te envié una caja llena de libros...

Los libros de su infancia que, según le habían contado, le había regalado June.

—Me quedé contigo hasta que me enteré de que iba a venir June. Cuando te marchaste con ella, tu enfermera me llamó por teléfono y me dijo que tu hermano había sobrevivido, pero que June no se lo había llevado. Entonces, un abogado se puso en contacto conmigo para hablar del testamento de Agnes... Le pedí a John, mi marido, que averiguara dónde estabas: necesitaba saber que estabas bien. Cuando me dijeron que estabas en Thornfield, me obligué a aceptar los deseos de June e hice las paces con todo.

Alice la miró perpleja.

—¿Qué deseos? —preguntó.

Sally escudriñó su cara.

—Ay, Alice... —dijo al cabo de un momento.

—¿Qué deseos, Sally?

—June dejó claro que no quería que tuvieras ningún contacto conmigo ni con tu hermano.

—¿Lo dejó claro? ¿Cómo?

Sally palideció.

—Te envié cartas, Alice. Durante años. Cartas y fotografías de tu hermano, a medida que iba creciendo. Nunca me rendí, no me resignaba a no tener ningún contacto contigo, pero nunca recibí respuesta. June era tu tutora legal y yo no podía imponerle nada: no tenía ningún derecho. Lo único que podía hacer era asegurarme de no ocasionaros más dolor ni a ti ni a tu hermano.

Alice rompió a llorar de frustración. Se levantó y se acercó a la ventana en busca de aire fresco. Apoyó la frente en el cristal frío de la parte fija.

Tras una pausa, Sally carraspeó.

—Tu hermano siempre supo que era adoptado, yo no habría podido criarlo de otra forma —explicó con voz queda—, y siempre ha sabido que existes.

Alice se dio la vuelta.

—Está a punto de cumplir veinte años, es un cielo de persona. Acaba de irse a vivir con su novia y trabaja de paisajista. En ningún sitio lo verás más feliz que en un jardín.

Alice volvió a sentarse en el sofá.

—¿Cómo se llama? —preguntó con un hilo de voz.

—Charlie. El nombre lo escogí yo —contestó Sally, y sonrió por primera vez en toda la mañana.

COLAS DE ZORRO

Significado: Sangre de mi sangre
Ptilotus sessilifolius / Australia Central

Estos pequeños arbustos (llamados tjulpun-tjulpunpa en pitjantjatjara) forman espigas de flores moradas con forma de estrella cubiertas por gruesos pelos blancos. Las hojas también están forradas de un vello muy denso que ralentiza la deshidratación de la planta. Las mujeres forraban cuencos de madera con esas flores tan mullidas para llevar en ellos a sus bebés.

Alice pedaleaba con todas sus fuerzas cuesta arriba. El guardapelo que llevaba colgado del cuello oscilaba e iba dándole golpecitos en el pecho. Estaba arrepentida de no haber ido al pueblo en coche; las correas de la mochila, repleta de ingredientes para la cena de esa noche, se le clavaban en los hombros. Pero hacer ejercicio le estaba sentando bien. Desde que Sally había fijado la fecha para la cena, había necesitado buscar una forma de calmar los nervios. Esa mañana le había quitado las telarañas a una bicicleta que había encontrado en el garaje de Sally y había decidido usarla. Mientras pedaleaba hacia el pueblo, veía brillar el mar de color turquesa. Lo interpretó como una buena señal.

Por el camino de regreso a la casa, volvió a repasar mentalmente el menú: tacos de pescado barramundi con salsa y guacamole casero, y galletas Anzac de avena y coco crujientes por fuera y blandas por dentro. Sally se había ocupado de todo lo demás: se había propuesto que el encuentro de Alice y Charlie se desarrollara de la forma más agradable posible.

En las semanas posteriores a la llegada de Alice, Sally había hecho todo lo que estaba en su mano para que Alice se sintiera como en su casa. La ayudó a ordenar sus libros y a colgar el autorretrato de Frida Kahlo que le había regalado Lulu; se sentó a su lado mientras lloraba; le explicó que June había pagado los funerales de Agnes y Clem (Sally había asistido a ambos). También la acompañó al sitio donde una vez estuvo la casa en que había crecido, y que ya no era un rincón escondido entre el cañaveral y el mar. En su lugar había un albergue juvenil y un bar lleno de viajeros bronceados. El jardín de su madre había desaparecido. Alice no se sintió capaz de salir del coche. De vuelta en casa de Sally, bajó corriendo hasta la orilla, inspiró hondo y gritó mirando al mar. Sally escuchó todo lo que quiso contarle sobre la plantación de flores y la vida en el desierto y le presentó a una terapeuta especializada en duelo que la había ayudado a ella tras la muerte de Gilly.

Al principio, Alice iba a verla una vez por semana, y luego dos, cuando Dylan empezó a mandarle correos electrónicos. La primera vez que abrió el correo, cuando ya hacía un mes que se había ido del Kililpitjara, los encontró esperando en la bandeja de entrada: había más de una docena, miles y miles de palabras. Dylan

empleaba un tono afligido, arrepentido, pero a medida que pasaban los días y no recibía respuesta iba enfadándose más y más.

—No los leas —le suplicó Sally—, no te harán ningún bien.

Pero Alice se los leyó todos, de cabo a rabo, una y otra vez. Sally siempre se daba cuenta de cuándo había recibido un nuevo mensaje. Dejaba tranquila a Alice y preparaba bizcochos de frutas. Siempre tenía tiempo para dar un paseo por la playa con ella, pero nunca la presionaba para que hablara si no le apetecía. La bondad de Sally y su gran intuición la hacían pensar que llevaba años preparándose para su regreso.

Después de hacer la compra en el supermercado, Alice había pasado por la oficina de correos para enviar su respuesta a la última carta de Lulu.

Esto es un paraíso lluvioso, exuberante y lleno de neblina —había escrito Lulu—. Nos hemos comprado una estufa de leña, una cabra, una burra (sé que te encantará saber que Aiden le ha puesto de nombre Frida), dos vacas lecheras y seis gallinas. Ven a visitarnos pronto, por favor. Iremos a pasear juntas por la Bahía de los Fuegos.

Alice pegó el sello en el sobre y sonrió recordando su respuesta.

¡Claro que me encantaría ir a visitaros algún día!

También había pasado por la biblioteca. Cada vez que entraba en el vestíbulo tenía la sensación de viajar en el tiempo: volvía a ser una niña pequeña y Sally encendía una luz en su mundo por primera vez.

—Ha llegado una carta para ti —le dijo Sally sonriente cuando entró en casa.

No reconoció la letra con la que estaban escritos su nombre y la dirección. El matasellos era de Agnes Bluff. Por un momento sintió que le faltaba el aire. ¿Sería de Dylan? ¿La habría encontrado? Pero no, no podía ser: no tenía ni idea de dónde estaba, solo tenía su dirección de correo electrónico. Deslizó un dedo por debajo de la solapa del sobre y lo abrió. Dentro había una tarjeta.

Espero que estés bien, Alice.

Brindemos por el valor, y también por el corazón, ¿no?

Y también por el futuro y todo lo que nos depara.

Moss

Sacudió el sobre y en la palma de la mano le cayó un paquetito de semillas de guisantes del desierto.

—Anda, parece alguna clase de magia —dijo Sally.

Alice sonrió.

—Sí. —Cerró la mano y notó la forma de cada una de las semillas. Pensó en su futuro color. «Por el futuro».

—¿Estás bien? ¿Qué tal los nervios por la cena?

Alice tragó saliva.

—Estoy bien. Nerviosa, un poco mareada incluso. —Suspiró—. Pero desde que me fui del Kililpitjara no he pensado en otra cosa que no fuera en conocerlo, así que...

—Será maravilloso. —Sally se levantó y fue a darle un abrazo—. ¿Te marchas?

—Todavía tengo que hacer una cosa más —contestó Alice.



Se levantó del sillín y pedaleó de pie para subir el último tramo de cuesta. Le ardían los pulmones. Tenía la imagen de las lápidas de sus padres grabada en la retina. Apretó las mandíbulas y siguió pedaleando hasta llegar a la cima. Una vez allí, paró y dejó que la brisa le enfriara la piel sudada mientras contemplaba el cielo y el mar, inmensos. Siguió con la mirada el trazado de la cinta negra de la carretera, que atravesaba el cañaveral y ascendía por el acantilado antes de desviarse hacia la casa de Sally. Contempló el camino que su hermano pequeño no tardaría en recorrer.

Se sentó en el sillín. Le lanzó otra larga mirada al mar, levantó los pies del suelo y empezó a bajar, esta vez sin pedalear, hacia la tranquilidad que la aguardaba.



Después del trabajo, Sally no fue directamente a casa, sino que, en el último momento, decidió dar un rodeo. Aparcó junto a su eucalipto blanco favorito, en cuyas ramas cantaban los korimakos. Cruzó la calle vacía y entró por la ornamentada verja del cementerio. Enfiló la avenida flanqueada por eucaliptos, pasó por delante de la estatua del ángel con las alas extendidas y torció a la izquierda por el sendero cubierto de buganvillas en flor. Continuó hasta el montículo que había junto al niaouli y entonces se relajó.

Se sentó entre John y Gilly, la espalda recta, la brisa marina apartándole el pelo de la cara. Pasó la yema de los dedos por las letras que formaban el nombre de John, besó el frío mármol donde estaba escrito el de Gilly. Se quedó un rato oyendo el canto de los pájaros, el susurro del viento, el murmullo de un aspersor y el rumor de un cortacésped lejano. Cuando empezó a caer la tarde, miró la hora.

Iba caminando hacia el coche, pero de pronto se detuvo y miró hacia el lado norte del cementerio. Hacía mucho que no iba por allí. Se dejó llevar y pasó entre las hileras de tumbas mirando los nombres escritos en las lápidas.

Cuando vio las de Clem y de Agnes, se llevó una sorpresa: alguien había estado allí. Había unos adhesivos pegados sobre la tumba de Clem. Al acercarse más, reconoció las mariposas que aún tenían algo de pintura azul turquesa. Alice debía de

haberlas arrancado de las puertas de su camioneta. De pronto la invadieron los remordimientos. Se volvió hacia el viento, dejó que soplara en su cara y borrara los años: volvía a tener dieciocho años y a estar locamente enamorada de Clem Hart.

La noche en que se conocieron, ella llevaba unos pendientes con margaritas de plástico.

—Donde yo vivía significan «Me uno a ti» —fue lo primero que le dijo Clem.

Cuando él la cogió de la mano, Sally lo agarró con fuerza y se acercó a él. Lo hicieron contra la pared de ladrillo del pub. A ella le habría gustado que no se le hubieran curado las rozaduras que se hizo en la espalda porque cada una era una prueba de que aquello no había sido un sueño. Pero la siguiente vez que se encontraron, Clem la miró como si fuera transparente, como si no fuese más que vapor.

Poco después, el padre de Sally invitó a cenar a su casa a John Morgan, un joven agente de policía a quien habían trasladado desde la ciudad. En cuanto ella estrechó su mano cálida y vio la bondad que se reflejaba en sus ojos, comprendió que aquel hombre era su salvación. Se casaron tras un corto noviazgo y, cuando empezó a notarse que estaba embarazada, no hubo el menor chismorreó: todos se alegraron por ellos. Sally estaba tan concentrada en su mentira que a veces se sorprendía diciendo que esperaba que el bebé tuviera los ojos y el carácter sereno de John. Aunque no le había ocultado a su marido que, antes de conocerlo a él, le había gustado un granjero del pueblo, cuando Gilly murió y vio cómo se le rompía el corazón a John supo que jamás le revelaría su secreto sobre Clem Hart.

Abrió los ojos y se volvió hacia la tumba de Agnes. Su lápida estaba cubierta de campanillas, mirto limón y patas de canguro cuidadosamente colocadas. Se imaginó a Alice sentada allí, construyendo un altar de flores para su madre.

Al cabo de un momento, carraspeó.

—Agnes —dijo—, ha vuelto a casa. Ha vuelto a casa y es preciosa. —Cogió una hoja de eucalipto del suelo y la partió en trocitos—. Ya está a salvo. Los dos están a salvo, y son maravillosos, son maravillosos, Agnes, te lo aseguro.

Oyó graznar a una urraca que estaba escondida entre las ramas de los eucaliptos.

—Yo cuidaré de ellos —continuó Sally, con voz más firme—, te lo prometo.

Entonces le sonó el teléfono móvil. Se apresuró a sacarlo de su bolso.

—Hola, Charlie —dijo.

Puso una mano en la lápida de Agnes y esperó un momento; entonces se dio la vuelta y se alejó mientras escuchaba el dulce sonido de la voz de su hijo.



Subió respirando entrecortadamente los escalones de la casa donde había crecido.

—Todo saldrá bien —le había dicho Cassie al despedirse de él—. Es lo que siempre has querido: es tu familia, Charlie, no tengas miedo.

Sujetó con fuerza el ramo que llevaba en la mano. Cuando su madre lo había llamado por teléfono y habían quedado para cenar, la había buscado en Google. Otra vez. «Alice Hart, floriógrafa. El hogar de las flores silvestres». Le había comprado un ramo de telopeas porque había leído que en Thornfield significaban «La felicidad ha vuelto».

Se quedó plantado en el porche, escuchando aquellos sonidos con los que estaba tan familiarizado: el mar, los carrillones, el cloqueo de las gallinas, el perezoso zumbido de las abejas y la voz de su madre que llegaba desde la cocina. Todo aquello conformaba la banda sonora de su vida; y, de repente, oyó algo nuevo: ladridos de perro.

—¡*Pip!* —Una voz risueña, una voz desconocida, iba hacia él.

Tragó saliva y sujetó mejor las flores con sus manos sudadas.

La sombra apareció en el recibidor. Él abrió la puerta mosquitera, relajó los hombros. Le brotaron las lágrimas.

Allí estaba su hermana mayor.

RUEDAS DE FUEGO

Significado: El color de mi destino
Stenocarpus sinuatus / Queensland y Nueva Gales del Sur

Árbol con abundantes flores del color del fuego que florecen de forma espectacular de verano a otoño. Estas flores, que son simétricas, antes de abrirse recuerdan los ejes de una rueda; de ahí su nombre común.

Alice llegó a la casa a última hora de la tarde con un ramo de ruedas de fuego.

Saludó a *Pip* y fue a su habitación a buscar las cosas que necesitaba: un montón de libros y papeles. Se puso el collar de semillas de *ininti* que le había regalado Ruby y aspiró su olor a humo. Se metió en el bolsillo un bolígrafo, una caja de cerillas y un ovillo de cordel y salió al porche. *Pip* no se despegó de ella cuando bajó los escalones y fue al jardín. Se sentaron juntas en el sitio donde Alice llevaba una semana preparando una hoguera. Mientras colocaba las cosas, *Pip* le lamió el brazo.

Disfrutó del silencio. Los últimos rayos de sol de principios de otoño le calentaban la piel, el mar brillaba como una aguamarina. Miró hacia el rincón donde los guisantes del desierto habían florecido.

Son muy caprichosos, no es fácil cultivarlos —le había escrito a Moss hacía poco en un correo electrónico—, pero los tuyos no me han dado ningún problema.

En su respuesta, Moss había mencionado que iba a ir a la costa para asistir a un congreso hacia finales de año.

¿Vives demasiado lejos como para que vaya a visitarte?

No había podido evitar sonreír mientras le contestaba.

Empezó a soplar el viento del noreste e hizo sonar los carrillones. Alice miró la hora. Sally saldría pronto de la biblioteca y Charlie y Cassie iban a quedarse a pasar el fin de semana; el lunes, Alice cogería un avión. Habían organizado una última celebración antes de que ella se marchara a Copenhague, donde había ganado una beca para estar tres meses en una residencia de escritores. Según sus investigaciones, Copenhague era la ciudad de donde procedían los antepasados de su madre. Cuando llegó el correo electrónico en el que le comunicaban que la habían aceptado, la primera persona a la que se lo dijo fue a Charlie.

—Verás a la Sirenita original —dijo él, orgulloso de su hermana—. Salúdala de mi parte.

Desde que había conocido a su hermano, ya no concebía la vida sin él. La noche de su primera cena en casa de Sally se habían sentado frente a frente, uno a cada lado

de la mesa, y escudriñado el uno al otro; se habían reído, nerviosos, y también derramado alguna lágrima. Desde ese día, quedaban dos veces por semana, y una vez cada quince días iban juntos a ver a la terapeuta que los ayudaba a adaptarse a su nueva vida. Alice llevó a Charlie al albergue juvenil que ocupaba el lugar de la casa de su infancia. Pasearon por la playa, se tumbaron en la arena y vieron cambiar la forma de las nubes mientras ella le contaba las historias que solía contarle su madre y le hablaba de cuánto le gustaba a Agnes cuidar su jardín.

Charlie le propuso llevarla a visitar algunos viveros y mercados de flores con los que él trabajaba. Cuando Alice vio lo feliz que estaba su hermano rodeado de plantas y flores, tuvo una idea y, en cuanto Charlie la dejó en casa, se puso manos a la obra.

Al cabo de dos semanas, Twig y Candy esperaban en el porche cuando Alice y Charlie enfilaron el camino de Thornfield con el camión de Charlie cargado hasta arriba de todo lo necesario para contribuir a terminar el largo proceso de reconstrucción de la plantación tras las inundaciones. Twig estaba fuerte y huesuda, pero más amable que nunca; Candy seguía llevando el pelo largo y más azul que una flor.

Alice se reencontró con Myf, Robin y unas cuantas Flores más que seguían en Thornfield y conoció a otras mujeres a las que Candy y Twig habían acogido. Charlie, callado, observaba, escuchaba y se empapaba del paisaje y de las historias de su familia.

Por la noche se sentaban alrededor de la mesa y disfrutaban comiendo lo que Candy preparaba y compartiendo recuerdos. Las mujeres le hablaron a Charlie de Thornfield y de su lenguaje de las flores; Alice se había llevado consigo el diccionario para enseñárselo a su hermano cuando Twig y Candy estuvieran delante. Ellas, y sobre todo Twig, se desvivían por él como gallinas cluecas. Alice veía reflejada en sus caras una felicidad que no recordaba haber visto nunca.

Charlie se instaló en el dormitorio de June y Alice subió por la escalera de caracol hasta su antigua habitación del campanario. Dormía con las ventanas abiertas de par en par para que entrara la luz de la luna.

Unos días antes de regresar a la costa, Charlie le pidió que le enseñara el río.

—Aparece continuamente en la historia de Thornfield; ¿me llevarás antes de marcharnos?

Alice vio que Twig y Candy se miraban.

—Os he visto —dijo apuntándolas con el dedo—. ¿Qué pasa?

Twig le hizo una seña a Candy, que salió de la habitación y regresó con una urna.

—No nos parecía bien hacerlo sin ti —explicó Candy.

Celebraron la ceremonia un día despejado y luminoso. El sol atravesaba las copas verdes y doradas de los eucaliptos. Twig y Candy dijeron cada una unas palabras y, llegado el momento, Alice esparció las cenizas de June. Al ver cómo la corriente se las llevaba río abajo, se enjugó las lágrimas y suspiró como si soltara un aire que llevara mucho tiempo conteniendo. Abrazó con fuerza a Twig y a Candy. Las

rodeaban los recuerdos de años. Cuando todas las demás volvieron a la casa, Alice le tiró a Charlie de la manga y le pidió con una seña que se quedara un momento con ella.

—Quiero enseñarte una cosa —le dijo, y lo llevó hasta el eucalipto gigante.

—Aquí es donde se conocieron nuestros padres, para bien o para mal. —Le temblaba la voz—. Este sitio es la razón por la que nos tenemos el uno al otro, forma parte de tu pasado tanto como del mío.

Charlie examinó el tronco del árbol y las inscripciones. Levantó una mano y la acercó a la cicatriz que había junto al nombre de su padre. Le temblaba la barbilla, pero miró a Alice y sonrió; se metió la mano en el bolsillo de atrás y sacó su navaja, arqueando una ceja con gesto interrogante. Ella asintió sonriente. Regresaron a la casa cogidos del brazo, oliendo a corteza y a savia de árbol y habiendo grabado en el eucalipto el nombre de su madre.

El día que se marchaban de Thornfield, Alice llevó unos documentos a la mesa del desayuno y los deslizó hacia donde estaba sentado Charlie. Él la miró sin entender. Twig y Candy, a las que Alice ya les había explicado sus intenciones, observaban con una sonrisa en los labios. Durante el resto de su vida, uno de los recuerdos más felices de Alice sería la cara de Charlie cuando desdobló el documento notarial firmado por su hermana con el que le cedía su tercera parte de Thornfield.



Alice dejó las ruedas de fuego a un lado y cogió el primer libro del montón. Deslizó la mirada por la caligrafía de su abuela en las páginas del Diccionario Thornfield. Hojeó las historias que tantas veces había leído: la de Ruth Stone, la de Wattle Hart y June, la de Clem y Agnes, la de Candy y Twig. Hizo rodar el tallo de una rueda de fuego entre los dedos mientras pensaba en su significado.: «El color de mi destino». Entonces se armó de valor y dejó el diccionario encima de una silla del jardín, a una distancia prudente.

A continuación, hojeó la carpeta: contenía, impresos, todos los correos electrónicos que Dylan le había enviado desde que ella se había marchado del desierto. Primero le escribía todos los días, luego todas las semanas y, últimamente, todos los meses. Sus ojos se encallaron en las líneas de uno de los primeros mensajes, que se sabía de memoria:

Te has marchado, pero sigues aquí, apareciendo y desapareciendo. La última taza de café que utilizaste, tus vestidos colgados entre mi ropa, tu cepillo de dientes al lado del mío... Ayer llovió y hoy no he podido salir: no he querido comprobar que tus huellas han desaparecido del polvo rojo.

Alie arrugó la hoja y respiró hondo para aliviar el dolor que sentía bajo las costillas. Levantó la cara hacia la brisa marina y dejó que le enfriara la piel. Miró de reojo el Diccionario Thornfield y le pareció oír a June leer las palabras que había escrito: «Presta atención, Alice: gracias a este regalo hemos sobrevivido». Alisó la hoja, volvió a meterla en la carpeta y la apartó.

Por último, cogió las libretas en las que, usando flores en lugar de palabras, había ido tejiendo su historia desde que llegó a Agnes Bluff, los meses que había pasado en el desierto y aquel último año en casa de Sally. Esa historia, además, le había servido para solicitar una plaza en la residencia para escritores.

—Has escrito un libro —había dicho Charlie con admiración cuando Alice les enseñó a él y a Sally el primer borrador impreso de su manuscrito.

Cuando leyó el título, Sally negó con la cabeza.

—Has convertido las semillas en oro —dijo en voz baja, sonriendo con los ojos llenos de lágrimas.

Alice cogió una libreta del montón y pasó las manos por la tapa. Cuando la levantó, de entre las páginas cayó un poco de arena roja que fue a parar a su regazo, la luz la hizo brillar como si fuese mágica. Alice sujetó la libreta con ambas manos y dejó que se abriera. Pasó los dedos por los diminutos granos rojos atrapados en la costura central. La vida y las historias de otros le había indicado siempre que ella era azul: azul como los ojos de su padre, como el mar; azul Alicia. El azul era el color de las orquídeas, de sus botas de niña, de las reinas de cuento de hadas, de la pérdida, pero el interior de Alice era rojo. Siempre lo había sido: rojo como el fuego, como la tierra, como el corazón. Rojo como la valentía.

Releyó las libretas. Se entretuvo pronunciando en voz alta el nombre de cada flor dibujada o prensada, y también su significado: era el conjuro para poner fin a la carga que suponía llevar dentro de sí una historia sin contar.

Orquídea de fuego negra: «Afán de posesión».

Flor de franela: «Lo que se pierde se encuentra».

Siempreviva viscosa: «Mi amor no te abandonará».

Flor de maíz: «Lloro tu ausencia».

Tazas de porcelana: «Lágrimas».

Gorra de jockey: «Amor abandonado».

Campánulas amarillas: «Bienvenida al forastero».

Flor púrpura australiana: «Embajadora del amor».

Solanácea violeta: «Fascinación, brujería».

Endrino australiano: «Niñez».

Lirio del río: «Amor oculto».
Acacia mimosa: «Lastimo para curar».
Copas de cobre: «Mi rendición».
Eucalipto rojo: «Hechizo».
Orquídea dama azul: «Me consumo de amor».
Guisante amargo: «Belleza hostil».
Banksia vistosa: «Soy tu prisionero».
Immortelle de naranja: «Escrito en las estrellas».
Arbusto perla azul: «Mi valor secreto».
Grevillea de la miel: «Premonición».
Guisante del desierto de Sturt: «Sé valiente, no te rindas».
Espinifex: «Placeres peligrosos».
Arrayán del desierto: «Ardo como la llama».
Parakeelya de hoja ancha: «Por tu amor vivo y muero».
Roble del desierto: «Resurrección».
Farolillo: «La esperanza puede cegarme».
Árbol del coral: «Remedio para la aflicción».
Flor de ave verde: «Mi corazón vuela».
Colas de zorro: «Sangre de mi sangre».
Ruedas de fuego: «El color de mi destino».

Cuando se sintió preparada, quitó el capuchón del bolígrafo y escribió el título de su manuscrito en la tapa de cada una de las libretas, entre sus ilustraciones de flores. Luego las amontonó en su regazo y las ató con un cordel. Las juntó con la carpeta de correos electrónicos y lo puso todo sobre la hoguera apagada. Cuando cogió las ruedas de fuego y, por último, las cerillas que llevaba en el bolsillo, titubeó. Esperó un momento para serenarse. «Respira». Sacó una cerilla de la caja, la sujetó con fuerza y frotó con ella la banda rugosa. Una rápida aspiración de oxígeno, olor a azufre y un débil silbido: la hoguera cobró vida.

Se alzó una llamarada contra el telón de fondo del mar. Alice vio prender las flores y arder; las esquinas de los mensajes de Dylan ennegrecerse y calcinarse; llamear todas sus libretas. Contempló las palabras que había escrito en las tapas hasta que ya no pudieron leerse:

Las flores perdidas de Alice Hart.

Al cabo de un rato, fue a la silla de jardín y se sentó con el Diccionario Thornfield en las manos. *Pip* se recostó contra sus piernas.

Aspiró el aire con olor a sal, humo y flores, mientras contemplaba las llamas, sus colores y formas cambiantes. Pensó en su hermosa madre, que siempre pasearía por su jardín. Se llevó una mano al guardapelo con el guisante del desierto y tocó también el collar de semillas de *ininti*. «Confía en tu historia: lo único que puedes hacer es contar tu verdad».

El recuerdo llegó, claro y sin trabas: en la casa de madera del final del camino, imaginaba sentada a su pupitre, junto a la ventana, diferentes formas de prenderle fuego a su padre.

El corazón le latía despacio.

«Estoy aquí.

»Estoy aquí.

»Estoy aquí».

NOTA DE LA AUTORA

Además de experiencias propias, esta novela contiene historias y personajes de diferentes culturas cuyo conocimiento debo a amigos generosos o a fuentes de lo más variopintas.

La frase «La vida se vive hacia delante, pero solo se comprende hacia atrás», del primer capítulo del libro, proviene de un aforismo del filósofo danés Søren Kierkegaard.

El cuento de hadas favorito de Candy, sobre una reina que espera tanto tiempo a que regrese su amado que se convierte en una orquídea como las que lleva estampadas en el vestido, está inspirada en el cuento de hadas filipino *La leyenda de Waling-Waling*.

Las historias indias de Sita y Draupadi que una Flor le cuenta a Alice me las contó Tanmay Barhale.

La historia de la hija del rey que siempre llevaba ropa del mismo tono de azul está inspirada en Alice Roosevelt Longworth, la hija de Theodore Roosevelt, que siempre iba vestida del mismo tono de azul y jamás obedecía las normas impuestas por la sociedad de su tiempo.

El cuento búlgaro sobre el lobo y el zorro al que se refiere Oggi en su carta a Alice proviene de la leyenda folclórica búlgara *Los enfermos y los sanos*. Iva Boneva, que la tradujo al inglés, me la dio a conocer.

Las historias de Lulu sobre las mariposas monarca, guerreras de fuego e hijas del sol, se inspiran en los cuentos mexicanos que me contó Viridiana Alfonso-Lara.

Me pareció importante inventar los escenarios de Australia Central que Alice visita, y donde vive y trabaja, porque ambientar esas partes de la novela en sitios reales equivaldría a contar historias que no me pertenecen. Para crear esos escenarios conté con la ayuda de Ali Cobby Eckermann, una poeta yankunytjatjara de fama internacional. Ella coincidió conmigo en que era lo más sensato.

El Kililpitjara, o Cráter de Earnshaw, y todo lo relacionado con él (su nombre, su historia, el paisaje que lo rodea) es ficticio. También me inventé el topónimo *Kililpitjara*, pero la lengua pitjantjatjara que escogí para formarlo y que utilizo a lo largo de toda la novela, es el idioma de los anangu. *Kililpi* significa «estrella» mientras que *tjara* alude a una parte de un objeto o un grupo mayor. Una traducción simple de esa combinación sería «que pertenece a las estrellas». El principal texto de referencia que empleé fue el *Pitjantjatjara / Yankunytjatjara to English Dictionary* de IAD Press.

Para hacerme una idea de la estructura geológica del Kililpitjara me inspiré en imágenes del Kandimalal (Cráter de Wolfe Creek) y el Tnorala (Risco de Gosse), pero su magnitud, su energía y su presencia están extraídas de la experiencia que adquirí viviendo en el desierto central.

En 2016, en Perth, conocí al doctor John Goldsmith, que me habló de sus experiencias en el Kandimalal y de su afición a fotografiar las estrellas del desierto occidental. El doctor Goldsmith también me ayudó muchísimo a informarme sobre los círculos concéntricos de las estrellas y los cráteres, y me confirmó la elevada probabilidad de que creciera una gran mata de guisantes del desierto en una formación como la que yo había descrito.

La historia de la creación del Kililpitjara está basada en la leyenda arrente sobre la creación del Tnorala, el cráter que se formó cuando un bebé se cayó de su sillita de madera en las estrellas y fue a estrellarse en la Tierra, y cuyos padres lo buscan durante toda la eternidad.

Las «flores de disculpa» y las cartas que escriben los turistas y que Ruby le enseña a Alice están inspiradas en las «piedras de disculpa» que recibe todos los días el personal del parque de Uluru, enviadas por turistas arrepentidos de todo el mundo.

El poema «Semillas», que atribuyo a Ruby en la novela, es de Ali Cobby Eckermann, quien me dio permiso para reproducirlo. Cuando vivía en el desierto, tuve el placer de conocer a muchas mujeres como Ruby, que compartieron sus historias y su alma conmigo. Gracias a ellas aprendí cosas que no habría podido aprender en ningún otro sitio.

Hay una larga historia negra en Australia, que siempre ha sido y será tierra aborigen.

AGRADECIMIENTOS

Como lectora, me encanta el apartado de agradecimientos de las novelas: siempre tengo la impresión de que me vuelo en un animadísimo *after* y que puedo ver cómo salen a la luz todas las personas que estaban entre los bastidores; por eso me emociona tanto poder escribir los agradecimientos de mi primera novela.

Mi respeto y mi gratitud para el pueblo yugambah, en cuyas tierras compuse varios borradores de esta novela; para el pueblo bundjalung, en cuyo territorio costero me crié; para el pueblo butchulla, en cuyas tierras, cubiertas de los cañaverales que siempre me han hechizado, vive mi abuela. Mi respeto y mi gratitud para los pueblos arrernte y anangu, en cuyas tierras, las *Ngaanyatjarra Pitjantjatjara Yankunytjatjara (NPY) Lands*, trabajé cuando vivía en los Territorios del Norte. Quiero darles las gracias especialmente a las mujeres *NPY* que compartieron conmigo su cultura y las leyendas de sus antepasados.

Gracias al extraordinario equipo de la editorial HarperCollins Australia, por superar con creces los sueños más descabellados de mi infancia. Alice Whizzy Wood y Sarah Barrett, gracias por vuestra energía inagotable, vuestro esfuerzo y las charlas y las risas después de las horas de trabajo. Hazel Lam, gracias por crear una de las cubiertas más hermosas que he visto jamás en un libro para la historia de Alice Hart. Mark Campbell, Tom Wilson, Karen-Maree Griffiths, Erin Dunk, Essie Orchard y Andrea Johnson, gracias por vuestra pasión y por creer en esta novela y en mí. Nicola Robinson, gracias por tus acertadas e intuitivas correcciones: siempre sabías cuándo podía hacerlo mejor y me ayudabas a conseguirlo.

Catherine Milne, hermana de historias, has conseguido que Alice y yo diésemos lo mejor de nosotras; gracias por rogarme que confiara en la novela que había escrito y por enseñarme a confiar en ella y en mí misma, siempre estaré en deuda contigo.

A mis agentes de la Zeitgeist Agency, Benython Oldfield, Sharon Galant y Thomasin Chinnery, gracias por creer en mí y en Alice, formáis un equipo de ensueño. Si tuviera que escoger con quién querría estar en un gabinete de guerra, no lo dudaría nunca: con vosotros tres.

Gracias, Stéphanie Abou de Massie & McQuilkin Literary Agents, por tu esfuerzo y tu incansable dedicación.

A los editores internacionales y traductores que hacen posible que Alice llegue a los lectores de otros países, muchísimas gracias por hacer realidad unos sueños que ni siquiera me había atrevido a tener.

Todo mi amor, mi respeto y mi más sincero agradecimiento a Ali Cobby Eckermann, mi gemela del desierto y del mar. Gracias por aparecer en mi vida cuando lo hiciste y por darme permiso para incluir «Semillas» en mi libro como si fuese un poema escrito por Ruby. Gracias por compartir tus poderosas palabras y tu gran corazón conmigo, *malpa*.

Alice Hoffman, gracias por contestar mi primera carta en 2009 y por tu generosidad al seguir escribiéndote conmigo desde entonces. Gracias por tu apoyo incansable, por tu magia y por dejarme citar una de tus cartas en esta novela. Gracias por escribir los libros que he llevado conmigo por todo el mundo: me han enseñado a ser valiente y a tener fe.

Muchas gracias a Anne Carson por permitirme citar su traducción de Safo en el original inglés de esta novela y a Gracie Dietshe y Nicole Aragi, de la agencia Aragi, por su ayuda para conseguir ese permiso.

A Julianne Schultz, John Tague, Jane Hunterland y el equipo que trabajaba en 2015 en la *Griffith Review*, gracias por todo lo que habéis hecho y seguís haciendo por los lectores y los escritores australianos, gracias por hacer posible mi primera publicación remunerada y por concederle al primer capítulo de esta novela vuestro premio anual. Vuestra inversión en mí cambió el rumbo de mi vida.

Gracias a la Residencia para Escritores Varuna, por la combinación perfecta de misterio, belleza y soledad que, sin yo saberlo, tanto necesitaba para empezar a corregir este libro. A las mujeres con las que coincidí mientras duró mi residencia: Biff Ward, Jackie Yowell, Helen Loughlin y Bec Butterworth, siempre os recordaré sentadas alrededor de un banquete preparado por Sheila y regado con vino.

A David Jayet-Laraffe, de Frog Flowers, Giulia Zonza, de On Love & Photography, y Nancy Spencer, de Nancy Spencer Makeup, gracias por vuestra alquimia, capaz de crear un jardín tropical en pleno invierno en Manchester y colocarme en el centro. Gracias por hacerme un retrato irrepetible y por una experiencia alegre y llena de amor que nunca olvidaré.

A Edith Rewa, reina de las flores y artista botánica, gracias por tus ilustraciones de flores, llenas de una magia absolutamente cautivadora.

A los librereros que nos apoyaron a Alice Hart y a mí en el período previo a la publicación, gracias por traer la magia de los libros al mundo y por compartir parte de esa magia conmigo y con esta novela. A los librereros que leerán esta novela, hacedle un sitio en vuestras estanterías y hablad de ella con los lectores; gracias por ser una luz en cada pueblo y cada ciudad y por contribuir a que el sueño de infancia de una amante de los libros y aspirante a escritora se hiciese realidad.

Gracias a Kate Forsyth y Carol Crennan por ofrecerme en 2015 una plaza en la residencia para escritores History Mystery and Magic de Oxford, una experiencia que me influyó profundamente como escritora, y a mis compañeros de residencia, Sarah Guise, Kellie Watson y Bec Smedley, por compartir sus historias conmigo. Gracias, Kate, por tu amistad y por recordarme que Alice era una brasa que ni el miedo ni la ansiedad podían extinguir.

A todos los que iluminaron mi camino cuando me encontraba en la selva oscura escribiendo esta novela. A Favel Parrett, Courtney Collins, Nicole Hayes, Alys Conran, Meredith Whitfield, Anni Sartorio, Nick Benson y la familia Benson, Simone Gingras-Fox y la familia Gerlinger, Dimi Venkov, Ashley Hay, Khela

Hutchinson, Gregoreen y PD, Eva de Vries, Olga Van Der Kooi (y Rogier y Louise), Helen Weston y JP, Sarah Rakich, Vanessa Radnidge, Lilia Krasteva, Jesse Blackadder, Andi Davey, Philippa Moore, Jenn Ashworth, Jane Bradley, Chris y Debbie Macintosh (y Beth y Lil), Cerys Jones, Helen Fulcher, Fraser How, Derek Henderson, Vicki Henderson, Stephen Ashworth, Lorena Fernández Sánchez, Alex D'Netto, Linda Teo, Ian Henderson, Jenn Ashworth, Rachael Clegg (y Roberto, Joe, Francis y Ruben), Susan Fernley y Brian Fox, Kate Gray, Cheryl Hollatz-Wisely, Jackie Bailey (Yen Yang y Ellie Belly), Jeremy Lachlan, Josie y James McSkimming, Sani Van der Spek, Dervla McTiernan y Andy Stevenson (y Lou, Sam y Gina).

Muchas gracias a Kate Forsyth, Brooke Davis, Favel Parrett, Ashley Hay, Jenn Ashworth, Myf Jones y Ali Cobby Eckermann por leer las primeras pruebas y promocionar esta novela con tanto amor y tanta generosidad.

Gracias, doctor John Goldsmith, por buscar tiempo para quedar conmigo, por contestar mis insistentes preguntas y contarme historias de cráteres y estrellas.

A las mujeres que conocí en 2015 en el curso de Singing Over the Bones con la doctora Clarissa Pinkola Estés, gracias por compartir conmigo vuestras historias y vuestro amor. Gracias por aullar a mi lado desde entonces acompañándome a lo largo del camino.

A los hombres y las mujeres con quienes estudié y practiqué meditación con Christopher Germer y Kristin Neff en 2017: vuestro esfuerzo, empatía, apoyo y amistad llegaron en el momento oportuno y me ayudaron a dar lo mejor de mí, por lo que os estoy enormemente agradecida.

Me eduqué en la escuela pública y algunos de mis maestros de primaria y secundaria siguen siendo para mí destacados ejemplos de lo importante que es estimular adecuadamente a los niños y a los jóvenes. Profesora Smart, profesora Pearce, profesor Chandler, profesora Reynolds y profesor Ham, gracias por ver en mí algo que yo misma no sabía ver y por enseñarme a creer en lo que podía lograr con esfuerzo y valentía.

A la International Society, una organización benéfica independiente del Gran Manchester que desde hace cincuenta años promueve la diversidad y proporciona un techo a estudiantes internacionales, refugiados, solicitantes de asilo y lugareños, gracias por vuestra hospitalidad y por ofrecer seguridad e imaginación a tantos miles de personas. Sin vosotros no habría llegado a ser la narradora que soy.

Samantha Smith, tatuadora de increíble talento, pintora y narradora, gracias por darle vida a Alice en mi piel. Me alegro muchísimo de haberte conocido.

Melissa Acton, eres una mujer capaz de convertir un tanque de aislamiento sensorial en un paraíso; gracias por ser una de mis primeras lectoras y por darle a Alice un hogar en tu corazón amante de los libros.

Tanmay Barhale, Batman quizá sea más famoso, pero tú eres mi superhéroe favorito. Gracias por contarme historias, espero haberles hecho justicia a algunas de ellas en esta novela.

Viridiana Alonso-Lara, guerrera de fuego, gracias por entregarme tu corazón a través de tus historias mexicanas desde la noche en que nos conocimos. Gracias por compartir conmigo tu guacamole y a tu familia. Gracias por tu amor. Sin ti, Lulu no sería quien es.

Gracias, Amma Winchester, por tu amistad y por concederme el honor de contarme tus experiencias. No podría haber descrito el tiempo que Alice pasa ingresada en el hospital sin tu generoso apoyo.

Boryana Pashova, queridísima Banana, gracias por ayudarme con las traducciones del búlgaro, por creer en mí como escritora y por enseñarme a gritarle al plato que has metido en el horno para que se haga más deprisa.

Iva Boneva, mujer extraordinaria, gracias por compartir los cuentos de hadas búlgaros conmigo y gracias también por las panzadas de reír que nos hemos dado entre Manchester y Sofía mientras vivíamos juntas nuestros propios cuentos de hadas.

Matt Warren y Nick Walsh, gracias por recordarme que la risa y el amor son medicinales y por enseñarme a no tener miedo a hacer ruido.

Brooke Davis, no hay apartado de agradecimientos suficientemente largo para que yo mencione todo lo que adoro de ti y cuánto te agradezco. Ni suficientes margaritas. Gracias por verme, por quererme, por dejar que te quiera. Gracias por absolutamente todo lo que has hecho para apoyarnos a Alice Hart y a mí; me basta pensar en ti para ser mejor persona.

Myf Jones, amiga incomparable, capitana de nuestros mundos flotantes, maestra de vientos y hermana, no se me ocurre nadie mejor con quien comerme mis felicitaciones. Gracias por ser la primera persona que le dio vida a Alice.

Sophs Stephenson, gracias por hacer que mi primer año escribiendo en Manchester fuese magnífico y por demostrarme que Elizabeth Bennet está vivita y coleando. Jonny, gracias por dejar en evidencia al señor Darcy. Y HazelPop, Violet Crawley no está a tu altura, querida mía.

Sarah de Vries, mi alma gemela, mi amor a primera vista, no hay suficientes despertares a la una de la tarde, suficientes árboles pelones, viajes, perros con coronas de flores, baratijas, pantalones de estar por casa, gambas, levadura de cerveza, *fabreezay*, caballos negros, recopilaciones de cuentos de hadas ni coreografías para medir el amor y la felicidad que aportas a mi vida. Gracias por levantarme y sacudirme el polvo en cualquier situación. Brindo por nuestro futuro de tintes morados y coleccionismo compulsivo de mariposas.

Libby Morgan, cuando era pequeña soñaba con tener una amiga íntima y nunca se me ocurrió pensar que pudiera existir fuera de las páginas de mis libros. Gracias por superar mis deseos y por quince años de cariño auténtico y extraordinario. Gracias por revisar conmigo cada uno de los nudos de esta novela y ser la voz incansable y siempre amable de la razón. Gracias por cada una de las incontables horas que hemos pasado hablando de un sinfín de temas. Y a Andy, Jess, Nath, Raff, Mick, Jordy, Lani, Rainy y Razor, gracias por quererme tanto.

A mi extensa familia Harris, Marilyn, Matt, Gabe, Leo, Arley, Buggy, Chris, Vicky, Sue y Annie, gracias por creer en mí y animarme con vuestro amor.

Lee Steindl, gracias por gritar conmigo por el camino, gracias por enseñarme el poder de una escoba, a intimidar a los cuervos con la mirada y a reír a carcajadas. Y por el Moët, por el Moët, gracias para siempre.

Matty Hutchinson, Lulu y yo te amaremos eternamente; gracias por defender a Alice, por ponerle su nombre a tu adorable hija y por traerme su magdalena.

Joan Mary Corfield, gracias por cultivar un jardín de ensueño que todos disfrutábamos y por el amor por los libros y la literatura que llevo en la sangre.

Dadgee, Toby, Goose, Teapot y Coco, no hay nada comparable a volver a casa y encontrarme con vosotros, gracias por darme vuestro amor y el lugar más seguro que podría imaginar, un lugar donde escribir y florecer.

A Hendrix, el diminuto Thor, y Kira Navi, Reina de la Frontera Salvaje, gracias por recordarme lo poderosas y esenciales que son la imaginación y las historias.

A mi madre, Colleen Ringland: tú me enseñaste a ser valiente y me enseñaste a leer antes de cumplir tres años. Gracias por darme la vida, Mamaleen, gracias por demostrarme lo que significa no rendirse nunca.

Al resto de mi familia y a mis amigos, gracias por vuestro amor y vuestro apoyo.

A ti, Sam Harris, te dejo el penúltimo lugar: eres lo mejor que me ha pasado nunca. Gracias por enseñarme que la paz es igual al fuego. Tu amor es la magia más auténtica que conozco.

Y por último quiero darte las gracias a ti, lector. Las palabras de un escritor cobran vida cuando alguien las lee: sin ti, Alice Hart no estaría realmente viva.



HOLLY RINGLAND creció descalza y salvaje en el jardín tropical de su madre en la costa este de Australia. A los nueve años, su amor por los paisajes, las culturas y las historias se profundizó durante un viaje de dos años con su familia por Norteamérica, viviendo en una caravana y viajando de un parque nacional a otro. Con apenas veinte, Holly trabajó durante cuatro años como guardabosques en una remota comunidad indígena en el desierto occidental de Australia, en el parque nacional de Uluru-Kata Tjuta. Tras mudarse a Inglaterra en 2009, obtuvo un máster de Escritura Creativa en la Universidad de Manchester en 2011.

Holly Ringland, que siempre ha querido ser escritora, debutó a los treinta y siete años con *Las flores perdidas de Alice Hart*. Publicada en 2018, esta novela se ha convertido en un éxito de ventas internacional, los derechos de traducción se han vendido a veintiocho países y la productora Made Up Stories prepara una adaptación para una serie televisiva.

En la actualidad, Holly Ringland vive entre Australia y Reino Unido; sus flores nativas australianas crecen en ambos lugares.